

NACIDOS DE LA BRUMA (MISTBORN)-IV

# BRANDON SANDERSON

ALEACIÓN DE LEY



Han pasado ya trescientos años desde los acontecimientos narrados en la primera trilogía de la saga y Scadrial se encuentra ahora cerca de la modernidad: ferrocarriles, canales, iluminación eléctrica y los primeros rascacielos invaden el planeta. Aunque la ciencia y la tecnología están alcanzando nuevos retos, la antigua magia de la alomancia continúa desempeñando un papel fundamental. En una zona conocida como los Áridos existen herramientas cruciales para aquellos hombres y mujeres que intentan establecer el orden y la justicia. Uno de estos hombres es Lord Waxillium Ladrian, experto en metales y en el uso de la alomancia y la feruquimia.

Después de vivir veinte años en los Áridos, Wax se ha visto obligado, por una tragedia familiar, a volver a la metrópolis de Elendel. Sin embargo, y a su pesar, deberá guardar las armas y asumir las obligaciones que exige el hecho de estar rodeado de la clase noble. O al menos eso cree, ya que aún no sabe que las mansiones y las elegantes calles arboladas de la ciudad pueden ser incluso más peligrosas que las llanuras de los Áridos. Un *skyline* metálico de bruma, de ceniza y vapor conquista el cielo amenazando a todos aquellos que viven y luchan debajo de él.



Brandon Sanderson

## Aleación de ley. (Ed. revisada)

Nacidos de la Bruma - 4

ePub r1.4

Titivillus 12.05.2022

Título original: *The Alloy Law (Mistborn 4)*

Brandon Sanderson, 2011

Traducción: Rafael Marín Trechera

Ilustración de portada: Marc Simonetti

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

Aa

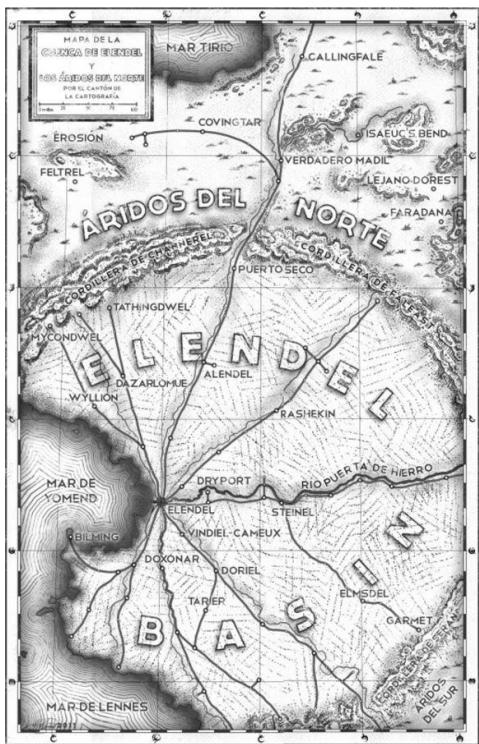


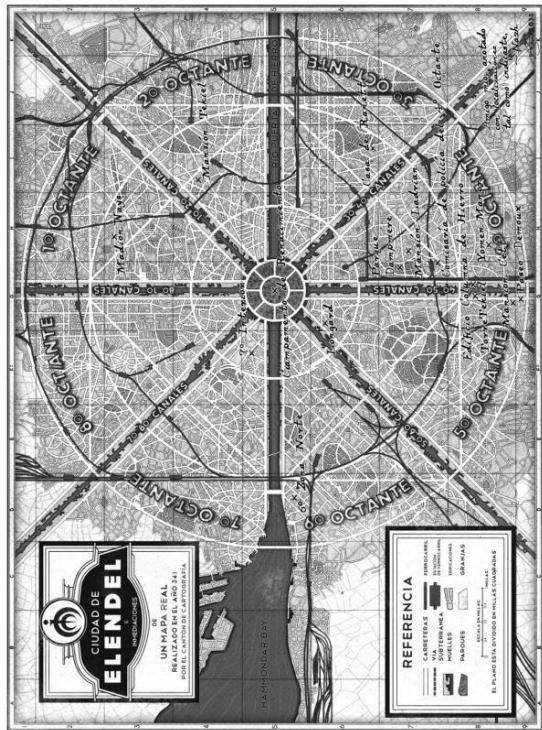
PARA JOSHUA BILMES

*Que nunca teme decirme  
qué hay de malo en un libro,  
y luego pelea por ese mismo libro,  
no importa quién más renuncie a él.*



BRANDON SANDERSON









## AGRADECIMIENTOS

Creo que le sugerí por primera vez a mi editor la idea de una serie de novelas de Nacidos de la Bruma de épocas posteriores ya en 2006. Hacía tiempo que lo planeaba para Scadrial, el planeta donde tienen lugar estos libros. Quería alejarme de la idea de los mundos de fantasía como lugares estáticos, donde pasan milenios sin que la tecnología cambie jamás. El plan entonces era situar una segunda trilogía épica en una era urbana, y una tercera trilogía en el futuro, con la alomancia, la feruquimia y la hemalurgia como hilos comunes que las unieran.

Este libro no es parte de esa segunda trilogía. Es un desvío, algo emocionante que creció inesperadamente en mi planificación de hacia dónde debería ir el mundo. El objeto de contarles todo esto, sin embargo, es explicar que sería imposible hacer una lista de todas las personas que me han ayudado a lo largo de los años; en cambio, lo mejor que puedo hacer es mencionar a las maravillosas personas que me han ayudado con este libro en concreto.

Los lectores alfa incluyeron, como siempre, a mi agente, Joshua Bilmes, y a mi editor, Moshe Feder. De hecho, este libro está dedicado a Joshua. Profesionalmente, ha creído en mi trabajo más tiempo que nadie aparte de mi grupo de escritura. Ha sido un recurso maravilloso y un buen amigo.

Otros alfas fueron mi grupo de escritura: Ethan Skarstedt, Dan Wells, Alan y Jeanette Layton, Kaylynn ZoBell, Karen Ahlstrom, Ben y Danielle Olsen, Jordan Sanderson (más o menos) y Kathleen Dorsey. Finalmente, por supuesto, está el Inseparable Peter Ahlstrom, mi secretario y amigo, que hace todo tipo de cosas importantes para mis escritos y nunca recibe suficiente agradecimiento.

En Tor Books, mi agradecimiento a Irene Gallo, Justin Golenbock, Terry McGarry, y muchos otros a quienes no podría mencionar: todos desde Tom Doherty hasta el departamento de ventas. Gracias a todos por vuestro excelente trabajo. Una vez más, siento la necesidad de mostrar un agradecimiento especial a Paul Stevens, que hace mucho más de lo que yo podría esperar razonablemente en cuestión de ayuda y explicaciones.

Los lectores beta incluyeron a Jeff Creer y Dominique Nolan. Mi agradecimiento especial a Dom por su información referida a las armas y pistolas. Si alguna vez necesitan algo a lo que disparar adecuadamente, ya saben a quién llamar.

Fíjense en la bella portada de Chris McGrath, a quien pedí específicamente por su trabajo en la serie en rústica de Nacidos de la Bruma. Tanto Ben McSweeney como Isaac Stewart volvieron a proporcionar ilustraciones interiores para este libro, ya que su trabajo para *El camino de los reyes* fue simplemente asombroso. Siguen sorprendiendo. Ben también proporcionó ilustraciones igualmente asombrosas para el juego de rol de Nacidos de la Bruma recientemente publicado por Crafty Games. Comprueben en [crafty-games.com](http://crafty-games.com), sobre todo si les interesa la historia del origen de Kelsier.

En último lugar me gustaría dar una vez más las gracias a Emily, mi maravillosa esposa, por su apoyo, sus comentarios y su amor.

## PRÓLOGO



Wax se arrastró agazapado junto a la irregular verja, rozando con sus botas el seco suelo. Alzaba su Sterrion 36 sobre la cabeza, el largo y plateado cañón manchado de barro rojo. El revólver no era bonito a la vista, aunque el tambor de seis tiros estaba engarzado con tanto cuidado en el armazón de acero que solo había fluidez en sus líneas. No había ningún brillo en el metal ni ningún material exótico en la empuñadura. Pero encajaba en su mano como si estuviera hecho para estar allí.

La verja de apenas un metro de altura era endeble, la madera gastada por el tiempo, sujetada por ajados trozos de cuerda. Olía a edad. Incluso los gusanos habían renunciado a esta madera hacia tiempo.

Wax se asomó por encima de las tablas atadas, escrutando el pueblo vacío. Líneas azules flotaban en su campo de visión, extendiéndose desde su pecho para apuntar a fuentes cercanas de metal, un resultado de su alomancia. Quemar acero producía ese efecto: le permitía ver la localización de fuentes de metal, y luego empujar contra ellas si quería. Su peso contra el peso del objeto. Si era más pesado, era empujado hacia atrás. Si el más pesado era él, era impulsado hacia delante.

Sin embargo, en este caso, no empujó. Solo observó las líneas para ver si algún elemento de metal se movía. No lo hacía ninguno. Los clavos sujetaban los edificios, los casquillos de bala gastados yacían dispersos por el polvo, las herraduras se apilaban en la silenciosa herrería... todo estaba tan inmóvil como la vieja bomba manual plantada en el suelo a su derecha.

Cauteloso, también él permaneció quieto. El acero continuaba ardiendo confortablemente en su estómago, y, por eso, como precaución, empujó suavemente hacia fuera en todas direcciones. Era un truco que había aprendido a dominar hacía unos cuantos años: no empujaba ningún objeto de metal concreto, sino que creaba una especie de burbuja defensiva a su alrededor. Todo metal que viniera corriendo en su dirección sería desviado levemente de su rumbo.

Distaba de ser perfecto: todavía podían alcanzarlo. Pero los disparos se desviarían, sin dar en el sitio donde apuntaban. Le había salvado la vida en un par de ocasiones. Ni siquiera estaba seguro de cómo lo hacía: la alomancia a menudo era para él una cosa intuitiva. De algún modo incluso conseguía eximir el metal que llevaba, y no empujaba su propia pistola para arrebatarla de sus manos.

Hecho esto, continuó avanzando por la verja, todavía observando las líneas de metal para asegurarse de que nadie lo seguía. Feltrel había sido en tiempos una población próspera. Eso fue veinte años atrás. Entonces un clan de koloss se asentó cerca. Las cosas no habían ido bien.

Hoy la ciudad muerta parecía completamente vacía, aunque Wax sabía que no era así. Había venido persiguiendo a un psicópata. Y no era el único.

Se agarró a la parte superior de la verja y saltó, los pies rechinando sobre el barro rojo. Tras agazaparse, corrió hasta el lado de la vieja fragua. Sus ropas estaban terriblemente cubiertas de polvo, pero eran de buen paño: un bonito traje, un pañuelo plateado al cuello, chispeantes gemelos en las mangas de su elegante camisa blanca. Había cultivado un aspecto físico que parecía fuera de lugar, como si planeara asistir a un baile de gala en Elendel en vez de recorrer una población muerta en los Áridos a la caza de un asesino. Completando el conjunto, llevaba un sombrero hongo en la cabeza para protegerse del sol.

Un sonido: alguien había pisado una tabla al otro lado de la calle, haciéndola crujir. Fue tan débil que casi lo pasó por alto. Wax reaccionó de inmediato, avivando el acero que ardía dentro de su estómago. Empujó un grupo de clavos en la pared que tenía al lado justo cuando la detonación de un disparo hendía el aire.

Su súbito empujón hizo que la pared se sacudiera, los viejos clavos oxidados se tensaron. Se impulsó a un lado, y rodó por el suelo. Una línea azul apareció durante un parpadeo: la bala, que golpeó el suelo donde él se encontraba un momento antes. Mientras se incorporaba, se produjo un segundo disparo. Este llegó cerca, pero se desvió un pelo mientras se aproximaba a él.

Desviada por la burbuja de acero, la bala zumbó junto a su oído. Otra pulgada a la derecha, y la habría recibido en la frente, con burbuja de acero o no. Respirando con calma, alzó su Sterrion y apuntó al balcón del viejo hotel al otro lado de la calle, de donde había surgido el disparo. El balcón tenía delante el cartel del hotel, capaz de ocultar a un pistolero.

Wax disparó, luego empujó la bala, lanzándola con más fuerza para hacerla más rápida y más penetrante. No usaba las típicas balas de plomo o con chaqueta de plomo y cobre: necesitaba algo más fuerte.

La bala de gran calibre recubierta de acero alcanzó el balcón, y su poder extra hizo que atravesara la madera e hiriera al hombre que había detrás. La línea azul que conducía al arma del hombre tembló mientras caía. Wax se levantó despacio, sacudiéndose el polvo de la ropa. En ese momento otro estampido quebró el aire.

Maldijo, empujó de nuevo por reflejo contra los clavos, aunque sus instintos le decían que sería demasiado tarde. Cuando se oía un disparo, ya era demasiado tarde para que empujar sirviera de algo.

Esta vez se lanzó al suelo. Aquella fuerza tenía que ir a alguna parte, y si los clavos no podían moverse, tenía que hacerlo él. Gruñó mientras golpeaba el suelo y alzó su revólver, el polvo pegado al sudor de su mano. Buscó frenéticamente a quien le había disparado. Habían fallado. Quizá la burbuja de acero había...

Un cuerpo salió rodando desde lo alto de la herrería y cayó al suelo, levantando una vaharada de polvo rojo. Wax parpadeó, luego se llevó la pistola al pecho y se situó de nuevo detrás de la verja, agachándose para ponerse a cubierto. No dejó de observar las líneas azules alománticas, que podrían advertirle si alguien se acercaba, pero solo si la persona que lo hacía llevaba o vestía metal.

El cuerpo que había caído junto al edificio no tenía ni una sola línea apuntándolo. Sin embargo, otro grupo de líneas temblorosas apuntaba a algo que se movía a lo largo de la parte trasera de la fragua. Wax alzó su arma y apuntó mientras una figura corría hacia él siguiendo el lado del edificio.

La mujer lucía un sobretodo blanco, enrojecido por la parte inferior. Tenía el pelo oscuro recogido en una cola, y llevaba pantalones y un cinturón ancho, con gruesas botas en los pies. Tenía el rostro cuadrado. Un rostro fuerte, con labios que a menudo se alzaban levemente por la parte derecha en una media sonrisa.

Wax dejó escapar un suspiro de alivio y bajó el arma.

—Lessie.

—¿Has vuelto a tirarte al suelo? —preguntó ella mientras llegaba a la cobertura de la verja junto a él—. Llevas más polvo en la cara que Miles tiene muecas. Tal vez es hora de que te retires, viejo.

—Lessie, soy tres meses mayor que tú.

—Son tres meses muy largos. —Ella se asomó a la verja—. ¿Has visto a alguien más?

—Abatí a un hombre en el balcón —dijo Wax—. No pude ver si era Sangriento Tan o no.

—No lo era —respondió ella—. No habría intentado dispararte desde tan lejos.

Wax asintió. A Tan le gustaban las cosas personales. De cerca. El psicópata lamentaba cuando tenía que usar un arma, y rara vez le disparaba a alguien sin poder ver el miedo en sus ojos.

Lessie escrutó el silencioso pueblo, luego lo miró, dispuesta a moverse. Bajó la mirada un momento, centrándose en el bolsillo de su camisa.

Wax siguió su mirada. Del bolsillo sobresalía una carta, entregada antes ese mismo día. Era de la gran ciudad de Elendel, e iba dirigida a lord Waxillium Ladrian. Un nombre que Wax no empleaba desde hacía años. Un nombre que ahora le parecía extraño.

Guardó la carta en las profundidades del bolsillo. A Lessie le pareció que el gesto implicaba algo más. La ciudad no albergaba nada para él ahora, y la Casa Ladrian podía vivir sin él. Tendría que haber quemado esa carta.

Wax asintió, señalando al hombre caído junto a la pared para distraerla de la carta.

—¿Cosa tuya?

—Tenía un arco —dijo ella—. Puntas de piedra. Casi te alcanzó desde arriba.

—Gracias.

Ella se encogió de hombros, los ojos brillando de satisfacción. Esos ojos tenían ahora arrugas en las comisuras, curtidas por la fuerte luz de los Áridos. Hubo una época en que Wax y ella llevaban la cuenta de quién salvaba más a menudo a quién. Los dos habían perdido la cuenta hacía años.

—Cúbreme —dijo Wax en voz baja.

—¿Con qué? —preguntó ella—. ¿Con pintura? ¿Besos? Ya estás cubierto de polvo.

Wax alzó una ceja.

—Lo siento —dijo ella, haciendo una mueca—. He jugado demasiado a las cartas con Wayne últimamente.

Él bufó y corrió agazapado hasta el cadáver y le dio la vuelta. El hombre era un tipo de rostro cruel con barba de varios días en las mejillas: la herida de bala sangraba en su costado derecho. «Creo que lo reconozco», pensó Wax para sí mientras registraba los bolsillos del hombro y encontraba un vial de cristal rojo como la sangre.

Corrió de regreso a la verja.

—¿Bien? —preguntó Lessie.

—Del grupo de Donal —dijo Wax, mostrando el vial.

—Hijos de puta —dijo Lessie—. No podían dejarnos hacerlo a nosotros, ¿eh?

—Le pegaste un tiro a su hijo, Lessie.

—Y tú mataste a su hermano.

—Lo mío fue en defensa propia.

—Lo mío también —replicó ella—. Ese chico era un coñazo. Además, sobrevivió.

—Perdió un dedo del pie.

—No hacen falta diez. Tengo una prima con cuatro. Le va bien. —Alzó el revólver, escrutando el pueblo vacío—. Naturalmente, se la ve un poco ridícula. Cúbreme.

—¿Con qué?

Ella hizo una mueca y dejó atrás la cobertura y corrió hacia la fragua.

«Armonía —pensó Wax con una sonrisa—. Quiero a esa mujer».

Se mantuvo alerta por si detectaba a más pistoleros, pero Lessie llegó al edificio sin que se dispararan nuevos tiros. Wax le asintió y luego cruzó corriendo la calle hacia el hotel. Entró con cautela, vigilando las esquinas. La taberna estaba vacía, así que se puso a cubierto tras la puerta e hizo señas a Lessie. Ella corrió hasta el siguiente edificio de su lado de la calle y comprobó.

La banda de Donal. Sí, Wax había matado a su hermano: el tipo estaba robando un tren en ese momento. Sin embargo, por lo que sabía, a Donal ni siquiera le importaba su hermano. No, lo único que le molestaba era perder dinero, y probablemente por eso estaba aquí. Había puesto precio a la cabeza de Sangriento Tan por robar un cargamento de bendaleo. Donal probablemente no esperaba que Wax viniera a cazar a Tan el mismo día que él, pero sus hombres tenían órdenes de matarlo a él o a Lessie nada más verlos.

Wax casi sintió la tentación de dejar aquel pueblo muerto y que Donal y Tan se las arreglaran solos. Sin embargo, la idea le provocó una mueca de repulsa. Había prometido entregar a Tan. Eso era todo.

Lessie saludó desde dentro de su edificio, luego señaló hacia atrás. Iba a salir en esa dirección y arrastrarse tras los siguientes edificios. Wax asintió, luego hizo un gesto cortante. Intentaría conectar con Wayne y Barl, que habían ido a comprobar el otro lado del pueblo.

Lessie desapareció, y Wax se abrió paso a través del viejo hotel para llegar a una puerta lateral. Dejó atrás viejos y sucios nidos hechos por ratas y hombres. El pueblo recogía bribones como un perro recogía pulgas. Incluso pasó ante un lugar donde parecía que algún vagabundo había hecho una pequeña hoguera sobre una placa de metal con un círculo de piedras. Era asombroso que el idiota no hubiera quemado todo el edificio hasta los cimientos.

Wax abrió con cuidado la puerta lateral y salió a un callejón entre el hotel y el almacén contiguo. Los disparos de antes habían hecho ruido, y alguien podría venir a mirar. Era mejor no dejarse ver.

Wax rodeó la parte trasera del almacén, pisando con mucho cuidado el suelo de barro rojo. La ladera en esta parte estaba repleta de hierbajos a excepción de la entrada a una vieja y fría bodega. Wax la rodeó, luego se detuvo, mirando el pozo enmarcado en madera.

Tal vez...

Se arrodilló junto a la abertura y se asomó. Había habido una escalera antes, pero se había podrido: los restos eran visibles abajo, entre un montón de viejas astillas. El aire olía rancio y húmedo... con un leve atisbo de humo. Alguien había encendido una antorcha allá abajo.

Wax dejó caer una bala en el agujero, y luego saltó al interior, el arma en la mano. Mientras caía, llenó su mente de metal de hierro, reduciendo su peso. Era un nacidoble, feruquimista además de alomántico. Su poder alomántico era empujar acero, y su poder feruquimista, llamado ajuste, era la habilidad de hacerse más pesado o más liviano. Era una poderosa combinación de talentos.

Empujó contra la bala que tenía debajo, reduciendo su caída, de modo que aterrizó con suavidad. Devolvió su peso a lo normal, o lo que era normal para él. A menudo empleaba tres cuartas partes de su peso sin ajustar, haciéndose más ligero, más rápido para reaccionar.

Avanzó despacio en la oscuridad. Había sido un camino largo y difícil hasta encontrar dónde se ocultaba Sangriento Tan. Al final, el hecho de que Feltrel se hubiera vaciado de otros bandidos, vagabundos y desgraciados había sido una pista importante. Wax pisaba el suelo con suavidad, internándose en la bodega. El olor de humo era fuerte allí dentro, y aunque la luz menguaba, distinguió una hoguera junto a la pared este. Eso y una escalera que podía colocarse junto a la entrada.

Se detuvo. Aquello indicaba que quien había convertido en escondite esa bodega (podía ser Tan o podía ser otra persona) estaba todavía allí abajo. A menos que hubiera otra salida. Wax avanzó un poco más, entornando los ojos en la oscuridad.

Había luz delante.

Amartilló su arma con cuidado, luego sacó un pequeño frasco de su gabán de bruma y le quitó el tapón con los dientes. Apuró de un trago el whisky con acero, restaurando sus reservas. Avivó su acero. Sí... había metal delante, al fondo del túnel. ¿Qué longitud tenía esa bodega? Había supuesto que sería pequeña, pero las vigas de madera que servían como refuerzo indicaban algo más profundo, más largo. Más bien como la galería de una mina.

Avanzó, concentrado en aquellas líneas de metal. Alguien tendría que apuntarlo con una pistola si lo viera, y el metal temblaría, dándole una oportunidad de empujar el arma y arrancársela de las manos. No se movió nada. Se deslizó hacia delante, oliendo el suelo mustio y húmedo, los hongos, las patatas arrumbadas. Se acercó a una luz trémula, pero no pudo oír nada. Las líneas de metal no se movieron.

Finalmente, se acercó lo suficiente para ver una lámpara colgando de un gancho en una viga de madera cerca de la pared. Otra cosa más colgaba en el centro del túnel. ¿Un cuerpo? ¿Ahorcado? Wax maldijo en voz baja y echó a correr, consciente de que era una trampa. Era un cadáver, sí, pero eso lo dejó aturdido. A primera vista, parecía tener años de antigüedad. Los ojos habían desaparecido del cráneo, la piel se había consumido contra el hueso. No apestaba y no estaba hinchado.

Le pareció reconocerlo. Geormin, el cochero que llevaba el correo a Erosión desde las aldeas más lejanas de la zona. Este era su uniforme, al menos, y parecía su pelo. Había sido una de las primeras víctimas de Tan, la desaparición que había lanzado a Wax a la caza. Eso había sucedido hacía solo dos meses.

«Lo han momificado —pensó Wax—. Lo han preparado y secado como si fuera cuero». Se sintió asqueado: había tomado alguna copa con Geormin, y aunque el hombre hacía trampas a las cartas, era un tipo amigable.

Tampoco colgaba de una forma normal. Habían usado alambres para alzarle los brazos, que se extendían hacia los lados, la cabeza gacha, la boca abierta. Wax se apartó de la horrible visión, el ojo temblando.

«Cuidado —se dijo—. No dejes que te irrite. Mantén la concentración». Tendría que volver para bajar de aquí a Geormin. Ahora mismo, no podía permitirse hacer ruido. Al menos sabía que estaba en buen camino. Este era sin duda el cubil de Sangriento Tan.

Había otra zona de luz a lo lejos. ¿Qué longitud tenía el túnel? Se acercó a la luz, y allí encontró otro cadáver, este colgado de lado en la pared. Annarel, una geóloga ambulante que había desaparecido poco después de Geormin. Pobre mujer. La habían secado de la misma forma, el cuerpo clavado a la pared en una pose muy específica, como si estuviera de rodillas inspeccionando una pila de rocas.

Otro charco de luz le impulsó a continuar. Estaba claro que esto no era una bodega, sino algún tipo de túnel de contrabandistas que quedaba de los tiempos en que Feltrel era una población floreciente. Tan no lo había construido, no con estas ajadas vigas de madera.

Wax encontró otros seis cadáveres, cada uno iluminado por su propia linterna brillante, cada uno colocado en una pose distinta. Uno sentado en una silla, otro desplegado como si volara, unos cuantos pegados a la pared. Los últimos eran más frescos, el último recién asesinado. Wax no reconoció a aquel hombre delgado que colgaba con la mano en la cabeza como saludo.

«Herrumbre y Ruina —pensó Wax—. Esto no es el cubil de Sangriento Tan..., es su galería».

Asqueado, Wax avanzó hacia el siguiente charco de luz. Este era diferente. Más brillante. Mientras se acercaba, advirtió que estaba viendo la luz del sol que entraba por un agujero cuadrado en el techo. El túnel llevaba hasta allí, probablemente se trataba de una antigua trampilla que se había podrido o se había desplomado. El suelo se empinaba gradualmente hacia el agujero.

Wax gateó por la pendiente y asomó con cautela la cabeza. Se encontró con un edificio, aunque el tejado había desaparecido. Las paredes de ladrillo estaban en su mayoría intactas y había cuatro altares en la parte frontal, justo a la izquierda de Wax. Una antigua capilla del Superviviente. Parecía vacía.

Wax salió del agujero, el Sterrion a un lado de la cabeza, la chaqueta manchada de tierra. El aire limpio y seco le sentó bien.

—Cada vida es una representación —dijo una voz, resonando en la iglesia abandonada.

Wax inmediatamente esquivó a un lado, rodando hasta un altar.

—Pero nosotros no somos los actores —continuó diciendo la voz—. Somos las marionetas.

—Tan —dijo Wax—. Sal.

—He visto a Dios, vigilante de la ley —susurró Tan.

¿Dónde estaba?

—He visto a la misma Muerte, con los clavos en los ojos. He visto al Superviviente, que es la vida.

Wax escrutó la pequeña capilla. Estaba sembrada de bancos rotos y estatuas caídas. Rodeó el lado del altar, juzgando que el sonido procedía del fondo de la sala.

—Otros hombres dudan —dijo la voz de Tan—, pero yo lo sé. Sé que soy una marioneta. Todos lo somos. ¿Te gustó mi espectáculo? He trabajado mucho para construirlo.

Wax continuó por la pared derecha del edificio, dejando con las botas un rastro en el polvo. Respiraba de manera entrecortada, una línea de sudor corría por su sien derecha. Su ojo temblaba. Veía mentalmente los cadáveres en las paredes.

—Muchos hombres nunca tienen una oportunidad de crear verdadero arte —dijo Tan—. Y las mejores representaciones son aquellas que jamás pueden ser reproducidas. Meses, años, de preparación. Todo en su sitio. Pero al final del día, la putrefacción comienza. No pude momificarlos de verdad: no tuve tiempo ni recursos. Solo pude preservarlos lo suficiente para preparar este único espectáculo. Mañana se habrá estropeado. Tú fuiste el único que lo ha visto. Solo tú. Entiendo... que todos somos marionetas... ¿Sabes?

La voz procedía del fondo de la sala, cerca de unos escombros que bloqueaban la visión de Wax.

—Alguien más nos mueve —dijo Tan.

Wax rodeó el montículo de escombros, alzando su Sterrion.

Tan estaba allí de pie, sujetando a Lessie ante él, amordazada, los ojos muy abiertos. Wax se quedó inmóvil, la pistola alzada. Lessie sangraba por una pierna y un brazo. Le habían disparado, y su rostro palidecía. Había perdido sangre. Así había podido someterla Tan.

Wax no se movió. No sintió ansiedad. No podía permitírselo: podría hacerle temblar, y temblar podría hacer que fallara el tiro. Podía ver el rostro de Tan detrás de Lessie; el hombre sujetaba un garrote alrededor de su cuello.

Tan era un hombre delgado, de dedos finos. Era enterrador. Pelo negro, algo escaso, repeinado hacia atrás. Un bonito traje que ahora brillaba con sangre.

—Alguien nos mueve, vigilante —dijo Tan en voz baja.

Lessie miró a Wax a los ojos. Los dos sabían qué hacer en esta situación. La última vez, lo habían capturado a él. En opinión de Lessie, eso no era una desventaja. Habría explicado que, si Tan no hubiera sabido que los dos eran pareja, la habría matado inmediatamente. En cambio, la había secuestrado. Eso les daba una oportunidad.

Wax apuntó a lo largo del cañón de su Sterrion. Apretó el gatillo hasta que equilibró el peso del percutor hasta el punto de inicio del disparo, y Lessie parpadeó. Uno. Dos. Tres.

Wax disparó.

En el mismo instante, Tan empujó a Lessie a la derecha.

El disparo rompió el aire, resonando contra los ladrillos de barro. La cabeza de Lessie se sacudió hacia atrás cuando la bala de Wax la alcanzó sobre el ojo derecho. La sangre roció la pared de ladrillo que tenía detrás. Se desmoronó.

Wax se quedó inmóvil, petrificado, horrorizado. «No... esta no es la forma... no puede...».

—Las mejores representaciones —dijo Tan, sonriendo y mirando la figura de Lessie— son aquellas que solo pueden representarse una vez.

Wax le disparó a la cabeza.



Cinco meses más tarde, Wax caminaba por las salas decoradas de una fiesta grande y animada, dejando atrás hombres con fracs oscuros y mujeres con coloridos vestidos de estrechas cinturas y montones de pliegues en sus largas faldas plisadas. Lo llamaban «lord Waxillium» o «lord Ladrian» cuando le hablaban.

Los saludó a todos, pero evitó verse atraído a ninguna conversación. Deliberadamente se abrió paso hasta una de las salas del fondo, donde las deslumbrantes luces eléctricas (la comidilla de la ciudad) producían un firme brillo, demasiado regular, para espantar la penumbra de la noche. Ante las ventanas, pudo ver la bruma arañando los cristales.

Desafiando el decoro, Wax se dirigió a las enormes dobles puertas de cristal de la sala y salió al gran balcón de la mansión. Allí, finalmente, pudo respirar a sus anchas.

Cerró los ojos, tomó aire y lo expulsó, sintiendo la leve humedad de las brumas en la piel de su rostro. «Los edificios son tan... asfixiantes aquí en la ciudad —pensó—. ¿Lo había olvidado sin más, o no me daba cuenta cuando era más joven?».

Abrió los ojos y apoyó las manos en la barandilla del balcón para contemplar Elendel. Era la ciudad más grande del mundo, una metrópolis diseñada por el mismísimo Armonía. El lugar de la juventud de Wax. Un lugar que no había sido su hogar desde hacía veinte años.

Aunque habían pasado cinco meses desde la muerte de Lessie, todavía podía oír el disparo, ver la sangre manchando los ladrillos. Había dejado los Áridos, regresado a la ciudad, respondiendo a la desesperada llamada para cumplir con su deber para con su casa tras el fallecimiento de su tío.

Cinco meses y un mundo de distancia, y todavía podía oír aquel disparo. Nítido, limpio, como un trueno en el cielo.

Tras él, pudo oír la música de las risas que procedían del calor de la sala. La Mansión Cett era un lugar grandioso, lleno de maderas caras, suaves alfombras y chispeantes lámparas. Nadie se unió a él en el balcón.

Desde este lugar, podía ver perfectamente las luces del Paseo Demoux. Una doble fila de brillantes farolas eléctricas con una firme y ardiente blancura. Brillaban como burbujas a lo largo del amplio bulevar, que estaba flanqueado por un canal aún más amplio donde las luces se reflejaban en sus aguas mansas y silenciosas. Un tren nocturno saludó mientras se dirigía hacia el lejano centro de la ciudad, manchando las brumas con humo más oscuro.

Tras el Paseo Demoux, Wax podía ver bien el Edificio Columna de Hierro y la Torre Tekiel, uno a cada lado del canal. Ambos estaban sin terminar, pero sus entramados de acero ya se elevaban hacia las alturas. Sus dimensiones eran asombrosas.

Los arquitectos continuaban enviando informes de progresos sobre la altura que pretendían alcanzar, cada uno intentando superar al otro. Los rumores que Wax había oído en la fiesta, creíbles, decían que ambos se detendrían cuando superaran los cincuenta pisos de altura. Nadie sabía cuál acabaría siendo más alto, aunque eran comunes las apuestas.

Wax aspiró las brumas. Allá en los Áridos, la Mansión Cett, que tenía tres pisos de altura, habría sido el edificio más alto existente. Aquí se veía empequeñecida. El mundo había seguido su marcha y había cambiado durante los años que había estado fuera de la ciudad. Había crecido, inventando luces que no necesitaban ningún fuego y edificios que amenazaban con alzarse por encima de las mismísimas brumas. Al contemplar aquella amplia calle en la linde del Quinto Octante, Wax se sintió de pronto muy, muy viejo.

—¿Lord Waxillium? —preguntó una voz desde atrás.

Se dio la vuelta y encontró a una mujer mayor, lady Aving Cett, que estaba asomada a la puerta. Su pelo gris estaba recogido en un moño y llevaba rubíes en el cuello.

—Por Armonía, buen hombre. ¡Vas a enfriarte ahí fuera! Ven, hay unas personas que quiero que conozcas.

—Voy en un momento, mi señora —respondió Wax—. Estoy tomando un poco el aire.

Lady Cett frunció el ceño, pero se marchó. No sabía qué pensar de él: ninguno de ellos lo sabía. Algunos lo veían como un vástago misterioso de la familia Ladrian, asociado con extrañas historias de los

reinos de más allá de las montañas. Los demás asumían que era un inculto bufón rural. Él suponía que probablemente era ambas cosas.

Había estado exhibiéndose toda la noche. Se suponía que debía buscar una esposa, y todo el mundo lo sabía. La Casa Ladrian era insolvente después de la imprudente dirección de su tío, y el camino más sencillo para encontrar dinero era el matrimonio. Por desgracia, su tío también había conseguido ofender a tres cuartas partes de la clase alta de la ciudad.

Wax se inclinó hacia delante en el balcón, los revólveres Sterrion bajo sus brazos se le clavaron en los costados. Con sus largos cañones, no estaban hechos para llevarlos bajo el sobaco. Le habían estado molestando toda la noche.

Sin darse tiempo para pensárselo mejor, saltó por el balcón y empezó a caer hacia el suelo. Quemó acero, luego lanzó una bala usada tras él y la empujó: su peso la envió a la tierra más rápido de lo que él caía. Como siempre, gracias a su feruquimia, era más liviano de lo que tendría que haber sido. Ya apenas sabía cómo era ir por la vida con su peso pleno.

Cuando el casquillo golpeó el suelo, lo empujó y se lanzó en horizontal hacia la muralla del jardín. Apoyando una mano en la piedra, dio una voltereta para salir del jardín, luego redujo su peso a una fracción de lo normal mientras caía al otro lado. Aterrizó con suavidad.

«Ah, bien —pensó, agazapándose y mirando entre las brumas—. El patio de los cocheros».

Los vehículos que todo el mundo había utilizado para llegar hasta aquí estaban aparcados en ordenadas filas, y los cocheros charlaban en unas cuantas cómodas habitaciones que vertían luz anaranjada a las brumas. Aquí no había luces eléctricas: solo buenos hogares que desprendían calor.

Caminó entre los carroajes hasta que encontró el suyo, y luego abrió el arcón atado atrás.

Se quitó la elegante chaqueta de caballero y se puso su gabán de bruma, un largo atuendo envolvente como un sobretodo con un grueso cuello y mangas vueltas. Metió una escopeta en su bolsillo interior, y luego se ciñó el cinturón y enfundó las Sterrions en las pistoleras de sus caderas.

«Ah, mucho mejor», pensó. Tenía que dejar de llevar encima las Sterrions y conseguirse unas armas más prácticas que pudiera ocultar. Por desgracia, nunca había encontrado algo tan bueno como la obra de Ranette. ¿No se había mudado ella a la ciudad? Tal vez podría buscarla y convencerla para que le fabricara algo. Suponiendo que no le pegara un tiro nada más verlo.

Unos momentos después corría por la ciudad, el gabán de bruma liviano sobre su espalda. Lo dejó abierto por delante, revelando su camisa negra y sus pantalones de caballero. El gabán, que le llegaba hasta los tobillos, había sido cortado en tiras desde la cintura para abajo, y las partes colgantes ondeaban tras él con un suave rumor.

Lanzó un casquillo de bala y se abalanzó al aire, para aterrizar en lo alto del edificio del otro lado de la calle, frente a la mansión. Se volvió a mirarla, las ventanas encendidas en la oscuridad de la noche. ¿Qué clase de rumores iba a iniciar, desapareciendo así del balcón?

Bueno, ya sabían que era un nacidoble: eso era de dominio público. Su desaparición no iba a hacer mucho para ayudar a su familia a reparar su reputación. Por el momento, no le importaba. Había pasado casi todas las noches desde su regreso a la ciudad en un acto social u otro, y no había tenido una noche brumosa desde hacía semanas.

Necesitaba las brumas. Eran su esencia.

Wax cruzó corriendo el tejado y saltó, dirigiéndose hacia el Paseo Demoux. Justo antes de alcanzar el suelo, lanzó un casquillo vacío y lo empujó, refrenando su descenso. Aterrizó en medio de unos arbustos decorativos que se engancharon en los sueltos de su gabán e hicieron un sonido de roce.

«Maldición». Nadie plantaba arbustos decorativos en los Áridos. Se liberó, dando un respiro ante el ruido. ¿Unas pocas semanas en la ciudad y se estaba oxidando ya?

Sacudió la cabeza y se impulsó de nuevo al aire, moviéndose por el amplio bulevar y el canal paralelo. Orientó su vuelo para remontarlo y aterrizó en una de las nuevas farolas eléctricas. Había una cosa buena en una ciudad moderna como esa: tenía un montón de metal.

Sonrió, avivó su acero y se impulsó desde lo alto de la farola, lanzándose en un amplio arco por los aires. La bruma pasaba veloz ante él, girando mientras el viento le azotaba el rostro. Era emocionante. Un hombre nunca se sentía verdaderamente libre hasta que se libraba de las cadenas de la gravedad y surcaba el cielo.

Mientras remontaba su arco, empujó de nuevo contra otra farola, lanzándose hacia delante. La larga fila de postes de metal era como su propia vía férrea personal. Avanzó rebotando, atrayendo con sus proezas la atención de los que pasaban en carruaje, tanto tirados por caballos como sin caballos.

Sonrió. Los lanzamonedas como él eran relativamente raros, pero Elendel era una ciudad importante con una población enorme. No sería el primer hombre que esta gente veía surcar los aires gracias al metal de la ciudad. Los lanzamonedas a menudo actuaban como mensajeros de alta velocidad en Elendel.

El tamaño de la ciudad lo sorprendía todavía. Aquí vivían millones de personas, quizás hasta cinco. Nadie tenía una forma segura de contar cuánta gente había en todos sus distritos: se llamaban octantes, y como cabía esperar, eran ocho.

Millones. No podía imaginarlo, aunque había crecido aquí. Antes de dejar Erosión, había empezado a pensar que se estaba haciendo demasiado grande, pero no podía haber diez mil habitantes en esa ciudad.

Aterrizó en una farola situada directamente delante del Edificio Columna de Hierro. Torció el cuello, mirando a través de las brumas la inmensa estructura de la torre. La cima sin terminar se perdía en la

oscuridad. ¿Podría escalar algo tan alto? No podía tirar de los metales, solo empujar: no era ningún nacido de la bruma mitológico de las viejas historias, como el Superviviente o el Guerrero Ascendente. Un poder alomántico, un poder feroquímista, era todo lo que un hombre podía tener. De hecho, tener uno solo era un gran privilegio: ser un nacidoble como era Wax era verdaderamente excepcional.

Wayne decía haber memorizado los nombres de todas las posibles combinaciones de nacidobles. Naturalmente, Wayne también decía haber robado una vez un caballo que eructaba perfectas notas musicales, así que había que coger lo que decía con pinzas de cobre. Wax no prestaba atención a todos los nombres y definiciones: él era un chocador, la mezcla de lanzamonedas y ajustador. Rara vez se molestaba en pensar en sí mismo en esos términos.

Empezó a llenar sus mentes de metal (los brazaletes de hierro que llevaba en los brazos), librándose de más peso, haciéndose aún más liviano. Ese peso podía almacenarse para un uso futuro. Entonces, ignorando la parte más cautelosa de su mente, avivó su acero y empujó.

Se lanzó hacia arriba. El viento se convirtió en un rugido, y la farola era un buen anclaje (montones de metal, firmemente sujetos al suelo) capaz de impulsarlo muy alto. Se había desviado levemente, y las plantas del edificio se convirtieron en un borrón ante él. Se posó unos veinte pisos más arriba, justo cuando su empujón a la farola alcanzaba su límite.

Esta sección del edificio había sido terminada ya, el exterior hecho de un material moldeable que imitaba la piedra labrada. Cerámica, había oído decir que se llamaba. Era una práctica común para los edificios altos, donde los niveles inferiores eran de piedra, pero los superiores usaban algo más ligero.

Se aferró a un saliente. No era tan liviano como para que el viento pudiera hacerlo caer, no con sus mentes de metal en los brazos y las armas que llevaba. Su cuerpo más ligero le facilitó sujetarse.

Las brumas se revolvían bajo él. Parecían casi juguetonas. Miró hacia abajo, decidido su siguiente paso. Su acero revelaba líneas de azul, indicando fuentes cercanas de metal, muchas de las cuales eran el armazón de la estructura. Empujar cualquiera de ellas lo enviaría lejos del edificio.

«Allí», pensó, advirtiendo un saliente a unos dos metros más arriba. Escaló por el lado del edificio, los dedos enguantados seguros en la compleja superficie ornamental. Un lanzamonedas aprendía pronto a no temer a las alturas. Se encaramó en el saliente, luego lanzó un casquillo, deteniéndolo con el pie.

Miró hacia arriba, juzgando su trayectoria. Extrajo un frasco de su cinturón, lo destapó y apuró el líquido y las virutas de acero que tenía dentro. Siseó entre dientes mientras el whisky le quemaba la garganta. Buen material, de la destilería de Stagin. «Maldición, voy a echarlo de menos cuando se me acabe», pensó, tirando el frasquito.

La mayoría de los alománticos no usaban whisky. Se perdían una oportunidad perfecta. Sonrió mientras sus reservas internas de acero eran restauradas; luego avivó el metal y se lanzó al aire.

Voló al cielo nocturno. Por desgracia, la Columna de Hierro estaba construida con vigas escalonadas, y los pisos superiores se hacían progresivamente más estrechos a medida que se iba ascendiendo. Esto significaba que, aunque se empujara directamente hacia arriba, pronto se halló surcando la oscuridad abierta, rodeado de brumas, con el costado del edificio a tres metros de distancia.

Wax buscó en su gabán y sacó su escopeta de cañones cortos del largo bolsillo en forma de manga del interior. Se giró, apuntando con el arma hacia fuera, la apoyó contra su costado y disparó.

Era tan liviano que el retroceso lo hizo volar hacia el edificio. El estampido del disparo resonó abajo, pero los casquillos eran de postas, demasiado pequeñas y ligeras para herir a nadie cuando caían dispersas desde tanta altura.

Chocó contra la pared de la torre cinco pisos por encima de donde estaba, y se agarró a un saliente en forma de clavo. La decoración allí arriba era realmente maravillosa. ¿Quiénes creían que iban a mirarla? Sacudió la cabeza. Los arquitectos eran tipos curiosos. Nada prácticos, como lo eran los buenos armeros. Wax escaló hasta otro saliente y saltó de nuevo hacia arriba.

El siguiente salto fue suficiente para llevarlo al entramado de acero descubierto de las plantas superiores sin terminar. Caminó sobre una viga, luego escaló un travesaño vertical (su peso reducido hizo que fuera fácil), y escaló a la más alta de las vigas que sobresalían de la parte superior del edificio.

La altura era mareante. Incluso con las brumas oscureciendo el paisaje, podía ver la doble fila de luces que iluminaban la calle abajo. Otras luces brillaban más suavemente por la ciudad, como las velas flotantes de un entierro marino. Solo la ausencia de luces le permitió detectar los diversos parques y la bahía al oeste.

Una vez, esta ciudad había sido su casa. Eso fue antes de que se pasara veinte años viviendo en el polvo, donde la ley era a veces un recuerdo lejano y la gente consideraba que los carroajes eran una frivolidad. ¿Qué habría pensado Lessie de uno de estos artefactos sin caballo, con las finas ruedas hechas para conducir por las bellas calles pavimentadas de una ciudad? ¿Vehículos que funcionaban con petróleo y grasa, no con heno y herraduras?

Se dio media vuelta. Era difícil juzgar las localizaciones con la oscuridad y las brumas, pero tenía la ventaja de haber pasado su juventud en esta parte de la ciudad. Las cosas habían cambiado, pero no tanto. Juzgó la dirección, comprobó sus reservas de acero, y luego se lanzó a la oscuridad.

Se impulsó hacia arriba trazando un gran arco sobre la ciudad, volando durante medio minuto gracias al empujón por encima de aquellas enormes vigas. El rascacielos se convirtió en una silueta en sombras tras él, luego desapareció. Al cabo de un rato, su ímpetu se agotó y cayó a través de las brumas. Se dejó

caer, tranquilo. Cuando las luces se acercaron y pudo ver que no tenía a nadie debajo, apuntó con su escopeta al suelo y apretó el gatillo.

El retroceso lo lanzó hacia arriba un momento, frenando su descenso. Empujó la posta en el suelo para frenarse más, y aterrizó agazapado, con suavidad. Advirtió insatisfecho que había destrozado algunas piedras del pavimento con el disparo.

«¡Armonía! —pensó. Iba a tener que aprender a acostumbrarse a este lugar—. Soy como un caballo desbocado en un mercado estrecho —pensó, volviéndose a guardar la escopeta bajo el gabán—. Tengo que aprender a ser más delicado». Allá en los Áridos, lo consideraban un caballero refinado. Aquí, si no prestaba atención, pronto demostraría ser el bruto inculto que la mayor parte de la nobleza consideraba ya que era. Si...

Disparos.

Wax reaccionó de inmediato. Se empujó lateralmente en una verja de hierro, y luego rodó. Se incorporó y empuñó un Sterrion con la mano derecha, buscando con la izquierda la escopeta en el bolsillo interior de su gabán.

Escrutó la noche. ¿Habían atraído sus disparos inconscientes la atención de los alguaciles locales? Los disparos volvieron a repetirse y él frunció el ceño. «No. Suenan demasiado lejos. Ha sucedido algo».

Esto lo llenó de emoción. Saltó al aire y recorrió la calle, empujándose contra la misma verja para ganar altura. Aterrizó en lo alto de un edificio; esta zona estaba llena de estructuras de apartamentos de tres y cuatro plantas con estrechos callejones intermedios. ¿Cómo podía vivir la gente sin espacio alrededor? Él se habría vuelto loco.

Cruzó unos cuantos edificios (era muy conveniente que los tejados fueran planos), y entonces se detuvo a escuchar. Su corazón latía emocionado, y advirtió que estaba esperando algo como esto. Por eso había abandonado la fiesta, para buscar el rascacielos y escalarlo, para correr entre las brumas. Allá en Erosión, a medida que la ciudad se iba haciendo más grande, a menudo había patrullado de noche, vigilando por si había problemas.

Preparó su Sterrion cuando oyó otro disparo, más cerca esta vez. Juzgó la distancia, luego dejó caer un casquillo y se empujó al aire. Había restaurado su peso a tres cuartas partes y lo dejó ahí. Necesitabas algo de peso para luchar con efectividad.

Las brumas giraban y revoloteaban, incitándolo. Nunca podía saberse qué noches traían las brumas: no seguían las pautas normales del clima. Una noche podía ser húmeda y fría, y sin embargo no aparecía ni un jirón de bruma. Otra noche podía empezar seca como hojas quebradizas, pero las brumas la consumían.

Eran finas esa noche, y por eso la visibilidad seguía siendo buena. Otro estampido rompió el silencio. «Allí», pensó Wax. Tras quemar acero y sentir un cómodo calor en su interior, saltó por encima de otra calle en medio de un aleteo de brumas veloces, los faldones de su gabán y el viento ululante.

Aterrizó suavemente y alzó la pistola mientras cruzaba corriendo el tejado. Llegó al borde y miró hacia abajo. Allí, alguien se había refugiado tras un montón de cajas cerca de la desembocadura del callejón. En la noche oscura y brumosa, Wax no pudo distinguir muchos detalles, pero la persona iba armada con un rifle que apoyaba en una caja. Apuntaba a un grupo de gente que llevaba los distintivos sombreros redondos de los alguaciles de la ciudad.

Wax empujó suavemente en todas direcciones, formando su burbuja de acero. Un pestillo en una trampilla a sus pies se sacudió cuando su alomancia lo afectó. Miró al hombre que les disparaba a los alguaciles. Sería bueno hacer algo valioso en esta ciudad, en vez de ir por ahí charlando con los demasiado privilegiados y los demasiado elegantes.

Lanzó un casquillo y su alomancia lo aplastó contra el techo. Empujó con más fuerza, lanzándose a las alturas a través de las brumas. Redujo dramáticamente su peso y empujó el pestillo de una ventana mientras caía, posicionándose para aterrizar justo en medio del callejón.

Con su acero, podía ver líneas que apuntaban hacia cuatro figuras distintas que tenía delante. Mientras aterrizaba (los hombres murmuraron maldiciones y se volvieron hacia él), alzó su Sterrion y apuntó al primero de los hampones callejeros. El sujeto tenía una barba rala y ojos tan oscuros como la misma noche.

Wax oyó gemir a una mujer.

Se detuvo, la mano firme, pero incapaz de moverse. Los recuerdos, tan cuidadosamente contenidos dentro de su cabeza, reventaron e inundaron su mente. Lessie, inmovilizada con un garrote alrededor del cuello. Un solo disparo. Sangre en las paredes de ladrillo rojo.

El hampón volvió su rifle hacia Wax y disparó. La burbuja de acero apenas desvió el tiro, y la bala atravesó el tejido del gabán, rozándole las costillas.

Intentó disparar, pero aquel gemido...

«Oh, Armonía», pensó, enfadado consigo mismo. Apuntó hacia abajo y disparó al suelo, luego empujó la bala y se lanzó hacia atrás, fuera del callejón.

Las balas penetraron en las brumas a su alrededor. Con burbuja de acero o no, tendría que haberlo alcanzado alguna. Fue pura suerte haber salvado la vida mientras aterrizaba en otro tejado y rodaba hasta detenerse, boca abajo, protegido de los disparos por un pretil.

Wax jadeó en busca de aire, la mano en el revólver. «Idiota —pensó para sí—. Necio». Nunca se había quedado inmovilizado en un combate antes, ni siquiera cuando era novato. «Nunca». Esta, sin embargo,

era la primera vez que intentaba dispararle a alguien desde el desastre en la iglesia en ruinas.

Quiso agazaparse, avergonzado, pero rechinó los dientes y se arrastró hasta el borde del tejado. Los hombres seguían allí abajo. Ahora podía verlos mejor, reuniéndose y preparándose para atacar. Probablemente no querían tener nada que ver con un alomántico.

Apuntó al que parecía ser el jefe. No obstante, antes de que Wax pudiera disparar, el hombre cayó ante los disparos de los alguaciles. En unos instantes, el callejón se llenó de hombres de uniforme. Wax alzó su Sterrion, respirando profundamente.

«Podría haber disparado esa vez —se dijo—. Fue ese único momento en que no supe reaccionar. No tendría que haber sucedido de nuevo». Se lo dijo varias veces mientras los alguaciles iban eliminando a los malhechores del callejón uno a uno.

No había ninguna mujer. Los gemidos que había oído eran de un miembro de la banda que había recibido un balazo antes de la llegada de Wax. El hombre seguía gimiendo de dolor cuando se lo llevaron.

Los alguaciles no habían visto a Wax. Se dio media vuelta y desapareció en la noche.

Poco después, Wax llegó a la Mansión Ladrian. Su residencia en la ciudad, su hogar ancestral. No sentía que perteneciera a ese lugar, pero lo utilizaba de todas formas.

La majestuosa mansión carecía de terrenos donde expandirse, aunque tenía cuatro elegantes plantas, con balcones y un bonito jardín en la parte de atrás. Wax lanzó una moneda y saltó por encima de la verja de entrada, hasta aterrizar en lo alto de la garita. «Mi carruaje ha vuelto», advirtió. No era sorprendente. Se estaban acostumbrando a él; no estaba seguro de si sentirse halagado o avergonzado de ello.

Empujó las puertas, que se sacudieron por el peso, y aterrizó en un balcón del tercer piso. Los lanzamonedas tenían que aprender precisión, al contrario que sus primos alománticos, los tiradores de hierro, también conocidos por atraedores. Estos tan solo elegían un blanco y tiraban de sí mismos hacia él, pero a menudo tenían que agarrarse al costado de un edificio, haciendo ruido. Los lanzamonedas tenían que ser delicados, cuidadosos, precisos.

La habitación no estaba cerrada: la había dejado así. No le apetecía tratar con nadie en este momento: su enfrentamiento abortado con los delincuentes lo había afectado. Entró en la habitación oscura, luego la cruzó y escuchó ante la puerta. No había ningún sonido en el pasillo. Abrió la puerta en silencio y salió.

El pasillo estaba oscuro, y él no era ningún ojos de estaño, capaz de amplificar sus sentidos. Avanzó paso a paso, cuidando de no tropezar con el borde de una alfombra o chocar con un pedestal.

Sus aposentos estaban al fondo del pasillo. Extendió la mano enguantada hacia la aldaba de bronce. Excelente. Con cuidado empujó la puerta para abrirla y entró en su dormitorio. Ahora solo tenía que...

Una puerta se abrió al otro lado de su habitación, dejando entrar una brillante luz amarilla. Wax se detuvo, aunque su mano buscó rápidamente en su gabán uno de sus Sterrions.

En la puerta había un hombre mayor, que sostenía un gran candelabro. Llevaba un impoluto uniforme negro y guantes blancos. Alzó una ceja al ver a Wax.

—Gran señor Ladrian —dijo—. Veo que ha regresado.

—Hum... —dijo Wax, apartando tímidamente la mano del interior del gabán.

—Su baño está preparado, mi señor.

—No he pedido ningún baño.

—Sí, pero considerando sus... diversiones nocturnas, me pareció prudente prepararle uno. —El mayordomo olisqueó—. ¿Pólvora?

—Ejem, sí.

—Confío en que mi señor no le disparara a nadie demasiado importante.

«No —pensó Wax—. No, no pude».

Tillaume se quedó allí de pie, envarado, desaprobándolo. No dijo las palabras que indudablemente estaba pensando: que la desaparición de Wax de la fiesta había causado un escándalo menor, que sería aún más difícil encontrar una novia adecuada ahora. No dijo que estaba decepcionado. No dijo estas cosas porque era, después de todo, un sirviente.

Además, podía decirlo todo con una sola mirada de todas formas.

—¿Redacto una carta de disculpas a lady Cett, mi señor? Creo que la esperará, considerando que se le envió una a lord Stanton.

—Sí, eso estaría bien —dijo Wax. Se llevó las manos al cinturón, palpó los frascos con metal que llevaba allí, los revólveres en las caderas, el peso de la escopeta sujetada dentro del gabán. «¿Qué estoy haciendo? Estoy actuando como un necio».

De pronto se sintió enormemente infantil. ¿Dejar una fiesta para salir a patrullar por la ciudad, buscando problemas? ¿Qué le pasaba?

Sentía como si hubiera estado intentando volver a capturar algo. Una parte de la persona que había sido antes de la muerte de Lessie. Sabía, en el fondo, que podría haber problemas al disparar ahora y había querido demostrar lo contrario.

Había suspendido la prueba.

—Mi señor —dijo Tillaume, acercándose un paso—. ¿Puedo hablar... con osadía, un momento?

—Puedes.

—La ciudad tiene gran número de alguaciles —dijo Tillaume—. Y son bastante capaces en su trabajo. Nuestra casa, sin embargo, solo tiene un gran señor. Miles de personas dependen de usted, señor.

Tillaume asintió respetuosamente, luego se dispuso a empezar a encender algunas velas en el dormitorio.

Las palabras del mayordomo eran ciertas. La Casa Ladrian era una de las más poderosas de la ciudad, al menos históricamente. En el gobierno de la ciudad, Wax representaba los intereses de toda la gente que empleaba su casa. Ciento, también tenían un representante basado en los votos de su gremio, pero de quien más dependían era de Wax.

Su casa estaba casi en bancarrota: rica en potencial, en posesiones y en trabajadores, pero pobre en dinero en efectivo y conexiones debido a la locura de su tío. Si Wax no hacía algo para cambiar eso, podía significar la pérdida de empleos, pobreza, y la ruina cuando otras casas se hicieran con sus pertenencias y les exigieran las deudas sin pagar.

Wax pasó los pulgares por sus Sterrions. «Los alguaciles manejan bien a esos hampones —admitió para sus adentros—. No me necesitaron. Esta ciudad no me necesita, no como lo hacía Erosión».

Intentaba aferrarse a lo que había sido. Ya no era esa persona. No podía serlo. Pero la gente lo necesitaba para otra cosa.

—Tillaume —dijo Wax.

El mayordomo se volvió a mirarlo. La mansión no tenía luces eléctricas todavía, aunque iban a venir obreros a instalarlas pronto. Algo que su tío había pagado antes de morir, dinero que Wax no podía recuperar ahora.

—¿Sí, mi señor? —preguntó Tillaume.

Wax vaciló. Luego extrajo lentamente la escopeta de dentro del gabán y la depositó en el baúl que había junto a su cama, colocándola junto a una compañera que había dejado allí antes. Se quitó el gabán de bruma, envolviendo el grueso tejido en su brazo. Sostuvo con reverencia la prenda un instante, luego la guardó en el baúl. Siguieron sus revólveres Sterrion. No eran sus únicas pistolas, pero representaban su vida en los Áridos.

Cerró la tapa del baúl de su antigua vida.

—Llévate esto, Tillaume —dijo Wax—. Guárdalo por ahí.

—Sí, mi señor —respondió Tillaume—. Lo tendré preparado, por si lo vuelve a necesitar.

—No lo necesitaré —dijo Wax. Se había concedido una última noche en las brumas. Una emoción para subir a la torre, una noche en la oscuridad. Decidió concentrarse en eso, en vez de su fracaso con los hampones, como los logros de su noche.

Un último baile.

—Llévatelo, Tillaume —dijo Wax, dando la espalda al baúl—. Llévatelo a algún lugar seguro, pero guárdalo. Para siempre.

—Sí, mi señor —dijo el mayordomo en voz baja. Parecía aprobar su acción.

«Y eso es todo», pensó Wax. Se dirigió entonces al cuarto de baño. Wax el vigilante había desaparecido.

Era el momento de ser lord Waxillium Ladrian, Decimosexto Gran Señor de la Casa de Ladrian, residente en el Cuarto Octante de la ciudad de Elendel.



SEIS MESES MÁS TARDE

—¿Qué tal el pañuelo? —preguntó Waxillium, estudiándose en el espejo. Se volvió de lado y tiró de nuevo de la corbata plateada.

—Impecable como siempre, mi señor —dijo Tillaume. El mayordomo permanecía de pie, las manos a la espalda, una bandeja de humeante té a su lado en una mesita. Waxillium no había pedido té, pero Tillaume lo había traído de todas formas. A Tillaume le encantaba el té.

—Estás seguro? —preguntó Waxillium, tirando de nuevo del pañuelo.

—Por supuesto, mi señor —vaciló—. He de admitir, mi señor, que siento curiosidad desde hace meses. Es usted el primer gran señor al que sirvo que sabe hacerse un nudo decente en el pañuelo para el cuello. Me había acostumbrado a proporcionar esa ayuda.

—Cuando uno vive en los Áridos, aprende a hacer las cosas solo.

—Con el debido respeto, mi señor —dijo Tillaume, su voz normalmente monótona traicionó una sombra de curiosidad—. No pensaba que hiciera falta aprender esa habilidad en los Áridos. No era consciente de que los habitantes de esas tierras tuvieran el menor interés por asuntos de moda y decoro.

—No lo tienen —respondió Waxillium con una sonrisa, dando un último ajuste al pañuelo—. Por eso lo hacía siempre en parte. Vestir como un caballero de ciudad tenía un extraño efecto en la gente de allí. Algunos me respetaron inmediatamente, otros me subestimaron con la misma rapidez. A mí me vino bien en ambos casos. Y, he de añadir, era inenarrablemente agradable ver las expresiones de los rostros de los delincuentes cuando eran entregados por alguien a quien habían tomado por un dandi de ciudad.

—Me lo imagino, mi señor.

—Yo me sentía bien así —dijo Waxillium en voz baja, mirándose en el espejo. Pañuelo plateado, chaleco de seda verde. Gemelos esmeralda. Chaqueta y pantalones negros, con las mangas y perneras vueltas. Un botón de acero en el chaleco entre los de madera, una vieja tradición suya—. La ropa era un recordatorio, Tillaume. La tierra a mi alrededor podía ser salvaje, pero yo no tenía por qué serlo.

Waxillium sacó un pañuelo plateado de la cómoda, perfectamente doblado, y se lo colocó en el bolsillo del pecho. Una súbita campana sonó por toda la mansión.

—Herrumbre y Ruina —maldijo, comprobando el reloj de bolsillo—. Llegan temprano.

—Lord Harms es célebre por su puntualidad, mi señor.

—Maravilloso. Bien, acabemos con esto.

Waxillium salió al pasillo, las botas deslizándose por la alfombra de terciopelo verde. La mansión había cambiado poco durante sus dos décadas de ausencia. Incluso después de seis meses de vivir aquí, seguía sin parecerle que fuera suya. El leve olor de la pipa de su tío aún permanecía, y la decoración mostraba una afición a las maderas oscuras y las esculturas de piedra. A pesar de los gustos modernos, casi no había ningún retrato ni pinturas. Como Waxillium sabía, muchas eran valiosas y habían sido vendidas antes de la muerte de su tío.

Tillaume lo acompañó, las manos a la espalda.

—Mi señor habla como si considerara el deber de este día una lacra.

—¿No es obvio? —Waxillium hizo una mueca. ¿Qué decía de él que prefiriera enfrentarse a una red de forajidos, sin armas y en inferioridad numérica, antes que reunirse con lord Harms y sus hijas?

Una matrona regordeta esperaba al fondo del pasillo, ataviada con un vestido negro y un delantal blanco.

—Oh, lord Ladrian —dijo con afecto—. ¡Su madre estaría tan satisfecha al ver este día!

—No se ha decidido nada aún, señorita Grimes —dijo Waxillium mientras la mujer se les unía y caminaban juntos por la balaustrada de la galería del primer piso.

—Ella esperaba que se casara con una bella dama algún día —dijo la señorita Grimes—. Si hubiera oído cómo se preocupaba, todos esos años...

Waxillium trató de ignorar la forma en que esas palabras retorcían su corazón. No había oído cómo se preocupaba su madre. Apenas les había escrito, a sus padres o a su hermana, y solo había venido de visita

una vez, después de que el ferrocarril llegara a Erosión.

Bueno, ahora estaba cumpliendo con sus obligaciones. Seis meses de trabajo, y por fin estaba estableciéndose y sacando a la Casa Ladrian (junto a sus muchos forjadores y costureras) del abismo del colapso financiero. El último paso se daría hoy.

Waxillium llegó a lo alto de las escaleras, y entonces vaciló.

—No —dijo—. No debo apresurarme. Tengo que darles tiempo para sentirse cómodos.

—Eso es... —empezó a decir Tillaume, pero Waxillium lo interrumpió dándose media vuelta y echando a andar por donde había venido.

—Señorita Grimes —dijo Waxillium—, ¿hay otros asuntos que necesiten mi atención hoy?

—¿Desea oírlos ahora? —preguntó ella, frunciendo el ceño mientras se apresuraba por alcanzarlo.

—Algo que mantenga mi mente ocupada, querida mujer —dijo Waxillium. Herrumbre y Ruina... Estaba tan nervioso que notó que había metido la mano por dentro de su chaqueta y estaba acariciando la empuñadura de su Immerling 44-S.

Era una buena arma; no tan buena como las que fabricaba Ranette, sino un arma pequeña, adecuada para un caballero. Había decidido que sería lord y no vigilante, pero eso no significaba que fuera a ir por ahí desarmado. Eso..., bueno, eso sería una locura.

—Hay una cuestión —dijo la señorita Grimes, sonriendo. Era el ama de llaves de la Casa Ladrian desde hacía veinte años—. Anoche perdimos otro cargamento de acero.

Waxillium se detuvo en el pasillo.

—¿Qué? ¡Otra vez!

—Desgraciadamente, mi señor.

—Maldición. Estoy empezando a pensar que los ladrones solo se ceban en nosotros.

—Es solo nuestro segundo envío —dijo ella—. La Casa Tekiel ha perdido hasta ahora cinco cargamentos.

—¿Cuáles son los detalles? —preguntó él—. La desaparición. ¿Dónde sucedió?

—Bueno...

—No, no me lo diga —dijo él, alzando una mano—. No puedo permitirme distracciones.

La señorita Grimes le dirigió una mirada inexpresiva, ya que por eso había evitado hablarle de ese tema antes de su encuentro con lord Harms. Waxillium apoyó una mano en la barandilla, y sintió que su ojo izquierdo temblaba de forma involuntaria. Allí fuera había alguien, dirigiendo una operación organizada y altamente eficaz para robar los contenidos de vagones enteros. Empezaban a llamarlos los desvanecedores. Tal vez podría investigar un poco y...

«No —se dijo con firmeza—. No es mi deber. Ya no». Acudiría a las autoridades adecuadas, tal vez contrataría a algunos guardias o investigadores personales. No iría a cazar a los bandidos en persona.

—Estoy seguro de que los alguaciles encontrarán a los responsables y los llevarán a la justicia —dijo Waxillium con cierta dificultad—. ¿Cree que ya hemos hecho esperar lo suficiente a lord Harms? Creo que es suficiente. No es suficiente, ¿no?

Waxillium se dio media vuelta y regresó por donde había venido. Tillaume puso los ojos en blanco cuando pasó por su lado.

Waxillium llegó a las escaleras. Un joven con un chaleco verde de los Ladrian y una camisa blanca las venía subiendo.

—¡Lord Ladrian! —dijo Kip—. Ha llegado el correo.

—¿Algún paquete?

—No, mi señor —dijo el muchacho, entregando una carta ladrada—. Solo esto. Parecía importante.

—Una invitación a los espousales Yomen-Ostlin —supuso la señorita Grimes—. Podría ser una buena ocasión para hacer la primera aparición pública con la señorita Harms.

—¡Los detalles no se han decidido todavía! —protestó Waxillium mientras se detenían al pie de las escaleras—. Apenas he abordado el tema con lord Harms y prácticamente nos han casado ya. Es muy posible que esos comentarios interrumpan todo el asunto, como sucedió con lady Entrone.

—Todo saldrá bien, joven señor —dijo la señorita Grimes. Extendió la mano y ajustó el pañuelo plateado de su bolsillo—. Tengo el sentido de un placador para estos asuntos.

—¿Es consciente de que tengo cuarenta y dos años? «Joven señor» no encaja ya exactamente.

Ella le dio una palmadita en la mejilla. La señorita Grimes consideraba que todo hombre soltero era un niño... lo cual era terriblemente injusto, considerando que ella no se había casado nunca. Él se abstuvo de hablarle de Lessie: la mayor parte de su familia en la ciudad no sabía nada de ella.

—Muy bien —dijo Waxillium, volviéndose y avanzando hacia la sala de espera—. Vamos a las fauces de la bestia.

Limmi, jefa de personal de la planta baja, esperaba junto a la puerta. Alzó la mano mientras Waxillium se acercaba, como para hablar, pero él le deslizó la invitación a la boda en la mano.

—Que redacten una respuesta afirmativa a esto, por favor, Limmi —dijo—. Indica que cenaré con la señorita Harms y su padre, pero retén la carta hasta que acabe con la reunión. Ya te haré saber si la envío o no.

—Sí, mi señor, pero...

—No pasa nada —dijo él, abriendo la puerta—. No debo hacer espe...

Lord Harms y su hija no estaban en la sala. En cambio, Waxillium encontró a un joven larguirucho de rostro redondo y mentón afilado. Tenía unos treinta años de edad, y unos cuantos días de barba en la mandíbula y las mejillas. Llevaba un sombrero de ala ancha al estilo de los Áridos, los lados curvados levemente hacia arriba, y llevaba un sobretodo de cuero. Jugaba con uno de los relojes del tamaño de una mano que había en la repisa.

—Hola, Wax —dijo el hombre alegremente. Alzó el reloj—. ¿Puedo cambiarte por esto?

Waxillium cerró rápidamente la puerta tras él.

—¿Wayne? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Mirando tus cosas, socio —respondió Wayne. Alzó el reloj, apreciándolo—. ¿Qué vale, tres o cuatro barras? Tengo una botella de buen whisky que podría valer lo mismo.

—¡Tienes que marcharte de aquí! —dijo Waxillium—. Se supone que debes estar en Erosión. ¿Quién vigila el lugar?

—Barl.

—¡Barl! Es un bellaco.

—Yo también.

—Sí, pero tú eres el bellaco que yo elegí para hacer el trabajo. Al menos podrías haber enviado a Miles.

—¿Miles? —dijo Wayne—. Socio, Miles es un ser humano horrible. Prefiere dispararle a alguien antes de molestarte en averiguar si el tipo es culpable o no.

—Miles mantiene limpia su ciudad —dijo Waxillium—. Y me ha salvado la vida un par de veces. Y además no tiene nada que ver. Te dije que vigilaras Erosión.

Wayne se llevó la mano al sombrero.

—Ciento, Wax, pero ya no eres vigilante de la ley. Y yo tengo cosas importantes que hacer. —Miró el reloj, luego se lo guardó en el bolsillo y dejó en su lugar una botellita de whisky en la repisa—. Ahora, señor, tengo que hacerle unas cuantas preguntas.

Sacó una libretita y un lápiz del interior de su sobretodo.

—¿Dónde estuvo la noche pasada a eso de medianoche?

—¿Qué signifi...?

Las campanillas de la puerta volvieron a interrumpir a Waxillium.

—¡Herrumbre y Ruina! Es gente de clase alta, Wayne. He pasado meses convenciéndolos de que no soy un rufián. Necesito que te largues de aquí.

Waxillium dio un paso adelante, intentando conducir a su amigo hacia la salida del fondo.

—Vaya, esa es una conducta sospechosa, ¿no? —dijo Wayne, anotando algo en su libreta—. Esquivando preguntas, actuando ansioso. ¿Qué oculta, señor?

—Wayne —dijo Waxillium, agarrando al otro hombre por el brazo—. Una parte de mí aprecia que hayas venido hasta aquí a sacarme de quicio, y me alegro de verte. Pero este no es el momento.

Wayne hizo una mueca.

—Das por hecho que estoy aquí por ti. ¿No te parece un poco arrogante?

—¿Para qué si no estarías aquí?

—Envío de alimentos —dijo Wayne—. Un tren salió de Elendel hace tres días y llegó a los Áridos del norte con todo el contenido de un vagón vacío. He oído que recientemente has perdido dos cargamentos propios por obra de esos «desvanecedores». He venido a interrogarte. Bastante sospechoso, como decía.

—Sospechoso... Wayne, he perdido dos envíos. ¡Es a mí a quien han robado! ¿Por qué me convierte eso en sospechoso?

—¿Cómo voy a saber yo cómo funciona tu retorcida mente de genio criminal, socio?

Sonaron pasos ante la puerta. Waxillium miró la puerta, luego a Wayne.

—Ahora mismo, mi mente de genio criminal se pregunta si puedo esconder tu cadáver en algún sitio donde no llame demasiado la atención.

Wayne sonrió, dando un paso atrás.

La puerta se abrió.

Waxillium se dio media vuelta para ver a Limmi abrir mansamente la puerta. En el umbral esperaba un hombre corpulento con un traje muy elegante, empuñando un bastón de madera. Tenía unos bigotes que caían hasta su grueso cuello, y su chaleco estaba adornado por un pañuelo rojo oscuro.

—¡... digo que no importa a quién esté atendiendo! —decía lord Harms—. ¡Querrá hablar conmigo! Teníamos una cita y...

Lord Harms se detuvo, advirtiendo que la puerta estaba abierta.

—¡Ah!

Y entró en la sala.

Lo siguió una mujer de aspecto severo y cabello dorado sujetado en un tenso moño (su hija, Steris), y una mujer más joven a quien Waxillium no reconoció.

—Lord Ladrian —dijo Harms—. Considero muy impropio hacerme esperar. ¿Y a quién recibe en vez de a mí?

Waxillium suspiró.

—Es mi viejo...

—¡Tío! —dijo Wayne, dando un paso adelante y alterando la voz para parecer brusca y perder todo su acento rural—. Soy su tío Maksil. Me presenté de forma inesperada esta mañana, mi querido señor.

Waxillium alzó una ceja mientras Wayne avanzaba. Se había quitado el sombrero y el sobretodo, y se había pegado en el labio superior un bigote falso de aspecto realista y algunas canas. Encogía el rostro para mostrar unas cuantas arrugas extra alrededor de los ojos. Era un buen disfraz que le hacía parecer quizás unos cuantos años mayor que Waxillium, en vez de diez años más joven.

Waxillium miró por encima del hombro. El sobretodo estaba doblado en el suelo junto a uno de los sillones, el sombrero encima, un par de bastones de duelo cruzados sobre la pila. Waxillium ni siquiera había advertido el cambio: naturalmente, Wayne lo había hecho mientras estaba dentro de una burbuja de velocidad. Wayne era un deslizador, un alomántico de bendaleo, capaz de crear una burbuja de tiempo comprimido a su alrededor. A menudo empleaba ese poder para cambiar de disfraz.

También era nacidoble, como Waxillium, aunque su habilidad feruquímista (sanar rápidamente de las heridas) no era muy útil si no se dedicaba a combatir. Con todo, los dos poderes formaban una poderosa combinación.

—¿Tío, dice? —preguntó lord Harms, estrechando la mano de Wayne.

—¡Por parte de madre! —dijo Wayne—. No por parte Ladrian, naturalmente. De lo contrario, estaría dirigiendo este lugar, ¿no?

No hablaba como era costumbre en él, pero esa era la especialidad de Wayne. Decía que las tres cuartas partes de un disfraz estaban en el acento y la voz.

—Llevo mucho tiempo queriendo venir a ver cómo está el chaval. Ha tenido un pasado algo revuelto, ya sabe. Necesita una mano firme para asegurar que no vuelva a esas desagradables costumbres.

—¡A menudo he pensado lo mismo! —dijo lord Harms—. Supongo que tenemos permiso para sentarnos, ¿no, lord Ladrian?

—Sí, por supuesto —respondió Waxillium, dirigiendo con disimulo una mirada de reproche a Wayne.  
«¿De verdad? —decía esa mirada—. ¿Estamos haciendo esto?».

Wayne tan solo se encogió de hombros. Luego se volvió y tomó la mano de Steris e inclinó amablemente la cabeza.

—¿Y quién es esta encantadora criatura?

—Mi hija, Steris —Harms se sentó—. ¿Lord Ladrian? ¿No había avisado a su tío de nuestra llegada?

—Me sorprendió tanto su llegada que no he tenido oportunidad —dijo Waxillium. Tomó la mano de Steris e inclinó también la cabeza ante ella.

La muchacha lo miró de arriba abajo con expresión crítica, y luego sus ojos se volvieron hacia el sobretodo y el sombrero del rincón. Su expresión se agrió. Sin duda había asumido que eran suyos.

—Esta es mi prima Marasi —dijo Steris, indicando a la mujer que tenía detrás. Marasi era morena y de ojos grandes, con brillantes labios rojos. Agachó recatadamente la cabeza en cuanto Waxillium se volvió hacia ella—. Ha pasado casi toda su vida en los Estados Exteriores y es bastante tímida, así que por favor no la inquiete.

—Ni lo soñaría —dijo Waxillium. Esperó hasta que las mujeres estuvieron sentadas junto a lord Harms y luego tomó asiento en el sofá más pequeño frente a ellos, de cara a la puerta. Había otra salida de la sala, pero había descubierto que había un tablón flojo en el suelo, lo cual era ideal. De esta forma, nadie podía entrar sorprendiéndolo. Vigilante o lord, no le apetecía que le pegaran un tiro por la espalda.

Wayne se sentó en una silla a la derecha de Waxillium. Todos se miraron unos a otros durante un largo instante. Wayne bostezó.

—Bueno —dijo Waxillium—. Tal vez debería empezar preguntando por su salud.

—Tal vez —respondió Steris.

—Esto... sí. ¿Cómo está de salud?

—Bien.

—Igual que Waxillium —añadió Wayne.

Todos se volvieron hacia él.

—Ya saben, está aquí y no en cama. Ejem. ¿Eso es caoba?

—¿Esto? —dijo lord Harms, alzando su bastón—. En efecto. Es herencia familiar.

—Mi señor Waxillium —intervino Steris con voz cortante. No parecía gustarle hablar de nimiedades—. Quizá podamos saltarnos las palabras huecas. Todos sabemos la naturaleza de esta reunión.

—¿Ah, sí? —preguntó Wayne.

—Sí —dijo Steris, la voz fría—. Lord Waxillium. Tiene usted una desafortunada reputación. Su tío, con el Héroe descanse, manchó el apellido Ladrian con su reclusión social, sus ocasionales incursiones intrépidas en la política y su aventurerismo descarado. Usted viene de los Áridos, lo que no hace sino aumentar la pobre reputación de la casa, sobre todo considerando sus insultantes acciones a diversas casas durante sus primeras semanas en la ciudad. Por encima de todo, su casa está casi arruinada.

»Nosotros, sin embargo, nos encontramos con circunstancias desesperadas propias. Nuestro estatus financiero es excelente, pero nuestro apellido es desconocido en la alta sociedad. Mi padre no tiene ningún heredero varón al que conferirle el apellido familiar, así que una unión entre nuestras casas tiene todo el sentido.

—Cuánta lógica por su parte, querida —dijo Wayne, el acento de clase alta surgiendo de sus labios como si hubiera nacido con él.

—Naturalmente —dijo ella, todavía mirando a Waxillium. Buscó en su bolso—. Sus cartas y conversaciones con mi padre han sido suficientes para persuadirnos de sus serias intenciones, y durante estos últimos meses en la ciudad su comportamiento público ha demostrado ser más prometedoramente sobrio que su grosería inicial. Así que me he tomado la libertad de redactar un acuerdo que creo que complace a nuestras necesidades.

—¿Un... acuerdo? —preguntó Waxillium.

—Oh, estoy ansioso por oírlo —añadió Wayne. Se metió ausente la mano en el bolsillo y sacó algo que Waxillium no pudo distinguir.

El «acuerdo» resultó ser un gran documento, al menos de veinte páginas de largo. Steris le tendió una copia a Waxillium y otra a su padre, y se quedó con otra para sí.

Lord Harms tosió en su mano.

—Sugerí que anotara sus pensamientos —dijo—. Y... bueno, mi hija es una mujer muy concienzuda.

—Ya lo veo —contestó Waxillium.

—Te sugiero que nunca le pidas que te pase la leche —añadió Wayne entre dientes, para que solo Waxillium pudiera oírlo—. Ya que parece probable que te lanzara una vaca, solo para asegurarse de que hace el trabajo a conciencia.

—El documento consta de varias partes —dijo Steris—. La primera es un esbozo de nuestra fase de cortejo, donde hacemos claros progresos, aunque no demasiado acelerados, hacia el compromiso. Nos tomamos el tiempo suficiente para que la sociedad empiece a asociarnos como pareja. El compromiso no debe ser demasiado rápido para que no parezca un escándalo, pero no puede ser tampoco demasiado lento. Ocho meses, según mis cálculos, cumplirán nuestros propósitos.

—Comprendo —dijo Waxillium, repasando las hojas. Tillaume entró, trayendo una bandeja con té y pasteles, y la depositó en una mesita junto a Wayne.

Waxillium sacudió la cabeza, cerrando el contrato.

—¿No le parece un poco... encorsetado?

—¿Encorsetado?

—Quiero decir... ¿no tendría que haber espacio para el romance?

—Lo hay —dijo Steris—. Página trece. Tras el matrimonio, no habrá más de tres encuentros conyugales por semana y no menos de uno hasta que se proporcione un heredero adecuado. Después de eso, se aplica el mismo número a un lapso de dos semanas.

—Ah, claro —dijo Waxillium—. Página trece.

Miró a Wayne. ¿Era una bala lo que se había sacado del bolsillo? Wayne jugueteaba con ella entre sus dedos.

—Si no es suficiente para satisfacer sus necesidades —añadió Steris—, la siguiente página detalla los adecuados protocolos de amantes.

—Espere —dijo Waxillium, apartando la mirada de Wayne—. ¿Su documento permite *amantes*?

—Naturalmente. Son un simple hecho de la vida, y por eso es mejor tenerlas en cuenta que ignorarlas. En el documento encontrará usted los requerimientos para su potencial amante junto con los medios por los cuales se mantendrá la discreción.

—Comprendo —dijo Waxillium.

—Naturalmente —continuó Steris—, yo seguiré las mismas indicaciones.

—¿Planea usted echarse un amante, mi señora? —preguntó Wayne, alzando la cabeza.

—Deberían permitírseme mis propios escarceos —contestó ella—. Normalmente el objeto de elección es el cochero. Me abstendré hasta que se produzcan herederos, naturalmente. No debe de haber ninguna confusión respecto al linaje.

—Naturalmente —dijo Waxillium.

—Está en el contrato —dijo ella—. Página quince.

—No dudo de que lo esté.

Lord Harms tosió de nuevo en su mano. Marasi, la prima de Steris, mantuvo una expresión neutra, aunque se había estado mirando los pies durante la conversación. ¿Por qué la habían traído?

—Hija —dijo lord Harms—, quizás deberíamos dirigir la conversación a temas menos personales durante un momento.

—Muy bien —dijo Steris con sequedad—. Hay unas cuantas cosas que quería saber de usted. ¿Es un hombre religioso, lord Ladrian?

—Sigo el Camino —respondió Waxillium.

—Hum —dijo ella, dando un golpecito con los dedos en el contrato—. Bueno, es una opción segura, aunque algo aburrida. Yo, por ejemplo, nunca he comprendido por qué la gente sigue una religión cuyo dios prohíbe específicamente adorarlo.

—Es complicado.

—Eso dicen los caminantes. Con el mismo tono con el que intentan explicar lo simple que es su religión.

—Eso también es complicado —dijo Waxillium—. Una forma simple de complicación. ¿Es usted supervivencialista, supongo?

—Lo soy.

«Maravilloso», pensó Waxillium. Bueno, los supervivencialistas no eran demasiado malos. Algunos, al menos. Se levantó. Wayne seguía jugueteando con aquella bala.

—¿Le apetece a alguien un poco de té?

—No —dijo Steris, agitando la mano, mientras revisaba su documento.

—Sí, por favor —contestó Marasi en voz baja.

Waxillium cruzó la habitación para dirigirse a la mesita.

—Esas estanterías son muy bonitas —dijo Wayne—. Ojalá tuviera estanterías como esas. Vaya, vaya, vaya. Y... listo.

Waxillium se dio media vuelta. Los tres invitados se habían vuelto a mirar las estanterías, y al hacerlo, Wayne había empezado a quemar bendaleo y lanzó una burbuja de velocidad.

La burbuja tenía un metro y medio de diámetro, e incluía solo a Wayne y Waxillium, y una vez emplazada, Wayne no podía moverla. Años de familiaridad permitieron a Waxillium discernir el límite de la burbuja, que estaba marcada por una leve ondulación del aire. Para los que estaban dentro de la burbuja, el tiempo fluía mucho más rápidamente que para los de fuera.

—¿Bien? —preguntó Waxillium.

—Oh, creo que la calladita es bastante mona —dijo Wayne, recuperando su acento—. Pero la alta está loca. Herrumbre en mis manos, sí que lo está.

Waxillium se sirvió un poco de té. Harms y las dos mujeres parecían petrificados allí sentados en el sofá, casi como estatuas. Wayne estaba avivando su metal, usando tanta fuerza como podía para crear unos cuantos momentos privados.

Estas burbujas podían ser muy útiles, aunque no del modo que esperaba la mayoría de la gente. No podías salir de ellas; bueno, sí podías, pero algo en la barrera interfería con los objetos que la atravesaban. Si le disparabas a una burbuja de velocidad, la bala se frenaba en cuanto alcanzaba el tiempo ordinario y se movía erráticamente hasta desviarse de su curso. Eso hacía casi imposible disparar dentro de una.

—Es una buena pareja —dijo Waxillium—. Es una situación ideal para ambos.

—Mira, socio. Solo porque Lessie...

—Esto no tiene nada que ver con Lessie.

—Eh, eh... —Wayne alzó una mano—. No hace falta cabrearse.

—No estoy... —Waxillium inspiró profundamente, luego continuó con más calma—. No estoy cabreado. Pero no tiene nada que ver con Lessie. Tiene que ver con mis deberes.

«Maldito seas, Wayne. Ya casi había conseguido dejar de pensar en ella». ¿Qué diría Lessie, si viera lo que estaba haciendo? Se reiría, probablemente. Se reiría de lo ridículo que era, se reiría de su incomodidad. No era de las celosas, quizás porque nunca había tenido ningún motivo para serlo. Con una mujer como ella, ¿por qué querría Waxillium mirar a ninguna otra?

Nadie estaría nunca a su altura, pero por desgracia eso no importaba. El contrato de Steris parecía bueno en ese aspecto. Le ayudaría a dividirse. Tal vez le ayudaría un poco con el dolor.

—Este es mi deber ahora —repitió Waxillium.

—Tus deberes solían tener que ver con salvar a la gente, no con casarte con ellas.

Waxillium se agachó junto a la silla.

—Wayne. No puedo volver a ser lo que fui. Que irrumpas aquí y empieces a medrar en mi vida no va a cambiar eso. Ahora soy una persona diferente.

—Si ibas a convertirte en una persona diferente, ¿no podrías haber elegido a una sin esa cara tan fea?

—Wayne, esto es serio.

Wayne alzó la mano, haciendo girar el cartucho entre sus dedos y ofreciéndoselo.

—Y esto también.

—¿Qué es eso?

—Una bala. Se utiliza para dispararle a la gente. Es de esperar que a los malos... o al menos a los que te deben una barra o dos.

—Wayne...

—Se están volviendo.

Wayne dejó el cartucho sobre la bandeja.

—Pero...

—Hora de toser. Tres. Dos. Uno.

Waxillium maldijo entre dientes, pero se guardó la bala y dio un paso atrás. Empezó a toser con fuerza mientras la burbuja de velocidad se colapsaba, restaurando el tiempo normal. Para los tres visitantes solo habían pasado segundos, y para sus oídos la conversación entre Waxillium y Wayne aceleraría hasta el punto en que la mayor parte sería inaudible. La tos cubriría todo lo demás.

Ninguno de los tres visitantes parecía haber advertido nada extraño. Waxillium sirvió el té (hoy era de un profundo color cereza, probablemente afrutado), y le llevó una taza a Marasi. Ella la aceptó, y él se sentó, sosteniendo su propia taza en una mano. Sacó la bala con la otra. Tanto el casquillo como la camisa de calibre medio asemejaban acero, pero parecía demasiado liviana. Frunció el ceño, sopesándola.

*Sangre en su cara. Sangre en la pared de ladrillo.*

Se estremeció, combatiendo aquellos recuerdos. «Maldito seas, Wayne», volvió a pensar.

—El té está delicioso —dijo Marasi con voz suave—. Gracias.

—No hay de qué —respondió Waxillium, obligándose a regresar a la conversación—. Lady Steris, consideraré este contrato. Gracias por redactarlo. Pero la verdad es que esperaba que este encuentro me permitiera saber más cosas sobre usted.

—He estado trabajando en una autobiografía —dijo ella—. Tal vez le envíe un capítulo o dos por correo.

—Eso es... muy poco convencional por su parte —dijo Waxillium—. Aunque sería de agradecer. Pero, por favor, hábleme de usted. ¿Qué cosas le interesan?

—Normalmente, me gustan las obras —sonrió—. En el Coolerim.

—¿Me estoy perdiendo algo? —preguntó Waxillium.

—El teatro Coolerim —dijo Wayne, inclinándose hacia delante—. Hace dos noches robaron en mitad de la representación.

—¿No se ha enterado? —preguntó lord Harms—. Apareció en todos los periódicos.

—¿Alguien resultó herido?

—No en el acto en sí —dijo lord Harms—, pero tomaron un rehén mientras huían.

—Una cosa tan horrible —dijo Steris—. Nadie ha tenido noticias de Armal todavía.

—¿La conocía usted? —preguntó Wayne, perdiendo levemente el acento al mostrar interés.

—Mi prima.

—Igual que... —preguntó Waxillium, indicando a Marasi.

Los tres lo miraron con expresiones confusas durante un instante, pero entonces lord Harms intervino.

—Ah, no. Otra rama de la familia.

—Interesante —dijo Waxillium, reclinándose en su asiento, el té olvidado en su mano—. Y ambicioso.

—¿Robar un teatro entero? ¿Cuántos ladrones había?

—Docenas —respondió Marasi—. Tal vez hasta treinta, según dicen los informes.

—Toda una banda. Eso significa otros ocho más solo para ayudarlos en la huida. Y vehículos para escapar. Impresionante.

—Son los desvanecedores —dijo Marasi—. Los que roban también en los trenes.

—Eso no se ha demostrado —replicó Wayne, señalándola.

—No. Pero uno de los testigos de un robo de trenes describió a varios hombres que estaban en el robo del teatro.

—Espere —dijo Waxillium—. ¿Hubo testigos en uno de los robos de trenes? Creía que fue en secreto.

—¿No dijeron algo de un tren fantasma que apareció en las vías?

—Sí —dijo Wayne—. Los conductores del tren se detienen a investigar y, probablemente, los domina el pánico. Pero el tren fantasma desaparece antes de que puedan investigarlo. Siguen su camino, pero cuando llegan al final de la línea, uno de los vagones de su tren está vacío. Cerrado todavía, sin signos de entrada forzada. Pero la mercancía ha desaparecido.

—Así que nadie ve a los culpables —dijo Waxillium.

—Los recientes han sido distintos —dijo Marasi, animándose—. Han empezado a robar también vagones de pasajeros. Cuando el tren se detiene por el fantasma de las vías, unos hombres irrumpen en los vagones y empiezan a recopilar joyas y carteras a sus ocupantes. Toman a una mujer como rehén, amenazando con matarla si alguien los sigue, y se van. También roban el vagón de carga.

—Curioso —dijo Waxillium.

—Sí —coincidió Marasi—. Creo...

—Querida —cortó lord Harms—. Estás molestando a lord Ladrian.

Marasi se ruborizó, y bajó la mirada.

—No es ninguna molestia —dijo Waxillium, acariciando la taza de té con el dedo—. Es...

—¿Eso que tiene en los dedos es una bala? —preguntó Steris, señalando.

Waxillium bajó la mirada y advirtió que estaba haciendo rodar el cartucho entre su índice y su pulgar. Cerró el puño antes de que pudieran regresar los recuerdos.

—No es nada.

Le dirigió una mirada a Wayne.

El otro hombre silabeó algo: «Empújala».

—¿Está seguro de que su pasado tan poco convencional ha quedado atrás, lord Ladrian? —preguntó Steris.

—Oh, está seguro —dijo Wayne, sonriendo—. No tiene que preocuparse de que sea poco convencional. ¡Pero si es aburridísimo! Increíble, cómica, absurdamente aburrido. Podría encontrar más diversión en un mendigo que espere en la cola en un comedor social el día que dan carne de rata. Si...

—Gracias, tío —dijo Waxillium secamente—. Sí, Steris, mi pasado es solo eso. Pasado. Estoy comprometido con mis deberes como jefe de la Casa Ladrian.

—Muy bien —dijo ella—. Necesitaremos una entrada formal a la alta sociedad como pareja. Un acontecimiento público de algún tipo.

—¿Qué tal los esponsales Yomen-Ostlin? —dijo Waxillium, ausente. «Empújala»—. He recibido una invitación esta misma mañana.

—Una idea excelente —dijo lord Harms—. Nosotros también estamos invitados.

«Empújala». Waxillium metió la mano en su manga izquierda y con disimulo cogió un trocito de recorte de acero de la bolsa que guardaba allí. Lo dejó caer en su té y tomó un sorbo. Eso no le dio muchas reservas, pero fue suficiente.

Quemó acero, y las líneas familiares de azul brotaron a su alrededor. Apuntaban a todas las fuentes de metal.

Excepto al que tenía en los dedos.

«Aluminio —advirtió—. No me extraña que sea tan liviano».

El aluminio y unas cuantas de sus aleaciones eran alománticamente inertes: no se podía tirar ni empujar de ellos. También era muy caro. Costaba aún más que el oro o el platino.

La bala estaba diseñada para matar a lanzamonedas y atraedores, hombres como el propio Waxillium. Eso le provocó un escalofrío, aunque así la bala con más fuerza. Hubo días en que habría dado su mejor arma por unas cuantas balas de aluminio, aunque no conocía ninguna aleación que produjera una bala con buenas propiedades.

«¿Dónde? —le silabeó a Wayne—. ¿Dónde la has encontrado?».

Wayne tan solo asintió a los invitados, que estaban mirando a Waxillium.

—¿Se encuentra bien, lord Ladrian? —preguntó Steris—. Conozco a un buen consejero de cinc si necesita ayuda emocional.

—Er... no. Gracias. Me encuentro bien, y creo que esta reunión ha sido muy productiva. ¿No está de acuerdo?

—Depende —dijo ella, levantándose, interpretando al parecer sus palabras como una invitación para terminar la conversación—. La fiesta de la boda es por la mañana, creo. ¿Puedo contar con haber recibido el contrato para entonces?

—Puede —contestó Waxillium, levantándose también.

—Creo que esta reunión ha sido maravillosa —dijo Wayne mientras se incorporaba—. ¡Es usted lo que necesita mi sobrino, lady Steris! Una mano firme. No esa chusma a la que está acostumbrado.

—¡Estoy de acuerdo! —dijo lord Harms—. Lord Ladrian, quizás su tío pueda asistir a la cena...

—No —dijo Waxillium rápidamente antes de que Wayne pudiera decir nada—. No, por desgracia, tiene que regresar a sus propiedades. Me lo estaba diciendo antes. Tiene un parto muy importante al que asistir.

—Oh, entonces bien —dijo lord Harms, ayudando a Marasi a ponerse en pie—. Le enviaremos una nota de confirmación en cuanto hayamos aceptado la invitación de Yomen.

—Y yo haré lo mismo —dijo Waxillium, escoltándolos hasta la puerta—. Hasta entonces, adiós.

Tillaume les hizo una reverencia y los acompañó hasta la salida. A Waxillium su marcha le pareció apresurada, pero sintió alivio al verlos partir. Considerando la súbita intrusión de Wayne, las cosas habían salido bastante bien. Nadie había terminado intentando pegarle un tiro.

—Bonito grupo —dijo Wayne—. Ahora comprendo lo que estás haciendo. Con una esposa y parientes políticos como estos, te sentirás aquí como en casa... ¡Igual que la cárcel y sus ocupantes allá en Erosión!

—Muy bien —dijo Waxillium entre dientes, saludando una vez más a la familia Harms mientras salían por las puertas de la mansión—. ¿De dónde has sacado la bala?

—Se cayó en el robo del teatro. Se la cambié a los alguaciles esta mañana.

Waxillium cerró los ojos. Wayne tenía una interpretación muy amplia de lo que significaba «cambiar».

—Oh, no te pongas así —dijo Wayne—. Les dejé un bonito adoquín a cambio. Creo que Steris y su padre están convencidos de que estás chiflado, por cierto —sonrió.

—Eso no es nada nuevo. Mi asociación contigo lleva años convenciendo de eso mismo a la gente.

—¡Ja! Y yo que pensaba que habías perdido el sentido del humor. —Wayne volvió a entrar en la habitación. Se sacó un lápiz del bolsillo al pasar junto a una mesa, y lo cambió por una de las plumas de Waxillium.

—Mi humor no se ha perdido, Wayne, solo está crispado. Lo que te dije es verdad, y esta bala no cambia nada.

—Tal vez no —dijo Wayne, recuperando el sombrero, el sobretodo y los bastones de duelo—. Pero yo voy a ver qué puedo buscar.

—No es tu trabajo.

—Tampoco era tu trabajo empezar a perseguir criminales en los Áridos. Eso no cambia lo que hay que hacer, socio.

Wayne se acercó a Waxillium y le tendió el sombrero. Cuando Waxillium lo aceptó, Wayne se puso el sobretodo.

—Wayne...

—Están secuestrando gente, Wax —dijo, recuperando su sombrero y poniéndoselo—. Cuatro rehenes hasta ahora. Ninguno ha regresado. Robar propiedades es una cosa. Robar comida en los Áridos es otra. Secuestrar gente..., bueno, aquí está pasando algo. Voy a descubrir qué es. Contigo o sin ti.

—Sin mí.

—Bien. —Wayne vaciló—. Pero necesito algo, Wax. Un lugar donde buscar. Tú siempre te encargabas de pensar.

—Sí, sorprendentemente, tener cerebro ayuda mucho.

Wayne lo miró entornando los ojos. Entonces alzó las cejas, suplicante.

—Muy bien —dijo Waxillium, suspirando y cogiendo su taza de té—. ¿Cuántos robos van?

—Ocho. Siete trenes y, el más reciente, el teatro.

—¿Cuatro rehenes?

—Sí. En los tres últimos robos, en los trenes y en el teatro. Las cuatro rehenes son mujeres.

—Más fáciles de reducir —dijo Waxillium, absorto, acariciando su taza—. Y así los hombres se preocuparán de que no las maten si les dan caza.

—¿Necesitas saber qué robaron? —dijo Wayne, buscando en el bolsillo de su sobretodo—. Le cambié una lista a uno de los alguaciles...

—No importa. —Waxillium tomó un sorbo de su copa—. O, al menos, la mayor parte no importará. No tiene nada que ver con los robos.

—¿No...?

—No. Un grupo grande..., demasiado bien pertrechado. —Sacó la bala y la examinó—. Si realmente quisieran dinero, robarían transportes de oro o bancos. Los robos son probablemente una distracción. Si quieres los caballos de un hombre, a veces lo mejor es soltarle los cerdos. Mientras los persigue, te escapas.

»Apostaría a que esos desvanecedores van detrás de otra cosa, algo improbable. Tal vez un artículo que es fácil de pasar por alto en todo lo que se han llevado. O tal vez sea cosa de extorsión, y planean pedir dinero de protección a la gente de la ciudad. Mira a ver si han contactado con alguien al respecto. Conmigo no lo han hecho, por cierto.

»Si eso no va a ninguna parte, estudia a las rehenes. Una de ellas podría llevar algo que era el objetivo real del robo. No me sorprendería que esto resultara ser un chantaje clandestino.

—Pero robaron unos cuantos trenes antes de tomar rehenes.

—Sí —dijo Waxillium—. Y se salieron con la suya. No había ningún motivo para exponerse robando a pasajeros si podían marcharse con el cargamento sin ser vistos ni detenidos. Van por otra cosa, Wayne. Confía en mí.

—Muy bien. —El larguirucho Wayne se frotó la cara y se quitó por fin el bigote falso. Se lo guardó en el bolsillo—. Pero dime: ¿No quieres saberlo siquiera? ¿No te reconcome?

—No.

Eso no era completamente cierto.

Wayne bufó.

—Te creería si pudieras decirlo sin que te temblara el ojo, socio. —Indicó la bala—. Y veo que no te has ofrecido a devolverla.

—Pues no. —Waxillium se la guardó.

—Y sigues llevando tus mentes de metal —dijo Wayne, señalando los brazaletes ocultos bajo las mangas de Waxillium—. Por no mencionar que sigues teniendo acero dentro de las mangas. Y también he visto un catálogo de armas en la mesa.

—Un hombre puede tener sus aficiones.

—Si tú lo dices... —replicó Wayne, y entonces dio un paso adelante y le dio un golpecito a Waxillium en el pecho—. Pero ¿sabes qué creo? Creo que estás buscando excusas para no hacerlo. Esto es lo que eres. Y ninguna mansión, ningún matrimonio y ningún título va a cambiar eso.

Wayne se llevó la mano al sombrero.

—Estás hecho para ayudar a la gente, socio. Es lo que haces.

Con esas palabras, Wayne se marchó. Su sobretodo rozó el marco de la puerta mientras salía.





Ocho horas más tarde, Waxillium estaba de pie junto a la ventana superior de su mansión. Contemplaba los últimos fragmentos rotos de un día moribundo. Titilaban, luego se volvían negros. Él aguardaba, esperanzado. Pero las brumas no llegaron.

«¿Qué importa? —pensó para sí—. No vas a salir de todas formas». Con todo, deseaba que se presentaran las brumas: se sentía más en paz cuando estaban allí fuera, observando. El mundo se volvía un lugar distinto, un lugar que creía comprender mejor.

Suspiró y cruzó el estudio. Pulsó el interruptor de la pared, y las luces eléctricas se encendieron. Todavía lo maravillaban. Aunque sabía que las Palabras de Instauración le habían proporcionado atisbos de lo que era la electricidad, lo que los hombres conseguían seguía pareciéndole increíble.

Se dirigió al escritorio de su tío. Su escritorio. Allá en Erosión, Waxillium había empleado una mesa áspera y débil. Ahora tenía una firme y suave mesa de roble pulido. Se sentó y empezó a repasar los libros de finanzas de la casa. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que sus ojos empezaran a dirigirse hacia el puñado de periódicos que había en su sillón. Le había pedido a Limmi que le trajera unos cuantos.

Normalmente ignoraba los periódicos. Las noticias de los crímenes hacían que su mente empezara a dar vueltas y lo descentraban de sus negocios. Por supuesto, ahora que los desvanecedores se habían plantado en su mente, tendría problemas para dejarlo correr y hacer algo productivo, al menos hasta que hubiera indagado un par de cosas sobre lo que habían estado haciendo.

«Tal vez un poco de lectura —se dijo—. Para ponerme al día en lo que está pasando». No le haría daño estar informado: de hecho, podría ser importante para su capacidad de conversar con la gente.

Waxillium cogió el fajo de periódicos y regresó a su escritorio. Encontró fácilmente un artículo sobre los robos en el diario del día. Otros periódicos del fajo tenían aún más información. Le había mencionado los desvanecedores a Limmi, y por eso ella había reunido unos cuantos periódicos, cuyo público era la gente que quería una recopilación de todos los artículos recientes sobre ellos. Reimprimían artículos de semanas o incluso de meses atrás, con las fechas originales de su publicación. Estos tipos de periódicos de formato sábana eran populares, ya que había tres distintos de tres editores diferentes. Parecía que todo el mundo quería estar al día en los temas que se habían perdido.

Por las fechas de los artículos, el primer robo había sucedido mucho antes de lo que suponía. Siete meses atrás, justo antes de que regresara a Elendel. Había habido un lapso de cuatro meses entre la desaparición del primer cargamento de tren y el segundo. El nombre «desvanecedores» no había comenzado a ser utilizado hasta este segundo ataque.

Todos los robos eran similares, excepto el del teatro. Detenían un tren con una distracción en las vías: al principio, un árbol caído. Más tarde, un tren fantasma aparecía entre la bruma, viajando directamente hacia el tren. Los maquinistas frenaban, aterrados, pero el tren fantasma ya había desaparecido.

Los maquinistas volvían a poner su tren en marcha. Cuando llegaban a su destino, descubrían que habían vaciado todas las mercancías de uno de los vagones. La gente atribuía todo tipo de poderes místicos a los ladrones, que parecían poder atravesar las paredes y los vagones de carga cerrados a cal y canto sin problemas. «Pero ¿qué artículos robaron?», pensó Waxillium, frunciendo el ceño. Los artículos del primer robo no lo decían, aunque sí mencionaban que el cargamento pertenecía a Agustín Tekiel.

Tekiel era una de las casas más ricas de la ciudad, establecida en el Segundo Octante, aunque estaba construyendo su nuevo rascacielos en el distrito financiero del Cuarto Octante. Waxillium leyó de nuevo los artículos, estudiándolos en busca de nuevas menciones al primer robo antes de que tuviera lugar el segundo.

«¿Qué es esto?», pensó, alzando un periódico que incluía la reedición de una carta que Agustín Tekiel había escrito para ser publicada unos cuantos meses antes. La carta denunciaba a los alguaciles de Elendel por no haber protegido o recuperado las mercancías de Tekiel. El periódico la había publicado alegramente, incluso con el titular: «Alguaciles incompetentes, denuncia Tekiel».

Tres meses. Tekiel había tardado tres meses en decir algo. Waxillium hizo a un lado los periódicos recopilatorios y luego buscó otras menciones en los más recientes. No escaseaban: los robos eran dramáticos y misteriosos, dos cosas que vendían un montón de ejemplares.

El segundo y el tercer robo habían sido de cargamentos de acero. Era extraño. Un material pesado y poco práctico para llevárselo, y no tan valioso como robar simplemente los vagones de pasajeros. El cuarto robo había sido el que llamó la atención de Wayne: comida envasada de un tren con destino a los Áridos del norte. El quinto robo había sido el primero en implicar a los pasajeros. El sexto y el séptimo lo habían hecho también, pero en el séptimo era la única vez que los desvanecedores se llevaban a dos rehenes en vez de a una mujer.

Los tres últimos robos habían sido a vagones de carga y de pasajeros. Metales en dos casos, alimentos en otro..., al menos, eso era lo que decían los periódicos. Con cada caso, los detalles se habían hecho más interesantes, ya que los vagones de carga tenían mejores medidas de seguridad. Cerrojos más sofisticados, guardias. Los robos sucedían de manera increíblemente rápida, considerando el peso del material que se llevaban.

«¿Utilizaron una burbuja de velocidad, como hace Wayne?», pensó Waxillium. Pero no. No se podía entrar ni salir de una burbuja de velocidad cuando estaba emplazada, y era imposible hacer una lo bastante grande para facilitar ese tipo de robo. Por lo que él sabía, al menos.

Waxillium continuó leyendo. Había muchos artículos con teorías, citas y descripciones de testigos. Muchos sugerían una burbuja de velocidad, pero los editoriales desmontaban esa teoría. Sería necesaria demasiada gente, más de las que podía manejar una burbuja. Les parecía más probable que un feruquímista que pudiera aumentar su fuerza sacara los materiales pesados de los vagones y se los llevara a cuestas.

Pero ¿adónde? ¿Y por qué? ¿Y cómo franqueaban los cerrojos y los guardias? Waxillium recortó los artículos que encontró interesantes. Pocos tenían ninguna información sólida.

Una suave llamada a la puerta lo interrumpió cuando estaba esparciendo los artículos sobre el escritorio. Alzó la cabeza y vio a Tillaume en la puerta, con una bandeja de té y una cesta en el brazo.

—Té, mi señor?

—Eso sería maravilloso.

Tillaume avanzó y emplazó una mesita junto al escritorio, sacó una taza y una servilleta blanquísimas.

—¿Tiene alguna preferencia?

Tillaume podía hacer docenas de variedades de té a partir del punto de partida más simple, mezclando y haciendo lo que consideraba ideal.

—Lo que sea.

—Mi señor. El té es muy importante. Nunca debería ser simplemente «lo que sea». Dígame. ¿Piensa dormir pronto?

Waxillium miró los recortes.

—Definitivamente, no.

—Muy bien. ¿Preferiría algo que le ayudara a despejar la mente?

—Eso estaría bien.

—¿Dulce o no?

—No.

—¿Mentolado o especiado?

—Mentolado.

—¿Fuerte o débil?

—Er... fuerte.

—Excelente —dijo Tillaume, cogiendo varias jarras y unas cucharas de plata. Empezó a mezclar polvos y hierbas—. Mi señor parece muy concentrado.

Waxillium dio un golpecito en la mesa.

—Mi señor está molesto. Los periódicos son terribles investigando. Necesito saber qué había en el primer cargamento.

—El primer cargamento, mi señor?

—El primer cargamento que robaron los ladrones del tren.

—La señorita Grimes diría que parece que vuelve usted a las viejas costumbres, mi señor.

—La señorita Grimes, por fortuna, no está aquí. Además, lord Harms y su hija parecían sorprendidos de que yo no estuviera enterado de los robos. Debo ponerme al día en los acontecimientos de la ciudad.

—Es una excusa excelente, mi señor.

—Gracias —dijo Waxillium, cogiendo la taza de té—. Casi me he convencido por completo. —Tomó un sorbo—. ¡Alas de Conservación, sí que está bueno!

—Gracias, mi señor.

Tillaume sacó la servilleta y la sacudió, luego la dobló por la mitad y la colocó sobre el brazo del sillón de Waxillium.

—Y creo que lo primero que robaron fue un cargamento de lana. Lo oí comentar en la carnicería esta misma semana.

—Lana. Eso no tiene sentido.

—Ninguno de esos crímenes tiene mucho sentido, mi señor.

—Sí —dijo Waxillium—. Desgraciadamente, son los crímenes más interesantes.

Tomó otro sorbo de té. El fuerte aroma mentolado pareció despejar su nariz y su mente.

—Necesito papel.

—¿Qué...?

—Una hoja grande —continuó Waxillium—. La más grande que puedes encontrar.

—Veré qué hay disponible, mi señor —dijo Tillaume. Waxillium captó un leve suspiro de exasperación en el hombre, aunque salió de la habitación para hacer lo que le pedían.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que Waxillium comenzó su investigación? Miró el reloj y se sorprendió de la hora. Ya era de noche.

Bueno, ya estaba lanzado. No dormiría hasta que lo hubiera resuelto. Se levantó y empezó a caminar de un lado a otro, sujetando la taza y el platillo. Se mantuvo apartado de la ventana. A contraluz, sería un blanco excelente para un francotirador. No es que realmente pensara que pudiera haber uno, pero..., bueno, se sentía más cómodo de esta forma.

«Lana», pensó. Se acercó y abrió un libro de cuentas para examinar unas cifras. Se abstrajo tanto que no advirtió el paso del tiempo hasta que Tillaume regresó.

—¿Servirá esto, mi señor? —preguntó, mostrando un caballete de artista con una gran hoja de papel—. El viejo lord Ladrian lo guardaba para su hermana. Le encantaba dibujar.

Waxillium lo miró y sintió un nudo en la garganta. Hacía años que no pensaba en Telsin. Habían estado alejados casi todas sus vidas. No voluntariamente, como la distancia con su tío: Waxillium y el anterior lord Ladrian a menudo habían estado en desacuerdo. No, su distancia con Telsin había sido más bien por pereza. Veinte años separados, viendo a su hermana solo ocasionalmente, le habían hecho ir alejándose sin tener mucho contacto.

Y entonces ella murió en el mismo accidente que su tío. Deseaba que oír la noticia le hubiera resultado más duro. Tendría que haberlo sido. Pero ella era ya para entonces una extraña.

—¿Mi señor? —preguntó el mayordomo.

—El papel es perfecto —dijo Waxillium, poniéndose en pie y cogiendo un lápiz—. Gracias. Me preocupaba tener que colgarlo de la pared.

—¿Colgarlo?

—Sí. Solía usar trocitos de alquitrán.

La idea pareció incomodar muchísimo a Tillaume. Waxillium lo ignoró, se acercó y empezó a escribir.

—Es un buen papel.

—Me alegro, mi señor —dijo Tillaume, inseguro.

Waxillium dibujó un pequeño tren en la esquina superior izquierda y una pequeña vía delante. Escribió una fecha debajo. «Primer robo. 14 de vinuarzo. Objetivo: lana. Supuestamente». Del mismo modo, añadió más trenes, vías, fechas y detalles papel abajo.

Wayne siempre se había burlado de él cuando hacía esquemas de los crímenes para que le ayudaran a pensar. Pero funcionaba, aunque frecuentemente tenía que soportar las juguetonas incorporaciones de Wayne de pequeños palotes que representaban a los bandidos o espectros de la bruma que se extendían por las notas y bocetos, por lo demás limpias y ordenadas.

—El segundo robo tuvo lugar mucho más tarde —continuó Waxillium—. Metales. Para el primer robo, lord Tekiel no creó ningún tipo de alboroto hasta que pasaron meses. —Le dio un golpecito al papel, luego tachó la palabra «lana»—. No perdió ningún cargamento de lana. Era principios de verano, y los precios de la lana serían demasiado bajos para justificar los precios de los portes. Que yo recuerde, las tasas fueron inusitadamente altas en vinuarzo porque la línea férrea dieciocho estaba fuera de servicio. Habría que tener migas de pan por cerebro para enviar artículos que no son de temporada a gente que no los quiere.

—Entonces... —dijo Tillaume.

—Un momento —dijo Waxillium. Se acercó y cogió unos cuantos libros de la estantería junto a la mesa. Su tío tenía algunos manifiestos de carga por aquí...

Sí. El viejo lord Ladrian llevaba muy buena cuenta de lo que consignaban sus casas competidoras. Waxillium estudió la lista en busca de incongruencias. Tardó un ratito, pero al final elaboró una teoría.

—Aluminio —dijo—. Tekiel probablemente estaba enviando aluminio, pero evitaba los impuestos diciendo que era otra cosa. Aquí, sus envíos declarados de aluminio de los dos últimos años son mucho más pequeños que los años anteriores. Sus fundiciones, sin embargo, siguen produciendo. Apuesto mi mejor pistola a que Agustín Tekiel, con la ayuda de algunos trabajadores del ferrocarril, ha estado dirigiendo una operación de contrabando bastante beneficiosa. Por eso no levantó mucho escándalo con el primer robo: no quería llamar la atención.

Waxillium escribió más anotaciones en el papel. Se llevó la taza de té a los labios, asintiendo para sí.

—Eso también explica la larga espera entre el primer robo y el segundo. Los bandidos estaban empleando ese aluminio. Probablemente vendieron una parte en el mercado negro para financiar su operación, y luego usaron el resto para fabricar balas de aluminio. Pero ¿para qué necesitarían balas de aluminio?

—¿Para matar alománticos? —preguntó Tillaume. Había estado arreglando la habitación mientras Waxillium leía los libros de cuentas.

—Sí.

Waxillium dibujó imágenes de rostros sobre tres de los robos, los que habían tomado rehenes.

—¿Mi señor? —preguntó Tillaume, acercándose—. ¿Piensa que las cautivas son alománticas?

—Los nombres se han hecho públicos —dijo Waxillium—. Las cuatro son mujeres de familias adineradas, pero ninguna tiene abiertamente poderes alománticos.

Tillaume guardó silencio. Eso no significaba nada. Muchos alománticos de las clases altas mantenían en secreto sus poderes. Había muchas situaciones en que eso podía resultar útil. Por ejemplo, si eras un encendedor o un aplacador (capaz de influir en las emociones de la gente), no querías que nadie lo sospechara.

En otros casos, la alomancia se exhibía. Un reciente candidato al escaño de los cultivadores de orquídeas en el Senado había hecho su campaña basándose únicamente en el hecho de que era un cabeza de cobre, y por tanto era imposible afectarlo con cinc o latón. El candidato ganó por mayoría abrumadora. La gente odiaba pensar que alguien pudiera estar tirando en secreto de los hilos de sus líderes.

Waxillium empezó a anotar sus especulaciones en los márgenes del papel. Motivos, formas posibles de vaciar los vagones de carga tan rápidamente, similitudes y diferencias entre los golpes. Vaciló, añadió luego un par de palotes que representaban a los bandidos en lo alto, dibujando con el estilo zafio de Wayne. Por loco que pareciera, se sentía mejor teniéndolos allí.

—Apuesto a que todas las cautivas eran alománticas en secreto —dijo Waxillium—. Los ladrones tenían balas de aluminio para tratar con lanzamonedas, atraedores y tironeros. Y si pudiéramos capturar a alguno de ellos, apuesto buen dinero a que descubriríamos que llevan forros de aluminio en los sombreros para impedir que tiren o empujen de sus emociones.

Eso tampoco era extraño entre la élite de la ciudad, aunque la gente corriente no podía permitirse esos lujo.

Los robos no eran por el dinero: eran por las cautivas. Por eso no habían exigido ningún rescate, y por eso no habían encontrado los cadáveres arrojados en alguna parte. Los robos pretendían oscurecer los verdaderos motivos de los secuestros. Las víctimas no eran las rehenes de último momento que parecían. Los desvanecedores estaban reuniendo alománticas. Y habían robado metales alománticos: acero puro, peltre, hierro, cinc, latón, estaño, e incluso bendaleo.

—Esto es peligroso —susurró Waxillium—. Muy peligroso.

—Mi señor... —dijo Tillaume—. ¿No iba a repasar los libros de cuentas de la casa?

—Sí —respondió Waxillium, distraído.

—¿Y el alquiler de las nuevas oficinas en la Columna de Hierro?

—Puedo hacerlo esta noche también.

—Mi señor. ¿Cuándo?

Waxillium vaciló, luego comprobó su reloj de bolsillo. Una vez más, se sorprendió al ver cuánto tiempo había pasado.

—Mi señor —dijo Tillaume—. ¿Le he hablado alguna vez de los días que su tío dedicaba a las carreras de caballos?

—¿El tío Edwarn era jugador?

—Sí que lo era. Fue un gran problema para la casa, poco después de su ascenso a gran señor. Se pasaba la mayor parte de los días en las pistas.

—No me extraña que estemos arruinados.

—Lo cierto es que era muy bueno apostando, mi señor. Solía ganar. Mucho.

—Oh.

—Pero lo dejó —dijo Tillaume, recogiendo la bandeja y la taza vacía de té—. Por desgracia, mi señor, mientras él ganaba una pequeña fortuna en las carreras, la casa perdió una gran fortuna en negocios mal dirigidos y tratos financieros.

Se dirigió a la puerta, pero se dio la vuelta. Su rostro normalmente sombrío se suavizó.

—No me agrada dar sermones, mi señor. Cuando se es un hombre, hay que tomar decisiones propias. Pero le ofrezco un consejo: incluso una cosa buena puede volverse destructiva si se lleva al exceso.

»Su casa lo necesita. Miles de familias dependen de usted. Necesitan su liderazgo y su guía. Usted no pidió esto, lo entiendo. Pero la marca de un gran hombre es saber cuándo apartar a un lado las cosas importantes para conseguir las vitales.

El mayordomo se marchó y cerró la puerta tras él.

Waxillium se quedó solo bajo el brillo increíblemente firme de las luces eléctricas, mirando su diagrama. Arrojó el lápiz a un lado, sintiéndose agotado de repente, y sacó su reloj de bolsillo. Eran las dos y cuarto. Debería dormir un poco. La gente normal dormía a estas horas.

Redució las luces para no quedar a contraluz, luego se acercó a la ventana. Le deprimió no ver ninguna bruma, aunque no las esperaba. «No he dicho las oraciones diarias —advirtió—. Las cosas han estado demasiado caóticas hoy».

Bueno, era mejor llegar tarde que nunca. Se metió la mano en el bolsillo y sacó su pendiente. Era sencillo, estampado en la cabeza con los diez anillos entrelazados del Camino. Se lo puso en la oreja, que tenía agujereada para ello, y se inclinó contra la ventana para contemplar la ciudad oscura.

No había ninguna postura específica para rezar como caminante. Solo quince minutos de meditación y reflexión. A algunos les gustaba sentarse con las piernas cruzadas, pero a Waxillium siempre le había resultado más difícil pensar en esa postura. Le dolía la espalda y los riñones. ¿Y si alguien entraba por detrás y le disparaba?

Así que se quedó de pie. Y reflexionó. «¿Cómo están las cosas ahí arriba en la niebla? —pensó. Nunca estaba seguro de cómo hablarle a Armonía—. ¿La vida es buena, supongo? ¿Con eso de que eres Dios y tal?».

Por respuesta, experimentó una sensación de... diversión. Nunca podía decir si creaba esas sensaciones él mismo o no.

«Bueno, puesto que no soy Dios —pensó Waxillium—, tal vez podrías usar esa omnisciencia tuya para soplarme algunas respuestas. Parece que estoy en un atolladero».

Un pensamiento inquietante. Esto no era como la mayoría de los atolladeros en los que se había visto. No estaba atado, a punto de ser asesinado. No estaba perdido en los Áridos, sin agua ni comida, intentando encontrar el camino de vuelta a la civilización. Se hallaba en una lujosa mansión, y aunque su familia tenía problemas financieros, no era nada que no pudieran capear. Tenía una vida de lujo y un escaño en el Senado ciudadano.

¿Por qué, entonces, sentía como si estos últimos meses se contaran entre los más duros que había vivido jamás? Una serie interminable de informes, libros de cuentas, fiestas y acuerdos comerciales.

El mayordomo tenía razón: muchos dependían de él. La Casa Ladrian había empezado siendo varios miles de individuos que seguían el Origen, y había aumentado en trescientos años, adoptando bajo su protección a todo el que viniera a trabajar a sus propiedades o sus fundiciones. Los tratos que Waxillium negociaba determinaban sus salarios, sus privilegios, su estilo de vida. Si su casa se desmoronaba, ellos encontrarían empleo en otra parte, pero serían considerados miembros inferiores de esas otras casas durante una generación o dos hasta que obtuvieran plenos derechos.

«He hecho cosas duras antes —pensó—. Puedo hacer esto. Si está bien. ¿Está bien?».

Steris había dicho que el Camino era una religión simple. Tal vez así era. Solo había un axioma básico: haz más bien que mal. Había otros aspectos: la creencia de que la verdad era importante, el requerimiento de dar más de lo que tomabas. Había otros trescientos ejemplos en las Palabras de Instauración, religiones que podrían haber sido. Podrían haber sido. En otros tiempos, en otro mundo.

El Camino era estudiarlas, aprender sus códigos morales. Unas cuantas reglas eran esenciales. No busques el lujo sin compromiso. Ve las fuerzas en todas las debilidades. Reza y medita quince minutos al día. Y no pierdas el tiempo adorando a Armonía. Hacer el bien era la forma de adorar.

Waxillium se había convertido al Camino poco después de marcharse de Elendel. Todavía estaba convencido de que la mujer que conoció en aquel viaje en tren debía de ser una de los Inmortales Sin Rostro, las manos de Armonía. Le había dado su pendiente: todos los caminantes llevaban uno cuando rezaban.

El problema era que a Waxillium le resultaba difícil sentir que estaba haciendo algo útil. Almuerzos formales y libros de cuentas, contratos y negociaciones. Sabía, lógicamente, que todo eso era importante. Pero eran todo abstracciones, incluso su voto en el Senado. No podían compararse con ver a un asesino encarcelado o rescatar a un niño secuestrado. En su juventud había vivido en la Ciudad (el centro de la cultura, la ciencia y el progreso del mundo) durante dos décadas, pero no se había encontrado a sí mismo hasta que la dejó atrás y deambuló por las tierras áridas y polvorrientas que se extendían más allá de las montañas.

«Usa tus talentos —pareció susurrarle algo en su interior—. Lo descubrirás».

Eso lo hizo sonreír con tristeza. No podía dejar de preguntarse por qué, si Armonía estaba escuchando de verdad, no daba respuestas más concretas. A menudo, todo lo que Waxillium conseguía de la oración era una sensación de ánimo. Continúa. No es tan difícil como crees. No te rindas.

Suspiró y cerró los ojos, perdiéndose en sus pensamientos. Otras religiones tenían ceremonias y reuniones. Los caminantes, no. En cierto modo, su propia simpleza hacía que fuera mucho más difícil seguir el Camino. Dejaba las interpretaciones a tu propia conciencia.

Después de meditar durante un rato, no pudo dejar de sentir que Armonía quería que estudiara a los desvanecedores y que fuera además un buen señor de su casa. ¿Eran las dos cosas mutuamente excluyentes? Tillaume pensaba que sí.

Waxillium volvió a mirar el fajo de periódicos y el caballete con la libreta de dibujo. Se metió la mano en el bolsillo y sacó la bala que Wayne había dejado.

Y contra su voluntad, vio en su mente a Lessie, la cabeza hacia atrás, la sangre brotando al aire. La sangre cubriendo su hermoso pelo castaño. Sangre en el suelo, en las paredes, en el asesino que estaba de pie detrás de ella. Pero ese asesino no había sido quien le había disparado a ella.

«Oh, Armonía —pensó, llevándose la mano a la cabeza y sentándose lentamente, de espaldas a la pared—. Todo esto es por ella, ¿verdad? No puedo volver a hacerlo. Otra vez no».

Dejó caer la bala, se quitó el pendiente. Se levantó, retiró los periódicos y cerró la libreta. Nadie había sido lastimado por los desvanecedores todavía. Estaban robando, pero no le hacían daño a la gente. Ni siquiera había pruebas de que las rehenes corrieran peligro. Probablemente serían devueltas cuando se cumplieran las exigencias de rescate.

Waxillium se puso a trabajar en los libros de cuentas de su casa. Los dejó atraer su atención hasta bien entrada la noche.



—Por los brazos de Armonía —murmuró Waxillium mientras entraba en el gran salón de baile—. ¿Esto es lo que se considera hoy un banquete de bodas modesto? Aquí hay más gente que en poblaciones enteras de los Áridos.

Waxillium había visitado la mansión Yomen una vez en su juventud, pero en esa ocasión el gran salón estaba vacío. Ahora estaba lleno. Filas y filas de mesas se alineaban en el suelo de madera de la cavernosa sala; tenía que haber más de un centenar. Damas, lores, cargos electos, y la élite adinerada se movía y charlaba en bajos murmullos, todos vestidos con sus mejores galas. Joyas chispeantes. Trajes negros con pañuelos de colores. Mujeres con vestidos a la última moda; colores intensos, faldas que llegaban al suelo, gruesas capas externas con montones de pliegues y encajes. La mayoría de las mujeres llevaban chalecos ajustados en la parte superior, y los escotes eran ahora mucho más bajos de lo que recordaba en su infancia. Tal vez simplemente se fijaba más.

—¿Qué decía, Waxillium? —preguntó Steris, volviéndose a un lado y dejándola que le ayudara a quitarse la chaquetilla. Llevaba un bonito vestido rojo que parecía calculadamente diseñado para estar completamente a la moda sin ser demasiado atrevido.

—Simplemente hacía un comentario sobre el tamaño de esta reunión, querida —dijo Waxillium, doblando la chaquetilla y entregándosela, junto con su sombrero hongo, a un criado que esperaba—. He acudido a bastantes saraos desde mi regreso a la ciudad, y ninguno era tan enorme. Prácticamente parece que han invitado a media ciudad.

—Bueno, esto es algo especial —dijo ella—. Una boda entre dos casas muy bien conectadas. No querrían dejar a nadie fuera. Excepto, naturalmente, a aquellos que hayan dejado fuera a propósito.

Steris tendió el brazo para que él lo tomara. Waxillium había recibido una detallada explicación durante el trayecto en carroaje sobre cómo debía sostenerlo exactamente. Su brazo encima del de ella, tomando su mano levemente, los dedos entrelazados bajo su palma. Parecía horriblemente antinatural, pero ella insistió en que comunicaría el significado exacto que pretendían. De hecho, cuando entraron en el salón de baile, atrajeron bastantes miradas interesadas.

—Lo que está dando a entender —dijo Waxillium—, es que el propósito de este banquete de bodas no es quién está invitado, sino quién no.

—Exactamente —contestó ella—. Y, para cumplir ese propósito, todos los demás deben estar invitados. Los Yomen son poderosos, aunque crean en el lasquismo. Horrible religión. Imagine, adorar al mismísimo Ojos de Hierro. De todas formas, nadie ignorará una invitación a esta celebración. Y, por eso, los ignorados no solo se encontrarán sin una fiesta a la que asistir, sino que serán incapaces de organizar sus propias diversiones, ya que cualquiera que pudieran haber querido invitar estará aquí. Eso los obliga o bien a asociarse con otros que tampoco han sido invitados (reforzando por tanto su estatus de parias) o a quedarse sentados en casa, pensando en cómo han sido insultados.

—En mi experiencia —dijo Waxillium—, ese tipo de infelices reflexiones conducen a una altísima probabilidad de que te peguen un tiro.

Ella sonrió, saludando con elaborado aprecio a alguien al pasar.

—Esto no es los Áridos, Waxillium. Es la Ciudad. Aquí no hacemos esas cosas.

—No, ya veo. Pegarle un tiro a la gente sería demasiado caritativo para los habitantes de la Ciudad.

—Aún no ha visto lo peor —señaló ella, saludando a alguien más—. ¿Ve a esa persona que se ha dado la vuelta? ¿El hombre grueso de pelo largo?

—Sí.

—Lord Shewrman. Un invitado célebremente horrible. Es aburridísimo cuando no está borracho y un completo bufón cuando lo está... que he de añadir es la mayor parte del tiempo. Probablemente es la persona más desagradable en toda la alta sociedad. La mayoría de los presentes preferiría pasarse una hora amputándose uno de sus propios dedos que pasarse unos instantes charlando con él.

—Entonces, ¿por qué está aquí?

—Por el factor insulto, Waxillium. Los que fueron ignorados se sentirán aún más molestos al saber que Shewrman estuvo aquí. Pero incluyendo unas cuantas malas aleaciones como él (hombres y mujeres que

son completamente indeseables, pero no se dan cuenta), la Casa Yomen está diciendo en esencia: «Incluso preferimos pasar el tiempo con esta gente que con ustedes». Muy efectivo. Muy desagradable.

Waxillium bufó.

—Si alguien intentara algo así de grosero en Erosión, acabaría colgado de los talones de una viga del techo. Si tiene suerte.

—Hum. Sí.

Un criado se acercó, indicándoles que los siguieran hasta una mesa.

—Comprenda —continuó Steris en voz más baja—, que ya no respondo a su actuación de «hombre de frontera ignorante».

—¿Actuación?

—Sí —dijo ella, distraída—. Es usted un hombre. La perspectiva del matrimonio hace que los hombres se sientan incómodos, y se aferran a la libertad. Por tanto, ha empezado a entrar en regresión, lanzando comentarios salvajes para provocar una reacción en mí. Es su instinto de independencia masculina: una exageración inconsciente que pretende socavar la boda.

—Asume usted que es una exageración, Steris —dijo Waxillium mientras se acercaban a la mesa—. Tal vez es lo que soy.

—Se es lo que se elige ser, Waxillium. En cuanto a la gente que hay aquí, y las decisiones tomadas por la Casa Yomen, yo no hice esas reglas. Tampoco las apruebo: muchas son inconvenientes. Pero es la sociedad en la que vivimos. Por tanto, hago de mí algo que pueda sobrevivir en este entorno.

Waxillium frunció el ceño mientras ella zafaba el brazo y besaba afectuosamente en las mejillas a unas cuantas mujeres de una mesa cercana; parecía que eran parientes lejanas. Él se llevó las manos a la espalda y sonrió cortésmente a todos los que venían a saludarlos.

Había hecho una buena exhibición de sí mismo estos últimos meses mientras se relacionaba con la alta sociedad, y la gente lo trataba de forma más amistosa que antes. Incluso apreciaba a algunos de los que se acercaron. Sin embargo, la naturaleza de lo que estaba haciendo con Steris seguía incomodándolo, y le resultaba difícil disfrutar de la conversación.

Además, tanta gente en un solo sitio seguía haciendo que le picara la espalda. Demasiada confusión, demasiado difícil controlar las salidas. Prefería las fiestas más pequeñas, o al menos las que se esparcían por gran número de salas.

Los novios llegaron, y la gente se levantó para aplaudir. Lord Joshin y lady Mi'chelle; Waxillium no los conocía, aunque se preguntó por qué hablaban con un hombre harapiento que parecía un mendigo, todo vestido de negro. Por fortuna no parecía que Steris pretendiera arrastrarlo junto a aquellos que esperaban para felicitar a los recién desposados lo más pronto posible.

Pronto, sirvieron la comida a las primeras mesas. La cubertería de plata empezó a castañear. Steris mandó a un criado que preparara su mesa; Waxillium se pasó el tiempo inspeccionando la sala. Había dos balcones, uno a cada extremo de la sala rectangular. Parecía haber espacio para cenar allá arriba, aunque no habían preparado ninguna mesa. Hoy los utilizaban los músicos, un grupo de arpistas.

Majestuosas lámparas colgaban del techo, seis enormes en el centro, dotadas de miles de chispeantes piezas de cristal. Doce más pequeñas colgaban a los lados. «Lámparas eléctricas —advirtió—. Antes de la conversación debió de ser horrible encender todas esas luces».

El coste total de una fiesta como esta aturdía sus sentidos. Podría haber alimentado Erosión durante un año con lo que se estaba gastando aquí en una sola noche. Su tío había vendido el salón de baile Ladrian unos cuantos años antes, pues era un edificio separado, en un barrio distinto del de la mansión. Eso hacía feliz a Waxillium: por lo que recordaba, era tan grande como este. Si todavía fuera suyo, la gente podría esperar que celebraran fiestas lujosas como esta.

—¿Bien? —preguntó Steris, tendiendo de nuevo su brazo mientras el criado regresaba para conducirlos hasta su mesa. Waxillium pudo ver a lord Harms y a Marasi, la prima de Steris, sentados ya a la mesa.

—Estoy recordando por qué me marché de la Ciudad —dijo Waxillium sinceramente—. Aquí la vida es condenadamente dura.

—Muchos dirían lo mismo de los Áridos.

—Y pocos han vivido en ambos sitios. Hacerlo aquí es un tipo distinto de dureza, pero sigue siendo duro. ¿Marasi vuelve a acompañarnos?

—Así es.

—¿Qué es lo que le pasa, Steris?

—Es de los Estados Exteriores y quería tener la posibilidad de asistir a la universidad aquí en la Ciudad. Mi padre se apiadó de ella, ya que sus padres no tenían medios para ello. Permite que viva con nosotros mientras duren sus estudios.

Una explicación válida, aunque pareció surgir de los labios de Steris demasiado rápidamente. ¿Era una excusa ensayada o Waxillium estaba asumiendo demasiado? Fuera como fuese, la discusión quedó interrumpida cuando lord Harms se levantó para saludar a su hija.

Waxillium estrechó la mano a lord Harms, tomó la de Marasi y se inclinó, y luego se sentó. Steris empezó a hablar con su padre de la gente que había advertido que estaban presentes o que estaban ausentes, y Waxillium apoyó los codos sobre la mesa, escuchando a medias.

«Una sala difícil de defender —pensó, ausente—. Apostar francotiradores en esos balcones funcionaría, pero haría falta uno en cada uno, vigilando para asegurarse de que nadie elimina al otro». Alguien con un arma lo bastante potente (o los poderes alománticos adecuados) podría abatir a los francotiradores desde abajo. Las columnas bajo los balcones también serían un buen refugio.

Cuanta más cobertura hubiera, mejor sería la situación si estabas en inferioridad numérica. No es que uno quisiera estar jamás en inferioridad numérica, pero rara vez había estado en una pelea donde no fuera así. Por eso buscaba cobertura. Al descubierto, un tiroteo se reducía a quién podía abatir a más hombres con sus armas. Pero cuando podías esconderte, la habilidad y la experiencia empezaban a compensar. Tal vez esta sala no sería un lugar demasiado malo para luchar después de todo. Se...

Vaciló. ¿Qué estaba haciendo? Había tomado su decisión. ¿Tenía que seguir tomándola cada pocos días?

—Marasi —dijo, obligándose a iniciar una conversación—. Su prima me dice que ha iniciado estudios universitarios.

—Estoy en mi último año.

Él esperó que continuara explicándose, pero no lo hizo.

—¿Y cómo le van los estudios?

—Bien —respondió ella, y bajó la mirada, sujetando la servilleta.

«Qué productivo», pensó él con un suspiro. Por fortuna, parecía que se acercaba un delgado sirviente. El hombre empezó a servirles vino.

—La sopa vendrá enseguida —explicó con leve acento de Terris, las vocales abiertas y un leve tono nasal.

La voz hizo que Waxillium se quedara de piedra.

—La sopa de hoy —continuó el sirviente— es una deliciosa sopa de marisco, sazonada con una pizca de pimienta. Creo que les parecerá exquisita.

Miró a Waxillium, los ojos chispeando de diversión. Aunque llevaba una nariz postiza y peluca, desde luego eran los ojos de Wayne.

Waxillium gruñó en voz baja.

—¿A mi señor no le gustan las gambas? —preguntó Wayne con horror.

—La sopa es bastante buena —dijo lord Harms—. La he probado en una fiesta de Yomen antes.

—No es la sopa —contestó Waxillium—. Es que acabo de recordar que se me ha olvidado hacer algo.

«Como estrangular a alguien».

—Regresará dentro de un momento con la sopa, milores —prometió Wayne. Incluso tenía una falsa línea de pendientes de Terris en las orejas. Naturalmente, Wayne era en parte terrisano, como el propio Waxillium, como testificaban sus habilidades feruquimistas. Eso era raro en la población; aunque casi una quinta parte de los Originadores eran de Terris, no tenían tendencia a casarse con otras etnias.

—¿No parece familiar ese sirviente? —preguntó Marasi, volviéndose para verlo marchar.

—Debe de habernos servido la última vez que estuvimos aquí —respondió lord Harms.

—Pero no estuve con vosotros la última...

—Lord Harms —intervino Waxillium—, ¿hay alguna noticia de su pariente? ¿La que fue secuestrada por los desvanecedores?

—No —dijo Harms, tomando un sorbo de vino—. Malditos sean esos ladrones. Estas cosas son absolutamente inaceptables. ¡Deberían confinar esa conducta a los Áridos!

—Sí —dijo Steris—, en cierto modo socava el respeto a la autoridad cuando ocurren cosas así. ¡Y el robo dentro de la ciudad! Terrible.

—¿Cómo fue? —preguntó de pronto Marasi—. ¿Lord Ladrian? Me refiero a vivir donde no había ley.

Parecía verdaderamente curiosa, aunque su comentario se ganó una mirada de reproche por parte de lord Harms, quizás por sacar a colación el pasado de Waxillium.

—A veces fue difícil —admitió Waxillium—. Allí fuera, alguna gente cree que pueden coger lo que quieran. Les sorprendía que alguien se opusiera. Como si yo fuera una especie de aguafiestas, el único que no comprendía el juego que todos estaban practicando.

—Juego? —dijo lord Harms, frunciendo el ceño.

—Es una forma de hablar, lord Harms —dijo Waxillium—. Verá, todos parecían pensar que, si tenías habilidad o ibas bien armado, podías coger lo que quisieras. Yo era ambas cosas, y en vez de coger nada, los detenía. Les parecía sorprendente.

—Fue muy valiente por su parte —dijo Marasi.

Él se encogió de hombros.

—No fue valentía, de verdad. Son cosas que me vinieron encima.

—Incluso detener a los Fuegoseguro?

—Fueron un caso especial. Yo... —se detuvo—. ¿Cómo sabe eso?

—Las noticias de los Áridos vuelan —dijo Marasi, ruborizándose—. La mayoría son escritas por alguien. Se pueden encontrar en la universidad o en la librería adecuada.

—Oh.

Incómodo, Waxillium cogió su copa y bebió un poco de vino.

Mientras lo hacía, algo se le metió en la boca. Casi lo escupió sorprendido. Se contuvo. A duras penas.

«Wayne, de verdad que voy a estrangulararte». Se pasó el objeto a la mano, haciendo como que tosía.

—Bueno —dijo Steris—, es de esperar que los alguaciles se encarguen pronto de esos rufianes y podamos regresar a la paz y la ley.

—La verdad es que no creo que sea probable —dijo Marasi.

—Niña —reprochó lord Harms con severidad—. Ya es suficiente.

—Me gustaría oír lo que tiene que decir, mi señor —dijo Waxillium—. Por el puro placer de la conversación.

—Bueno... está bien... supongo.

—Es simplemente una teoría que tengo —dijo Marasi, ruborizándose—. Lord Ladrian, cuando era usted vigilante en Erosión, ¿qué población tenía la ciudad?

Él acarició el objeto que tenía en la mano. El casquillo usado de una bala, envuelto en un pegote de cera.

—Bueno, empezo a crecer rápidamente en los últimos años. Pero durante la mayor parte del tiempo, yo diría que unos mil quinientos habitantes.

—¿Y los alrededores? —preguntó ella—. ¿Todos los lugares por los que patrullaba, pero que no tenían vigilantes?

—Tal vez tres mil en total —dijo Waxillium—. Depende. Hay un montón de gente de paso en los Áridos. Gente que busca una veta mineral o establece una granja. Trabajadores que se mudan de un lado a otro.

—Digamos que son tres mil —dijo Marasi—. ¿Y cuántos de ustedes había? ¿Los vigilantes que ayudaban a mantener la ley?

—Cinco o seis, según. Wayne y yo, y Barl la mayor parte del tiempo. Unos cuantos más de manera intermitente.

«Y Lessie», pensó.

—Digamos seis por tres mil —resumió ella—. Eso nos ofrece una cifra fácil con la que trabajar. Un vigilante de la ley por cada quinientas personas.

—¿Qué sentido tiene esto? —preguntó lord Harms, molesto.

—La población de nuestro octante es de unas seiscientas mil personas —explicó Marasi—. Por la misma ratio que ha descrito lord Ladrian, deberíamos tener mil doscientos alguaciles. Pero no los tenemos. Eran unos seiscientos la última vez que comprobé la cifra. Así que, lord Ladrian, sus tierras «salvajes» tienen en realidad el doble de agentes de la ley vigilándolas que la ciudad.

—Oh —dijo él. «Extraña información para una joven de posibles».

—No intento despreciar sus logros —añadió ella rápidamente—. Es muy posible que tengan un porcentaje mayor de delitos también, ya que la reputación de los Áridos atrae a ese tipo de gente. Pero creo que se trata de una cuestión de percepción. Como usted decía, fuera de la ciudad, la gente espera salirse con la suya con sus crímenes.

»Aquí son más circunspectos... y muchos de los crímenes son menos espectaculares. En vez de robar a un banco, hay una docena de personas a las que roban camino de casa por la noche. La naturaleza del entorno urbano hace que sea más fácil ocultarse si mantienes tus delitos bajo cierto nivel de visibilidad. Pero yo no diría que la vida es más segura en la ciudad, a pesar de lo que cree la gente.

»Apuesto a que aquí asesinan a más gente, según porcentajes de población, que en los Áridos. Sin embargo, en la ciudad pasan tantas cosas que la gente le presta menos atención. En contraste, cuando asesinan a un hombre en una ciudad pequeña, es un hecho muy llamativo... aunque se trate del único crimen que se haya cometido en años.

»Y todo esto sin contar siquiera con el hecho de que gran parte de la riqueza del mundo está concentrada en unos pocos sitios dentro de la ciudad. La riqueza atrae a los hombres que buscan una oportunidad. Hay un puñado de razones por las que la Ciudad es más peligrosa que los Áridos. Simplemente, pretendemos que no lo es.

Waxillium cruzó los brazos sobre la mesa. «Qué curioso». Una vez que empezaba a hablar, ella no parecía nada tímida.

—Ya ve, mi señor —dijo Harms—. Por eso intentaba hacerla callar.

—Habría sido una lástima si lo hubiera hecho —respondió Waxillium—, ya que creo que es lo más interesante que me ha dicho nadie desde que regresé a Elendel.

Marasi sonrió, aunque Steris simplemente puso los ojos en blanco. Wayne regresó con la sopa. Por desgracia, la zona alrededor estaba tan abarrotada que Wayne no podría crear una burbuja de velocidad en torno a Waxillium y él mismo. Alguien más quedaría dentro, y se vería acelerado también. Wayne no podía darle forma a la burbuja ni elegir a quién afectaba.

Mientras los demás estaban distraídos con la sopa, Waxillium rompió el envoltorio de cera del casquillo y encontró un papelito enrollado dentro. Miró a Wayne y lo desenrolló.

«Tenías razón», decía.

—Normalmente la tengo —murmuró mientras Wayne le colocaba un cuenco delante—. ¿Dónde quieres ir a parar con esto, Wayne?

—A un sitio cómodo, gracias —dijo Wayne entre dientes—. Estoy deslomado de tanto trabajar.

Waxillium lo miró con mala cara, pero Wayne lo ignoró y procedió a explicar, con su leve acento terrisano, que pronto regresaría con una cesta de pan y más vino para el grupo.

—Lord Ladrian —dijo Steris mientras empezaban a comer—. Le sugiero que empecemos a hacer una lista de temas de conversación que podamos emplear en compañía de otros. Los temas no deberían tratar

de política ni de religión, pero deberían ser memorables y darnos una oportunidad de parecer encantadores. ¿Conoce algún dicho especialmente ingenioso o historias que puedan servir de punto de partida?

—Una vez le volé de un tiro el rabo a un perro por error —dijo Waxillium—. Es una historia divertida.

—Disparar a los perros difícilmente es un tema de conversación adecuado para la cena —dijo Steris.

—Lo sé. Sobre todo porque le estaba apuntado a las pelotas.

Marasi estuvo a punto de escupir su sopa al otro lado de la mesa.

—¡Lord Ladrian! —exclamó Steris, aunque su padre parecía divertido.

—Creí que había dicho que no podía escandalizarla más —le dijo a Steris—. Simplemente estaba poniendo a prueba su hipótesis, querida.

—Sinceramente. ¿Superará alguna vez esta rural falta de decoro?

Waxillium meneó la sopa para asegurarse de que Wayne no había escondido nada dentro. «Espero que al menos lavara ese casquillo».

—Sospecho que acabaré por hacerlo —dijo, llevándose la cuchara a la boca. La sopa estaba buena, pero demasiado fría—. Lo divertido es que cuando estaba en los Áridos, se me consideraba muy refinado; tanto, en realidad, que me creían arrogante.

—Llamar a un hombre «refinado» según los baremos de los Áridos —dijo lord Harms, alzando un dedo

—es como decir que un ladrillo es «blando» según los baremos de la construcción... justo antes de aplastarlo contra la cara de alguien.

—¡Padre! —dijo Steris. Miró a Waxillium con reproche, como si el comentario fuera culpa suya.

—Era un símil perfectamente legítimo —dijo lord Harms.

—¡No volveremos a hablar de golpear a nadie con ladrillos ni de disparar, sea cual sea el blanco!

—Muy bien, prima —dijo Marasi—. Lord Ladrian, una vez oí que le lanzó usted a un hombre su propio cuchillo y que le alcanzó justo en el ojo. ¿Es verdad esa historia?

—En realidad el cuchillo era de Wayne —respondió Waxillium. Vaciló—. Y el ojo fue un accidente. Esa vez también apuntaba a las pelotas.

—¡Lord Ladrian! —dijo Steris, casi lívida.

—Lo sé. Es desviarse mucho. Tengo muy mala puntería lanzando cuchillos.

Steris los miró, poniéndose colorada mientras veía que su padre se reía, pero intentaba ocultarlo con la servilleta. Marasi la miró a la cara con inocente ecuanimidad.

—Nada de ladrillos ni de pistolas —dijo Marasi—. Estaba cumpliendo con los requisitos que dijiste.

Steris se levantó.

—Voy a mirarme en el servicio de señoritas mientras ustedes se recuperan.

Se marchó, y Waxillium sintió una puñalada de culpa. Steris era estirada, pero parecía seria y honesta. No se merecía las burlas. Sin embargo, era muy difícil no provocarla.

Lord Harms se aclaró la garganta.

—Eso no hacía falta, niña —le dijo a Marasi—. No debes hacerme lamentar mi promesa de educarte en estas funciones.

—No le eche la culpa a ella, mi señor —dijo Waxillium—. Yo fui el principal causante de la ofensa. Le ofreceré mis más sinceras disculpas a Steris cuando regrese, y contendré la lengua durante el resto de la velada. No tendría que haberme permitido llegar tan lejos.

Harms asintió, suspirando.

—Admito que yo mismo me he sentido tentado de dejarme llevar un par de veces. Es igual que su madre —le dirigió a Waxillium una mirada de compasión.

—Comprendo.

—Esa es nuestra suerte, hijo —dijo lord Harms, poniéndose en pie—. Ser señor de una casa requiere ciertos sacrificios. Ahora, si me disculpa, veo que lord Alernath está junto a la barra y creo que voy a tomar algo más fuerte con él antes del plato principal. Si no me voy antes de que Steris regrese, me obligará a quedarme. No tardaré mucho.

Les asintió a ambos, y luego se dirigió a un grupo de mesas más altas situadas junto a una barra.

Waxillium lo vio marchar, mientras meditaba y jugueteaba con la nota de Wayne entre los dedos. Antes había asumido que lord Harms había impulsado a Steris a ser como era, pero parecía que estaba sometido a ella. «Otra curiosidad», pensó.

—Gracias por defenderme, lord Ladrian —dijo Marasi—. Parece que es tan rápido en acudir en ayuda de una dama con las palabras como lo es con las pistolas.

—Simplemente decía la verdad tal como la veía, señora mía.

—Dígame. ¿De verdad le voló el rabo a un perro cuando le apuntaba a las... esto...?

—Sí —dijo Waxillium, sonriendo—. En mi defensa, el maldito bicho me estaba atacando. Pertenecía a un hombre al que perseguía. La agresividad no era culpa del perro: el pobre animal parecía que no había comido desde hacía días. Intenté dispararle a un sitio no letal, para asustarlo. La parte del hombre al que alcancé en el ojo es inventada. No apuntaba a ninguna parte corporal en concreto: tan solo esperaba darle.

Ella sonrió.

—¿Puedo preguntarle una cosa?

—Adelante.

—Pareció abatido cuando mencioné las estadísticas de las ratios de vigilantes. No pretendía ofender o menospreciar sus heroicidades.

—No pasa nada.

—¿Pero...?

Él sacudió la cabeza.

—No estoy seguro de poder explicarlo. Cuando me establecí en los Áridos, cuando comencé a entregar forajidos, empecé a... Bueno, creí haber hallado un sitio donde era necesario. Creí haber encontrado un modo de hacer algo que nadie más querría hacer.

—Pero lo hizo.

—Y, sin embargo —dijo él, removiendo la sopa—, parece que todo el tiempo el lugar que dejé atrás me necesitaba aún más. Nunca me di cuenta.

—Hacía usted un trabajo importante, lord Ladrian. Un trabajo vital. Además, tengo entendido que antes de que usted llegara nadie defendía la ley en esa zona.

—Estaba Arbitan —dijo él, sonriendo, recordando al viejo—. Y, naturalmente, los vigilantes del Lejano Dorest.

—Una ciudad lejana y de poca importancia —dijo ella—, que tenía a un único vigilante capaz de atender a una gran población. Jon Dedomuerto tenía sus propios problemas. Para cuando usted puso las cosas en marcha, Erosión estaba mejor protegida que la Ciudad... pero no empezó así.

Waxillium asintió, aunque, una vez más, sintió curiosidad por cuánto sabía ella. ¿De verdad que la gente contaba historias sobre Wayne y él aquí en la ciudad? ¿Por qué no las había oído antes?

Las estadísticas de ella, en efecto, lo molestaban. No había considerado que la Ciudad fuera peligrosa. Eran los Áridos, salvajes e indómitos, los que necesitaban ser rescatados. La Ciudad era la tierra de la plenitud que Armonía había creado para albergar a la humanidad. Aquí, los árboles daban frutos en abundancia y las tierras cultivadas tenían agua sin necesidad de riego. El terreno era siempre fértil, y de algún modo nunca se agotaba.

Se suponía que esta tierra era diferente. Protegida. Él había guardado sus armas en parte porque se había convencido a sí mismo de que los alguaciles podían hacer su trabajo sin ayuda. «Pero ¿no demuestran los desvanecedores que tal vez no sea así?».

Wayne regresó con el pan y una botella de vino. Se detuvo al ver los dos asientos vacíos.

—Oh, cielos —dijo—. ¿Se han cansado tanto de esperar que han devorado a sus dos acompañantes? Marasi lo miró y sonrió.

«Lo sabe —advirtió Waxillium—. Lo reconoce».

—Si puedo señalar una cosa, mi señora —dijo Waxillium, volviendo a llamar su atención—. Es usted mucho menos tímida que en nuestro primer encuentro.

Ella dio un respingo.

—No soy muy buena siendo tímida, ¿verdad?

—No era consciente de que es algo que necesitara práctica.

—Yo lo intento todo el tiempo —dijo Wayne, sentándose a la mesa y sacando un pan de la cesta. Le dio un buen bocado—. Nadie me lo reconoce. Es porque soy un incomprendido, lo sé. —Su acento de Terris había desaparecido.

Marasi parecía confusa.

—¿Debo fingir estar escandalizada por lo que está haciendo? —le preguntó a Waxillium en voz baja.

—Se ha dado cuenta de que lo ha reconocido —dijo Waxillium—. Ahora va a enfurruñarse.

—¿Enfurruñarme? —Wayne empezó a tomarse la sopa de Steris—. Eso es muy desagradable, Wax. Puaj. Esto sabe mucho peor de lo que decía. Lo siento.

—Se reflejará en mi propina —dijo Waxillium secamente—. Lady Marasi, mi pregunta iba en serio. Para ser sinceros, parece que ha estado intentando actuar con exagerada timidez.

—Siempre bajando la mirada después de hablar —coincidió Wayne—. Alzando demasiado el tono de voz con las preguntas.

—No es el tipo de persona que estudia en la universidad por propia voluntad —advirtió Waxillium—. ¿Por qué finge?

—Prefiero no decirlo.

—¿Lo prefiere usted o lo prefieren lord Harms y su hija?

Ella se ruborizó.

—Lo segundo. Pero, por favor, preferiría cambiar de tema.

—Siempre encantador, Wax —dijo Wayne, dando otro bocado al pan—. ¿Ves? Casi has hecho llorar a la dama.

—Yo no... —empezó a decir Marasi.

—Ignórelo —dijo Waxillium—. Hágame caso. Es como un sarpullido. Cuanto más lo rasque, más irritante se vuelve.

—Hum —dijo Wayne, aunque sonrió.

—¿No le preocupa? —le preguntó Marasi en voz baja—. Lleva uniforme de camarero. Si lo ven sentado a la mesa y comiendo...

—Oh, lleva razón —dijo Wayne, echando hacia atrás su silla. La persona tras él se había marchado, y ahora que lord Harms se había ido, Wayne tenía espacio suficiente para...

Y allí estaba. Echó de nuevo la silla hacia delante, las ropas cambiaron a un sobretodo con una camisa desabrochada y gruesos pantalones de los Áridos debajo. Hacía girar su sombrero en un dedo. Los pendientes habían desaparecido.

Marasi dio un brinco.

—Una burbuja de velocidad —susurró, asombrada—. ¡Creí que podría ver algo desde fuera!

—Podría, si observara con atención —dijo Waxillium—. Un borrón. Si mira a la mesa de al lado, la manga del uniforme de camarero sobresale de donde la ha arrojado. Los pliegues del sombrero, aunque los lados son duros, pueden comprimirse entre las manos. Sigo tratando de imaginar dónde tenía el sobretodo.

—Deabajo de la mesa —dijo Wayne, muy satisfecho de sí mismo.

—Ah, naturalmente —dijo Waxillium—. Tenía que saber de antemano qué mesa sería la nuestra para que lo pudieran asignar como camarero.

«Tendría que haber mirado debajo de la mesa antes de sentarnos —pensó Waxillium—. ¿Habrá parecido demasiado paranoico?». No se sentía paranoico: no permanecía despierto por las noches, preocupado porque le dispararan, ni pensaba que hubiera conspiraciones tratando de destruirlo. Tan solo le gustaba ser cuidadoso.

Marasi seguía mirando a Wayne; parecía divertida.

—No somos lo que esperaba —dijo Waxillium—. ¿De esos informes que ha leído?

—No —admitió ella—. Esos relatos a menudo omitían asuntos de personalidad.

—¿Hay historias sobre nosotros? —preguntó Wayne.

—Sí. Muchas.

—Maldición —parecía impresionado—. ¿Nos darán derechos por ellas o algo? Si nos los dan, quiero la parte de Wax, ya que hice todas las cosas que dicen que hizo él. Además, ya es rico y todo eso.

—Son informes tipo noticias —dijo Marasi—. No pagan derechos.

—Sucios ladrones. —Wayne hizo una pausa—. Me pregunto si alguna de las otras bellas damas de este lugar habrá oido hablar de mis extraordinariamente heroicas y masculinas hazañas...

—Lady Marasi es estudiante en la universidad —dijo Waxillium—. Imagino que habrá leído informes que estarán recopilados allí. La mayor parte del público no estará familiarizado con ellos.

—Así es.

—Oh —dijo Wayne, decepcionado—. Bueno, tal vez lady Marasi esté interesada en oír más de mis extraordinariamente...

—¿Wayne?

—Sí.

—Basta.

—Bien.

—Pido disculpas por él —dijo Waxillium, volviéndose hacia Marasi. Ella seguía teniendo aquella expresión divertida en el rostro.

—Lo hace mucho —dijo Wayne—. Pedir disculpas. Creo que es uno de sus defectos personales. He intentado ayudarlo para que deje de ser casi perfecto, pero hasta ahora no ha sido suficiente.

—No importa —dijo ella—. Me pregunto si debería escribir algo para mis profesores describiendo lo... increíble que ha sido conocerlos a los dos.

—¿Qué es, exactamente, lo que está estudiando en la universidad? —preguntó Waxillium.

Ella vaciló antes de ruborizarse profundamente.

—¡Ah, comprendo! —dijo Wayne—. Así es como se hace la tímida. Lo está haciendo mucho mejor. ¡Bravo!

—Es solo que... —Ella alzó una mano para cubrirse los ojos y bajó la mirada, cohibida—. Es que... Oh, de acuerdo. Estoy estudiando justicia legal y conducta criminal.

—¿Y eso es algo de lo que avergonzarse? —dijo Waxillium, compartiendo una mirada confusa con Wayne.

—Bueno, me han dicho que no es muy femenino. Pero aparte de eso..., bueno, estoy sentada con ustedes dos... y..., bueno, ya saben... son dos de los vigilantes más famosos del mundo y...

—Créame —dijo Waxillium—. No sabemos tanto como pueda pensar.

—Si estuviera estudiando bufonería o conducta idiota —añadió Wayne—, eso sí que es algo en lo que somos expertos.

—Eso son dos cosas —dijo Waxillium.

—No me importa. —Wayne continuó comiendo pan—. ¿Dónde están los otros dos? Doy por hecho que no se los han comido de verdad. Wax solo come gente los fines de semana.

—Los dos regresarán pronto, Wayne —dijo Waxillium—. Así que, si tu visita tiene un propósito, más vale que vayas al grano. A menos que esto sea una forma normal de atormentarme.

—Ya te dije de qué iba. No te habrás comido accidentalmente mi nota, ¿no?

—No. No decía mucho.

—Decía lo suficiente —replicó Wayne, inclinándose hacia delante—. Wax, me dijiste que mirara a las rehenes. Tenías razón.

—Todas son alománticas —dedujo Waxillium.

—Más que eso. Todas son parientes.

—Solo han pasado trescientos años desde los Originadores, Wayne. Todos somos parientes.

—¿Significa eso que te harás responsable de mí?

—No.

Wayne se echó a reír. Sacó un papel del bolsillo de su sobretodo.

—Es más que eso, Wax. Mira. Cada mujer secuestrada pertenecía a un linaje concreto. He investigado un poco. En serio. —Hizo una pausa—. ¿Por qué investigarlo si lo único que se invierte es tiempo?

—Porque apuesto a que tuviste que buscarlo todo dos veces —dijo Waxillium, cogiendo el papel y estudiándolo. Estaba escrito torpemente, pero era descifrable. Explicaba los linajes básicos de donde descendían cada una de las mujeres secuestradas.

Destacaban varias cosas. Cada una de ellas podía remontarse al mismísimo lord Nacido de la Bruma. Por eso, la mayoría de ellas tenían también una fuerte herencia alomántica en su pasado. Todas eran parientes, primas de segundo o tercer grado, algunas primas hermanas.

Waxillium alzó la cabeza, y advirtió que Marasi sonreía de oreja a oreja, observándolos.

—¿Qué? —preguntó Waxillium.

—¡Lo sabía! —exclamó ella—. Sabía que estaba en la ciudad para investigar a los desvanecedores. Apareció para convertirse en señor de su casa solo un mes después de que tuviera lugar el primer robo. Va a capturarlos, ¿verdad?

—¿Por eso insistió en que lord Harms la trajera a sus encuentros conmigo?

—Tal vez.

—Marasi —dijo Waxillium, suspirando—, se está precipitando en sus conclusiones. ¿Cree que las muertes en mi familia, convertirme en jefe de la casa, fueron invenciones?

—Bueno, no —respondió ella—. Pero me sorprendió que aceptara el título hasta que me di cuenta de que probablemente lo vio como una oportunidad para averiguar qué pasa con esos robos. Tiene que admitir que no son corrientes.

—Tampoco es corriente Wayne —dijo Waxillium—. Pero no dejaría mis raíces, cambiaría todo mi estilo de vida y aceptaría la responsabilidad de toda una casa solo para estudiarlo.

—Mira, Wax —intervino Wayne, ignorando la pulla, cosa que no era habitual en él—. Por favor, dime que has traído una pistola.

—¿Qué? No, no la he traído. —Waxillium dobló el papel y se lo devolvió—. ¿Por qué lo dices?

—Porque —contestó Wayne, recogiendo el papel e inclinándose hacia delante—. ¿No lo ves? Los ladrones están buscando sitios donde puedan robar y se encuentre gente de la clase alta adinerada. Porque entre esa clase alta adinerada encuentran sus objetivos. Gente con la herencia adecuada. Esos tipos, los ricos, han dejado de viajar en tren.

Waxillium asintió.

—Sí, si las mujeres son de verdad el objetivo, los robos a esos perfiles harán que los potenciales objetivos futuros no viajen. Una conexión válida. Por eso debieron atacar el teatro.

—¿Y dónde hay más individuos ricos con la herencia adecuada? —preguntó Wayne—. ¿Un lugar donde la gente lleve sus mejores joyas y te permitan robarlas como distracción? ¿Un lugar donde puedas encontrar a la rehén adecuada para llevártela como el auténtico premio?

Waxillium sintió la boca seca.

—Un gran banquete de bodas.

Las puertas de ambos extremos del salón de baile se abrieron de pronto.



Los bandidos no eran como los que Waxillium conocía. No enmascaraban sus rostros con pañuelos ni llevaban sobretodos y sombreros de ala ancha. La mayoría llevaban chalecos y sombreros hongos típicos de la ciudad, pantalones oscuros y camisas anchas con botones, remangadas hasta los codos. No iban mejor vestidos, en realidad, solo lo hacían de forma distinta.

Todos iban bien armados. Rifles al hombro muchos de ellos, pistolas en las manos otros. La gente del salón de baile reparó en ellos inmediatamente, los cubiertos resonaron, se oyeron maldiciones. Eran al menos dos docenas de bandidos, quizá tres. Waxillium advirtió con insatisfacción que algunos más venían por la derecha, a través de las puertas que conducían a las cocinas. Habrían dejado a hombres vigilando al personal para impedir que corrieran en busca de ayuda.

—Un momento cojonudo para dejarte las pistolas —dijo Wayne. Se apartó del asiento y se agazapó junto a la mesa, para sacar de debajo los bastones de duelo gemelos.

—Suéltalos —dijo Waxillium en voz baja, contando. Podía ver a treinta y cinco hombres. La mayoría se congregaba en los dos extremos del salón rectangular, directamente delante y detrás de ellos. Waxillium se encontraba casi en el centro de la sala.

—¿Qué? —dijo Wayne bruscamente.

—Suelta los bastones, Wayne.

—No puedes hablar...

—¡Mira esta sala! —susurró Waxillium—. ¿Cuánta gente hay aquí? ¡Trescientas, cuatrocientas personas? ¿Qué sucederá si provocamos un tiroteo?

—Podrías protegerlos —dijo Wayne—. Sacarlos de aquí.

—Tal vez —respondió Waxillium—. Sería muy arriesgado. Hasta ahora, ninguno de estos robos ha sido violento. No consentiré que conviertas esto en un baño de sangre.

—No tengo por qué escucharte —dijo Wayne, hosco—. Ya no estoy a tus órdenes, Wax.

Waxillium lo miró a los ojos y le sostuvo la mirada mientras la sala se llenaba de gritos de alarma y preocupación. Reacio, Wayne volvió a sentarse. No soltó los bastones de duelo, pero mantuvo la mano por debajo del mantel, ocultándolos.

Marasi se había vuelto para ver a los ladrones empezar a moverse por la sala, los ojos y la boca abiertos.

—Oh, cielos. —Se giró y agarró su bolso con dedos temblorosos. Sacó una libretita y un lápiz.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Waxillium.

—Anotando descripciones —dijo ella, la mano temblando—. ¿Sabía que, estadísticamente, solo uno de cada dos testigos puede describir adecuadamente al delincuente que los ha asaltado? Peor aún, siete de cada diez elegirán al hombre equivocado en una ronda de identificación si se presenta un hombre similar pero más amenazador. En el momento, es más probable subestimar la altura de un atacante, a menudo se le describe como similar al villano de una historia que se ha oído recientemente. Es vital, si eres testigo de un crimen, prestar especial atención a los detalles de los implicados. Oh, estoy farfullando, ¿no?

Parecía aterrorizada, pero empezó a escribir de todas formas, anotando las descripciones de cada criminal.

—Nosotros nunca necesitamos hacer estas cosas —dijo Wayne, mirando a los ladrones mientras estos apuntaban con sus armas a los asistentes a la fiesta, haciéndolos callar—. Si somos testigos de un crimen, los tipos que lo cometen suelen acabar muertos al final. —Dirigió una mirada a Waxillium.

Varios ladrones empezaron a obligar a salir de la cocina a los cocineros y camareros para que se reunieran con los invitados.

—¡Atención! —gritó uno de los ladrones, echándose la escopeta a la cara—. ¡Siéntense! ¡Permanezcan tranquilos! ¡Y callados!

Tenía un leve acento de los Áridos y una constitución sólida, aunque no era alto, con brazos fuertes y la tez moteada y grisácea, casi como si su cara estuviera hecha de granito.

«Sangre koloss —pensó Waxillium—. Peligroso».

La gente guardó silencio a excepción de unos pocos gemidos de los muy apurados. La madre de la novia parecía haberse desmayado, y la fiesta se acabó, el novio parecía furioso y protegía a su nueva

esposa rodeando sus hombros con un brazo.

Un segundo desvanecedor avanzó. Este, en contraste con los demás, llevaba una máscara: una tela tejida le cubría la cara, y llevaba un sombrero de los Áridos encima.

—Eso está mejor —dijo con voz firme y controlada. Algo en aquella voz le chocó a Waxillium.

»Si son sensatos, habremos acabado con esto en unos instantes —dijo con calma el desvanecedor enmascarado, caminando entre las mesas mientras una docena de bandidos empezaban a desplegarse por la sala y abrían grandes sacos—. Solo queremos sus joyas. Nadie tiene por qué resultar herido. Sería una lástima estropear una fiesta tan buena con un baño de sangre. Sus joyas no merecen su vida.

Waxillium se volvió a mirar a lord Harms, que estaba todavía sentado junto al bar. Había empezado a frotarse la cara con un pañuelo. Los hombres de los sacos se desplegaron rápidamente por la sala, deteniéndose ante cada mesa para recoger collares, anillos, pendientes, bolsos y relojes. A veces los artículos eran entregados rápidamente, otras con reticencia.

—Wax... —dijo Wayne, la voz tensa.

Marasi continuó escribiendo, el lápiz y el papel sobre el regazo.

—Tenemos que salir de aquí con vida —dijo Waxillium en voz baja—. Sin que nadie resulte herido. Luego podremos dar nuestros informes a los alguaciles.

—Pero...

—No seré el causante de que muera esta gente, Wayne —replicó Waxillium, en voz mucho más alta de lo que había pretendido.

Sangre en los ladrillos. Un cadáver con un gabán de cuero, desplomándose. Un rostro sonriente, muriendo con una bala en la frente. Ganando, mientras moría.

Otra vez no. Nunca más.

Waxillium cerró los ojos.

Nunca más.

—¡Cómo se atreve! —gritó de pronto una voz. Waxillium miró a un lado. Un hombre en una mesa cercana se había levantado, zafándose de la mano de la recia mujer que lo acompañaba. Tenía una barba poblada y gris y llevaba un traje de aspecto clásico, un frac cuya cola le llegaba hasta los tobillos—. ¡No me quedaré quieto, Marthin! ¡Soy alguacil de la Octava Guardia!

Esto atrajo la atención del jefe de los bandidos. El enmascarado se acercó al hombre con la escopeta apoyada tranquilamente en el hombro.

—Ah —dijo—. Lord Peterus, creo que es.

Hizo una seña a un par de bandidos y estos se lanzaron hacia delante, apuntando con sus armas a Peterus.

—Jefe retirado de la Octava Jurisdicción. Tendrá que entregarnos su arma.

—¿Cómo se atreven a cometer un robo aquí, en la celebración de una boda? —dijo Peterus—. ¡Esto es escandaloso! Debería estar avergonzado de sí mismo.

—¿Avergonzado? —dijo el jefe de los bandidos mientras sus secuaces cacheaban a Peterus y sacaban una pistola (una Granger modelo 28, culata gruesa opcional) de su sobaquera—. ¿Avergonzado? ¿De robarles a estos? ¿Después de lo que han hecho ustedes en los Áridos todos estos años? Esto no es vergonzoso. Esto, esto es venganza.

«Hay algo en esa voz —pensó Waxillium, dando un golpecito en la mesa—. Algo familiar. Cállese, Peterus. ¡No los provoque!».

—¡En nombre de la ley, me encargaré que los persigan y los cuelguen por esto! —exclamó Peterus.

El jefe de los forajidos lo abofeteó, derribándolo al suelo.

—¿Qué sabe usted de leyes? —rugió el jefe de los bandidos—. Y tenga cuidado con advertir a la gente de que va a hacer que los ejecuten. Eso me da menos razones para contenerme. Herrumbre y Ruina, me asquean ustedes.

Esperó a que sus lacayos continuaran reuniendo riquezas. La madre de la novia se había recuperado, y sollozaba mientras expoliaban a su familia de su dinero, incluyendo el collar nupcial.

—Estos bandidos sí que están interesados en el dinero —dijo Waxillium en voz baja—. ¿Ves? Hacen que cada persona de cada mesa hable, para encontrar joyas ocultas en sus bocas. Fíjate cómo hacen que todos se levanten y hacen una rápida comprobación de sus bolsillos y alrededor de sus asientos.

—Pues claro que están interesados en el dinero —susurró a su vez Marasi—. Por ese motivo roban, ¿no?

—Pero también están las rehenes —dijo Waxillium—. Estoy seguro.

Originalmente, había asumido que los robos eran solo una tapadera para el verdadero propósito de los bandidos. Sin embargo, si ese fuera el caso, no estarían tan interesados en el dinero.

—Páseme su libreta.

Ella lo miró.

—Ahora —dijo él, rociando polvo de acero en su vino y extendiendo la mano por debajo de la mesa. Vacilante, ella le tendió el cuaderno mientras un bandido se dirigía a su mesa. Era el hombre de piel grisácea y cuello grueso.

—Wayne —dijo Waxillium—, golpe en la pared.

Wayne asintió brevemente, sacando sus bastones de duelo. Waxillium bebió su vino, y presionó el cuaderno de espiral y los bastones de duelo contra su lado de la mesa. Se sacó de la manga una pequeña

vara de metal y la presionó contra los bastones, luego quemó acero.

Las líneas brotaron a su alrededor. Una apuntaba a la vara, y otra a la espiral de alambre del cuaderno. Las empujó suavemente, luego soltó. Los bastones y el cuaderno permanecieron apretados contra el lado de la mesa, oscurecidos por el mantel, que se envolvió sobre ellos. Tuvo que tener cuidado de no empujar demasiado fuerte, para no mover la mesa.

El bandido llegó a la mesa y ofreció su saco. Marasi fue obligada a quitarse su pequeño collar de perlas, la única joya que llevaba. Con manos temblorosas, rebuscó en su bolso unos billetes, pero el bandido se lo arrebató y lo echó en el saco.

—Por favor —dijo Waxillium, haciendo temblar su voz—. ¡Por favor, no nos haga daño!

Sacó su reloj de bolsillo y lo dejó caer sobre la mesa, como si tuviera prisa. Se arrancó la cadena del chaleco y la arrojó al saco. Entonces sacó su cartera y la echó, dándole la vuelta a los dos bolsillos con manos temblorosas para demostrar que no tenía nada más. Empezó a palparse los bolsillos de la chaqueta.

—Con eso basta, amigo —dijo el hombre de sangre koloss, sonriendo.

—¡No me haga daño!

—Siéntate, llorón imbécil —dijo el bandido, mirando de nuevo a Marasi. Sonrió y la cacheó, haciéndola hablar para poder comprobar dentro de su boca. Ella lo soportó profundamente ruborizada, sobre todo cuando el cacheo se convirtió en un sólido manoseo.

Waxillium sintió que su ojo empezaba a temblar.

—Nada más —dijo el bandido con un gruñido—. ¿Por qué me tocan las mesas pobres? ¿Y tú? —miró a Wayne. Tras él, otro de los bandidos encontró la chaqueta de criado de Wayne bajo la mesa, y la alzó con expresión confundida.

—¿Parece que tengo algo de valor, amigo? —preguntó Wayne, vestido con su sobretodo y sus pantalones de los Áridos. Había vuelto a su acento—. Estoy aquí por error. Estaba mendigando en la cocina cuando os oí llegar.

El bandido gruñó, pero palpó los bolsillos de Wayne de todas formas. No encontró nada, luego comprobó bajo la mesa y los hizo levantarse a todos. Finalmente, los maldijo por ser «demasiado pobres» y le arrancó a Wayne el sombrero de la cabeza. Arrojó su propio sombrero (llevaba una gorra de lana debajo, y el aluminio asomaba entre los agujeros), y luego se marchó, poniéndose el sombrero de Wayne encima de la gorra.

Ellos se sentaron.

—Se ha llevado mi sombrero de la suerte, Wax —gruñó Wayne.

—Tranquilo —dijo Waxillium, devolviéndole a Marasi su cuaderno para que pudiera volver a tomar notas con disimulo.

—¿Por qué no escondió su cartera como hizo con el cuaderno? —susurró ella.

—Algunos de los billetes están marcados —respondió Waxillium, distraído, observando al líder enmascarado. Estaba consultando algo que tenía en la mano. Parecía un par de hojas de papel arrugadas—. Eso permitirá a los alguaciles localizar dónde se gasten, si es que se gastan.

—Marcados! —dijo Marasi—. ¡Entonces sabía que nos iban a robar!

—¿Qué? Pues claro que no.

—Pero...

—Wax siempre lleva algunos billetes marcados —dijo Wayne, entornando los ojos al advertir lo que estaba haciendo el líder—. Por si acaso.

—Oh. Eso es... muy poco corriente.

—Wax es una clase especial de paranoico, señorita —dijo Wayne—. ¿Ese tipo está haciendo lo que creo que está haciendo?

—Sí —dijo Waxillium.

—¿Qué? —preguntó Marasi.

—Comparando rostros con los dibujos que tiene en la mano —explicó Waxillium—. Está buscando a la persona adecuada para llevársela de rehén. Mire cómo repasa las mesas, comprobando las caras de todas las mujeres. Otros lo están haciendo también.

Permanecieron en silencio mientras el líder pasaba ante ellos. Lo acompañaba un tipo de rasgos finos y ceño fruncido.

—Te digo que los muchachos se están poniendo nerviosos —decía este hombre—. No puedes darles todo esto y no dejarles disparar las malditas armas.

El enmascarado líder guardó silencio, estudiando a todos los de la mesa de Waxillium durante un momento. Vació un instante antes de continuar.

—Tendrás que darles rienda suelta a los muchachos más pronto que tarde, jefe —dijo el otro hombre mientras continuaban su ronda—. Creo...

Pronto estuvieron demasiado lejos para que Waxillium distinguiera lo que estaban diciendo.

Cerca, Peterus (el antiguo alguacil) había vuelto a sentarse en su asiento. Su esposa atendía su cabeza ensangrentada con una servilleta.

«Esta es la mejor manera —se dijo Waxillium firmemente—. He visto sus caras. Podré localizar quiénes son en cuanto gasten mi dinero. Los encontraré y los combatiré en mis propios términos. Los...».

Pero no lo haría. Dejaría que los alguaciles hicieran esa parte, ¿no? ¿No era eso lo que seguía diciéndose una y otra vez?

Una súbita perturbación en el otro lado de la sala llamó su atención. Unos cuantos bandidos conducían a una pareja de mujeres de aspecto asustado, una de ellas Steris. Parecía que al final se les había ocurrido buscar en el servicio femenino. Los otros bandidos terminaban de recoger las joyas y el dinero. Eran tantos que no tardaron mucho, ni siquiera con una multitud tan grande.

—Muy bien —exclamó el jefe—. Coged a un rehén.

«Demasiado fuerte», pensó Waxillium.

—¿A quién nos llevamos? —gritó a su vez uno de los bandidos.

«Están haciendo teatro».

—No me importa —dijo el jefe.

«Quiere que pensemos que escoge a una al azar».

—Cualquiera valdrá —continuó el jefe—. Digamos... esa.

Señaló a Steris.

Steris. Una de las secuestradas anteriores era su prima. Naturalmente. Eran del mismo linaje.

El temblor de ojo de Waxillium empeoró.

—De hecho, nos llevaremos a dos esta vez —dijo el jefe. Envió a su lacayo de sangre koloss de vuelta a las mesas—. Que nadie nos siga, o les haremos daño. Recuerden, unas pocas joyas no valen sus vidas. Soltaremos a los rehenes cuando estemos seguros de que no nos siguen.

«Mentiras —pensó Waxillium—. ¿Para qué las queréis? ¿Por qué las...?».

El hombre de sangre koloss que había robado el sombrero de Wayne se plantó ante la mesa de Wax y agarró a Marasi por el hombro.

—Tú valdrás —dijo—. Vas a venir a dar un paseo con nosotros, preciosa.

Ella dio un respingo cuando el hombre la tocó y soltó su libreta.

—Vaya —dijo otro bandido—. ¿Qué es esto?

Recogió la libreta y la examinó.

—Solo tiene palabras, Tarson.

—Idiota —dijo el hombre de sangre koloss, Tarson—. No sabes leer, ¿no?

Se acercó a mirar.

—Trae. Esa es una descripción mía, ¿verdad?

—Yo... —dijo Marasi—. Solo quería recordar, para mi diario, ¿sabe?...

—Estoy seguro —dijo Tarson, guardándose el cuaderno en el bolsillo. Cuando sacó la mano empuñaba una pistola, y la apuntó con ella a la cabeza.

Marasi se puso pálida.

Waxillium se levantó, quemando acero en su estómago. La pistola del otro bandido apuntó a su cabeza un segundo más tarde.

—Tu dama estará bien con nosotros, amigo —dijo Tarson con una sonrisa en sus labios grisáceos—. Nos vamos.

Tiró de Marasi para ponerla en pie, y luego la empujó hacia la salida norte.

Waxillium miró el cañón de la pistola del otro bandido. Con un empujón mental, podía enviar esa pistola contra la cara de su dueño, quizás incluso romperle la nariz.

Parecía que el bandido quería apretar el gatillo. Se le veía ansioso, excitado por la emoción del robo. Waxillium había visto hombres así antes. Eran peligrosos.

El bandido vaciló, luego miró a sus amigos, y finalmente se dio la vuelta y corrió hacia la salida. Otro empujaba a Steris hacia la puerta.

—¡Wax! —susurró Wayne.

¿Cómo podía un hombre de honor quedarse de brazos cruzados ante una cosa así? Todos los instintos justicieros de Waxillium le exigían que hiciera algo. Luchar.

—Wax... —dijo Wayne en voz baja—, los errores existen. Lessie no fue culpa tuya.

—Yo...

Wayne agarró los bastones de duelo.

—Bien, entonces yo voy a hacer algo.

—No merece la pena el coste de vidas, Wayne —dijo Waxillium, sacudiéndose de su estupor—. No es solo cosa mía. Es verdad, Wayne. Nosotros...

—¡Cómo se atreven! —exclamó una voz familiar. Lord Peterus, el antiguo alguacil. El anciano se quitó la servilleta de la cabeza y se puso en pie, tambaleándose—. ¡Cobardes! ¡Yo seré su rehén, si necesitan uno!

Los bandidos lo ignoraron. La mayoría corría hacia las salidas de la sala, apuntando con sus pistolas y disfrutando asustando a los asistentes al banquete.

—¡Cobardes! —gritó Peterus—. ¡Son perros, todos y cada uno de ustedes! ¡Los veré ahorcados! ¡Llévenme a mí en vez de a una de esas muchachas, o me encargaré de ello! ¡Lo juro por el mismísimo Superviviente!

Echó a andar hacia el jefe en retirada, dejando atrás a lores, damas y ricos..., la mayoría de los cuales se habían arrojado al suelo y estaban escondidos bajo las mesas.

«Ahí va el único hombre en esta sala con algo de valor —pensó Waxillium, sintiendo de pronto una intensa vergüenza—. Él y Wayne».

Steris casi estaba ya en la puerta. Marasi y su captor alcanzaban al jefe.

«No puedo dejar que esto suceda. Yo...».

—¡COBARDE!

El líder enmascarado se giró de repente, extendió la mano y un disparo estalló en el aire, resonando en la gran sala de baile. Se acabó en un segundo.

El anciano Peterus se desplomó. El humo de la pistola del jefe de los bandidos se enroscó en el aire.

—Oh... —dijo Wayne en voz baja—. Acabas de cometer un grave error, amigo. Un gravísimo error.

El jefe se dio media vuelta y enfundó su pistola.

—Bien —gritó, caminando hacia la puerta—. Podéis divertiros un poco, muchachos. Quemadlo de vuestra sangre rápido y reuníos conmigo fuera. Vamos...

Todo se inmovilizó. La gente se quedó quieta en el sitio. La viruta de humo flotó inmóvil. Las voces se silenciaron. Los gemidos se detuvieron. En un círculo alrededor de la mesa de Waxillium, el aire ondeó levemente.

Wayne se levantó y se echó al hombro sus bastones de duelo, inspeccionando la sala. Waxillium sabía que estaba situando a todos y cada uno de los bandidos. Juzgando las distancias, preparándose.

—En cuanto deje caer la burbuja —dijo Wayne—, este lugar va a estallar como un almacén de municiones en un volcán.

Waxillium se metió tranquilamente la mano en la chaqueta y sacó una pistola oculta bajo su brazo. La depositó sobre la mesa. El temblor de su ojo había desaparecido.

—¿Bien? —preguntó Wayne.

—Esa metáfora es terrible. ¿Cómo puede nadie almacenar munición en un volcán?

—No lo sé. Mira, ¿vas a luchar o no?

—He intentado esperar —dijo Waxillium—. Les di la oportunidad de marcharse. Intenté renunciar a esto.

—Les ofreciste una buena actuación, Wax —sonrió—. Demasiado buena.

Waxillium apoyó la mano sobre la pistola. Entonces la recogió.

—Sea.

Con la otra mano, vertió toda la bolsita de acero en la copa de vino y la apuró.

Wayne sonrió.

—Me debes una pinta por mentirme, por cierto.

—¿Por mentirte?

—Dijiste que no habías traído una pistola.

—No traje una pistola —respondió Waxillium, buscando en el interior de la manga y sacando una segunda pistola—. Me conoces mejor que eso, Wayne. Nunca voy a ninguna parte solo con una. ¿Cuánto bendaleo tienes?

—No tanto como me gustaría. El material es terriblemente caro aquí en la ciudad. Puede que tenga suficiente para cinco minutos de tiempo extra. Pero mis mentes de metal están llenas. Me pasé mis buenas dos semanas enfermo en cama después de que te marcharas.

Eso concedería a Wayne poderes curativos si lo herían.

Waxillium inspiró profundamente: el frío en su interior se derritió y se convirtió en una llama mientras quemaba acero que localizó todas y cada una de las fuentes de metal en la sala.

Si se volvía a quedar paralizado...

«No lo haré —se dijo—. No puedo».

—Yo iré a por las muchachas. Tú mantén a los bandidos a raya. Nuestra prioridad es mantener a la gente con vida.

—Con mucho gusto.

—Treinta y seis malos armados, Wayne. En una sala llena de inocentes. Esto va a ser duro. Concéntrate. Intentaré despejar el espacio cuando empecemos. Puedes seguirme, siquieres.

—Perfecto —dijo Wayne, girando y dándole la espalda a Waxillium—. ¿Quieres saber por qué vine realmente a buscarte?

—¿Por qué?

—Te imaginaba feliz en una cama cómoda, descansando y relajándote, pasando el resto de tu vida bebiendo té y leyendo periódicos mientras te traían comida y las doncellas te hacían masajes en los pies y todo eso.

—¿Y...?

—Pues que no podía dejar que te entregaras a un destino como ese. —Wayne se estremeció—. Soy demasiado buen amigo para dejar que un colega mío muera en esa terrible situación.

—¿De comodidad?

—No. De aburrimiento. —Volvió a estremecerse.

Waxillium sonrió, luego puso los pulgares en los percutores y amartilló sus pistolas. Cuando era joven y se marchó a los Áridos, acabó estando donde era necesario. Bueno, tal vez había vuelto a suceder.

—¡Vamos! —gritó, apuntando con sus armas.





Wayne soltó la burbuja de velocidad.

«Primer paso —pensó Waxillium mientras apuntaba—, atraer su atención». Empezó a empujar suavemente para crear una burbuja de acero que interfiriera con las balas. No lo protegería por completo, pero ayudaría. A menos que dispararan balas de aluminio.

Era mejor tener cuidado. Y disparar primero.

Los ladrones alzaban ansiosamente sus armas. Pudo ver el ansia de destrucción en sus ojos. Estaban armados hasta los dientes, pero hasta ahora sus robos se habían producido sin disparar un solo tiro.

En vez de matar a un montón de gente, la mayoría de ellos probablemente solo querían pegar unos cuantos tiros y sacudir un poco el lugar, pero estas situaciones se volvían fácilmente más violentas de lo esperado. Si no se les detenía, los desvanecedores dejarían a su paso algo más que ventanas destrozadas y mesas rotas.

Waxillium eligió rápidamente a un bandido que llevaba una escopeta y lo abatió de un tiro a la cabeza. Lo siguió un segundo. Esas escopetas eran menos peligrosas para Waxillium, pero serían letales para los asustados inocentes.

Sus disparos resonaron en la cavernosa sala y los invitados gritaron. Algunos aprovecharon la oportunidad para correr hacia los lados de la sala. Casi todos se echaron al suelo junto a sus mesas.

En la confusión, los bandidos no localizaron a Waxillium al principio.

Abatió a otro hombre de un tiro en el hombro. Lo inteligente ahora habría sido agacharse junto a una mesa y continuar disparando. Los bandidos tardarían unos instantes preciosos en descubrir quién los atacaba en una sala tan grande y abarrotada.

Por desgracia, los hombres que tenía detrás abrieron fuego, aullando de placer. No habían advertido lo que estaba haciendo, aunque los tipos que tenía delante al otro lado del salón habían visto caer a sus amigos y se dispersaban para ponerse a cubierto. En unos instantes, la sala sería una tormenta de plomo y pólvora.

Tras inspirar profundamente, Waxillium avivó su acero y decantó su mente de metal de hierro. Llenarla lo hacía más liviano, pero decantarla lo hacía más pesado... mucho más pesado. Aumentó su peso cien veces. Había un aumento proporcional en la fuerza de su cuerpo, o eso suponía, que no se aplastaba con su propio peso.

Alzó las pistolas por encima de su cabeza para mantenerlas fuera del radio y luego se impulsó hacia fuera empujando un anillo. Empezó con cuidado, aumentando gradualmente su fuerza. Cuando empujabas, era tu peso contra el del objeto; en este caso, los tornillos y clavos de metal de las mesas y sillas, que se alejaron de él.

Se convirtió en el epicentro de un anillo de fuerza en expansión. Las mesas volcaron, las sillas se arrastraron por el suelo, y la gente gritó sorprendida. Algunos fueron capturados por el movimiento y salieron despedidos. No con tanta fuerza para ser lastimados, esperaba, pero era mejor sufrir unos cuantos moratones que quedarse en el centro de la sala con la que se avecinaba.

Justo al lado vio a Wayne, que se había estado dirigiendo cuidadosamente hacia la parte trasera de la sala, saltar sobre una mesa volcada, agarrarse a su borde y sonreír mientras la lanzaba hacia los bandidos de aquel lado.

Waxillium suavizó el empuje. Se encontraba solo en un gran espacio vacío en el centro del salón, rodeado de zonas de vino y comida derramados y platos caídos.

Entonces empezó el tiroteo. Los bandidos que tenía delante lo acribillaron. Waxillium recibió la andanada de balas con otro fuerte empujón. Las balas se pararon en el aire, repelidas en una ola. Dada su velocidad, solo podía detener las balas de esa forma si las esperaba.

Dejó que las balas volaran de vuelta a sus propietarios, pero no empujó con demasiada fuerza, no fuera a alcanzar a algún invitado inocente. Sin embargo, fue suficiente para dispersar a los bandidos, quienes empezaron a gritar que había un lanzamonedas en la sala.

Ahora Waxillium corría serio peligro. Rápido como un parpadeo, pasó de decantar su mente de metal a llenarla, haciéndose mucho más liviano. Apuntó al suelo con su revólver y disparó una bala tras él y la empujó, lanzándose al aire. El viento sonó en sus oídos cuando se abalanzó por encima de la barricada de

muebles que había hecho, donde algunos de los invitados se escondían todavía. Por suerte, muchos se estaban dando cuenta de que los perímetros de la sala serían mucho más seguros, y corrían hacia allí.

Waxillium cayó justo entre los bandidos, que habían empezado a ponerse a cubierto detrás de la pila de mesas y sillas. Los hombres maldijeron cuando extendió los brazos, apuntando con sus armas en direcciones opuestas, y empezó a disparar. Giró, abatiendo a cuatro hombres con una rápida andanada de balas.

Algunos bandidos le dispararon, pero las balas se desviaron y se alejaron de su burbuja de acero.

—¡Las balas de aluminio! —gritaba uno de los hombres—. ¡Sacad vuestro maldito aluminio!

Wax giró y le disparó dos tiros al pecho. Entonces saltó a un lado y rodó hacia una mesa que se hallaba más allá de su impulso inicial. Un rápido empujón contra los clavos de la superficie la volcaron, dándole cobertura mientras los bandidos abrían fuego. Captó las líneas azules en algunas de las balas, moviéndose demasiado rápidamente para que las apartara empujándolas.

Otros bandidos recargaban sus armas. Tuvo suerte: por las maldiciones del jefe de los bandidos parecía que los hombres debían tener las balas de aluminio cargadas ya, al menos en algunos cargadores. Sin embargo, disparar aluminio era como disparar oro, y muchos de los bandidos parecían llevar el aluminio en los bolsillos en vez de en las armas, donde podrían acabar disparándolas por accidente.

Un bandido asomó por el lado de la mesa, apuntando con una pistola. Waxillium reaccionó por reflejo, empujó el arma y le golpeó con ella en la cara. Lo abatió de un tiro en el pecho.

«Vacio», se dijo, contando las balas que había disparado. Le quedaban dos en la otra pistola. Miró por encima de su refugio, advirtiendo las localizaciones de dos bandidos que se habían escondido detrás de las mesas volcadas para recargar sus armas. Apuntó rápidamente, aumentó su peso, y entonces disparó y empujó con todo lo que tenía la bala que salía de su pistola.

La bala hundió el aire, impulsada hacia la mesa donde se refugiaba el bandido. La atravesó y alcanzó al hombre. Waxillium repitió la maniobra, abatiendo al otro bandido, que se quedó estupefacto al ver que la gruesa mesa de roble era perforada por una simple bala de revólver. Entonces Waxillium se lanzó por encima de su propia mesa y llegó al otro lado justo cuando los hombres que tenía detrás rodeaban a los heridos y empezaban a dispararle.

Las balas se estamparon contra su refugio, que aguantó. Esta vez, ninguna de las balas mostró líneas azules. Aluminio. Inspiró profundamente, soltó sus revólveres y sacó la Terringul 27 que llevaba atada al interior de su muslo. No era un arma del calibre más grande, pero su largo cañón la hacía precisa.

Dirigió una mirada a Wayne, y contó cuatro desvanecedores caídos. Su amigo saltaba alegremente por encima de una mesa para lanzarse contra un hombre con una escopeta. Los dos se convirtieron en un borrón cuando Wayne soltó una burbuja de velocidad. En un instante estuvo en un lugar diferente (las balas zigzaguearon en la zona donde estaba antes), oculto tras una mesa volcada, el bandido de la escopeta flácido en el suelo.

La táctica favorita de Wayne era acercarse, luego envolver a su enemigo en la burbuja de velocidad y luchar a solas. No podía mover la burbuja de velocidad después de emplazarla, pero sí moverse en su interior. Así que cuando soltó la burbuja después de luchar con el enemigo escogido uno a uno, se encontraba en un lugar diferente de lo esperado. A sus enemigos les resultaba enormemente difícil localizarlo y apuntarle.

Pero en una lucha larga acababan por alcanzarlos y retener el fuego hasta después de que Wayne hubiera soltado una burbuja. Pasaban un par de segundos entre soltar una burbuja y levantar otra, el momento en que Wayne era más vulnerable. Naturalmente, incluso cuando la burbuja estaba emplazada, Wayne no estaba completamente a salvo. Podía ser enervante saber que su amigo luchaba solo, envuelto en una burbuja de tiempo acelerado. Si Wayne tenía problemas dentro, Waxillium no podría ayudarlo. Antes de que la burbuja se colapsara, podría resultar herido.

Bueno, Waxillium tenía sus propios problemas. Con aquellas balas de aluminio, su propia burbuja de protección era inútil. La dejó caer. Más balas rociaron la mesa y el suelo a su alrededor, y los estampidos de los disparos resonaron por todo el salón. Por fortuna, podía ver todavía las líneas azules que apuntaban al acero corriente de las armas de los bandidos, incluyendo las de un grupo de hombres que intentaban flanquearlo.

«No hay tiempo para tratar con ellos», pensó. El jefe de los bandidos había enviado a Steris fuera con uno de sus hombres, pero él se había detenido junto a la puerta. No parecía sorprendido por la resistencia. Algo en la forma en que estaba allí plantado, imperioso y al control... Algo en la forma de sus ojos (la única parte visible de su rostro enmascarado) llamaba la atención de Wax y no lo dejaba en paz. Algo en aquella voz...

«¿Miles?», pensó con sorpresa.

Gritos. Gritos de Marasi. Waxillium se volvió, experimentando una desconocida sensación de pánico. Steris lo necesitaba, pero Marasi también, y estaba más cerca. El hombre de sangre de koloss llamado Tarson la tenía; le sujetaba el cuello con un brazo, empujándola hacia la puerta y maldiciendo. Sus dos compañeros miraban ansiosamente alrededor, como si esperaran que los alguaciles aparecieran de un momento a otro.

Marasi se había quedado flácida. Tarson gritaba, y le apuntó a la oreja con el revólver, pero ella tenía los ojos cerrados y se negaba a responder. Sabía que no era solo una simple rehén: la querían a ella específicamente, y por tanto no le dispararían.

«Buena chica», pensó Waxillium. No podía ser fácil oír al desvanecedor gritar, sentir el cañón en su sien. Unos cuantos invitados se escondían cerca, una mujer bien vestida y su marido, que gemían llevándose las manos a los oídos. Los disparos eran fuertes, caóticos, aunque Waxillium apenas advertía ya estas cosas. De todas formas, tendría que haberse puesto los protectores en las orejas. Ya era demasiado tarde.

Waxillium se lanzó a un lado y disparó dos tiros al suelo de madera para que los que lo intentaban flanquear corrieran a cubierto. El Terringul estaba cubierto con balas de punta hueca, diseñadas específicamente para clavarse en la madera, dándole un buen anclaje cuando lo necesitaba. También se clavaban en la carne, reduciendo las posibilidades de un disparo bien calculado que pudiera herir a los inocentes, cosa que también le venía bien.

Se lanzó hacia delante, encogido, y saltó sobre una gran bandeja de servir. Puso el pie en el borde de la bandeja, y empujó las balas que tenía detrás. La maniobra lo lanzó hacia delante, deslizándose por el suelo de madera pulida. Dejó atrás las mesas y pasó al espacio despejado ante las escaleras que conducían a la salida de la sala, y luego apartó la bandeja de una patada y aumentó su peso, golpeó el suelo y se detuvo.

La bandeja salió volando delante de él, y los sorprendidos bandidos empezaron a disparar. El metal resonó contra el metal cuando algunas balas la alcanzaron; Waxillium respondió, abatiendo a los hombres que acompañaban a Tarson con dos rápidos disparos. Entonces avivó su acero y empujó el arma de Tarson para intentar apartarlo de Marasi.

Solo entonces advirtió Waxillium que no había ninguna línea azul apuntando a la pistola del hombre. Tarson sonrió, su rostro ceniciente rematado por el sombrero de Wayne. Entonces se dio media vuelta, colocándose detrás de Marasi, a quien agarró por el cuello con una mano mientras apretaba firmemente su arma contra su cabeza con la otra.

No hay líneas azules. «Herrumbre y Ruina... ¿Una pistola entera hecha de aluminio?».

Waxillium y Tarson se quedaron quietos. Los bandidos de detrás no habían advertido la huida de Waxillium con la bandeja: se acercaban al lugar donde se había escondido. El jefe todavía estaba en la puerta, mirando a Waxillium. Wax tenía que estar equivocado respecto a su identidad. La gente podía parecerse, hablar igual. Eso no significaba...

Marasi gimió. Y Waxillium fue incapaz de moverse, incapaz de alzar la mano para disparar. El disparo que había hecho para salvar a Lessie se repitió de nuevo una y otra vez en su mente.

«Puedo hacer un tiro así —se dijo, furioso—. Lo he hecho una docena de veces».

Solo había fallado una vez.

No podía moverse, no podía pensar. Seguía viéndola morir una y otra vez. Sangre en el aire, un rostro sonriente.

Tarson advirtió al parecer que no podía disparar. Así que dejó de apuntar a la cabeza de Marasi y enfilaron a Waxillium.

Marasi se quedó rígida. Ancló las piernas y le dio un cabezazo al desvanecedor en la barbilla. El disparo de Tarson salió desviado y el hombre retrocedió, tambaleándose, llevándose la mano a la boca.

Con Marasi algo más apartada, la mente de Waxillium se despejó, y pudo volver a moverse. Le disparó a Tarson, aunque no pudo apuntarle al pecho, no con Marasi tambaleándose tan cerca. Se contentó con darle en el brazo. Marasi se llevó horrorizada la mano a la boca al verlo caer.

—¡Está aquí!

Voces desde atrás, los tres bandidos contra los que había estado luchando entre las mesas. Una bala de aluminio hendió el aire a su lado.

—Agárrese —le dijo Waxillium a Marasi, saltando hacia delante y cogiéndola por la cintura. Alzó la pistola y disparó la última bala que le quedaba hacia la puerta, alcanzando en la cabeza al enmascarado líder de los desvanecedores.

El hombre se desplomó.

«Bueno, se acabó esa teoría», pensó Waxillium. Miles no habría caído con una simple bala. Era un nacido de variedad particularmente peligroso.

Tarson rodaba, sujetándose el brazo y gruñendo. No había tiempo. No tenía munición. Waxillium soltó el arma y la empujó mientras agarraba con fuerza a Marasi. El empujón los lanzó a los dos al aire; una andanada de balas roció el lugar donde habían estado. Por desgracia, no alcanzaron a Tarson, que rodaba por el suelo.

Marasi gritó, aferrándose a él mientras volaban hacia las brillantes lámparas. Waxillium empujó una de ellas, haciendo que oscilara de un lado a otro. El empujón los impulsó a Marasi y a él hacia el balcón cercano, que estaba ocupado por un grupo de aterrorizados músicos.

Waxillium aterrizó con fuerza en el balcón: había perdido el equilibrio por ir cargado con Marasi, y no había tenido tiempo de juzgar con precisión el empujón. Rodaron en un amasijo de tela roja y blanca. Cuando se detuvieron, Marasi se agarró a él, temblando y jadeando en busca de aire.

Él se sentó y la abrazó un momento.

—Gracias —susurró ella—. Gracias.

—No hay de qué —respondió él—. Ha sido muy valiente al detener al bandido como lo ha hecho.

—Siete de cada diez secuestros pueden frustrarse si el objetivo ofrece la resistencia adecuada —dijo ella, las palabras brotaron libremente de su boca. Volvió a cerrar los ojos—. Lo siento. Eso ha sido muy

muy inquietante.

—Yo...

Waxillium se detuvo.

—¿Qué? —preguntó ella, abriendo los ojos.

Waxillium no respondió. Rodó a un lado, soltándola mientras advertía las líneas azules que se movían a la izquierda. Alguien subía las escaleras hasta el balcón.

Waxillium se levantó junto a una gran arpa cuando la puerta del balcón se abría de golpe para revelar a dos desvanecedores, uno con un rifle y otro con un par de pistolas. Waxillium aumentó su peso decantando su mente de metal, luego avivó desesperadamente acero, empujando contra las molduras, cuerda y clavos de metal del arpa. El instrumento voló hacia la puerta de madera y aplastó a los hombres contra la pared. Se desplomaron y cayeron bajo el arpa rota.

Waxillium corrió a comprobar su estado. Convencido de que no serían peligrosos de momento, cogió las armas y corrió de vuelta al borde del balcón para escrutar la sala de abajo. Los muebles que había apartado de su paso componían un espacio circular perfectamente despejado en el salón de baile. Los asistentes a la fiesta se dirigían a las cocinas cada vez en mayor número. Buscó a Wayne, pero solo vio los cuerpos rotos de los bandidos caídos.

—¿Steris? —preguntó Marasi, arrastrándose junto a él.

—Iré a por ella ahora mismo —dijo Waxillium—. Se la han llevado fuera, pero no tendrán tiempo de...

Se calló al advertir un borrón junto a la lejana puerta. Se detuvo, y de repente Wayne quedó yaciendo en el suelo, rodeado de sangre. Un bandido se alzó sobre él, con aspecto complacido, empuñando una humeante pistola.

«¡Maldición!», pensó Waxillium, sintiendo una punzada de temor. Si había alcanzado a Wayne en la cabeza...

¿Steris o Wayne?

«Ella estará a salvo —pensó—. Se la llevaron por un motivo: la necesitan».

—¡Oh, no! —dijo Marasi, señalando a Wayne—. ¿Lord Ladrian, significa eso...?

—Se pondrá bien si puedo alcanzarlo —respondió Waxillium, poniéndole apresuradamente una pistola en las manos—. ¿Sabe usarlas?

—Yo...

—Empiece a disparar si alguien la amenaza. Yo vendré.

Saltó a la barandilla del balcón. Los candelabros le bloqueaban el paso: no podía saltar directamente hacia Wayne. Tendría que saltar hacia abajo, luego volver a hacerlo, y rebotar...

No había tiempo. Wayne se estaba muriendo.

«¡Ve!».

Waxillium se arrojó desde lo alto del balcón. En cuando sus pies quedaron libres, decantó su mente de metal y extrajo tanto peso como pudo. Eso no lo proyectó hacia el suelo: los objetos caían a la misma velocidad, no importaba su peso. Solo importaba la resistencia del aire.

Sin embargo, el peso importaba mucho cuando se empujaba, y eso hizo Waxillium, lanzando todo lo que tenía contra los candelabros, que se apartaron en fila, el metal dentro de ellos retorciéndose sobre sí mismo, los cristales explotando en una lluvia hacia fuera. Eso le proporcionó espacio de sobra a lo largo de la porción superior de la sala para saltar en arco hacia Wayne.

En un segundo, Waxillium dejó de decantarse y comenzó a llenarla, reduciendo su peso a casi nada. Empujó el arpa rota de atrás, y un simultáneo empujón rápido contra los clavos del suelo lo mantuvieron en las alturas.

El resultado fue que surcó la sala trazando un grácil arco, atravesando el espacio que habían ocupado los grandes candelabros. Los chispeantes candelabros más pequeños seguían brillando a cada lado mientras los cristales seguían cayendo, cada diminuto pedazo dividiendo la luz en un chorro de colores. La cola de su frac ondeó, y bajó la mano con el revólver mientras caía, apuntando al bandido que se alzaba sobre Wayne.

Waxillium vació seis balas contra el ladrón. No podía permitirse correr riesgos.

Notó la pistola resbaladiza en la mano cuando aterrizó, empujando los clavos del suelo para no romperse las piernas. El ladrón se desplomó contra la pared, muerto.

Justo cuando Waxillium alcanzaba a Wayne, una burbuja brotó alrededor. Waxillium resopló aliviado mientras Wayne se movía. Se arrodilló para volver boca arriba a su amigo. La camisa de Wayne estaba empapada de sangre, con un agujero de bala visible en el vientre. Mientras Waxillium miraba, el agujero se cerró lentamente, curándose solo.

—Maldición —dijo Wayne, gimiendo—. Las heridas en la barriga duelen.

Wayne no podía haber alzado la burbuja mientras el bandido estaba vivo: eso le habría dicho que Wayne no estaba muerto. Los forajidos y los vigilantes por igual estaban acostumbrados a los nacidos del metal: si la burbuja se hubiera alzado, el bandido le habría pegado rápidamente un tiro a Wayne en la cabeza.

Así que Wayne se había visto forzado a soltar la burbuja y hacerse el muerto. Por suerte, el bandido no le había dado la vuelta para comprobar su estado y advertir que la herida estaba sanando. Wayne era un hacedor de sangre, un tipo de feruquimista que podía acumular salud igual que Waxillium acumulaba peso. Si Wayne pasaba algún tiempo enfermo y débil (su cuerpo sanando de forma mucho más lenta de lo

normal) podía almacenar salud y capacidad curativa en una mente de metal. Luego, cuando la decantaba, sanaba a ritmo aumentado.

—¿Cuánto te queda en la mente de metal? —preguntó Waxillium.

—Esta ha sido la segunda herida de bala de la noche —dijo Wayne—. Podré curar tal vez una más. —Wayne se levantó mientras Waxillium le ayudaba a incorporarse—. Me llevó estar mis dos buenas semanas en cama almacenar toda esa cantidad. Espero que esa chica tuya merezca la pena.

—¿Esa chica mía?

—Oh, vamos, socio. No creas que no he visto cómo la mirabas durante la cena. Siempre te han gustado listas. —Sonrió.

—Wayne —dijo Waxillium—. Lessie no lleva muerta ni siquiera un año.

—Tendrás que pasar página tarde o temprano.

—Se acabó esta conversación —dijo Waxillium, mirando las mesas cercanas. Había desvanecedores por todas partes, los huesos rotos por los bastones de duelo de Wayne. Waxillium divisó a unos cuantos con vida ocultos bajo las mesas, como si no se hubieran dado cuenta todavía de que Wayne no llevaba armas de fuego.

—¿Quedan cinco? —preguntó Waxillium.

—Seis —dijo Wayne, recogiendo sus bastones y haciéndolos girar—. Hay otro allí en las sombras. He abatido a siete. ¿Y tú?

—A dieciséis, creo —respondió Wax, distraído—. No he llevado bien la cuenta.

—¿Dieciséis? Maldición, Wax. Esperaba que te hubieras oxidado un poco. Creía que podría alcanzarte esta vez.

Waxillium sonrió.

—Esto no es una competición —vaciló—. Aunque yo vaya ganando. Unos tipos salieron por la puerta con Steris. Le disparé al tipo que te quitó el sombrero, aunque sobrevivió. Probablemente se habrá escapado ya.

—¿No recuperaste mi sombrero? —preguntó Wayne, ofendido.

—Estaba un poco ocupado recibiendo disparos.

—¿Ocupado? Ah, socio. No hace falta ningún esfuerzo para que te peguen un tiro. Creo que estás poniendo excusas porque tienes envidia de mi sombrero de la suerte.

—Será eso —dijo Waxillium, buscando en su bolsillo—. ¿Cuánto tiempo te queda?

—No mucho. Casi no me queda bendaleo. Tal vez veinte segundos.

Waxillium inspiró profundamente.

—Yo voy a por los tres de la izquierda. Tú ve por la derecha. Prepárate para saltar.

—De acuerdo.

—¡Vamos!

Wayne corrió hacia delante y saltó a una mesa que tenían delante. Soltó la burbuja de velocidad justo cuando se impulsaba, y Waxillium se preparó aumentando su peso y luego empujó las mentes de metal de Wayne, enviándolo por el aire hacia los bandidos. Cuando Wayne estuvo ya volando, Waxillium pasó de decantar su mente de metal a llenarla, y entonces empujó unos clavos, lanzándose al aire en una trayectoria levemente distinta.

Wayne golpeó primero, aterrizando con tanta fuerza que probablemente tuvo que sanarse mientras rodaba entre un par de bandidos escondidos. Se puso en pie y golpeó con sus bastones el brazo de uno de ellos. Se volvió y golpeó con un bastón el cuello del segundo hombre.

Waxillium lanzó su arma mientras caía, empujándola con fuerza contra la cara de un sorprendido bandido. Aterrizó y lanzó el cartucho vacío que Wayne le había dado antes, el que contenía el mensaje, contra un segundo hombre. Al empujarlo, convirtió el casquillo en una bala improvisada que alcanzó al hombre en la frente y le atravesó el cráneo.

Waxillium empujó el casquillo con tanta fuerza que cayó de lado. Golpeó con el hombro al tipo al que le había lanzado el arma. El hombre retrocedió tambaleándose, y Waxillium le golpeó en la cabeza con el antebrazo (y con el brazalete de metal), abatiéndolo.

«Uno más —pensó—. Detrás de mí, a la derecha». Iba a ser difícil. Waxillium le dio una patada al arma que había arrojado, con intención de empujarla hacia el último bandido.

Sonó un disparo.

Waxillium se quedó inmóvil, esperando el dolor de la bala. No sucedió nada. Se dio media vuelta y se encontró al último bandido desplomado sobre una mesa, sangrando, con una pistola que caía de entre sus dedos.

«¿Por las cicatrices del Superviviente, qué...?».

Alzó la cabeza. Marasi estaba arrodillada en el balcón donde la había dejado. Había cogido un rifle del bandido que él había aplastado, y obviamente sabía cómo usarlo. Mientras la miraba, ella volvió a disparar, abatiendo al bandido en las sombras que había mencionado Wayne.

Wayne se levantó tras acabar con sus dos atacantes. Pareció confundido hasta que Waxillium señaló a Marasi.

—Guau —dijo, acercándose a él—. Cada vez me gusta más y más. Definitivamente, de las dos, es la que yo elegiría si fuera tú.

De las dos...

«¡Steris!».

Waxillium maldijo y saltó hacia delante, lanzándose con un empujón de acero hacia la otra salida. Golpeó el suelo sin dejar de correr, advirtiendo con preocupación que el cadáver del jefe no estaba donde había caído. Había sangre en la entrada. ¿Se lo habían llevado a rastras?

A menos... Tal vez su teoría no estaba equivocada después de todo. Pero, maldición, no podía estar enfrentándose a Miles. Miles era vigilante. Uno de los mejores.

Waxillium salió a la noche: esta salida daba directamente a la calle. Había algunos caballos atados a una verja, y lo que parecía un grupo de mozos de establo atados y amordazados en el suelo.

Steris, y los bandidos que se la habían llevado, ya no estaban. No obstante, encontró a un gran grupo de alguaciles que llegaban a caballo al patio.

—A buenas horas, amigos —dijo Waxillium, sentándose en los escalones, exhausto.

—No me importa quién es usted ni cuánto dinero tiene —dijo el alguacil Brettin—. Ha creado usted un auténtico lío, señor.

Waxillium estaba sentado en un taburete, escuchando solo a medias mientras descansaba con la espalda apoyada contra la pared. Iba a estar todo dolorido por la mañana. No había forzado tanto su cuerpo desde hacía meses. Tenía suerte de no haberse lastimado nada ni distendido un músculo.

—Esto no es los Áridos —continuó Brettin—. ¿Cree que puede hacer lo que se le antoje? ¿Cree que puede coger una pistola y tomarse la justicia por su mano?

Se encontraban en las cocinas de la mansión Yomen, en un área lateral que los alguaciles habían reservado para llevar a cabo sus interrogatorios. No había pasado mucho tiempo desde el final de la pelea. Lo suficiente para que empezaran los problemas.

Aunque todavía le resonaban los oídos por el ruido de los disparos, Waxillium podía oír también gemidos y gritos en el salón de baile mientras atendían a los asistentes a la fiesta. Más allá, podía oír los cascos de los caballos y el estruendo de algún automóvil en el patio de la mansión mientras la élite de la ciudad huía en grupos a medida que iban siendo liberados. Los alguaciles hablaban con cada persona, asegurándose de que estaban bien y cotejando sus nombres con la lista de invitados.

—¿Bien? —exigió Brettin. Era el comisario general de la comisaría de su octante. Probablemente se sentía muy amenazado por los robos que tenían lugar durante su mandato. Waxillium podía imaginar cómo sería estar en su posición, recibiendo todos los días las presiones de los poderes superiores que no estaban nada contentos.

—Lo siento, comisario —dijo Waxillium tranquilamente—. Las viejas costumbres son como el acero fuerte. Tendría que haberme contenido, pero ¿habría sido distinto? ¿Habría visto usted cómo secuestraban a unas mujeres y no habría hecho nada?

—Tengo un derecho legal y una responsabilidad que usted no tiene.

—Tengo un derecho moral y responsabilidad, comisario.

Brettin se enfurruñó, pero las tranquilas palabras lo calmaron un poco. Se volvió a un lado al ver que un oficial vestido de marrón con uno de sus sombreros redondos entraba y saludaba.

—¿Bien? —preguntó Brettin—. ¿Cuáles son las noticias, Reddi?

—Veinticinco muertos, capitán —dijo el hombre.

Brettin gruñó.

—¿Ve lo que ha causado, Ladrian? Si hubiera mantenido la cabeza gacha como todos los demás, esa pobre gente seguiría viva. ¡Ruina! Esto es un desbarajuste. ¡Podría mandar a la horca...!

—Capitán —interrumpió Reddi. Dio un paso adelante y habló en voz baja—. Discúlpeme, señor. Pero fueron bajas de los bandidos. Veinticinco muertos, señor. Seis capturados con vida.

—Oh. ¿Y cuántos civiles muertos?

—Solo uno, señor. Lord Peterus. Le dispararon antes de que lord Ladrian empezara a contraatacar. Señor. —Reddi miraba a Waxillium con una mezcla de asombro y respeto.

Brettin miró a Waxillium, luego cogió a su teniente por el brazo y lo alejó un poco. Waxillium cerró los ojos, respiró suavemente, y captó parte de la conversación.

—¿Quiere decir... dos hombres... a treinta y uno ellos solos?

—Sí, señor...

—¿... heridos...?

—... huesos rotos..., no demasiado serio..., araños y magulladuras...; iba a disparar...

Silencio, y Waxillium abrió los ojos para descubrir al comisario general mirándolo. Brettin despidió a Reddi, y luego volvió junto a él.

—¿Bien? —preguntó Waxillium.

—Parece que es un hombre de suerte.

—Mi amigo y yo llamamos su atención —dijo Waxillium—. Y la mayoría de los invitados ya habían agachado la cabeza cuando empezaron los disparos.

—Rompió usted algunos huesos con sus proezas alománticas —dijo el comisario general—. Habrá egos heridos y lores furiosos. Vendrán a mí con sus quejas.

Waxillium no dijo nada.

Brettin se inclinó, acercándose.

—Lo conozco —dijo en voz baja—. Sabía que tarde o temprano tendría que hablar con usted. Así que dejémoslo claro. Esta es mi ciudad, y yo tengo la autoridad aquí.

—¿Eso es todo? —preguntó Waxillium, sintiéndose muy cansado.

—Lo es.

—¿Entonces dónde estaba usted cuando los bandidos empezaron a dispararle a la gente a la cabeza?

El rostro de Brettin se puso rojo, pero Waxillium le sostuvo la mirada.

—No voy a dejarme amenazar por usted —dijo Brettin.

—Bien. No he dicho nada amenazante todavía.

Brettin siseó en voz baja, luego señaló a Waxillium, clavándole un dedo en el pecho.

—Mantenga la boca cerrada. Medio estoy pensando en meterlo en la cárcel para que pase allí la noche.

—Entonces, hágalo. Tal vez por la mañana haya terminado de pensar la otra mitad y podamos tener una conversación razonable.

El rostro de Brettin se puso aún más rojo, pero sabía, igual que Waxillium, que no se atrevería a meter a un lord en la cárcel sin una justificación importante. Brettin por fin se dio media vuelta, agitando despectivo una mano, y salió de la cocina.

Waxillium suspiró, se puso en pie y recogió su sombrero hongo del mostrador donde lo había dejado. «Armonía nos proteja de los hombres con poco seso y demasiado poder». Se puso el sombrero y se dirigió al salón de baile.

El salón estaba casi vacío de invitados, y los novios se habían marchado en el carroaje de lord Yomen a un lugar donde pudieran recuperarse de la impresión. Había casi el mismo número de alguaciles y médicos en la sala. Los heridos estaban sentados en el entresuelo de madera ante la salida: parecía que había unas veinte o treinta personas. Waxillium advirtió a lord Harms sentado ante una mesa a un lado, la cabeza gacha y la expresión meditabunda. Marasi intentaba consolarlo. Wayne estaba sentado también a la mesa, con aspecto aburrido.

Waxillium se acercó a ellos, se quitó el sombrero y se sentó. Descubrió que no sabía qué decirle a lord Harms.

—Eh —susurró Wayne—. Toma.

Le tendió algo por debajo de la mesa. Un revólver.

Waxillium lo miró, confuso. No era suyo.

—Pensé que querías uno de estos.

—¿Aluminio?

Wayne sonrió, los ojos chispeando.

—Lo cogí de la colección que están haciendo los alguaciles. Al parecer había diez. Pensé que podrías venderlo. Gasté un montón de bendaleo luchando con esos tipos. Necesito dinero para sustituirlo. Pero no te preocupes. Dejé en el lugar de la pistola un bonito dibujo que hice cuando la cogí. Toma.

Le tendió algo más. Un puñado de balas.

—También cogí esto.

—Wayne —dijo Waxillium, acariciando los largos y estrechos cartuchos—, ¿te das cuenta de que son balas de rifle?

—¿Y?

—Que no caben en un revólver.

—¿No? ¿Por qué no?

—Porque no.

—Qué tontería fabricar así las balas, ¿no?

Parecía aturdido. Naturalmente, la mayor parte de las cosas relacionadas con las armas de fuego aturdían a Wayne, que era mejor lanzándole a alguien una pistola que tratando de disparar con ellas.

Waxillium sacudió divertido la cabeza, pero no devolvió la pistola. Quería una. Guardó el revólver en una de sus sobaqueras y se volvió hacia lord Harms.

—Mi señor —dijo—. Le he fallado.

Harms se frotó la cara con un pañuelo. Estaba pálido.

—¿Por qué se la han llevado? La soltarán, ¿verdad? Dijeron que lo harían.

Waxillium guardó silencio.

—No lo harán —dijo lord Harms, alzando la cabeza—. No han soltado a ninguna de las otras, ¿verdad?

—No —respondió Waxillium.

—Tiene que recuperarla. —Harms cogió la mano de Waxillium—. No me importan ni el dinero ni las joyas que me han quitado. Eso puede sustituirse, y la mayoría estaba asegurada de todas formas. Pero pagaré cualquier precio por Steris. Por favor. ¡Ella va a ser su prometida! ¡Tiene que encontrarla!

Waxillium miró a los ojos del hombre y vio miedo en ellos. Las bravatas que pudiera haber mostrado en encuentros anteriores eran todo fachada.

«Es curioso lo rápido que la gente puede dejar de llamarte bellaco y vagabundo cuando necesitan tu ayuda», pensó Waxillium. Pero si había algo que no podía ignorar era una sincera petición de auxilio.

—La encontraré —dijo—. Lo prometo, lord Harms.

Harms asintió. Entonces, lentamente, se puso en pie.

—Déjeme que le ayude a llegar al carroaje, mi señor —dijo Marasi.

—No —respondió Harms, rechazándola—. No. Solo déjame..., solo déjame que me siente en el carroaje un rato. No me marcharé sin ti, pero por favor déjame un ratito a solas.

Se apartó, dejando a Marasi de pie con las manos a la espalda.

Ella se sentó, asqueada.

—Desearía que la hubiera rescatado a ella y no a mí —dijo en voz baja.

—Bueno, Wax —intervino Wayne—. ¿Dónde dijiste que estaba el tipo que me quitó el sombrero?

—Te dije que escapó después de que le disparara.

—Esperaba que se le hubiera caído el sombrero, ¿sabes? Cuando te pegan un tiro se suelen caer las cosas.

Waxillium suspiró.

—Me temo que todavía lo llevaba puesto cuando se escapó.

Wayne empezó a maldecir.

—Wayne —dijo Marasi—. Es solo un sombrero.

—¿Solo un sombrero? —exclamó él, angustiado.

—Wayne está bastante unido a ese sombrero —dijo Waxillium—. Cree que le da buena suerte.

—Da buena suerte. Nunca me ha muerto con el sombrero puesto.

Marasi frunció el ceño.

—Yo... no estoy segura de cómo responder.

—Es una reacción común a Wayne —dijo Waxillium—. Por cierto, quería darle las gracias por su oportuna intervención. ¿Le importa si le pregunto dónde aprendió a disparar así?

Marasi se ruborizó.

—En el club femenino de tiro de la universidad. Estamos bastante bien situadas en la competición contra otros clubes de la ciudad. —Hizo una mueca—. Supongo que... ninguno de esos tipos a los que les disparé sobrevivió.

—No —dijo Wayne—. Los atravesó bien atravesados. ¡El que estaba cerca de mí dejó sus sesos por toda la puerta!

—Oh, cielos. —Marasi se puso pálida—. Nunca esperé...

—Es lo que pasa cuando se le dispara a alguien —señaló Wayne—. Como mínimo, alguien tiene el buen sentido de morirse cuando te tomas la molestia de dispararle. A menos que pases por alto algo vital. ¿Ese tipo que se llevó mi sombrero?

—Le di en el brazo —dijo Waxillium—. Pero tendría que haberle hecho más daño. Tenía sangre koloss con toda seguridad. Tal vez fuera también un brazo de peltre.

Eso hizo callar a Wayne. Probablemente estaba pensando lo mismo que Waxillium: una banda como esa, con esos números y tan buenas armas, tendría probablemente un par de alománticos y feruquimistas entre ellos.

—Marasi —dijo Waxillium; se le había ocurrido algo—. ¿Steris es alomántica?

—¿Qué? No. No lo es.

—¿Está segura? Puede que lo ocultara.

—No es alomántica —dijo Marasi—. Ni feruquimista. Puedo prometerlo.

—Bueno, una teoría al garete —comentó Wayne.

—Tengo que pensar —dijo Waxillium, tamborileando los dedos sobre la mesa—. Hay demasiadas cosas en estos desvanecedores que no tienen sentido. —Sacudió la cabeza—. Pero, por ahora, debo darle las buenas noches. Estoy agotado, y si puedo tener la osadía de decirlo, usted lo parece también.

—Sí, por supuesto —dijo Marasi.

Se levantaron y se encaminaron hacia la salida. Los alguaciles no los detuvieron, aunque algunos dirigieron a Waxillium miradas hostiles. Otros parecían incrédulos. Unos pocos se mostraban asombrados.

Esa noche, como las cuatro anteriores, no había brumas. Waxillium y Wayne acompañaron a Marasi hasta el carroaje de su tío. Lord Harms estaba sentado dentro, mirando al frente.

Mientras llegaban, Marasi cogió a Waxillium del brazo.

—Tendría que haber ido a por Steris primero —dijo en voz baja.

—Usted estaba más cerca. La lógica dictaba que la salvara primero.

—Bueno, sea cual sea el motivo —dijo ella, con voz aún más baja—, gracias por lo que hizo. Yo... Gracias.

Parecía como si quisiera decir algo más, lo miró a los ojos, y entonces se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla. Antes de que él pudiera reaccionar, se dio media vuelta y se subió al carroaje.

Wayne se detuvo junto a Waxillium mientras el carroaje se ponía en marcha en la calle oscura, las herraduras resonando sobre el pavimento.

—¿Así que vas a casarte con su prima? —preguntó.

—Ese es el plan.

—Asombroso.

—Es una joven impulsiva a la que doblé en edad —dijo Waxillium. «Una joven aparentemente inteligente, hermosa, e intrigante que también es una excelente tiradora». Antaño, esa combinación lo habría dejado completamente absorto. Ahora apenas le dirigió un pensamiento de pasada.

Se dio media vuelta.

—¿Dónde te alojas?

—Todavía no estoy seguro —dijo Wayne—. Encontré una casa cuyos habitantes están fuera, pero creo que vuelven esta noche. Les dejé algo de pan como agradecimiento.

Waxillium suspiró. «Tendría que haberlo imaginado».

—Te dejaré una habitación, siempre que prometas no robar demasiado.

—¿Qué? Yo nunca robo, socio. Robar está mal. —Se pasó una mano por el pelo y sonrió—. Aunque tal vez tenga que cambiarte por un sombrero hasta que recupere el otro. ¿Necesitas pan?

Waxillium negó con la cabeza y llamó a su carro para que los llevara de regreso a la mansión Ladian.



**L**a mañana después del asalto al banquete de bodas, Marasi se detuvo ante la impresionante mansión del 16 de Ladrian Place, sujetando su bolso con ambas manos. Siempre le gustaba sujetar algo cuando estaba nerviosa, una mala costumbre. Como decía el profesor Modicarm: «Las pistas visuales obvias deben ser evitadas por el agente de la ley, no vaya a ofrecer de manera inadvertida una pista sobre su estado emocional».

Pensar en citas de sus profesores era otro de sus hábitos nerviosos. Continuó de pie en la acera pavimentada, indecisa. ¿Consideraría lord Waxillium extraño o molesto por su parte que viniera? ¿La consideraría una niña tonta con una afición tonta que asumía estúpidamente que podía ser de utilidad a un avezado vigilante?

Probablemente debería acercarse y llamar. Pero ¿no tenía derecho a estar nerviosa cuando se enfrentaba a un hombre como Waxillium Ladrian? ¿Una leyenda viviente, uno de sus héroes personales?

Un joven caballero pasó por su lado, paseando a un perro ansioso. La saludó llevándose la mano al sombrero, aunque dirigió una breve mirada de desconfianza hacia la mansión Ladrian.

El edificio no parecía merecer semejante escrutinio; la venerable estructura estaba construida con recia piedra adornada con enredaderas, con grandes ventanales y una vieja verja de hierro. Tres maduros manzanos extendían sus ramas en el jardín delantero, y un miembro del personal podaba perezosamente unas cuantas ramas muertas. La ley de la ciudad establecida por el mismísimo lord Nacido de la Bruma requería que incluso los árboles ornamentales proporcionaran alimento.

«¿Cómo sería visitar los Áridos —pensó ella ociosamente—, donde los árboles son pequeños y mal cuidados?». Los Áridos debía de ser un lugar fascinante. Las plantas aquí en la Cuenca de Elendel crecían plenas con poca necesidad de cuidados o cultivos. Un último regalo del Superviviente, su caricia generosa sobre la tierra.

«Deja de perder el tiempo —se dijo—. Sé firme. Controla tus inmediaciones». Eso era algo que el profesor Aramine había dicho la semana pasada misma, y...

«¡Maldición!». Avanzó, atravesó la verja, subió los escalones, y llegó a la puerta. Llamó a la aldaba tres veces.

Respondió un mayordomo de cara larga. La miró de arriba abajo con ojos desapasionados.

—Lady Colms.

—Esperaba poder ver a lord Ladrian.

El mayordomo alzó una ceja, luego terminó de abrir la puerta. No dijo nada, pero toda una vida tratando con sirvientes como él (sirvientes formados siguiendo el antiguo ideal de Terris) le habían enseñado a leer sus acciones: no le parecía bien que viniera a visitar a Waxillium, sobre todo sola.

—La sala está ocupada ahora mismo, mi señora —dijo el mayordomo, señalando con una mano estirada, la palma hacia arriba, una cámara lateral. Empezó a dirigirse a la escalera, moviéndose con una sensación de... inevitabilidad. Como un viejo árbol bamboleándose al viento.

Ella entró en la habitación, obligándose a hacer a un lado su bolso. La mansión Ladrian estaba decorada al estilo clásico; las alfombras tenían intrincados diseños de tonos oscuros, y los rebuscados marcos tallados de los cuadros estaban pintados de dorado. Era extraño que hubiera tantos marcos que parecieran intentar superar el arte que acompañaban.

¿Parecía que había menos obras de arte colgadas en la mansión de lo que debería? Varios puntos de las paredes estaban sospechosamente vacíos. En la salita, se puso a contemplar un gran cuadro de un campo de trigo, las manos a la espalda.

Bien. Estaba controlando su nerviosismo. No había ningún motivo para estar nerviosa. Sin embargo, había leído informe tras informe sobre Waxillium Ladrian. Sí, las historias de su valentía habían sido parte de lo que la inspiró a estudiar leyes.

Sin embargo, era mucho más amistoso de lo que había imaginado. Siempre había creído que sería estoico y brusco. Descubrir que hablaba como un caballero había sido una sorpresa. Y, naturalmente, estaba la forma relajada (aunque mordaz) en que se relacionaba con Wayne. Cinco minutos con ellos dos habían destruido años de jóvenes ilusiones sobre el tranquilo y silencioso vigilante y su intenso y dedicado ayudante.

Entonces se produjo el ataque. Los disparos, los gritos. Y Waxillium Ladrian, como un rayo de intensa luz en mitad de una tempestad caótica y oscura. Él la había salvado. ¿Cuántos días durante su juventud había soñado que sucediera algo así?

—¿Lady Colms? —dijo el mayordomo, deteniéndose en la puerta de la habitación—. Pido disculpas, pero el señor dice que no tiene tiempo de bajar a conversar con usted.

—Oh —dijo ella, sintiendo un nudo en el estómago. Así que había quedado en ridículo después de todo.

—Ciertamente, mi señora —dijo el mayordomo, los labios aún más torcidos hacia abajo—. Debe acompañarme a su estudio para que pueda conversar con usted allí.

Oh. Bueno, no se esperaba eso.

—Por aquí, por favor —dijo el mayordomo. Se dio media vuelta y empezó a subir las escaleras. Ella lo siguió. En el piso de arriba, serpentearon por unos cuantos pasillos (dejando atrás a personal de servicio y de limpieza, que se inclinaron respetuosos ante ella), hasta que llegaron a una habitación que dominaba el ala occidental de la mansión.

El mayordomo le indicó que entrara. La habitación estaba mucho más abarrotada de lo que esperaba. Los postigos estaban cerrados y las persianas bajadas, y el gran escritorio que dominaba la pared del fondo estaba cubierto de tubos, quemadores y otros aparatos de aspecto científico.

Waxillium estaba a un lado, sujetando algo con un par de pinzas y estudiándolo intensamente. Llevaba un par de gafas negras, y tenía puesta una camisa blanca con las mangas recogidas en los codos y un chaleco de cuadros negros y grises. Su chaqueta estaba colocada en una silla a un lado de la habitación, el sombrero hongo encima. La habitación olía a humo y, extrañamente, a azufre.

—¿Mi señor? —dijo el mayordomo.

Waxillium se volvió, las gafas todavía puestas.

—¡Ah! Mi señora Marasi. Pase, pase. Tillalume, puedes dejarnos.

—Sí, mi señor —dijo el mayordomo con tono suficiente.

Marasi entró en la habitación. Había una gran hoja de papel en el suelo, doblada sobre sí misma y cubierta de escritura abarrotada. Waxillium hizo girar un dial, y un pequeño tubo de metal en la mesa escupió una fina lengua de intensa llama. Acercó brevemente las pinzas al fuego, luego las retiró y dejó caer el contenido en una pequeña taza de cerámica. La miró, luego sacó un tubo de cristal de un estante y lo agitó.

—Mire —dijo él, alzándola para que lo estudiara. Había un líquido claro en su interior—. ¿Le parece que es azul?

—Esto... ¿no? ¿Debería?

—Al parecer no —dijo él. Agitó de nuevo el tubo—. Ja. —Puso el tubo a un lado.

Ella guardó silencio. Era difícil no recordar la imagen de él abriéndose paso entre la línea de mesas, pistola en mano mientras abatía a los dos hombres que intentaban arrastrarla a la noche. Verlo surcar los aires, los disparos resonando abajo, los candelabros quebrándose y los cristales esparciendo luz a su alrededor, mientras abatía a un hombre desde el aire y caía al rescate de su amigo.

Estaba hablando con una leyenda. Y él llevaba puesto un par de gafas tontas.

Waxillium se las subió a la frente.

—Estoy intentando descubrir qué aleación usaron en estas armas.

—¿Las de aluminio? —preguntó ella, curiosa.

—Sí, pero no son de aluminio puro. Son algo más fuerte, y el granulado no encaja. Nunca he visto esta aleación antes. Y las balas deben de ser otra aleación nueva más. Tengo que probarlas a continuación. Como nota al margen, no estoy seguro de que aprecie usted las ventajas de vivir en la Ciudad.

—Oh, yo diría que soy consciente de muchas de ellas.

Él sonrió. Extrañamente, parecía más joven hoy que en sus encuentros anteriores.

—Supongo que así es. Me refería en concreto a la facilidad de compras que disfrutan aquí.

—¿Compras?

—¡Sí, compras! Maravillosa facilidad. Allá en Erosión, si quería un quemador de gas que pudiera alcanzar las altas temperaturas necesarias para probar las aleaciones, tenía que hacer un pedido especial y esperar a que llegaran los trenes adecuados. Luego tenía que esperar que el equipo llegara sin estar dañado ni roto.

»Aquí, sin embargo, solamente necesito enviar a un par de chicos con una lista. En cuestión de horas puedo emplazar un laboratorio entero. —Sacudió la cabeza—. Me siento malcriado. Y usted parece vacilante. ¿Es el azufre? Necesito probar la pólvora de las balas y..., bueno, supongo que debería abrir una ventana.

«No tendría que ponerme nerviosa estando con él».

—No es eso, milord Ladrian.

—Por favor, llámame «Wax» o «Waxillium» —dijo él, acercándose a una ventana. Ella advirtió que se hizo a un lado al abrirla, sin colocarse nunca directamente en la línea de fuego de nadie en el exterior. La cautela era natural en él, y ni siquiera parecía darse cuenta de que lo hacía.

—No hace falta ser formal conmigo. Tengo una regla: salvarme la vida te da derecho a tutearme.

—Creo que tú salvaste la mía primero.

—Sí. Pero ya estaba en deuda contigo.

—¿Por...?

—Porque me diste una excusa perfecta para disparar —respondió él, sentándose ante su escritorio y haciendo unas cuantas anotaciones en una libreta que tenía allí—. Parece que era algo que necesitaba desde hace algún tiempo. —La miró y le sonrió—. ¿La duda?

—¿Deberíamos estar solos en la habitación, lord Waxillium?

—¿Por qué no? —dijo él, y parecía verdaderamente confuso—. ¿Hay un asesino en serie oculto en el armario que yo haya pasado por alto de algún modo?

—Me refería al decoro.

Él permaneció en silencio un momento, luego se dio una palmada en la frente.

—Pido disculpas. Tendrás que perdonarme por ser un bufón. Ha pasado mucho tiempo desde que... No importa. Si te sientes incómoda, llamaré a Tillaume.

Se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—¡Lord Waxillium! —dijo ella—. No me siento incómoda. Te lo aseguro. Simplemente no quería colocarte en una situación embarazosa.

—¿Embarazosa?

—Sí. —Ahora se sentía como una completa idiota—. Por favor, no pretendía crear ninguna molestia.

—Muy bien —dijo él—. Para ser sinceros, me había olvidado de este tipo de cosas. Básicamente son una tontería.

—¿El decoro es una tontería?

—Demasiadas cosas en la alta sociedad se construyen en torno a la idea de asegurarse de que no hay que confiar en nadie —dijo Waxillium—. Contratos, informes detallados de operaciones, no estar a solas con un miembro elegible del sexo opuesto. Si quitamos los cimientos de la confianza en una relación, ¿entonces qué sentido tiene esa relación?

«¿Y esto lo dice alguien que va a casarse con Steris por el motivo expreso de explotar sus riquezas?». Marasi se sintió mal al pensar eso. Era muy difícil no sentirse amargada a veces.

Cambió de tema rápidamente.

—¿Y entonces... la aleación?

—Sí, la aleación —dijo él—. Probablemente es una tangente en la que no debería entretenerte. Una excusa para recuperar una antigua afición. Pero como sé de dónde vino el aluminio (del primer robo), me preguntaba si, tal vez, podrían estar utilizando una aleación que incluya componentes que pueda rastrear.

Se acercó a la mesa, de donde cogió el revólver que Wayne le había dado la noche anterior. Ella pudo ver que había raspado parte del metal de la zona exterior de la culata.

—¿Sabes algo de metalurgia, Marasi?

—Me temo que no —respondió ella—. Probablemente debería.

—Oh, no te pongas así. Como decía, es un capricho mío. Hay muchos metalúrgicos en la ciudad: probablemente podría haber enviado las virutas a uno de ellos y recibido un informe más rápidamente, y con más precisión. —Suspiró y se sentó en su silla—. Ya ves, estoy acostumbrado a hacer las cosas por mí mismo.

—Allá en los Áridos, a menudo no tenías más remedio.

—Ciento. —Dio un golpecito con la pistola sobre la mesa—. Las aleaciones son curiosas. ¿Sabes que podemos hacer una aleación con un metal que reaccione al magnetismo, y acabar con otro que no lo haga? Mézclalo con una parte igual de otra cosa, y lo que obtendrás no será ni la mitad de magnético... o puede que no lo sea en absoluto. Cuando haces una aleación, no mezclas solamente dos metales. Creas uno nuevo.

»Es un fundamento de la alomancia. El acero es solo hierro con una pizca de carbono, pero eso crea toda la diferencia. Este aluminio tiene también algo más... menos de un uno por ciento. Creo que puede ser ekaboron, pero es solo una coronada. Una pizquita. Funciona también con los hombres, extrañamente. Un cambio diminuto puede crear una persona completamente nueva. Cómo nos parecemos a los metales...

Sacudió la cabeza, luego le indicó que tomara asiento en un sillón que había junto a la pared.

—Pero no has venido a oírmelos farfullar. Bien, dime, ¿qué puedo hacer por ti?

—En realidad es qué puedo hacer yo por ti —dijo ella, sentándose—. He hablado con lord Harms. Pensé que como tú... Bueno, como la Casa Ladrian carece ahora mismo de activos líquidos, pensé que tal vez no tuvieras los recursos necesarios para buscar a lady Steris. Lord Harms ha accedido a financiarte en lo que necesites para lograr su rescate.

Waxillium pareció sorprendido.

—Eso es maravilloso. Gracias. —Hizo una pausa y miró su mesa—. ¿Crees que le importaría pagar todo esto...?

—En absoluto —dijo ella rápidamente.

—Bueno, es un alivio. Tillaume casi se me desmaya cuando vio lo que había gastado. Creo que el viejo tiene miedo de que nos quedemos sin té si sigo a este ritmo. Es increíble que pueda ser la fuente de empleo para veinte mil personas, sea dueño del dos o el tres por ciento de los terrenos de la ciudad, y sin embargo sea tan pobre en dinero en efectivo. Qué mundo tan extraño son los negocios.

Waxillium se inclinó hacia delante y unió las manos, pensativo. A la luz de la ventana abierta, ella pudo ver ahora que tenía ojeras.

—¿Mi señor? —preguntó—. ¿Has dormido algo desde el secuestro?

Él no respondió.

—Lord Waxillium —dijo ella severamente—. No debes descuidar tu propio bienestar. Convertirte en herrumbre no le hará bien a nadie.

—Se llevaron a lady Steris delante de mí, Marasi —dijo él en voz baja—. No moví un dedo. Tuvieron que espolpearme. —Movió la cabeza, como para espantar malos pensamientos—. Pero no tienes que preocuparte por mí. No habría podido dormir de todas formas, así que bien podía hacer algo productivo.

—¿Has llegado a alguna conclusión? —preguntó ella, verdaderamente curiosa.

—A demasiadas —dijo él—. A menudo el problema no es encontrar soluciones, es decidir cuáles tuvieron lugar y cuáles son pura fantasía. Esos hombres, por ejemplo. No eran profesionales —vaciló—. Lo siento, probablemente no tiene ningún sentido.

—No, sí que lo tiene. La forma en que ansiaban disparar, la manera en que su jefe se dejó llevar para dispararle a Peterus...

—Exactamente —dijo él—. Tenían experiencia como ladrones. Pero no eran refinados en su oficio.

—Un método sencillo para determinar el tipo de criminal es observar a quién matan y cuándo —dijo Marasi, citando una línea de uno de sus libros de texto—. Los asesinos acaban ahorcados; robar solamente puede significar escapar a la muerte. Esos hombres, si hubieran sabido realmente lo que estaban haciendo, se habrían marchado rápidamente, alegres de no haber tenido que disparar.

—Así que eran hampones callejeros —dijo Waxillium—. Delincuentes comunes.

—Con armas muy caras —respondió Marasi, frunciendo el ceño—. Lo cual implica un patrocinador externo, ¿no?

—Sí —dijo Waxillium, ansioso—. Al principio, me sentí muy confuso. Estaba convencido de que todo era por los secuestros, que los robos eran solo una tapadera. Pero los hombres de anoche estaban verdaderamente interesados en lo que robaban. Me sorprendió. Juzgando por el precio del aluminio, y por cuánto han tenido que gastar para forjar esas armas, han invertido una fortuna para conseguir una cantidad menor en el robo de anoche. No tenía sentido.

—A menos que estemos tratando con dos grupos que trabajan juntos —dijo Marasi, comprendiendo—. Alguien ha subvencionado a los bandidos, permitiéndoles perpetrar esos robos. El grupo que subviciona, sin embargo, exige que secuestren a ciertas personas, para que parezca una toma de rehenes aleatoria.

—¡Sí! El que los patrocina, sea quien sea, quiere a las mujeres secuestradas. Y los desvanecedores se quedan con lo que roben, o tal vez con un porcentaje. Todo está hecho para usar los robos como tapadera, pero es posible que los bandidos mismos no comprendan que están siendo utilizados.

Marasi frunció el ceño y se mordió el labio.

—Pero eso significa...

—¿Qué?

—Bueno, esperaba que esto hubiera casi acabado ya —explicó—. Considerabas que los ladrones eran menos de cuarenta, y Wayne y tú matasteis o incapacitasteis a una treintena.

—A treinta y uno —dijo él, absorto.

—Había dado por hecho que los restantes contaría sus pérdidas y huirían. Cabría pensar que matar a tres cuartas partes de un grupo debería ser suficiente para disolverlos.

—Así sería, en mi experiencia.

—Pero esto es diferente —dijo ella—. El jefe de los bandidos tiene un patrocinador externo que ofrece dinero y armas. —Frunció el ceño—. El jefe habló de «venganza», que yo recuerde. ¿Podría ser el jefe y el patrocinador a la vez?

—Es posible —dijo Waxillium—. Pero lo dudo. Parte de todo este asunto es que otro haga el trabajo peligroso por ti.

—De acuerdo —dijo ella—. Pero el jefe parece tener su propia ideología. Tal vez fue elegido por eso. Los delincuentes a menudo utilizan habilidades de racionalización básica para justificar lo que hacen, y un hombre que pudiera capitalizar eso (junto con la promesa de riquezas y montones de diversión pegando tiros) sería el intermediario ideal, como si dijéramos.

Waxillium sonrió de oreja a oreja.

—¿Qué? —preguntó ella.

—¿Te das cuenta de que me he pasado toda la noche para llegar a esas conclusiones? Tú acabas de llegar a ellas en... ¿cuánto? ¿Diez minutos?

Ella no le dio importancia.

—Podría decirse que tuve una pequeña ayuda por tu parte.

—Podría decirse que tuve una pequeña ayuda de mí mismo, técnicamente.

—Las voces que te susurran como resultado de la privación del sueño no cuentan, mi señor.

Él volvió a sonreír, y luego se levantó.

—Ven. Dime qué piensas de esto.

Llena de curiosidad, ella lo siguió hasta la parte delantera de la habitación, donde había advertido el montón de papel. Él le dio un tirón, revelando un papel de metro y medio de largo y varios palmos de ancho. Waxillium se arrodilló en el suelo, pero a ella le costó más trabajo con la falda. Así que tan solo se inclinó hacia delante y miró por encima de su hombro.

—¿Genealogías? —preguntó, sorprendida. Parecía que él había rastreado a cada mujer secuestrada hasta el Origen, empezando con sus nombres a la izquierda de la larga hoja, y luego trabajando hacia atrás. No estaban todos los parientes, pero sí incluía a los antepasados directos y unos cuantos nombres notables en cada generación para cada rehén.

—¿Bien? —preguntó él.

—Estoy empezando a sospechar que eres un poco raro, milord —dijo ella—. ¿Te has pasado toda la noche haciendo esto?

—Me llevó bastante tiempo, aunque el periódico de Wayne me dio una buena ventaja. Por fortuna, la biblioteca de mi tío tenía extensas fuentes genealógicas. Era una de sus aficiones. Pero ¿qué te parece?

—Que menos mal que pronto vas a comprometerte, pues una buena esposa se habría encargado de que descansasen, en vez de dedicarte a escribir toda la noche a la luz de las velas. Es malo para la vista, ¿sabes?

—Tenemos electricidad —dijo él, señalando hacia arriba—. Además, dudo de que Steris se preocupe por mis hábitos nocturnos. No está en el contrato, ¿sabes?

Había un toque de amargura en su tono: débil, pero reconocible.

Ella había hecho el comentario para entretenérlo unos momentos y poder leer más nombres.

—Alománticos —dijo—. Has analizado los linajes en busca de poderes alománticos en su herencia. Todas convergen hacia el lord Nacido de la Bruma. ¿No lo mencionó Wayne?

—Sí. Creo que quien está detrás de todo esto busca alománticos. Está creando un ejército. Escoge a la gente porque sospecha que son alománticos en secreto. El hecho de que no se sepa si lo son hace más difícil reconocer lo que está haciendo.

—Pero Steris no es alomántica. Lo prometo.

—Eso me preocupó durante un tiempo —dijo él—. Pero no es un tema importante. Verás, está escogiendo a personas que cree que es probable que sean alománticas, pero está destinado a equivocarse unas cuantas veces. —Waxillium señaló el papel—. Esto me hace preocuparme por ella. Cuando el patrocinador descubra que no es lo que creía, correrá más peligro.

«Por eso has estado despierto toda la noche —advirtió ella—. Crees que no hay tiempo».

Todo esto por una mujer a la que obviamente no amaba. Era difícil no estar celosa.

«¿Qué? —pensó—. ¿Habrías preferido que te secuestraran a ti? Chica estúpida».

Advirtió que su propio nombre estaba en la lista.

—¿Tienes mi genealogía? —preguntó, sorprendida.

—Tuve que pedirla —dijo él—. Me temo que algunos funcionarios se enfadaron mucho en mitad de la noche. Eres muy rara.

—¿Cómo?

—Oh. Hum, me refiero en la lista. ¿Ves esto? Eres prima segunda de Steris.

—¿Y?

—Y, eso significa que eres..., bueno, es difícil de explicar. Eres, esencialmente, prima en sexto grado del linaje principal. Todas las demás, incluyendo a Steris, estaban mucho mejor conectadas: tú tienes el linaje por parte de padre que diluye tus conexiones. Eso te convierte en un objetivo raro, comparado con las demás. Me pregunto si te eligieron porque querían llevarse a alguien al azar que rompiera la pauta y nos hiciera dudar.

—Es posible —dijo ella con cuidado—. Después de todo, no sabían que Steris estaba sentada con nosotros.

—Muy cierto. Pero... aquí es donde empieza la especulación. ¿Ves? Puedo encontrar un montón de motivos para que fueran a por Steris. La historia de los alománticos no es la única conexión: debido a la consanguineidad de la alta sociedad, hay muchas otras conexiones.

»De hecho, tal como yo lo veo, el factor alomántico es tenue. Si vas a entrenar a luchadores, ¿por qué llevarte solo a mujeres? ¿Por qué molestarte con alománticas, cuando tienes fondos y medios para robar todo este aluminio? Podrían haberse parado aquí y ser ricos. Y no puedo encontrar nada que indique, con certeza, que las otras mujeres que secuestraron fueran alománticas.

«Se llevan solo a mujeres», pensó Marasi, mirando las largas listas que conectaban con lord Nacido de la Bruma. El alomántico más poderoso que jamás vivió. Una figura casi mitológica, alguien tenía los dieciséis poderes alománticos en un cuerpo. ¿Hasta qué punto pudo ser poderoso?

Y, de repente, todo tuvo sentido.

—Herrumbre y Ruina —susurró.

Waxillium la miró. Probablemente lo habría visto, si no se hubiera agotado tanto durante la noche.

—La alomancia es genética —dijo ella.

—Sí. Por eso aparece tanto en estos linajes.

—Genética. Se llevan a todas las mujeres. Waxillium, ¿no lo ves? No pretenden crear un ejército de alománticos. Pretenden *criar* uno. Se están llevando a las mujeres que tienen conexión más directa con el Nacido de la Bruma.

Waxillium se quedó mirando el gran papel, luego parpadeó.

—Por la lanza del Superviviente... —susurró—. Bueno, al menos esto significa que Steris no corre peligro inmediato. Es valiosa para él, aunque no sea alomántica.

—Sí —dijo Marasi, asqueada—. Pero si tengo razón, entonces correrá un tipo distinto de peligro.

—En efecto —contestó él, abatido—. Tendría que haberme dado cuenta. Wayne nunca me dejará en paz cuando lo descubra.

—Wayne —dijo ella, advirtiendo que no había preguntado por él—. ¿Dónde está? Waxillium comprobó su reloj de bolsillo.

—Debe de estar al caer. Lo he mandado a cometer una pequeña tropelía de nada.



Wayne subió las escalinatas de la comisaría del Cuarto Octante. Sentía las orejas demasiado acaloradas. ¿Por qué llevaban los guripas sombreros tan incómodos? Tal vez por eso estaban tan enfadados todo el tiempo, deambulando por la ciudad, molestando a gente respetable. Incluso después de unas pocas semanas en Elendel, Wayne sabía que eso era lo que hacían básicamente los alguaciles.

Malos sombreros. Un mal sombrero podía hacer que un hombre fuera muy desagradable, vaya si no.

Irrumpió a través de las puertas dobles, abriéndolas de golpe. La sala interior parecía básicamente una jaula grande. Una barandilla de madera separaba a la gente de los guardias, las mesas de detrás destinadas a comer u holgazanear y charlar. Su entrada hizo que unos cuantos guripas uniformados de marrón se irguieran de pronto y algunos echaran mano a la cadera para empuñar sus revólveres.

—¿Quién está al mando de este lugar? —gritó Wayne.

Los asombrados agentes se le quedaron mirando y luego se pusieron rápidamente en pie, alisaron sus uniformes y se colocaron los sombreros. Wayne llevaba también un uniforme. Lo había cambiado en una comisaría del Séptimo Octante. Había dejado una buena camisa como sustituta, un buen trato. Después de todo, la camisa era de seda.

—¡Señor! —dijo uno de los guripas—. ¡Es el capitán Brettin, señor!

—¿Y, bien, dónde demonios está? —gritó Wayne. Había captado el acento adecuado de escuchar a unos cuantos guripas. La gente confundía la palabra «accento». Creían que los acentos eran algo que tenían los demás. Pero no era así. Cada persona tenía un acento individual, una mezcla de dónde había vivido, qué hacía para ganarse la vida, quiénes eran sus amigos.

La gente creía que Wayne imitaba acentos. No lo hacía. Los robaba. Eran lo único que todavía se permitía robar, viendo cómo había decidido hacer el bien en su vida y todas esas cosas.

Varios de los guripas, todavía confundidos por su llegada, señalaron hacia una puerta lateral. Otros saludaron, como si fuera lo único que sabían hacer. Wayne resopló a través de su grueso bigote falso y se encaminó a la puerta.

Hizo como si fuera a abrirla, pero entonces fingió vacilar y llamó.

Brettin apenas sería superior suyo en rango. «Una desgracia —pensó Wayne—. Aquí estoy, veinticinco años como alguacil, y sigo teniendo solo tres barras». Tendría que haber sido ascendido hacía años.

Mientras alzaba la mano para volver a llamar a la puerta, esta se abrió, revelando el rostro delgado de Brettin. Parecía molesto.

—¿A qué viene tanto alboroto...? —se detuvo al ver a Wayne—. ¿Quién es usted?

—Capitán Guffon Trenchant —dijo Wayne—. Séptimo Octante.

Los ojos de Brettin se volvieron hacia las insignias de Wayne, luego hacia su rostro. Hubo un momento de confusión, y Wayne pudo ver el pánico en los ojos de Brettin. Estaba intentando decidir si debería recordar al capitán Guffon o no. La Ciudad era grande y, por lo que Wayne había oído, Brettin confundía siempre los nombres de la gente.

—Yo... por supuesto, capitán —dijo Brettin—. ¿Nos... ejem, conocemos?

Wayne sopló sus bigotes.

—Estuvimos en la misma mesa en la cena del presidente la primavera pasada!

Se sentía muy bien con ese acento. Era una mezcla de lord séptimo hijo y capataz de una fragua, con una pizquita de capitán de canal. Al hablar le parecía como si tuviera algodón metido en la mitad de la boca y hubiera tomado prestada la voz de un perro furioso.

Pero ya llevaba semanas en la ciudad, escuchando en tabernas de diferentes octantes, visitando las vías férreas, charlando con gente en los parques. Había recogido buen número de acentos, añadiéndolos a los que ya había robado. Incluso viviendo en Erosión, había hecho viajes a la ciudad para captar acentos. Aquí se encontraban los mejores.

—Yo... oh, claro —dijo Brettin—. Sí. Trenchant, ahora lo reconozco. Ha pasado tiempo.

—No importa —farfulló Wayne—. ¿Qué es eso de que tiene prisioneros de la banda de los desvanecedores? ¡Buen acero, hombre! ¡Tuvimos que enterarnos por los periódicos!

—Tenemos jurisdicción, ya que el incidente... —Brettin vaciló y miró a la sala llena de intrigados alguaciles que fingían estudiosamente no estar escuchando—. Entre.

Wayne miró a los hombres que los observaban. Ni uno de ellos lo había cuestionado. Actúa como si fueras importante, actúa como si estuvieras enfadado, y la gente solo querrá quitarse de en medio. Psicología básica, se llamaba.

—Muy bien —dijo.

Brettin cerró la puerta. Habló rápida y autoritariamente.

—Fueron capturados en nuestro octante y el delito que cometieron fue aquí. Tenemos clara jurisdicción. Les envié a todos una misiva.

—¿Una misiva? ¡Herrumbre y Ruina! ¿Sabe cuántas recibimos al día?

—Bueno, tal vez debería contratar a alguien que las clasifique —dijo Brettin, picado—. Es lo que yo he hecho.

Wayne se sopló el bigote.

—Bueno, podría haber enviado a alguien a informarnos —dijo mansamente.

—La próxima ocasión, tal vez —dijo Brettin, satisfecho por haber ganado la discusión y desarmado a un rival airado—. Estamos bastante ocupados con esos prisioneros.

—Muy bien —repuso Wayne—. ¿Cuándo nos los van a enviar?

—¿Qué?

—¡Tenemos prioridad! Ustedes tienen jurisdicción para la investigación inicial, pero nosotros tenemos derecho de acusación. El primer robo tuvo lugar en nuestro octante. —Waxillium le había escrito ese detalle. Podía ser muy útil en algunas ocasiones.

—¡Tiene que cursarnos una petición por escrito para eso!

—Enviamos una misiva —dijo Wayne.

Brettin vaciló.

—Hoy mismo, temprano —dijo Wayne—. ¿No la han recibido?

—Esto... recibimos montones de misivas...

—Creí que había dicho que había contratado a alguien para clasificarlas.

—Lo envié a por bollos antes...

—Ah. Entonces, bien. —Wayne vaciló—. ¿Puedo probar uno?

—¿Los bollos o los prisioneros?

Wayne se inclinó hacia delante.

—Mire, Brettin, vamos a fundir y forjar esto. Los dos sabemos que pueden ustedes retrasar este asunto de los prisioneros durante meses mientras nosotros completamos el traspaso de papeleo adecuado. Eso no es digno de nosotros. Usted estará bajo presión, y nosotros perderemos cualquier oportunidad de capturar al resto de esos tipos. Necesitamos actuar con rapidez.

—¿Y? —preguntó Brettin, receloso.

—Quiero interrogar a unos cuantos prisioneros. El jefe me envió específicamente. Usted me deja entrar, me concede unos minutos, y pararemos todas las solicitudes de traslado. Pueden ustedes proceder con la acusación, pero nosotros nos ponemos a cazar a su jefe.

Los dos se miraron a los ojos. Según Wax, condensar los desvanecedores sería bueno, muy bueno para las carreras. Pero el verdadero premio, el jefe de la banda, seguía libre. Capturarlo significaría la gloria, y tal vez una invitación a unirse a la clase superior. El difunto lord Peterus lo había hecho cuando capturó al Estrangulador de Cobre.

Dejar que un comisario rival interrogara a los prisioneros sería aventurado. Perder potencialmente a los prisioneros por completo, como se arriesgaba Brettin, lo era todavía más.

—¿Cuánto tiempo? —dijo Brettin.

—Quince minutos con cada uno.

Brettin entornó levemente los ojos.

—Diez minutos con dos de los prisioneros.

—De acuerdo. Hagámoslo.

Tardaron más de lo debido. Los alguaciles solían tomarse su tiempo para todo, excepto para aquello que implicara quemar edificios o asesinatos en las calles, y solo se daban prisa en estos dos casos si había de por medio alguien rico. Al cabo de un rato, le prepararon una habitación y trajeron a uno de los bandidos.

Wayne lo reconoció. El tipo había tratado de dispararle, así que Wayne le había roto el brazo con el bastón de duelo. Muy grosero, tratar de disparar así. Cuando un tipo saca un bastón de duelo, hay que responder con otro, o por lo menos con un cuchillo. Tratar de pegarle un tiro era como traer dados a un juego de cartas. ¿Adónde iba a llegar el mundo?

—¿Ha dicho algo hasta ahora? —le preguntó Wayne a Brettin y varios de sus subalternos, mirando desde la puerta al grueso bandido de pelo hirsuto. Llevaba el brazo en un sucio cabestrillo.

—No mucho —respondió Brettin—. Lo cierto es que ninguno de ellos nos ha dicho gran cosa. Parecen...

—Asustados —dijo otro de los alguaciles—. Tienen miedo de algo... o al menos tienen más miedo de hablar que de nosotros.

—Bah —dijo Wayne—. ¡Solo hay que ser firmes con ellos! Nada de medias tintas.

—No hemos... —empezó a decir el alguacil, pero Brettin levantó una mano para hacerlo callar.

—Su tiempo corre, capitán.

Wayne hizo una mueca de desdén y entró en la habitación. Era pequeña, prácticamente un trastero, con solo una puerta. Brettin y los demás la dejaron abierta. El bandido estaba sentado en una silla, las manos esposadas unidas a sus pies por cadenas enganchadas en el suelo. Había una mesa entre ellos.

El bandido lo miró con resentimiento. No pareció reconocer a Wayne. Probablemente era el sombrero.

—Bueno, hijo —dijo Wayne—. Tienes un montón de problemas.

El bandido no respondió.

—Puedo librarte fácilmente. No habrá ningún nudo corredizo para ti, si estás dispuesto a ser listo.

El bandido le escupió.

Wayne se inclinó hacia delante, las manos sobre la mesa.

—Vamos, vamos —dijo en voz muy baja, cambiando su habla al acento fluido y natural que habían empleado los bandidos. Una pizca de trabajador del canal para autenticidad, una buena dosis de camarero para confianza, y el resto Sexto Octante, lado norte, de donde parecía que procedían, por su forma de hablar, la mayoría—. ¿Es así como le hablas al tipo que mató a un guripa y le quitó el uniforme para sacarte de aquí, socio?

Los ojos del bandido se abrieron como platos.

—No hagas eso —advirtió Wayne en voz baja—. Pareces demasiado ansioso. Eso los hará recelar. Malditos sean todos. Tendrás que volver a escupirme.

El hombre vaciló.

—¡Hazlo!

Escupió.

—¡Ruina! —gritó Wayne, volviendo al acento de alguacil. Dio un golpe en la mesa—. Te arrancaré las orejas, muchacho, si vuelves a hacer eso.

El bandido lo miró.

—Esto... ¿debería?

«Ah, bien. Acerté con el barrio».

—Y una mierda —susurró Wayne—. Te arrancaré de verdad las orejas si lo haces.

Se inclinó hacia delante, hablando con el acento callejero, lo bastante bajo para que los de fuera no pudieran oírlo.

—Los guripas dicen que no has hablado. Bien hecho. El jefe estará contento.

—¿Vas a sacarme de aquí?

—¿Tú qué crees? No puedo dejarte para que cantes. O te saco o te veo estrechándole la mano a Ojos de Hierro.

—No hablaré —dijo el hombre urgentemente—. No hace falta matarme. No hablaré.

—¿Y los demás?

El hombre vaciló.

—No creo que lo hagan tampoco. Excepto Sindren, tal vez. Es nuevo y esas cosas.

«Bien», pensó Wayne.

—Sindren. ¿El tipo rubio de la cicatriz?

—No. El bajito. Orejas grandes. —El ladrón miró a Wayne entornando los ojos—. ¿Por qué no te reconozco?

—¿Tú qué crees? —dijo Wayne, echándose hacia atrás y recuperando su voz de alguacil—. ¡Bueno, se acabaron las contemplaciones! ¿Dónde está vuestra base de operaciones? ¡Quiero respuestas! —Se inclinó de nuevo hacia delante—. No me reconoces porque soy demasiado valioso para que la gente corriente me vea. Podrían descubrirme. Trabajo con tu jefe. Tarson.

—¿Tarson? No es jefe de nada. Solo pega.

«Bien también».

—Me refiero a su jefe.

El bandido frunció el ceño. Recelaba cada vez más.

—Tu actitud va a hacerte ahorcar, amigo —dijo Wayne en voz baja—. ¿Quién te reclutó? Quiero... hablar con él.

—¿Quién...? Clamps se encarga de todos los reclutamientos. Deberías saberlo. —Sus ojos se volvieron hostiles.

«Excelente», pensó Wayne.

—¡Se acabó! —dijo, dándose la vuelta—. Este no hablará. Sabe tener la boca cerrada.

Salió de la habitación para reunirse con Brettin y los demás.

—¿Por qué susurraba tanto? —exigió Brettin—. Dijo que podíamos escuchar.

—Dije que podían escuchar, pero no que yo fuera a decir nada que pudieran oír. Con estos tipos hay que hablar en tono bajo y amenazador. ¿Han dado sus nombres algunos de los demás?

—Alias —dijo Brettin, insatisfecho.

—¿Algún dio el nombre de Sindren?

Brettin miró a sus hombres. Ellos negaron con la cabeza.

«Excelente».

—Quiero ver a los otros hombres. Voy a escoger al siguiente que interrogué.

—Eso no era parte del trato —dijo Brettin.

—Y yo sigo pudiendo marcharme a casa para empezar a mover papeles para un traslado...

Brettin vaciló un instante, luego condujo a Wayne a las celdas. Fue fácil detectar a Sindren. El tipo de las orejas grandes parecía joven; observó con los ojos muy abiertos cómo los guripas se asomaban a su celda.

—Ese —dijo Wayne—. Vamos.

Lo agarraron y lo llevaron a una sala de interrogatorios. Una vez que Sindren estuvo encadenado, Brettin y sus hombres esperaron en la sala.

—Un poco de espacio para respirar, por favor —dijo Wayne, mirándolos.

—Bien —respondió Brettin—. Pero no más susurros. Quiero oír lo que tiene que preguntarle. Sigue siendo nuestro prisionero.

Wayne los miró con frialdad y ellos se marcharon, pero dejaron la puerta abierta. Brettin se quedó fuera cruzado de brazos, mirando a Wayne expectante.

«Muy bien», pensó Wayne. Se volvió hacia el preso y se inclinó hacia delante.

—Hola, Sindren.

El chico dio un respingo.

—¿Cómo sabe...?

—Me envía Clamps —dijo Wayne en voz baja con acento callejero—. Estoy elaborando un modo para sacarte. Necesito que permanezcas completamente quieto.

—Pero...

—Quietó. No te muevas.

—¡Nada de susurros! —gritó Brettin—. Si dice...

Wayne levantó una burbuja de velocidad. No iba a durar mucho: no había podido acumular mucho bendaleo. Tendría que hacer que funcionara.

—Soy alomántico —dijo Wayne, completamente inmóvil—. He acelerado el tiempo para nosotros. Si te mueves, advertirán el borrón y sabrán lo que ha sucedido. ¿Comprendes? No asientes. Solo di que sí.

—Hum... sí.

—Bien. Como decía, me envía Clamps, y estoy aquí para liberarte. Parece que al jefe le preocupa que habléis.

—¡No hablaré! —dijo el joven, la voz casi un chirrido mientras se esforzaba obviamente por no moverse.

—Estoy seguro de que no lo harás —dijo Wayne, cambiando sutilmente su acento para que casara con la zona de la que procedía este joven, Interior Séptimo. Añadió una pizca de trabajador de las fábricas, que captaba en el dialecto de este muchacho. Probablemente de su padre—. Si lo hicieras, Tarson tendría que romperse algunos huesos. Sabes cuánto le gusta eso, ¿no?

El muchacho empezó a asentir, pero se contuvo.

—Lo sé.

—Pero te sacaremos de aquí —dijo Wayne—. No te preocupes. No te reconocí. ¿Eres nuevo?

—Sí.

—¿Te reclutó Clamps?

—Hace dos semanas.

—¿De qué base eres?

—¿Cómo? —dijo el muchacho, frunciendo el ceño.

—Tenemos distintas bases de operaciones —repuso Wayne—. Pero naturalmente tú no sabes nada de eso, ¿verdad? El jefe solo enseña una a los nuevos, por si son capturados. No querrías conducir a los guripas accidentalmente hasta nosotros, ¿no?

—Eso sería horrible —reconoció Sindren. Miró hacia la puerta, pero permaneció quieto—. Me destinó a la vieja fundación de Longard. ¡Creí que éramos los únicos!

—Esa es la idea —dijo Wayne—. No podemos dejar que un simple error nos impida vengarnos.

—Er, sí.

—No crees en todo eso, ¿verdad? No importa. Creo que el jefe se vuelve un poco loco con eso.

—Sí —dijo el muchacho—. Quiero decir, la mayoría de nosotros solo quiere el dinero, ¿sabes? La venganza está bien. Pero...

—... el dinero es mejor.

—Sí. El jefe está siempre hablando de cómo las cosas serán mejor cuando esté al mando, y cómo la ciudad lo traicionó, y esas cosas. Pero la ciudad traiciona a todo el mundo. Así es la vida.

El muchacho miró de nuevo hacia los alguaciles que se hallaban en la puerta.

—No te preocupes —dijo Wayne—. Creen que soy uno de ellos.

—¿Cómo lo haces? —preguntó el joven en voz baja.

—Solo hay que hablar su idioma, hijo. Es sorprendente cuánta gente nunca se da cuenta de eso. ¿Seguro que jamás le has hablado a nadie de ninguna de las otras bases? Necesito saber cuáles corren peligro.

—No —respondió el joven—. Solo he ido a la de la fundición. Estuve allí casi todo el tiempo, excepto cuando salimos a dar los golpes.

—¿Puedo darte un consejo, hijo?

—Claro.

—Sal de este asunto de robarle a la gente. No estás hecho para esto. Si alguna vez sales libre, vuelve a las fábricas.

El muchacho frunció el ceño.

—Hace falta un tipo especial para ser delincuente —explicó Wayne—. Tú no eres de ese tipo. Verás, en esta conversación te he engañado para que me confirmaras el nombre del tipo que te reclutó y me dieras la localización de vuestra base.

El muchacho se puso pálido.

—Pero...

—No te preocupes —dijo Wayne—. Estoy de tu parte, ¿recuerdas? Tienes suerte de que sea yo.

—Ya.

—Muy bien —dijo Wayne, bajando la voz, inmóvil—. No sé si puedo sacarte de aquí por la fuerza. Acéptalo, chico, no mereces la pena. Pero puedo ayudarte. Quiero que hables con los alguaciles.

—¿Qué?

—Dame hasta esta noche. Volveré a la base y despejaré el lugar. Una vez hecho eso, podrás cantarles a los guripas, decirles todo lo que sabes. No te preocupes, no te dijeron lo suficiente para meternos en verdaderos problemas. Nuestros planes de contingencia nos protegerán. Le diré al jefe que te dije que lo hicieras, y no pasará nada.

»Pero no hables con ellos hasta que te prometan soltarte a cambio. Pide que haya un abogado presente: pide a uno que se llama Arintol. Se supone que es honrado —al menos, eso era lo que le había dicho a Wayne la gente de la calle—. Haz que los guripas te prometan dejarte en libertad con Arintol presente. Entonces, cuéntales todo lo que sabes.

»Cuando estés fuera, márchate de la Ciudad. Alguien de la banda podría no creer que te he dicho que hablaras, así que podría ser peligroso para ti. Vete a los Áridos y conviértete en trabajador de las fábricas. Allí a nadie le importará. Sea como sea, chico, mantente alejado de la vida del crimen. Solo acabarás logrando que maten a alguien. Tal vez a ti.

—Yo... —El joven parecía aliviado—. Gracias.

Wayne le hizo un guiño.

—Ahora resiste a todo lo que te pregunte de aquí en adelante.

Empezó a toser y dejó caer la burbuja de velocidad.

—... que no pueda oír —decía Brettin—, detendré esto ahora mismo.

—¡Bien! —gritó Wayne—. Chico, dime para quién trabajas.

—¡No te diré nada, guripa!

—¡Habla o te cortaré los dedos de los pies! —gritó Wayne.

El chico le siguió el juego, y Wayne les ofreció a los alguaciles unos buenos cinco minutos de discusión antes de encogerse de hombros y marcharse.

—Se lo dije —comentó Brettin.

—Sí —respondió Wayne, tratando de parecer enfadado—. Supongo que tendrán que seguir trabajando en ellos.

—No funcionará —dijo Brettin—. Estaré muerto y enterrado antes de que esos hombres hablen.

—No tendremos esa suerte —dijo Wayne.

—¿Cómo?

—Nada —dijo Wayne, olfateando el aire—. Creo que los bollos han llegado. ¡Excelente! Al menos este viaje no será una completa pérdida de tiempo.



—Así que no estamos seguros de lo que sucedió —dijo Waxillium, sentándose en el suelo junto a la larga hoja de papel cubierta con sus resultados genealógicos—. Las Palabras de Instauración incluían una referencia a otros dos metales y sus aleaciones. Pero los antiguos creían en diecisésis metales, y la Ley de Dieciséis tiene una naturaleza tan fuerte que no puede ignorarse. O bien Armonía cambió cómo funciona la alomancia, o nunca la comprendimos realmente.

—Hum —dijo Marasi, sentada en el suelo con las rodillas a un lado—. No esperaba eso de ti, lord Waxillium. Sabía lo de vigilante de la ley. Metalúrgico, tal vez. Pero ¿filósofo?

—Hay relación entre ser vigilante y ser filósofo —dijo Waxillium, sonriendo ociosamente—. El cumplimiento de la ley y la filosofía tratan de cuestiones. Me atrajo la ley por la necesidad de encontrar respuestas que nadie más podía, de capturar a los hombres que todo el mundo consideraba inalcanzables. La filosofía es similar. Cuestiones, secretos, enigmas. La mente humana y la naturaleza del universo..., los dos grandes acertijos del tiempo.

Ella asintió pensativa.

—¿Qué fue para ti? —preguntó Waxillium—. No suele verse a una joven de posibles estudiando leyes.

—Mis posibles no son tan... importantes como puedan parecer —dijo ella—. No sería nadie sin el patronato de mi tío.

—Con todo...

—Historias —dijo ella, sonriendo con tristeza—. Historias sobre el bien y el mal. La mayoría de la gente que una conoce, no son ni una cosa ni la otra.

Waxillium frunció el ceño.

—No estoy de acuerdo. La mayoría de la gente parece básicamente buena.

—Bueno, tal vez según una definición. Pero parece que hay que perseguir una cosa, el bien o el mal, para ser importante. La gente de hoy... parece que son buenos, o a veces malos, principalmente por inercia, no por decisión. Actúan según los impulsa lo que les rodea.

»Es como..., bueno, piensa en un mundo donde todo está iluminado con la misma luz modesta. Todos los lugares, interiores o exteriores, iluminados por una luz uniforme que no puede cambiar. Si, en este mundo de luz común, alguien de repente produjera una luz que fuera significativamente más brillante, sería notable. Por el mismo razonamiento, si alguien consiguiera crear una habitación que estuviera oscura, sería notable también. En cierto modo, no importa lo intensa que fuera la iluminación inicial. La historia funciona igual.

—El hecho de que la mayoría de la gente sea decente no hace que su decencia valga menos para la sociedad.

—Sí, sí —dijo ella, ruborizándose—. Y no estoy diciendo que desearía que todo el mundo fuera menos decente. Pero... esas luces brillantes y esos lugares oscuros me fascinan, lord Waxillium... sobre todo cuando son dramáticamente diferentes. ¿Por qué, por ejemplo, un hombre educado en una familia básicamente buena (rodeado por buenos amigos, con un buen trabajo y medios satisfactorios) empieza a estrangular mujeres con cables de alambre y a hundir sus cuerpos en los canales?

»Y a la inversa, consideremos que la mayoría de los hombres que se marchan a los Áridos se adaptan al clima general de sensibilidades laxas de allí. Pero otros, unos pocos individuos notables, deciden llevarse consigo la civilización. Un centenar de hombres, convencidos por la sociedad de que “todo el mundo lo hace a su manera”, se dedican a hacer las cosas más rudas y despreciables. Pero un hombre dice que no.

—En realidad no es tan heroico —dijo Waxillium.

—Estoy segura de que no te lo parece.

—¿Has oído alguna vez la historia del primer hombre que capturé?

Ella se ruborizó.

—Yo... sí. Sí, digamos que la he oido. Peret *el Negro*. Violador y alomántico... brazo de peltre, creo. Entraste en la comisaría de los vigilantes, miraste el tablón de anuncios, arrancaste su retrato y te lo llevaste. Volviste tres días más tarde con él cruzado en la silla de tu caballo. De todos los hombres del tablón escogiste al criminal más difícil y peligroso.

—Es el que valía más dinero.

Marasi frunció el ceño.

—Miré ese tablón de anuncios —dijo Waxillium—, y pensé para mis adentros: «Bueno, es probable que cualquiera de estos tipos me mate. Así que bien puedo elegir el que más vale». Necesitaba el dinero. No había comido otra cosa en tres días, sino tasajo y judías. Y luego fue Taraco.

—Uno de los bandidos más grandes de nuestra época.

—Pensé que, gracias a él, conseguiría renovar el calzado. Le había robado a un zapatero unos cuantos días antes, y pensé que, si entregaba al tipo, podría sacarme un par de botas nuevas.

—Creí que lo habías capturado porque mató a un vigilante en Faradana la semana anterior.

Waxillium negó con la cabeza.

—No me enteré de eso hasta después de entregarlo.

—Oh. —Entonces ella sonrió ansiosa—. ¿Y Harrisel Hard?

—Una apuesta con Wayne —dijo Waxillium—. No pareces decepcionada.

—Esto tan solo lo hace más real —respondió ella. Sus ansiosos ojos brillaron de forma casi depredadora—. Tengo que anotar esto.

Buscó en su bolso y sacó una libreta y un lápiz.

—¿Y qué es lo que te motivó a ti? —preguntó Waxillium mientras ella garabateaba las notas—. ¿Estudias por deseo de convertirte en heroína, como en las historias?

—No, no. Solo quería aprender de los héroes.

—¿Estás segura? Podrías convertirte en vigilante, ir a los Áridos, vivir estas mismas historias. No creas que no puedes porque eres una mujer; la alta sociedad puede hacerte creer eso, pero más allá de las montañas no importa. Allí no hay que llevar vestidos de encajes ni oler a flores. Puedes colgarte unos revólveres del cinto y hacer tus propias reglas. No lo olvides: la Guerrero Ascendente fue una mujer.

Ella se inclinó hacia delante.

—¿Puedo confesarte una cosa, lord Waxillium?

—Solo si es salaz, personal o embarazoso.

Ella sonrió.

—Me gustan los vestidos de encajes y oler a flores. Me gusta vivir en la ciudad, donde puedo disfrutar de comodidades modernas. ¿Te das cuenta de que puedo pedir comida de Terris a cualquier hora de la noche, y recibirla?

—Increíble.

En efecto lo era. Él no se había dado cuenta de que eso era posible.

—Por mucho que me guste leer sobre los Áridos, y aunque pueda visitarlos, no creo que se me diera bien vivir allí. No me gusta la suciedad, la mugre y la falta general de higiene personal. —Se inclinó hacia delante—. Y, siendo completamente sincera, no tengo ningún problema en dejar que hombres como tú sean los que se cuelguen los revólveres al cinto y le disparen a la gente. ¿Me convierte eso en una terrible traidora a mi sexo?

—No lo creo. Pero eres bastante buena tiradora.

—Bueno, puedo disparar contra cosas. Pero ¿a las personas? —se estremeció—. Sé que la Guerrero Ascendente es un modelo para las mujeres que quieren realizarse. Tenemos clases al respecto en la universidad, por el amor de Conservación, y su legado está escrito en la ley. Pero no quiero ponerme pantalones y ser ella. A veces me siento como una cobarde al admitirlo.

—No importa —dijo él—. Tienes que ser tú misma. Pero nada de eso explica por qué estás estudiando leyes.

—Oh, quiero cambiar la ciudad —dijo ella, animándose—. Aunque pienso que perseguir a los criminales y agujerearlos con trozos de metal que se mueven a alta velocidad es una forma terriblemente ineficaz de hacerlo.

—Pero puede ser divertido.

—Deja que te enseñe una cosa.

Rebuscó un poco más en su bolso y sacó unos papeles doblados.

—Antes mencioné cómo la gente en general reacciona en respuesta a lo que la rodea. ¿Recuerdas nuestra discusión sobre los Áridos, y cómo a menudo allí hay más vigilantes por habitante que aquí? Y, sin embargo, el crimen está más extendido. Es resultado del entorno. Mira aquí.

Le tendió unos papeles.

—Es un estudio —dijo—. Lo estoy haciendo yo misma. Trata de la naturaleza del delito relacionado con el entorno. Mira aquí, se discuten los factores principales que han reducido los crímenes en algunas secciones de la ciudad. Contratar a más alguaciles, colgar a más criminales, ese tipo de cosas. Son de eficacia media.

—¿Qué es esto de aquí abajo? —preguntó Waxillium.

—Renovación —dijo ella con una gran sonrisa—. Este caso es donde un hombre rico, lord Joshin, compró varias parcelas de terreno en una de las zonas menos recomendables. Empezó a renovar y a limpiar. Los delitos se redujeron. No cambió la gente, solo el entorno. Ahora esa zona es una sección segura y respetable de la ciudad.

»Lo llamamos la teoría de las “ventanas rotas”. Si un hombre ve una ventana rota en un edificio, es más probable que robe o cometa otros delitos, ya que piensa que no le importa a nadie. Si todas las

ventanas están cuidadas, todas las calles limpias, todos los edificios encalados, entonces los delitos se reducen. Igual que un día caluroso puede irritar a una persona, una zona ruinosa puede convertir a un hombre corriente en un delincuente.

—Curioso —dijo Waxillium.

—Naturalmente, no es la única respuesta. Siempre habrá gente que no responda a sus alrededores. Como he mencionado, me fascinan. Siempre he sido buena con los números y las cifras. Veo este tipo de pautas y me hago preguntas. Limpiar unas cuantas calles puede ser más barato que emplear a más alguaciles, pero ¿puede reducir los delitos en mayor grado?

Waxillium miró los estudios, luego a Marasi. Ella sintió un arrebato de emoción en las mejillas. Había algo cautivador en ella. ¿Cuánto tiempo llevaban aquí? Él vaciló y luego sacó su reloj de bolsillo.

—Oh —dijo ella, mirando el reloj—. No deberíamos estar charlando así. No con la pobre Steris en sus manos.

—No podemos hacer más hasta que regrese Wayne —dijo Waxillium—. De hecho, ya tendría que haber vuelto.

—Está aquí —dijo la voz de Wayne desde el pasillo.

Marasi dio un respingo y dejó escapar un gritito.

Waxillium suspiró.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

Wayne asomó la cabeza en la esquina. Llevaba puesto un sombrero de alguacil.

—Oh, un rato. Me pareció que los dos teníais un momento de «gente inteligente». No quería interferir.

—Muy listo por tu parte. Tu estupidez puede ser infecciosa.

—No utilices tus palabras raras contigo, hijo —dijo Wayne, entrando. Aunque llevaba un sombrero de alguacil, por lo demás iba vestido con su sobretodo y pantalones, los bastones de duelo en las caderas.

—¿Lo lograste? —preguntó Waxillium, levantándose, y extendiendo luego la mano para ayudar a incorporarse a Marasi.

—Pues claro..., me comí algunos bollos. —Wayne sonrió—. Y los sucios guripas incluso pagaron por ellos.

—¿Wayne?

—Sí?

—Nosotros somos sucios guripas.

—No, ya no —dijo él orgullosamente—. Somos ciudadanos independientes preocupados por sus deberes cívicos. Y por comernos los bollos de los sucios guripas.

Wayne sonrió.

—No parecen tan apetitosos cuando se los describe así.

—Oh, estaban buenos. —Wayne rebuscó en el bolsillo de su sobretodo—. Os he traído algunos. Pero se han aplastado un poco.

—No me digas —dijo ella, palideciendo.

Wayne, sin embargo, se echó a reír y sacó un papel que agitó ante Waxillium.

—La localización del escondite de los desvanecedores en la ciudad. Junto con el nombre de su reclutador.

—¿De verdad? —dijo Marasi ansiosamente, corriendo para coger el papel—. ¿Cómo lo has conseguido?

—Whisky y magia.

—En otras palabras —dijo Waxillium, acercándose y leyendo el papel por encima del hombro de Marasi—. Wayne no paró de hablar rápido. Buen trabajo.

—¡Tenemos que ponernos en marcha! —dijo Wayne con urgencia—. Ir allí, encontrar a Steris y...

—Ya no estarán allí —dijo Waxillium, cogiendo el papel—. No después de que hayan capturado a varios de sus miembros. Wayne, ¿conseguiste hacerte con esto sin que los alguaciles se enteraran?

Wayne se hizo el ofendido.

—¿Tú qué crees?

Waxillium asintió. Se frotó la barbilla.

—Deberíamos ir lo antes posible. Llegar al escenario antes de que se enfrie demasiado.

—Pero... —dijo Marasi—. Los alguaciles...

—Les daremos un soplo anónimo cuando hayamos visto el lugar —dijo Waxillium.

—No será necesario —añadió Wayne—. Preparé una mecha.

—¿Para cuándo?

—El anochecer.

—Bien.

—Puedes mostrar tu agradecimiento con un gran pedazo de un metal raro y caro —dijo Wayne.

—Sobre la mesa —dijo Waxillium, doblando el papel y guardándoselo en el bolsillo del chaleco.

Wayne se acercó a mirar el aparato emplazado sobre el escritorio.

—No estoy seguro de querer tocar nada de esto, socio. Le tengo aprecio a todos mis dedos.

—No va a explotar, Wayne —dijo Waxillium secamente.

—Eso dijiste cuando...

—Solo sucedió una vez.

—¿Sabes lo molesto que es volver a hacerte crecer los dedos, Wax?

—Si está a la par de tus quejas, debe de ser molestísimo.

—Solo estoy diciendo... —Wayne escrutó el escritorio hasta que encontró el frasquito con virutas de bendaleo. Lo cogió y retrocedió con cautela—. Que las cosas de aspecto más inocente tienen tendencia a explotar a tu alrededor. Hay que ser cuidadoso. —Sacudió el frasco—. No es mucho.

—No te hagas el malcriado —replicó Waxillium—. Es bastante más de lo que podría haberte conseguido con tan poco tiempo de aviso si hubiéramos estado en los Áridos. Quítate el sombrero. Vamos a esa fundición que mencionan tus notas.

—Podemos usar mi carroaje, si queréis —dijo Marasi.

Tillaume entró en ese momento, llevando una cesta en una mano y una bandeja con té en la otra. Depositó la cesta junto a la puerta, luego colocó la bandeja sobre la mesa y empezó a servir té.

Waxillium miró a Marasi.

—¿Quieres venir? Creí que habías dicho que querías dejar los disparos para hombres como yo.

—Has dicho que no estarían allí —replicó ella—. Así que en realidad no hay ningún peligro.

—Todavía querrán capturarte —advirtió Wayne—. Intentaron secuestrarte en la cena. Será peligroso para ti.

—Y probablemente os dispararán a vosotros sin pestañear —respondió ella—. ¿Cómo será menos peligroso para vosotros?

—Supongo que no lo será —admitió Wayne.

Tillaume se acercó, trayéndole a Waxillium una taza de té en una bandeja. Wayne la cogió con una sonrisa, aunque Tillaume intentó apartar la bandeja.

—Qué conveniente —dijo Wayne, sujetando la taza—. Wax, ¿por qué no me trajiste a uno de esos tipos a Erosión?

El mayordomo lo miró con mala cara, luego corrió a la mesa para preparar otra taza.

Waxillium estudió a Marasi. Había algo que estaba pasando por alto, algo importante. Algo en lo que Wayne había dicho...

—¿Por qué te cogieron? —le preguntó a Marasi—. Había mejores objetivos en la fiesta. Mujeres más cercanas a los linajes que querían.

—Dijiste que podía haber sido un sueño para despistarnos —observó Wayne, echando un poco de bendaleo en su taza y luego apurándolo todo de un solo sorbo.

—Sí —dijo Waxillium, mirándola a los ojos y viendo en ellos un destello de algo. Ella se dio la vuelta—. Pero si ese fuera el caso, habrían querido llevarse a alguien que no fuera cercana al mismo linaje, no a alguien que fuera una prima cercana.

Frunció los labios, y entonces comprendió.

—Ah. Eres ilegítima, entonces. Hermanastra de Steris, por parte de lord Harms, supongo.

Ella se ruborizó.

—Sí.

Wayne silbó.

—Maravilloso espectáculo, Wax. Normalmente espero a la segunda cita para llamar a alguien bastardo.

—Miró a Marasi—. A la tercera si es bonita.

—Yo... —Waxillium sintió un súbito arrebato de vergüenza—. Naturalmente. Yo no pretendía...

—No importa —dijo ella en voz baja.

Tenía sentido. Marasi y lord Harms se habían incomodado cuando Steris mencionó a las amantes. Y luego estaba aquella cláusula específica en el contrato; Steris estaba acostumbrada a las infidelidades de los lores. Eso también explicaba por qué Harms pagaba la educación y el alojamiento de la «prima» de Steris.

—Lady Marasi —dijo Waxillium, cogiéndole la mano—. Tal vez mis años en los Áridos me han afectado más de lo que suponía. Hubo una época en que habría pensado mis palabras antes de pronunciarlas. Te pido perdón.

—Soy lo que soy, lord Waxillium —dijo ella—. Y me siento cómoda con ello.

—De todas formas, ha sido rudo por mi parte.

—No tienes que disculparte.

—Hum —dijo Wayne, pensativo—. El té está envenenado.

Con eso, se desplomó en el suelo.

Marasi soltó un grito y acudió inmediatamente a su lado. Waxillium se dio media vuelta para mirar a Tillaume justo cuando el mayordomo se volvía de sus supuestos preparativos y lo apuntaba con una pistola.

No había tiempo para pensar. Waxillium quemó acero (lo mantenía en su interior cuando pensaba que podía estar en peligro) y empujó el tercer botón de su chaleco. Siempre llevaba uno de acero, para usarlo para restaurar sus reservas de metal o como arma.

El botón salió despedido del chaleco, cruzó la habitación y golpeó a Tillaume en el pecho justo cuando apretaba el gatillo. El disparo salió desviado. Ni la bala ni la pistola fueron registrados como metal por los sentidos alománticos de Waxillium. Aluminio, entonces.

Tillaume se tambaleó y soltó la pistola, apoyándose en la estantería mientras intentaba huir. Dejó una línea de sangre en el suelo antes de desplomarse en la puerta.

Waxillium se arrodilló junto a Wayne. Marasi había dado un respingo al oír el disparo, y miraba al jadeante mayordomo.

—¿Wayne? —dijo Waxillium, alzando la cabeza de su amigo.

Wayne abrió los ojos.

—Veneno. Odio el veneno. Peor que perder un dedo, te lo aseguro.

—¡Lord Waxillium! —dijo Marasi, alarmada.

—Wayne se pondrá bien —respondió Waxillium, relajándose—. Mientras pueda hablar y tenga reservas feruquimistas, puede librarse casi de cualquier cosa.

—No estoy hablando de él. ¡El mayordomo!

Waxillium alzó sobresaltado la cabeza y advirtió que el moribundo Tillaume estaba toqueteando la cesta que había traído: el hombre metió una mano ensangrentada dentro y tiraba de algo.

—¡Wayne! —gritó Waxillium—. Burbuja. ¡Ahora!

Tillaume se echó hacia atrás. La cesta estalló en una bola de fuego.

Y entonces se detuvo.

—Ah, demonios —dijo Wayne, girándose en el suelo para ver la explosión en progreso—. Te advertí. Dije que siempre hay cosas explotando a tu alrededor.

—Me niego a aceptar la responsabilidad por esto.

—Es tu mayordomo —dijo Wayne, tosiendo y poniéndose de rodillas—. ¡Blarek! Y el té ni siquiera estaba bueno.

—¡Se hace más grande! —dijo Marasi, alarmada, señalando la explosión.

La andanada de fuego había vaporizado la cesta antes de que Wayne emplazara su burbuja. La onda expansiva se extendía lentamente hacia fuera, quemando la alfombra, destruyendo el marco de la puerta y las estanterías. El mayordomo ya había sido cubierto por ella.

—Maldición —dijo Wayne—. Es grande.

—Probablemente pretendía que pareciera un accidente con mi equipo de metalurgia —dijo Waxillium

—. Quemaría nuestros cuerpos y cubriría el asesinato.

—¿Nos dirigimos a las ventanas, entonces?

—Va a ser difícil correr más que la andanada —respondió Waxillium, pensativo.

—Podrías conseguirlo. Solo tienes que empujar con fuerza.

—¿Contra qué, Wayne? No veo ningún buen anclaje en esa dirección. Además, si nos lanzó hacia atrás tan rápido, salir por la ventana nos va a hacer pedazos.

—Caballeros —dijo Marasi, con voz frenética—, se está haciendo más grande.

—Wayne no puede detener el tiempo —dijo Waxillium—. Solo frenarlo mucho. Y no puede mover la burbuja cuando la ha emplazado.

—Mira —dijo Wayne—. Cárgate la pared. Empuja contra los clavos de los marcos de la ventana y abre el lado del edificio. Así podrás lanzarnos en esa dirección sin que nos topemos con nada.

—¿Te escuchas alguna vez cuando dices estas cosas? —preguntó Waxillium, las manos en las caderas, mientras miraba a su amigo—. Es ladrillo y piedra. Si empujo demasiado fuerte, me lanzaré hacia la explosión.

—¡Se está acercando! —exclamó Marasi.

—Entonces hazte más pesado —dijo Wayne.

—¿Tan pesado para no poder moverme cuanto toda una pared (una pared muy bien construida y enormemente pesada) se desgaje del edificio?

—Claro.

—El suelo no podría soportarlo —dijo Waxillium—. Se quebraría y...

Se calló.

Los dos bajaron la mirada.

Poniéndose en movimiento, Waxillium agarró a Marasi, que gritó sorprendida. Rodó de espaldas, sujetándola con fuerza encima de él.

La explosión cubría ahora la mayor parte de su campo de visión, tras haber consumido una gran parte de la habitación. Se acercaba cada vez más, hinchándose, brillando con una furiosa luz amarilla, como un pastel burbujeante que se expande en un horno enorme.

—¿Qué vamos a...? —dijo Marasi.

—¡Agárrate!

Waxillium amplificó su peso.

La feruquimia no funcionaba como la alomancia. Las dos categorías de poder a menudo se unían, pero en muchos aspectos eran opuestas. En la alomancia, el poder procedía del metal, y había un límite a lo que podías hacer a la vez. Wayne no podía comprimir el tiempo más allá de cierta cantidad; Waxillium solo podía empujar un trozo de metal.

La feruquimia funcionaba como una especie de canibalismo, donde consumías parte de ti mismo para utilizarlo más tarde. Te hacías pesar la mitad durante diez días, y podías convertirte una vez y media más pesado durante una cantidad igual de tiempo. O podías hacerte el doble de pesado durante la mitad de ese tiempo. O cuatro veces tan pesado durante la cuarta parte del tiempo.

O enormemente pesado durante unos breves instantes.

Waxillium absorbió para sí el peso que había almacenado en sus mentes de metal durante los días que había pasado con tres cuartas partes de su peso. Se hizo tan pesado como una roca, y luego tan pesado como un edificio, luego aún más pesado. Todo su peso se concentró en una pequeña sección del suelo.

La madera crujió, luego reventó, explotando hacia abajo. Waxillium salió de la burbuja de velocidad de Wayne y pasó a tiempo real, sacudido por el cambio. Los siguientes momentos fueron un borrón. Oyó el terrible sonido de la explosión arriba, que golpeó con una oleada de fuerza. Soltó su mente de metal y empujó contra los clavos del suelo que tenían debajo, tratando de frenar la caída.

No tuvo tiempo de hacerlo bien. Marasi y él chocaron contra el suelo del piso de abajo, y algo pesado les cayó encima, dejando a Waxillium sin aliento. Hubo un brillo cegador y un estallido de calor.

Entonces terminó.

Waxillium yació en el suelo aturdido, los oídos zumbando. Gimió y entonces se dio cuenta de que Marasi estaba aferrada a él, temblando. La mantuvo abrazada un momento, parpadeando. ¿Seguían en peligro? ¿Qué les había caído encima?

«Wayne», pensó. Se obligó a moverse, rodó y dejó a Marasi a un lado. El suelo bajo ellos había quedado reducido a astillas, los clavos aplastados hasta convertirse en pequeños discos. Parte del empujón hacia abajo debía de haberlo hecho mientras aún tenía el peso aumentado.

Estaban cubiertos de astillas de madera y polvo de escayola. El techo era un caos, con secciones de madera ardiendo y trozos de ceniza y escombros cayendo. No quedaba nada del agujero que había abierto: la andanada lo había consumido junto con el suelo a su alrededor.

Con un gemido, apartó a Wayne. Su amigo había caído sobre ellos y había bloqueado el grueso de la explosión. Su sobretodo había quedado hecho jirones, y tenía la espalda expuesta, ennegrecida y quemada, con sangre en los costados.

Marasi se llevó una mano a la boca. Todavía estaba temblando, el pelo marrón oscuro revuelto, los ojos muy abiertos.

«No —pensó Waxillium, sin saber si darle la vuelta a su amigo o no—. Por favor, no». Wayne había usado una porción de su salud para recuperarse del veneno. Y anoche había dicho que solo le quedaba suficiente para una herida de bala...

Ansioso, palpó el cuello de Wayne. Había un leve pulso. Waxillium cerró los ojos y dejó escapar un profundo suspiro. Mientras observaba, las heridas de la espalda de Wayne empezaron a cerrarse. Era un proceso lento. Un hacedor de sangre que usara la curación feruquímista estaba limitado por la velocidad a la que quería que actuara el poder: recuperarse rápidamente requería un gasto de salud mucho más grande. Si a Wayne no le quedaba mucha, tendría que trabajar a ritmo más lento.

Waxillium lo dejó tranquilo. Wayne estaría sufriendo un gran dolor, pero no había nada que pudiera hacer. En cambio, cogió a Marasi por el brazo. Ella estaba temblando todavía.

—Tranquila —dijo Waxillium, y su voz le sonó extraña y apagada por el efecto de la explosión en sus oídos—. Wayne se está curando. ¿Estás herida?

—Yo... —Ella parecía aturdida—. Dos de cada tres damnificados por un gran trauma son incapaces de identificar correctamente sus propias heridas como resultado de la tensión o de los mecanismos naturales del cuerpo para enfrentarse al dolor.

—Dime si te duele algo de esto —dijo Waxillium, palpándole los tobillos, las piernas, los brazos en busca de roturas. Con cuidado sondeó sus costados por si había costillas rotas, aunque fue difícil por la gruesa tela de su vestido.

Ella se recuperó lentamente de su estupor, lo miró y lo atrajo hacia sí, enterrando la cabeza contra su pecho. Él vaciló, luego la rodeó con los brazos hasta que la respiración de Marasi se fue haciendo más regular mientras intentaba controlar sus emociones.

Tras ellos, Wayne empezó a toser. Se agitó, luego gimió y se quedó quieto, dejando que la curación continuara. Habían caído en un dormitorio vacío. El edificio estaba ardiendo, pero no demasiado. Probablemente pronto vendrían los alguaciles.

«No ha venido nadie corriendo —pensó Waxillium—. Los otros miembros del personal. ¿Estarán bien?».

¿O eran parte del complot? Su mente estaba todavía intentando comprenderlo. Tillaume (un hombre que, por lo que sabía, había servido fielmente a su tío durante décadas) había intentado matarlo. Tres veces.

Marasi se retiró.

—Creo... creo que ya estoy bien. Gracias.

Él asintió, sacó un pañuelo y se lo entregó. Luego se arrodilló junto a Wayne. La espalda de su amigo estaba recubierta de sangre y piel quemada, pero se había desprendido en forma de postillas y nueva piel se formaba debajo.

—¿Es grave? —preguntó Wayne, los ojos todavía cerrados.

—Te recuperarás.

—Me refiero al sobretodo.

—Oh. Bueno... vas a tener que remendarlo a base de bien esta vez.

Wayne bufó, luego se incorporó y se sentó en el suelo. Gimió varias veces durante el proceso, y finalmente abrió los ojos. Por su cara corrían lágrimas.

—Te lo dije. Siempre hay cosas inocentes explotando a tu alrededor, Wax.

—Esta vez has conservado los dedos.

—Magnífico. Todavía puedo estrangularte.

Waxillium sonrió, apoyando la mano en el brazo de su amigo.

—Gracias.

Wayne asintió.

—Pido disculpas por haber caído encima de vosotros dos.

—Te lo perdonó, dadas las circunstancias. —Waxillium miró a Marasi. Ella estaba sentada abrazándose a sí misma, inclinada hacia delante, la cara pálida. Se dio cuenta de que la observaba, bajó los brazos y se obligó a ser fuerte y empezó a levantarse.

—Tranquila —añadió Waxillium—. Puedes tomarte más tiempo.

—Me pondré bien —respondió ella, como si le costara trabajo formar las palabras y su audición estuviera todavía embotada—. Es que... no estoy acostumbrada a que la gente intente matarme.

—Uno nunca se acostumbra a eso. Créeme —dijo Wayne. Inspiró profundamente, y luego recogió los restos de su sobretodo y su camisa. Después volvió su espalda quemada hacia Waxillium—. ¿Te importa?

—Tal vez quieras darte la vuelta, Marasi —dijo Waxillium.

Ella frunció el ceño, pero no apartó la mirada. Así que Waxillium agarró la capa quemada del hombro de Wayne y, de un tirón, soltó la piel de su espalda, que quedó libre casi en una pieza completa. Wayne gruñó.

Una nueva piel se había formado debajo, rosada y fresca, pero no podía terminar de sanar adecuadamente hasta que la vieja capa quemada y acartonada hubiera sido retirada. Waxillium la arrojó a un lado.

—Oh, Señor de la Armonía —dijo Marasi, llevándose una mano a la boca—. Creo que voy a vomitar.

—Te avisé.

—Creí que te referías a sus quemaduras. No me di cuenta de que ibas a arrancarle toda la espalda.

—Ahora me siento mucho mejor. —Wayne agitó los brazos, sin camisa ahora. Era delgado y musculoso, y llevaba un par de brazaletes de mente de metal de oro en los antebrazos. Sus pantalones estaban chamuscados, pero parecían intactos en su mayor parte. Extendió la mano y recogió del suelo uno de los bastones de duelo. El otro estaba todavía en su cintura.

—Ahora me deben un sombrero y un sobretodo. ¿Dónde está el resto del personal de la casa?

—Estaba pensando en eso mismo —dijo Waxillium—. Haré una búsqueda rápida para ver si hay alguien herido. Saca a Marasi por la puerta de atrás. Escabullirnos por los jardines y salid por ahí: me reuniré allí con vosotros.

—¿Escabullirnos? —preguntó Marasi.

—Quien contrató a ese tipo para que nos matara —dijo Wayne—, estará esperando que la explosión signifique que hemos ido a reunirnos con Ojos de Hierro.

—En efecto —corrobó Waxillium—. Tendremos una hora o dos mientras investigan la casa e identifican a Tillaume... si es que queda algo que identificar. Durante ese tiempo, nos darán por muertos.

—Eso nos dará un poco de tiempo para pensar —dijo Wayne—. Vamos. Tenemos que actuar con rapidez.

Condujo a Marasi por las escaleras traseras hacia los jardines. Todavía parecía aturdida.

Waxillium notaba los oídos como si los tuviera cubiertos de algodón. Sospechaba que los tres habían estado gritando durante la conversación. Wayne tenía razón. Nunca te acostumbras a que intenten matarte.

Waxillium realizó un rápido reconocimiento por la casa, y empezó a llenar sus mentes de metal mientras lo hacía. Se volvió mucho más liviano, la mitad de su peso normal. Un poco más y le costaría trabajo caminar, incluso con la ropa y las armas como lastre. Pero tenía experiencia.

Durante su búsqueda, encontró a Limmi y la señorita Grimes inconscientes, pero vivas, en la despensa. Una mirada por la ventana le mostró al cochero, Krent, de pie con las manos en la cabeza y mirando el edificio en llamas con los ojos muy abiertos. Del resto del personal de la casa (las criadas, los chicos de los recados, el cocinero) no había ni rastro.

Podrían haberse hallado lo suficientemente cerca de la explosión para ser capturados por ella, pero Waxillium no lo creía probable. Seguramente Tillaume (que estaba a cargo del personal de la casa) había enviado fuera a todos los que pudo, luego había drogado a los demás y los había llevado a algún lugar seguro. Eso indicaba el deseo de asegurarse que nadie resultara herido. Bueno, nadie menos Waxillium y sus invitados.

En dos rápidos viajes, Waxillium llevó a las mujeres inconscientes al jardín trasero... cuidando que no lo viera nadie. Con suerte, pronto las encontrarían Krent o los alguaciles. Después, cogió un par de revólveres del armario de la planta baja y una camisa y una chaqueta de la lavandería para Wayne. Deseó poder buscar su viejo baúl, con sus Sterrions, pero no había tiempo.

Salió por la puerta trasera y cruzó el jardín con pies demasiado livianos. Con cada paso del camino, se sentía cada vez más molesto por lo que había sucedido. Era horrible que alguien intentara matarte; era peor que el ataque viniera de alguien a quien conocías.

Parecía increíble que los bandidos hubieran podido contactar tan rápidamente con Tillaume. ¿Cómo podían saber que un viejo mayordomo sería sobornable? El mozo de cuadras o el jardinero habrían sido una opción más segura. Aquí pasaba algo más. Desde el primer día que Waxillium había estado en la

ciudad, Tillaume había estado intentando desanimarlo para que no se implicara en el mantenimiento local de la ley. La noche anterior al baile había intentado claramente hacerle olvidar el tema de los robos.

Fueran quienes fuesen los que estaban detrás de todo esto, el mayordomo llevaba algún tiempo trabajando con ellos. Y eso significaba que habían estado vigilando a Waxillium todo el tiempo.



El carroaje se sacudía por las piedras pavimentadas mientras seguía una cuidadosa ruta circular para dirigirse al Quinto Octante. Marasi contemplaba las calles abarrotadas, los brazos cruzados. Caballos y carroajes pasaban, y la gente caminaba por las aceras como los pequeños glóbulos rojos que había visto bajo el microscopio en la universidad. Se detenían en las esquinas o en las secciones donde las piedras pavimentadas estaban siendo reemplazadas.

Lord Waxillium y Wayne estaban sentados al otro lado del carroaje. Waxillium parecía distraído, perdido en sus pensamientos. Wayne dormitaba, la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados. Había encontrado un sombrero en alguna parte, una endeble gorra del tipo que solían llevar los chicos que vendían los periódicos. Tras huir de la mansión, habían rodeado la esquina de la calle y cortado por el parque del Humedal. Al llegar al otro lado, Waxillium llamó a un carroaje.

Cuando subieron al vehículo, Wayne se estaba poniendo la gorra, silbando suavemente para sí. Marasi no tenía ni idea de dónde la había conseguido. Ahora roncaba suavemente. Después de haber estado a punto de ser asesinado, después de haberse chamuscado la piel de la espalda, estaba durmiendo. Ella todavía podía oler el fuerte olor de la tela quemada, y sus oídos resonaban.

«Esto es lo que querías —se recordó—. Tú eres la que le insistió a lord Harms para que te presentara a Waxillium. Viniste hoy a la mansión por decisión propia. Tú te has metido en esto».

Si tan solo diera una mejor imagen de sí misma... Viajaba en un carroaje con el vigilante más grande que habían conocido los Áridos, pero en cada ocasión demostraba ser una niña indefensa, tendente a estallidos de emoción inútil. Empezó a suspirar, pero se contuvo. No. Nada de enfurruñarse. Eso solo empeoraría las cosas.

Avanzaban en paralelo a uno de los grandes canales radiales que dividían las ocho partes de la ciudad. Había visto reproducciones de páginas de las Palabras de Instauración, que incluían dibujos y planos para Elendel, aunque el nombre de la ciudad había sido escogido por lord Nacido de la Bruma. Había un gran parque redondo en el centro con flores todo el año, el aire caldeado por un arroyo caliente subterráneo. Los canales radiaban a partir de allí, extendiéndose hacia las ricas tierras interiores, y el río se dividía a su alrededor. Las calles y manzanas fueron trazadas de manera ordenada, con calles amplias y más grandes de lo que nadie creyó necesario. Sin embargo, ahora parecían casi insuficientes.

El carroaje se acercaba al puente del Campo del Renacimiento; el frondoso manto de hierba verde y tupidas flores, llamadas la voluntad de Mare, se alzaba en una pendiente gradual. Las estatuas del Último Emperador y la Guerrero Ascendente dominaban la cima, adornando su tumba. Allí había un museo. Marasi lo había visitado varias veces de niña, para ver las reliquias del Mundo de Ceniza que habían sido salvadas por los Originadores, los que habían sido criados en vientres de la tierra y renacidos para construir la sociedad.

El carroaje se dirigió al camino a la sombra de los árboles que rodeaba el Campo del Renacimiento. Aquí se utilizaba asfalto pavimentado en vez de piedras para acallar el sonido de los cascos de acero de los caballos, y también para suavizar el paso de algún ocasional coche de motor. Estos eran todavía raros, pero uno de los profesores de Marasi decía que acabarían por sustituir a los animales de tiro.

Ella trató de mantener su mente en la tarea. Había más en los desvanecedores que los secuestros y los robos. ¿Qué había de los cargamentos de los trenes que desaparecieron tan bruscamente, dando a los desvanecedores su nombre? ¿Y las armas extremadamente bien hechas? Y luego estaban los grandes esfuerzos por matar a Waxillium, tanto con veneno como con aquella bomba.

—¿Lord Waxillium? —dijo.

—Sí?

—¿Cómo murió tu tío?

—En accidente de carroaje —respondió él, pensativo—. Él, su esposa y mi hermana estaban de viaje en los Estados Exteriores. Fue pocas semanas después de que mi primo, su heredero, sucumbiera a la enfermedad. Se suponía que el viaje era para aliviar su pena.

»El tío Ladrian quería visitar un pico concreto para poder ver el paisaje, pero mi tía estaba demasiado débil para hacer el trayecto a pie. Cogieron un carroaje. Por el camino, el caballo se encabritó. Las correas se rompieron. El carroaje cayó por el acantilado.

—Lo siento.

—Yo también —dijo él en voz baja—. No había visto a ninguno desde hacía años. Siento una extraña culpa, como si debiera sentirme más aplastado por haberlo perdido.

—Creo que esa historia implica a suficientes personas aplastadas ya —murmuró Wayne.

Waxillium lo miró con mala cara, aunque Wayne no lo vio, ya que tenía los ojos cerrados y la gorra cubriéndole el rostro.

Marasi le dio una patada en la espinilla, arrancándole un grito. Entonces se ruborizó.

—Respeta a los muertos —dijo.

Wayne se frotó la pierna.

—Ya empieza a darme órdenes. Mujeres. —Volvió a ponerse la gorra sobre la cara y se acomodó.

—Lord Waxillium —dijo ella—. ¿Te has preguntado alguna vez si...?

—¿Si alguien pudo matar a mi tío? Soy un vigilante. Me pregunto, aunque sea brevemente, por todas las muertes que oigo. Pero los informes que recibí no indicaban nada sospechoso. Una de las cosas que aprendí al principio de mi carrera fue que a veces, simplemente, ocurren accidentes. A mi tío le gustaba correr riesgos. Su juventud de jugador condujo a una madurez donde buscaba emociones. Acabé por considerar que la tragedia había sido un accidente.

—¿Y ahora?

—Y ahora me pregunto si los informes que me enviaron eran un poco demasiado limpios. En retrospectiva, todo pudo haber sido cuidadosamente preparado para no levantar mis recelos. Aparte de eso, Tillaume estaba allí, aunque se quedó en la mansión el día del accidente.

—¿Por qué querían matar a tu tío? —preguntó Marasi—. ¿No les habría preocupado que tú, un vigilante experimentado, volvieras a la ciudad? Eliminar a tu tío y poner accidentalmente a Waxillium *Disparo al Amanecer* en su pista...

—¿Waxillium *Disparo al Amanecer*? —preguntó Wayne, abriendo un ojo. Bufó suavemente y se limpió la nariz con un pañuelo.

Ella se ruborizó.

—Lo siento. Pero es así como lo llaman los informes.

—Entonces a mí deberían llamarme *Lingotazo al amanecer* —dijo Wayne—. No veas cómo entra un buen whisky por la mañana.

—Para ti la «mañana» es pasado el mediodía, Wayne —dijo Waxillium—. Dudo de que hayas visto nunca el amanecer.

—No seas injusto. Lo veo continuamente, cuando me acuesto demasiado tarde... —Sonrió bajo su sombrero—. Wax, ¿cuándo vamos a ver a Ranette?

—No la vamos a ver. ¿Qué te hace pensar eso?

—Bueno, estamos en la ciudad. Ella también... se mudó aquí antes que tú. Nuestra casa explotó. Podríamos ir a verla, ya sabes. Ser todos amigos y eso.

—No —dijo Waxillium—. Ni siquiera sabría dónde encontrarla. La Ciudad es un sitio grande.

—Vive en el Tercer Octante —dijo Wayne, abstraído—. Una casa de ladrillos rojos. Dos plantas.

Waxillium le dirigió una mirada inexpresiva, cosa que a Marasi le resultó curiosa.

—¿Quién es esa persona?

—Nadie —dijo Waxillium—. ¿Cómo se te dan las pistolas?

—No muy bien —admitió ella—. El club de tiro usa rifles.

—Bueno, un rifle no cabe en un bolso de mano —dijo Waxillium, sacando una pistola de su sobaquera. Era pequeña, con un estilizado cañón. El arma completa era del tamaño de la mano de ella.

Marasi cogió la pistola, vacilante.

—Para disparar con una pistola el truco es permanecer firme —dijo Waxillium—. Usa ambas manos, encuentra un sitio donde agazaparte si puedes y apoya las manos en él. No tiembles, tómate tu tiempo, y asegúrate de apuntar. Es mucho más difícil dar en el blanco con una pistola, pero eso es debido en parte a que la gente suele comportarse de manera más descuidada con ellas. La misma naturaleza del rifle te anima a apuntar, mientras que el primer impulso con la pistola parece ser apuntar vagamente y apretar el gatillo.

—Sí —dijo ella, sopesando el arma. Era engañosamente pesada—. Ocho de cada diez alguaciles que disparan con pistola contra un criminal a tres metros de distancia fallan.

—¿De verdad?

Ella asintió.

—Bueno —dijo Waxillium—. Supongo que Wayne no tiene por qué sentirse tan mal.

—¡Eh!

Waxillium la miró.

—Una vez lo vi intentar dispararle a alguien a tres pasos de distancia. Le dio a la pared que él mismo tenía detrás.

—No es culpa mía —gruñó Wayne—. Las balas son traicioneras. No tendrían que rebotar. El metal no bota, y eso es una verdad como el titanio.

Ella comprobó el pequeño revólver para asegurarse de que tenía puesto el seguro, y luego se lo guardó en el chamuscado bolso.

El escondite de los desvanecedores resultó ser un edificio de aspecto inocente cerca de un muelle del canal. Dos pisos de altura, con el techo plano y ancho, numerosas chimeneas. Montones de oscuras cenizas y escoria se amontonaban a lo largo de una de las paredes del edificio, y parecía que no habían limpiado las ventanas desde la Ascensión Final.

—Lady Marasi —preguntó Waxillium, comprobando su revólver—, ¿te sentirías terriblemente ofendida si te sugiero que esperes en el carroje mientras exploramos? Es probable que el lugar esté abandonado, pero no me sorprendería que hayan dejado atrás unas cuantas trampas.

—No —respondió ella, temblando—. No me importaría. Creo que sería lo mejor.

—Te llamaré cuando estemos seguros de que el lugar está despejado —dijo él, y entonces alzó su pistola y le asintió a Wayne. Salieron del carroje y corrieron agachados hasta el lateral del edificio. No se dirigieron a la puerta. En cambio, Wayne saltó... y Waxillium debió de haberlo empujado, porque el hombre se elevó más de tres metros y aterrizó en el tejado. Waxillium lo siguió, saltando con más gracia y aterrizando sin ruido. Se dirigieron a la esquina más apartada, donde Wayne se descolgó y le dio una patada a una ventana. Waxillium fue tras él.

Marasi esperó unos cuantos minutos llenos de tensión. El cochero no dijo ni una palabra, aunque le oyó murmurar para sí «no es asunto mío». Waxillium le había pagado lo suficiente para que estuviera callado.

No sonó ningún disparo. Al cabo de un rato, Waxillium abrió la puerta del edificio y le hizo señas. Ella bajó corriendo del carroje y se acercó.

—¿Bien? —preguntó.

—Dos cables conectados a explosivos —dijo Waxillium—. Nada más peligroso que pudiéramos encontrar. Aparte del olor corporal de Wayne.

—Es el olor de lo increíble —dijo Wayne desde dentro.

—Vamos —invitó Waxillium, abriendole la puerta.

Ella entró, pero luego vaciló en el umbral.

—Está vacío.

Esperaba fraguas y equipo. En cambio, la cavernosa sala estaba vacía, como un aula durante unas vacaciones de invierno. La luz entraba por las ventanas, aunque muy tenue. La cámara olía a carbón y fuego, y había zonas ennegrecidas en el suelo.

—Los dormitorios están ahí arriba —dijo Waxillium, señalando al otro lado de la fundición—. La cámara principal tiene el doble de altura durante la mitad del edificio, pero el otro lado tiene un segundo piso. Parece que podían alojar a unos cincuenta hombres ahí dentro, hombres que podrían actuar como obreros de la fundición durante días para mantener la fachada.

—¡Ajá! —dijo Wayne desde una zona oscura en la parte izquierda de la sala. Ella oyó una sacudida metálica, y entonces la luz inundó la sala cuando él empujó la pared, que se descorrió para dar acceso al canal.

—¿Se ha abierto con mucha facilidad? —preguntó Waxillium, corriendo a acercarse. Marasi lo siguió.

—No lo sé —respondió Wayne, encogiéndose de hombros—. Con bastante.

Waxillium inspeccionó la puerta. Se deslizaba sobre ruedas en un pequeño canal abierto en el suelo. Pasó los dedos por el hueco y al retirarlos frotó la grasa que encontró.

—La han estado utilizando —dijo Marasi.

—Exactamente.

—¿Y? —preguntó Wayne.

—Si estaban haciendo cosas ilegales aquí —dijo Marasi—, seguramente no querrían abrir todo un lado del edificio con tanta frecuencia.

—Tal vez lo hacían para seguir con la pantomima —replicó Waxillium, poniéndose en pie.

Marasi asintió, pensativa.

—¡Oh! Aluminio.

Wayne sacó sus bastones de duelo y se dio media vuelta.

—¿Qué? ¿Dónde? ¿Quién dispara?

Marasi notó que se ruborizaba.

—Lo siento. Quería decir que deberíamos comprobar si hay algún resto de aluminio en el suelo. Ya sabes, de forjar o fabricar armas. Eso nos dirá si este sitio es realmente el escondite, o si la fuente de Wayne intentó guiarnos a una mala aleación.

—Fue sincero —dijo Wayne—. Notó este tipo de cosas. —Estornudó.

—Te creíste que Lessie era de verdad bailarina, la primera vez que la viste —dijo Waxillium, poniéndose en pie.

—Eso es distinto. Era una mujer. Son buenas mintiendo. El Dios del Más Allá las hizo así.

—Yo... no estoy segura de cómo interpretar eso —dijo Marasi.

—Con una pizquita de cobre —dijo Waxillium—. Y una buena dosis de escepticismo. Como todo lo que dice Wayne.

Extendió la mano.

Marasi frunció el ceño y alzó la palma. Él dejó caer algo en ella. Unos trocitos de metal que parecían haber sido raspados del suelo, cuando se enfriaron. Eran plateados, livianos y oscuros por los bordes.

—Los encontré en el suelo, cerca de las secciones ennegrecidas —dijo Waxillium.

—¿Aluminio? —preguntó ella, ansiosa.

—Sí —respondió él—. Al menos, no puedo empujarlo con la alomancia, lo que, junto con su aparición, es suficiente indicativo. —La estudió—. Tienes buena cabeza para este tipo de cosas.

Ella se ruborizó. «Otra vez. ¡Herrumbre y Ruina! —pensó—. Voy a tener que buscar una solución a esto».

—Se trata de desviaciones, lord Waxillium.

—¿Desviaciones?

—Números, pautas, movimientos. La gente parece errática, pero en realidad siguen pautas. Encuentra las desviaciones, aísla el motivo de por qué se desvían, y a menudo aprenderás algo. Aluminio en el suelo. Es una desviación.

—¿Y hay otras, aquí?

—La puerta de apertura —dijo ella, señalando a un lado—. Esas ventanas. Están manchadas con demasiado hollín. Si tuviera que hacer una deducción, lo pusieron allí quemando una vela junto al cristal para ennegrecerlo y que nadie pudiera asomarse.

—Tal vez es algo natural —repuso Waxillium—. Por las fraguas.

—¿Por qué iban a estar esas ventanas cerradas durante el calor de las fraguas? Esas ventanas se pueden abrir con facilidad, y lo hacen hacia fuera... por lo que no deberían tener ningún hollín. No mucho, al menos. O bien las dejaron cerradas mientras trabajaban para ocultar lo que había aquí dentro, o las oscurecieron de manera intencionada.

—Muy astutos —dijo Waxillium.

—Así que la cuestión es, ¿qué han estado metiendo y sacando del edificio a través de esa gran puerta lateral? Algo lo bastante importante para que la abrieran, incluso después de tomarse tantas molestias con las ventanas.

—Esa parte, al menos, es fácil —dijo Waxillium—. Han estado robando trenes de carga, así que han estado introduciendo esos cargamentos.

—Lo cual implica que lo han estado enviando a alguna parte después de robarlo... —dijo Marasi.

—Lo cual nos da una pista —asintió Waxillium—. Han estado metiendo y sacando cosas de este lugar a través de los canales. De hecho, los canales podrían ser la explicación de por qué sacan el cargamento de los trenes tan fácilmente.

Se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde vas?

—Voy a echarle un vistazo al exterior —dijo él—. Vosotros dos continuad hacia los dormitorios. Decidme si veis alguna... desviación, como las llamas —vaciló—. Deja que Wayne entre primero. Podríamos haber pasado por alto alguna trampa. Es mejor que explote él y no tú.

—¡Eh! —dijo Wayne.

—Lo digo con todo el cariño —dijo Waxillium, saliendo por el lado abierto del edificio. Luego volvió a asomarse—. Y tal vez te vuele la cara y nos ahorre tener que mirar ese horror.

Con eso, se marchó.

Wayne sonrió.

—Que me aspen. Qué bueno es verlo actuar de nuevo como es él.

—¿Entonces no fue siempre tan solemne?

—Oh, Wax ha sido siempre solemne —dijo Wayne, limpiándose la nariz con un pañuelo—. Pero cuando está en su mejor momento, hay siempre humor detrás. Vamos.

La condujo a la parte trasera del edificio. Había una cajita junto a la pared, los explosivos que habían descubierto y desarmado, supuso ella. El techo era más bajo aquí. Wayne subió unas escaleras y le indicó que esperara.

Ella echó un vistazo alrededor, buscando algo que hubieran dejado atrás, pero solo consiguió dar unos cuantos respingos cuando le pareció ver algo con el rabillo del ojo. Esa parte de la cámara estaba muy oscura.

¿Estaba tardando Wayne demasiado? Vaciló, y por fin decidió subir las escaleras.

Dentro estaba oscuro. No como boca de lobo, pero sí lo suficiente para que ella debiera poder ver lo que hacía... pero no podía. Vaciló a medio camino, luego decidió que era una idiota y continuó subiendo.

—¿Wayne? —preguntó, nerviosa mientras llegaba al final de las escaleras. El piso superior estaba iluminado por unas cuantas ventanas, ennegrecidas de hollín, a pesar de que estaba en una zona donde no había fraguas ni moldes. Eso reforzó su teoría. Y su nerviosismo.

—Está muerto, joven —dijo una voz anciana y distinguida desde la oscuridad—. Lamento tu pérdida.

El corazón de Marasi se detuvo.

—Sí —continuó la voz—, era simplemente demasiado guapo, demasiado listo y demasiado sobresaliente en todos los aspectos de su existencia para que se le permitiera vivir. —Alguien abrió una ventana, dejando entrar la luz y revelando el rostro de Wayne—. Me temo que hicieron falta cien hombres para abatirlo, y él mató solo a uno. Sus últimas palabras fueron: «Dile a Wax... que es un capullo integral, y que sigue debiéndome cinco billetes».

—Wayne —susurró ella.

—No he podido evitarlo, socia —dijo él, volviendo a su propia voz, que era completamente diferente—. Lo siento. Pero no tendrías que haber subido aquí.

Señaló un rincón, donde había unos cuantos cartuchos contra la pared.

—¿Más explosivos? —preguntó ella, sintiéndose desvanecer.

—Sí. No los vimos en la primera exploración. Estaban preparados para estallar cuando se abriera el pestillo de un baúl en el rincón.

—¿Había algo dentro del baúl?

—Sí. Explosivos. ¿No estabas escuchando?

Ella lo miró con mala cara.

—No —dijo él, riendo—. No sé qué espera Wax que encontremos aquí. Lo han dejado limpio.

A la luz de la ventana abierta, ella pudo distinguir una habitación de techo bajo. Bueno, más bien un altillo. Wayne y ella podrían entrar sin bajar la cabeza, él a duras penas. Waxillium tendría que agacharse.

Los tablones del suelo eran irregulares y había clavos sobresaliendo en algunas partes. Ella fantaseó con levantar uno y encontrar alguna pista oculta, pero mientras cruzaba la habitación, advirtió que podía ver la planta de abajo. En realidad, no había ningún espacio para esconder nada.

Wayne comprobó en unos armarios empotrados en la pared, en busca de explosivos, luego dio golpecitos por si había compartimentos ocultos. Marasi miró alrededor, pero decidió rápidamente que aquí no había nada. Aparte, tal vez, de los explosivos.

Los explosivos.

—Wayne, ¿qué clase de explosivos son?

—¿Hum? Oh, corrientes. Lo llaman dinamita. Se usa para abrir agujeros en la roca allá en los Áridos. Es fácil de conseguir, incluso en esta ciudad. Estos son los cartuchos más pequeños que he visto nunca, pero básicamente son lo mismo.

—Oh. —Ella frunció el ceño—. ¿Los explosivos estaban dentro de algo?

Él vaciló, luego se volvió a mirar el baúl.

—Hum. —Metió la mano y sacó algo—. No estaban dentro de nada, pero alguien usó esto para guardar la mecha y el detonador.

—¿Qué es eso? —preguntó ella, acercándose.

—Una caja de puros —respondió él, dejándola verla—. Magistrados ciudadanos. Una marca cara. Muy cara.

Marasi examinó la caja. La tapa estaba pintada de dorado y rojo, con la marca dibujada en grandes letras. No quedaba ningún puro, aunque sí parecía que habían escrito algunos números a lápiz en el interior de la tapa. No le encontró ningún sentido a la secuencia.

—Se lo enseñaremos a Wax —dijo Wayne—. Estas son las cosas que le gustan. Probablemente lo llevará a esbozar una gran teoría sobre cómo nuestro jefe fuma puros, y eso le permitirá detectarlo entre la multitud. Siempre hace cosas así, desde que empezamos a trabajar juntos. —Wayne sonrió, recuperó la caja de puros, y siguió rebuscando en los armarios.

—Wayne —dijo Marasi—. ¿Cómo acabaste trabajando con Waxillium?

—¿No estaba en ninguno de tus informes? —preguntó él, dando golpecitos en el lado de un armario.

—No. Se considera un misterio.

—No hablamos mucho del tema —dijo Wayne, la voz apagada, la cabeza dentro del armario—. Me salvó la vida.

Ella sonrió, se sentó en el suelo y apoyó la cabeza contra la pared.

—Probablemente es una buena historia.

—No es lo que estás pensando —dijo él, sacando la cabeza—. Iban a colgarme en Lejano Dorest. El vigilante de allí.

—¿Por error, supongo?

—Depende de tu definición de esa palabra concreta —respondió Wayne—. Maté a un hombre. Inocente.

—¿Fue un accidente?

—Sí. Solo pretendía robarle —vaciló, miró el armario, abstraído. Sacudió la cabeza, luego se metió dentro a cuatro patas, empujó con fuerza y rompió la pared del fondo.

Eso no era lo que ella esperaba oír. Se acomodó, las manos alrededor de las piernas.

—¿Eras un delincuente?

—No muy capaz —dijo Wayne desde dentro del armario—. Siempre he tenido un problema para no llevarme las cosas. Las trinco, ¿sabes? Y de pronto las veo en mis manos. Era bueno en ello, y tenía algunos amigos... Me convencieron de que debería ir un poco más allá. Que fuera dueño de mi destino, dijeron. Que empezara buscando dinero, luego robara con armas y demás. Así que lo intenté. Y maté a un hombre. Padre de tres hijos.

Salió del armario roto, luego alzó algo. Parecían una especie de naipes.

—¿Una pista? —preguntó ella ansiosamente.

—Son desnudos —dijo él, ojeándolos—. Antiguos. Probablemente de antes de que nuestros bandidos compraran este lugar. —Ojeó unas cuantas más, luego las arrojó al agujero—. Al menos los guripas encontrarán algo divertido.

La miró. Parecía... acosado, los ojos en la sombra, un lado del rostro iluminado por la ventana abierta.

—¿Y qué pasó? —preguntó ella en voz baja—. Contigo, quiero decir. A menos que no quieras contarlo.

Él se encogió de hombros.

—En realidad no sabía qué estaba haciendo, y me dejé llevar por el pánico. Creo que tal vez quería que me capturaran. Nunca quise dispararle a aquel tipo. Solo quería su bolsa, ¿sabes? El viejo Dedosmuertos me capturó fácilmente. Ni siquiera tuvo que arrancarme una confesión.

Wayne guardó silencio un instante.

—Lloré todo el tiempo. Tenía diecisésis años. Era solo un chiquillo.

—¿Sabías que eras alomántico?

—Claro. Por eso me fui a los Áridos, pero eso es otra historia. El bendaleo es difícil de hacer. El bismuto y el cadmio no son metales que se encuentren en la tienda de la esquina. No sabía mucho de feruquimia entonces, aunque mi padre era feruquímista, así que tenía cierta idea. Pero almacenar salud requiere oro.

Se acercó y se sentó en el suelo junto a ella.

—Sigo sin saber por qué me salvó Wax. Deberían de haberme ahorcado. Maté a un buen hombre. Ni siquiera era rico. Era contable. Hacía obras de caridad para todo el que lo necesitaba; escribía testamentos, leía cartas. Todas las semanas transcribía las cartas de los mineros que no sabían escribir, para que pudieran enviarlas a sus familias en la ciudad. Descubrí muchas cosas sobre él en el juicio, ¿sabes? Vi a sus hijos llorando. Y su esposa...

Wayne buscó en el bolsillo y sacó algo. Un papel.

—Recibí una carta suya hace unos meses.

—¿Te escriben cartas? —dijo Marasi.

—Claro. Les envío la mitad de lo que gano. Así alimento a sus hijos, ¿sabes? Supongo que tiene sentido, ya que maté a su padre. Uno fue a la universidad. —Vaciló—. Todavía me odian. Me envían cartas para hacerme saber que no me han perdonado, que ningún dinero les devolverá a su padre. Tienen razón. Pero aceptan el dinero, que ya es algo.

—Wayne... —dijo Marasi—. Lo siento.

—Sí. Yo también. Pero algunos errores no pueden arreglarse solo con lamentarlo. No se pueden reparar, hagas lo que hagas. Las pistolas y yo no nos llevamos bien desde entonces. Mi mano empieza a temblar cuando empuño una, se sacude como un puñetero pez fuera del agua. ¿No es curioso? Es como si mi mano pensara sola.

El sonido de pasos desde la escalera y unos instantes después entró Waxillium. Alzó una ceja al verlos sentados en el suelo.

—Oye, nos hemos estado sincerando, aquí —dijo Wayne—. No vengas a estropearlo todo.

—Ni se me ocurriría —respondió Waxillium—. He hablado con los mendigos de la zona. Los desvanecedores han estado transportando algo grande, metiéndolo y sacándolo del edificio y a un barco. Lo han hecho en varias ocasiones, siempre de noche. Por su tamaño parece que no era solo cargamento: sospecho que algún tipo de maquinaria.

—Hum —dijo Wayne.

—Hum, en efecto. ¿Y tú?

—Encontré una caja —dijo Wayne, mostrando la caja de puros—. Oh, y más dinamita. Por siquieres abrir un nuevo canal o algo.

—Tráela. Podría ser útil.

Waxillium cogió la caja de puros.

—Hay unas cuantas fotos de desnudos también —advirtió Wayne, señalando el armario—. Están tan ajadas que apenas se pueden ver las partes buenas. —Vaciló—. Las damas no llevan pistola, así que probablemente no te interesarán de todas formas.

Waxillium hizo una mueca.

—La caja de puros es cara —dijo Marasi, levantándose—. Es improbable que perteneciera a alguno de los ladrones comunes, a menos que se la quitaran a alguien. Pero mira. Han escrito unos números en la parte de dentro.

—Así es —dijo Waxillium. Entornó los ojos, y luego miró a Wayne, que asintió.

—¿Qué? —dijo ella—. ¿Sabes algo?

Waxillium le lanzó de nuevo la caja a Wayne, quien se la guardó en el bolsillo de la chaqueta. Era tan grande que quedó asomando.

—¿Has oído alguna vez el nombre de Miles Dagouter?

—Claro —dijo ella—. Miles Cienvidas. Es vigilante en los Áridos.

—Sí —respondió Waxillium, sombrío—. Vamos. Creo que es hora de que hagamos un viaje. Mientras lo hacemos, te contaré unas cuantas historias.



Miles se detuvo junto a la barandilla y encendió su puro. Aspiró varias veces antes de que tirara, y luego soltó lentamente una vaharada de humo entre los labios.

—Los han visto, jefe —dijo Tarson, que se acercaba. Llevaba un brazo en cabestrillo; la mayoría de los hombres estarían todavía en cama después de recibir un tiro como el suyo. Pero Tarson era un brazo de peltre y tenía sangre koloss. Sanaría rápidamente.

—¿Dónde? —preguntó Miles, bajando la mirada y estudiando la disposición del nuevo escondite. Además de Tarson, el único que lo acompañaba aquí arriba era Clamps, el tercero en el mando.

—Están en la vieja fundición —dijo Tarson. Todavía llevaba puesto el sombrero de Wayne—. Estuvieron hablando con los mendigos de la zona.

—Tendríamos que haberlos arrojado a todos al canal —gruñó Clamps, rascándose la cicatriz del cuello.

—No voy a empezar a matar mendigos, Clamps —dijo Miles en voz baja. Llevaba un par de revólveres de aluminio; brillaban a la luz eléctrica de la gran cámara—. Te sorprendería lo rápidamente que una cosa así se puede volver en tu contra: vuelve la clase más baja de la ciudad contra nosotros, y todo tipo de información inconveniente llegará a los alguaciles.

—Sí, claro —dijo Clamps—. Por supuesto. Pero, quiero decir, esos mendigos... vieron cosas, jefe.

—Wax las habría descubierto de todas formas —respondió Miles—. Es como una rata. Te lo encuentras donde menos deseas que esté. En cierto modo, eso lo vuelve predecible. ¿Asumo que tus trampas explosivas, aunque prometiste que no fallarían, no resultaron efectivas?

Clamps tosió en su mano.

—Lástima —dijo Miles. Cogió su encendedor de plata, que todavía tenía en la mano tras haber encendido el puro, y se lo guardó en el bolsillo. Tenía el signo de los vigilantes de Verdadero Madil. Los otros hombres se sentían incómodos al verlo. Miles lo conservaba de todas formas.

El espacio ante ellos carecía completamente de ventanas. Grandes y brillantes luces eléctricas colgaban del techo, y los hombres emplazaban forjas y moldes. Miles era escéptico. ¿Una fundición bajo tierra? Pero el Señor Elegante había prometido que sus conductos y ventiladores eléctricos retirarían el humo y harían circular el aire. Los hornos eléctricos contaminaban mucho menos.

Esta sala era muy curiosa. Un gran túnel se perdía en la oscuridad a la izquierda de la cámara, con vías férreas en el suelo. Los principios, decía el Señor Elegante, de una vía subterránea en la ciudad. ¿Cómo atravesaría los canales? Tendría que pasar por debajo, supuso. Una extraña imagen.

De momento, ese túnel era solo una prueba. Recorría una breve distancia hasta un gran edificio de madera, donde Miles podía acuartelar al resto de sus hombres. Tenía otros treinta o así. Por ahora, traían cajas de suministros y lo que quedaba de su aluminio. No había mucho. De un solo golpe, Wax casi había destruido a los desvanecedores.

Miles fumó su puro mientras mantenía una actitud reflexiva. Como siempre, recurría a su mente de oro, que le daba fuerzas y revigorizaba su cuerpo. Nunca se sentía enfermo, nunca carecía de energía. Seguía necesitando dormir, y seguía envejeciendo, pero aparte de eso, era prácticamente inmortal. Mientras tuviera suficiente oro.

Ese era el problema, ¿no? El humo se enroscaba ante él, retorciéndose sobre sí mismo como las brumas.

—¿Jefe? —preguntó Clamps—. El Señor Elegante está esperando. ¿No vas a ir a recibirlo?

Miles exhaló humo.

—Dentro de un momento. —Elegante no era su dueño—. ¿Cómo va el reclutamiento, Clamps?

—Va... Necesitaré más tiempo. Un día no es suficiente, sobre todo después de que la mitad de nosotros fuera masacrada.

—Cuidado con lo que dices.

—Lo siento.

—Wax tenía que entrar en escena tarde o temprano —dijo Miles en voz baja—. Cambia las reglas, y es cierto que perdimos muchos más hombres de los que me habría gustado. Sin embargo, al mismo tiempo somos afortunados. Ahora que Waxillium ya ha intervenido, podemos adelantarnos a él.

—Jefe, los hombres hablan —dijo Tarson, inclinándose hacia delante—. Dicen que Wax y tú... que nos tendisteis una trampa. —Se echó atrás, como si esperara una reacción violenta.

Miles siguió fumando, y consiguió contener su estallido inicial de ira. Estaba mejorando en eso. Un poco.

—¿Por qué dicen eso?

—Antes eras vigilante de la ley y todo eso...

—Sigo siéndolo —dijo Miles—. Lo que hacemos no está fuera de la ley. No de la verdadera ley. Oh, los ricos harán sus propios códigos, nos obligarán a vivir según ellos. Pero nuestra ley es la ley de la humanidad misma.

»Los hombres que trabajan para mí tienen la bula de la reforma. Su trabajo aquí diluye sus anteriores... infracciones. Diles que estoy orgulloso de ellos, Clamps. Soy consciente de que han vivido algo traumático, pero sobrevivieron. Nos enfrentaremos al mañana con mayores fuerzas.

—Se lo diré, jefe.

Miles contuvo una sonrisa. No podía decidir si las palabras eran adecuadas o no: no estaba hecho para prédicas. Pero los hombres necesitaban convicción por su parte, así que mostraría convicción.

—Quince años —dijo en voz baja.

—¿Jefe?

—Quince años pasé en los Áridos, tratando de proteger a los débiles. ¿Y sabes qué? Nunca mejoró. Todo ese esfuerzo no significó nada. Los niños seguían muriendo, las mujeres continuaban siendo violadas. Un hombre no era suficiente para cambiar las cosas, no con la corrupción que hay aquí en el corazón de la civilización. —Dio una calada a su puro—. Si vamos a cambiar las cosas, tenemos que cambiarlas aquí primero.

«Y que Trell me ayude si me equivoco». ¿Para qué había creado Trell a hombres como él, sino para enmendar errores? Las Palabras de Instauración incluso contenían una larga explicación del trellismo y sus enseñanzas que demostraban que hombres como Miles eran especiales.

Se dio la vuelta y avanzó por la pasarela. Se extendía como un balón por la cara norte de la enorme nave. Tarson y Clamps se quedaron atrás; sabían que le gustaba estar solo cuando se veía con el Señor Elegante.

Miles abrió la puerta al fondo y entró en el despacho del Señor Elegante. Por qué necesitaba un despacho aquí, no lo sabía; tal vez controlaría con más atención las operaciones de esta nueva base. El Señor Elegante había querido que estuvieran aquí desde el principio. A Miles le molestaba haber tenido que acabar aceptando la oferta: eso lo ponía todavía más bajo el pulgar de su patrocinador.

«Unos cuantos buenos robos y ya no lo necesitaremos —se dijo Miles—. Entonces podremos mudarnos a otra parte».

El Señor Elegante era un hombre de cara redonda con barba veteada de gris. Estaba sentado ante su escritorio tomando una taza de té, vestido con un traje extremadamente elegante y caro de seda negra con un chaleco turquesa. Cuando Miles entró, estaba estudiando un periódico.

—Sabes que no me gusta el olor de esas cosas —dijo el Señor Elegante sin levantar la mirada.

Miles siguió fumando de todas formas.

El Señor Elegante sonrió.

—¿He oído decir que tu viejo amigo ya ha localizado tu anterior base de operaciones?

—Capturaron a unos cuantos hombres —dijo Miles simplemente—. Solo era cuestión de tiempo.

—No son muy leales a tu causa.

Miles no tenía ninguna respuesta a eso. Los dos sabían que la mayoría de sus hombres trabajaban por dinero, y no por ningún objetivo grandioso.

—¿Sabes por qué me gustas, Miles? —preguntó el Señor Elegante.

«No me preocupa especialmente si te gusto o no te gusto», pensó Miles, pero se mordió la lengua.

—Eres cuidadoso —continuó el Señor Elegante—. Tienes un objetivo, crees en él, pero no dejas que nuble tu visión. De hecho, tu causa no es muy diferente de la de mis asociados y yo. Creo que es un objetivo digno, y tú un digno líder. —El Señor Elegante le dio la vuelta a su periódico—. El tiroteo del último robo amenaza con socavar mi confianza en lo que he dicho.

—Yo...

—Perdiste los nervios —dijo el Señor Elegante, con voz fría—, y por tanto perdiste el control de tus hombres. Por eso sucedió este desastre. No hubo ningún otro motivo.

—Sí que lo hubo. Waxillium Ladrian.

—Tendrías que haber estado preparado para él.

—Se suponía que no iba a estar allí.

El Señor Elegante sorbió su té.

—Vamos, Miles. Llevabas puesta una máscara. Sabías que había una posibilidad de que acudiera.

—Llevaba una máscara —respondió Miles, controlándose con esfuerzo—, porque soy un hombre de cierta fama. Wax no era el único que podría haberme reconocido.

—Un argumento válido, supongo. Pero con lo dramático que insistes en ser: cargamento que desaparece, en vez de ser robado sin más, me pregunto por qué evitas ser reconocido.

—El dramatismo sirve a un propósito —replicó Miles—. Se lo he dicho. Mientras la policía viva en la duda de cómo nos llevamos el cargamento, cometerán errores.

—¿Y el dramatismo? —dijo Elegante, señalando un diario—. ¿Los «desvanecedores», Miles?

Él no dijo nada. Había explicado sus motivos antes, los que le permitía conocer a Elegante. Había más, naturalmente. Necesitaba ser dramático, necesitaba capturar la atención pública. Miles pretendía cambiar el mundo. No podías conseguirlo si la gente te consideraba un ladrón corriente. Misterio, poder, una pizca de magia... eso podía obrar maravillas para su causa.

—Sin comentarios —dijo Elegante—. Bien, tus explicaciones han resultado válidas en el pasado. Excepto cuando se trata de Waxillium. Admito, Miles, que tengo dudas. ¿Hay alguna antigua rencilla entre vosotros dos que deba conocer? ¿Algo que, tal vez, haya causado que actúes de manera intrépida? —Los ojos del Señor Elegante eran fríos como el hierro—. ¿Algo que te hubiera hecho intentar incitarlo a que atacara durante esa fiesta? ¿Para poder luchar contra él?

Miles le sostuvo la mirada, luego se inclinó, las manos sobre la mesa, los dedos sujetando su puro.

—No tengo ninguna rencilla con Waxillium Ladrian. Es uno de los mejores hombres que ha conocido este mundo. Mejor que usted o que yo, o que prácticamente todos los habitantes de esta ciudad.

—¿Y esto se supone que debe reconfortarme? Acabas de decir que no lucharás contra él.

—Oh, lucharé contra él. Lo mataré, si es preciso. Wax eligió el lado equivocado. Los hombres como él, los hombres como yo, tenemos una opción. Servir al pueblo o servir a los ricos. Él abandonó su derecho de protector en el momento en que regresó a esta ciudad y empezó a relacionarse con ellos.

—Curioso —dijo Elegante—. Yo también soy uno de ellos, ¿no?

—Trabajo con lo que tengo. Además, usted tiene... otras cosas en su favor. Sobre todo porque renunció a sus privilegios.

—A los privilegios, no. Solamente al título. Y sigo pensando que intentaste provocar a Waxillium. Por eso mataste a Peterus.

—Maté a Peterus porque era un impostor —replicó Miles—. Fingía buscar justicia, y todos lo alababan por ello, pero se plegó todo el tiempo a la elite y los corruptos. Al final, lo dejaron asistir a sus fiestas, como a un perro fiel. Acabé con él.

El Señor Elegante asintió lentamente.

—Muy bien.

—Limpiaré esta ciudad. Aunque tenga que arrancarle con las uñas su negro corazón. Pero va a tener que conseguirme más aluminio.

—Estoy trabajando en ello —dijo Elegante. Abrió un cajón del escritorio y sacó una hoja de papel enrollado. La puso delante de Miles.

Miles le quitó el hilo y desenrolló el papel. Esquemas.

—¿El nuevo tren de carga «imposible de robar»?

Elegante asintió.

—Tardará tiempo en... —empezó a decir Miles.

—Hace tiempo que tengo a gente trabajando en este asunto. Tu trabajo no es la planificación. Tu trabajo es la ejecución. Me encargaré de que tengas los recursos que necesitas.

Miles examinó el plano. Elegante tenía contactos. Poderosos. Miles no podía dejar de pensar que se había metido en algo que estaba muy por encima de su control.

—Mis hombres todavía tienen a la última cautiva —dijo—. ¿Qué quiere hacer con ella?

—Todo se andará —respondió Elegante. Tomó un sorbo de té—. Si hubiera estado prestando más atención, habría eliminado a esa de la lista. Waxillium no dejará de buscarla. Habría sido mucho más fácil si la explosión hubiera funcionado. Ahora debemos contemplar una acción más directa.

—Trataré con él personalmente —dijo Miles—. Hoy.

—Miles Dagouter es nacidoble —dijo Waxillium, inclinándose hacia delante en su asiento del vagón—. Una variedad especialmente peligrosa de nacidoble.

—Doble oro —asintió Wayne, reclinándose en el banco acolchado frente a Waxillium. En el exterior, los barrios del extrarradio de Elendel pasaban veloces.

Marasi estaba sentada junto a Wayne.

—Los alománticos de oro no son particularmente peligrosos, por lo que he oído.

—No —dijo Waxillium—. No lo son. Pero es la Composición lo que hace que Miles sea tan peligroso. Si tu alomancia y feruquimia comparten metal, puedes acceder a su poder multiplicado por diez. Es complicado. Almacenas un atributo dentro del metal, luego lo quemas para liberar poder. Eso se llama Composición. Según las leyendas es la manera en que la Lasca consiguió la inmortalidad.

Marasi frunció el ceño.

—Creía que las historias de las extraordinarias habilidades curativas de Miles eran exageraciones. Creía que era solo un hacedor de sangre, como Wayne.

—Oh, lo es, desde luego —dijo Wayne, haciendo girar un bastón de duelo sobre su muñeca y capturándolo de nuevo—. Pero él no se queda sin salud.

Waxillium asintió, pensando en años atrás, cuando conoció por primera vez a Miles. El hombre siempre le había hecho sentirse incómodo, pero también era un vigilante excelente. En su mayor parte.

Advirtiendo la expresión confundida de Marasi. Waxillium explicó:

—Normalmente un feruquimista tiene que ser austero. Puede tardar meses en acumular salud o peso. Yo llevo pesando la mitad desde que atravesamos el suelo, tratando de recuperar parte de lo que gasté. Apenas he llenado mi mente de metal a una fracción de lo que perdí. Para Wayne es aún más duro.

Wayne se sonó la nariz.

—Tendré que pasar unas cuantas semanas en cama después de esto, sintiéndome fatal. De otro modo, no podré curarme. Demonios, ya estoy almacenando tanto como puedo y para poder moverme con normalidad. Al final del día, apenas tendré suficiente para curar un arañazo.

—Pero Miles... —dijo Marasi.

—Capacidad curativa casi infinita —dijo Waxillium—. Ese hombre es virtualmente inmortal. Oí decir que una vez recibió un disparo de escopeta en la cara a quemarropa y sobrevivió. Trabajamos juntos en los Áridos. Era el vigilante de Verdadero Madil. Éramos tres los que teníamos una especie de alianza en marcha, durante los buenos tiempos. Miles, yo, y Jon Dedomuerto de Lejano Dorest.

—Miles no me cae demasiado bien —advirtió Wayne—. Bueno..., en realidad, ninguno de ellos.

—Miles hizo un buen trabajo —dijo Waxillium—. Pero era duro y estaba lleno de prejuicios. Nos respetábamos el uno al otro, aunque a distancia. No diría que fuimos amigos. Pero en los Áridos, cualquiera que defiende lo que es justo es un aliado.

—Es la primera ley de los Áridos —dijo Wayne—. Cuanto más solo estás, más necesitas a tu lado un hombre en quien puedas confiar.

—Aunque sus métodos vayan más allá de lo que tú escogerías —dijo Waxillium.

—No parece de los que emprenden una vida de crímenes —comentó Marasi.

—No —respondió Waxillium en voz baja—. Pero casi tuve la certeza de que era él quien estaba bajo la máscara en la boda, y esa caja de puros son sus favoritos. No puedo estar seguro de que sea él, pero...

—Pero crees que lo es.

Waxillium asintió. «Que Armonía nos ayude, sí que lo creo». Los vigilantes de la ley eran una aleación especial. Había un código. Nunca ceder, nunca sucumbir a la tentación. Trabajar con criminales día sí, día no, podía cambiar a un hombre. Empezabas a ver las cosas como las veían ellos. Empezabas a pensar como ellos.

Todos sabían que este trabajo podía transformarte si no tenías cuidado. No se hablaba de ello, y no se cedía. O se suponía que no lo hacían.

—No me sorprende —dijo Wayne—. ¿Lo oíste alguna vez hablar de la gente de Elendel, Wax? Es un hombre brutal, Miles.

—Sí —dijo Waxillium en voz baja—. Esperaba que continuara manteniendo el orden en su población y dejara dormir a sus demonios.

El tren dejó atrás los barrios del extrarradio, dirigiéndose a los Estados Exteriores, el amplio anillo de huertos, campos, y pastos que alimentaban a Elendel. El paisaje dejó de ser bloques de casas para convertirse en extensiones abiertas marrones y verdes, los canales titilando azules cuando cortaban la tierra.

—¿Cambia esto las cosas? —preguntó Marasi.

—Sí —respondió Waxillium—. Significa que es muchísimo más peligroso de lo que pensaba.

—Delicioso.

Wayne sonrió.

—Bueno, quería que tuvieras la experiencia completa. Ya sabes, por la ciencia y todo eso.

—La verdad es que estaba pensando en que lo mejor sería enviarte a un lugar seguro —dijo Waxillium.

—¿Quieres librarte de mí? —preguntó ella. Abrió de par en par los ojos para parecer descorazonada, y suavizó la voz para convertirla en un susurro apenado. Waxillium casi llegó a pensar que lo había aprendido de Wayne—. Creí que te estaba resultando de ayuda.

—Y así es. Pero también tienes poca experiencia práctica en lo que estamos haciendo.

—Una mujer debe ganar experiencia de algún modo —dijo ella, alzando la cabeza—. Ya he sobrevivido a un intento de secuestro y a otro de asesinato.

La puerta del vagón se sacudió cuando doblaron una curva.

—Sí, pero la presencia de un nacidoble en el otro lado cambia las cosas, lady Marasi. Si hay que pelear, no creo que pueda derrotar a Miles. Es habiloso, poderoso y decidido. Prefiero que estés en lugar seguro.

—¿Dónde? —preguntó ella—. Cualquiera de tus mansiones sería obvia, igual que las de mi padre. No puedo esconderme en los subterráneos de la ciudad: ¡Dudo mucho de que allí no llame la atención! Me apresuro a sugerir que el lugar más seguro donde puedo estar es cerca de ti.

—Qué raro —dijo Wayne—. Normalmente los lugares más seguros de la vida son cualquier parte menos cerca de Wax. ¿He mencionado que es probable que haya explosiones?

—Tal vez deberíamos acudir a los alguaciles —dijo Marasi—. Lord Waxillium... este tipo de investigación privada es técnicamente ilegal... al menos en tanto sabemos hechos importantes que los alguaciles desconocen. Se nos exige que comuniquemos lo que sabemos a las autoridades.

—¡No lo hagas pensar! —dijo Wayne—. ¡Ya casi estaba empezando a impedirle decir cosas así!

—Tranquilo, Wayne —dijo Waxillium en voz baja—. He hecho una promesa. Le dije a lord Harms que le devolvería a Steris. Y lo haré. Eso es todo.

—Entonces me quedaré y ayudaré —dijo Marasi—. Y eso es todo.

—Y a mí me vendría bien comer algo —añadió Wayne—. La grasa es la grasa.

—Wayne... —dijo Waxillium.

—Hablo en serio. No he tomado nada desde aquellos bollos.

—Comeremos algo cuando paremos —dijo Waxillium—. Primero, me gustaría saber algo de lady Marasi.

—¿Sí?

—Bueno, suponiendo que vayas a quedarte con nosotros, me gustaría saber qué tipo de alomántica eres.

Wayne se irguió, sobresaltado.

—¿Eh?

Marasi se ruborizó.

—Llevas una bolsita con recortes de metal en tu bolso —dijo Waxillium—. Y siempre procura no alejarte de ese bolso. Sabes poco de feruquimia, pero pareces comprender la alomancia. No te sorprendiste cuando Wayne detuvo el tiempo en una burbuja a nuestro alrededor: de hecho, entraste en la barrera, como si estuvieras familiarizada con ellas. Y procedes de un linaje hereditario que está siendo perseguido precisamente porque incluye a un montón de alománticas.

—Yo... —dijo ella—. Bueno, no ha habido ninguna oportunidad... —Se ruborizó todavía más.

—Estoy sorprendido, y un poco decepcionado —dijo Wayne.

—Bueno —replicó ella rápidamente—. O...

—Oh, no contigo —dijo Wayne—. Con Waxillium. Esperaba que hubiera deducido esto en nuestro primer encuentro.

—Me hago lento con la vejez —dijo Waxillium secamente.

—En realidad no es muy útil —dijo ella, bajando la cabeza—. Cuando vi a Wayne usando su habilidad de deslizador, empecé a sentirme acomplejada. Veréis, soy pulsadora.

Como él sospechaba.

—Creo que eso podría ser muy útil.

—La verdad es que no —respondió Marasi—. Acelerar el tiempo... eso es sorprendente. Pero ¿qué puedo hacer frenándolo, y solo para mí misma? Es inútil en una pelea. Todos los demás se moverían a gran velocidad a mi alrededor. Mi padre se sentía avergonzado de ese poder. Me dijo que lo mantuviera en secreto, igual que muchos de mis parientes.

—Tu padre es alguien que cada vez estoy más seguro de que es un necio —dijo Waxillium—. Tienes acceso a algo útil. No, no sirve para todas las situaciones, pero lo mismo pasa con cualquier herramienta.

—Si tú lo dices...

Un mercader recorría el pasillo, vendiendo galletas, y Wayne se levantó de un salto para conseguir una. Waxillium se acomodó en su asiento y se puso a mirar por la ventana, pensando.

Miles. No, no podía estar seguro de que fuera él. Cuando Waxillium le disparó al desvanecedor en la cara y lo abatió, había supuesto que había confundido su voz. Miles no caería con un tiro.

A menos que supiera que tenía que fingir una herida, para que Waxillium no lo reconociera. Miles era lo bastante astuto para hacer algo así.

«Es él», pensó Waxillium. Lo había sabido desde el momento en que el jefe de los desvanecedores habló. Pero no había querido admitirlo.

Esto complicaba enormemente las cosas. Y, lo más extraño, Waxillium se sentía abrumado. Veinte años como vigilante de la ley, y esta situación era ya más complicada que ninguna otra que hubiera investigado. Había asumido que los Áridos lo habían hecho fuerte, pero allí también la vida era más simple, y se había acostumbrado a esa simpleza.

Ahora iba a la carga, las pistolas alzadas, creyendo que podía manejar un problema hecho a escala de Elendel. Creía que podía destruir a un equipo que estaba tan bien financiado que podía suministrar a sus hombres armas hechas de un material tan caro que bien podría haber sido oro.

«Tal vez deberíamos acudir a los alguaciles», había dicho Marasi. Pero ¿podría hacerlo?

Acarició el pendiente que llevaba en el bolsillo. Había sentido que Armonía quería que hiciera esto, que investigara. Pero ¿qué era Armonía sino una impresión en la mente de Waxillium? Predisposición a la confirmación, lo llamaban. Sentía lo que esperaba. Eso era lo que decía su cerebro lógico.

«Ojalá pudiera alimentar las brumas —pensó—. Han pasado semanas sin poder salir a ellas». Siempre se sentía más fuerte en las brumas. Sentía como si alguien estuviera observándolo, cuando estaba en ellas.

«Tengo que continuar con esto», se dijo. Habían intentado abstenerse, y eso había causado la muerte de lord Peterus. El método habitual de Waxillium era tomar el mando y hacer lo que había que hacer. Era así como aprendían a trabajar los vigilantes en los Áridos. «No somos tan distintos, Miles y yo», pensó. Tal vez eso era lo que le asustaba tanto de aquel hombre.

El tren redujo la velocidad y se acercó a la estación.



Wayne bajó del carro, siguiendo a Waxillium y a Marasi. Miró al cochero y le arrojó una moneda.

—Necesitamos que esperes un poco, socio. Confío en que no será ningún problema.

El cochero miró la moneda y alzó una ceja.

—Ningún problema, socio.

—Me gusta ese sombrero —dijo Wayne.

El cochero llevaba un sombrero redondo de fieltro duro, cónico, pero con la parte superior plana y una pluma.

—Todos lo llevamos —dijo—. Marca de los Carroajes de Gavil.

—Ah. ¿Quieres cambiarlo?

—¿Cómo? ¿Cambiar los sombreros?

—Claro —dijo Wayne, lanzándole su endeble gorra de lana.

El hombre la cazó al vuelo.

—No estoy seguro...

—Añadiré una galleta —dijo Wayne, sacándola del bolsillo.

—Er... —El hombre miró la moneda que tenía en la mano, que era bastante sustanciosa. Se quitó la gorra y se la arrojó a Wayne—. No hace falta. Supongo que... me compraré otro.

—Muy amable por tu parte —respondió Wayne, dándole un bocado a la galleta mientras echaba a andar tras Waxillium. Se puso el sombrero. No le quedaba demasiado bien.

Se apresuró para alcanzar a los otros dos, que se habían detenido en una pequeña colina. Wayne tomó aire, oliendo la humedad del canal, los aromas de los campos y las flores a sus pies. Entonces estornudó. Odiaba llenar sus mentes de metal cuando estaba haciendo otras cosas. Prefería llenarlas a lo grande. Eso le hacía ponerse muy enfermo, pero podía dormir y beber mucho para pasar el tiempo.

Esto era peor. Llenar su mente de metal tanto como se atrevía, acumulando salud sobre la marcha, significaba que se ponía enfermo. Rápido. Estornudaba mucho más, la garganta se le irritaba y los ojos le lloraban. También se sentía cansado y aturdido. Pero necesitaba esa salud, así que lo hacía.

Caminó por la hierba. Los Estados Exteriores eran un lugar extraño. Los Áridos eran secos y sucios. La Ciudad estaba densamente poblada y, en algunos lugares, era mugrienta. Aquí, las cosas eran solo... bonitas.

Un poco demasiado bonitas. Los hombros le picaban. Este era el típico lugar donde un hombre trabajaba en el campo durante el día, y luego se iba a casa y se sentaba en el porche a beber limonada o acariciar a su perro. Los hombres morían de aburrimiento en lugares como ese.

Era extraño que en un lugar tan despejado pudiera sentirse aún más ansioso y confinado que cuando estaba encerrado en una celda.

—El último robo de tren sucedió aquí —dijo Waxillium. Extendió la mano hacia las vías, que rodean una curva a la izquierda, y luego la movió siguiendo su camino, como si viera algo que Wayne no veía. A menudo hacía cosas así.

Wayne bostezó y luego le dio otro bocado a la galleta.

—¿Qué era eso, señor? ¿Qué era eso, señor? ¿Qué era eso, señor?

—Wayne, ¿qué estás farfullando? —Waxillium se volvió a inspeccionar el canal a la derecha. Era ancho y profundo, hecho para albergar barcazas llenas de comida para la ciudad.

—Practicando el acento del tipo de las galletas —dijo Wayne—. Tenía un acento magnífico. Debe de ser de una de las nuevas ciudades fronterizas, junto a las montañas septentrionales.

Waxillium lo miró.

—Ese sombrero es ridículo.

—Por fortuna, puedo cambiar de sombreros —dijo Wayne con acento del tipo de las galletas—, mientras que tú, amigo mío, siempre tendrás esa cara.

—Habláis como si fuerais hermanos —dijo Marasi, mirándolos con curiosidad—. ¿Os dais cuenta de eso?

—Mientras yo sea el guapo... —dijo Wayne.

—Las vías giran hacia el canal —dijo Waxillium—. Los otros robos también tuvieron lugar cerca de los canales.

—Que yo recuerde, la mayoría de las vías férreas corren en paralelo a los canales —advirtió Marasi—. Los canales ya estaban aquí, y cuando se tendieron las vías, tuvo sentido seguir las líneas establecidas.

—Sí —respondió Waxillium—. Pero aquí es especialmente sorprendente. Mira lo cerca que están las vías del canal.

«Su acento está cambiando —pensó Wayne—. Solo seis meses en la ciudad y ya se nota. Es más refinado en ciertos aspectos, menos formal en otros». ¿Veía la gente cómo sus voces eran igual que seres vivos? Mueve una planta, y cambiará y se adaptará al entorno. Mueve a una persona, y la forma en que habla crece, se adapta, evoluciona.

—Entonces esa maquinaria que utilizan los desvanecedores —dijo Marasi—, ¿crees que no pueden trasladarla por tierra? ¿Que tienen que transportarla por el canal, y elegir un lugar cerca de las vías para preparar y ejecutar sus robos?

«Su acento... —pensó Wayne—. Usa una dicción más elevada con él que conmigo». Ella intentaba impresionar a Wax. ¿Se daba él cuenta? Probablemente, no. Siempre había ignorado a las mujeres. Incluso a Lessie.

—Sí —dijo Waxillium, bajando por la colina—. La cuestión es cómo hicieron que esa cosa, sea lo que sea, vaciara los vagones de carga tan rápida y eficazmente.

—¿Por qué es tan extraño? —preguntó Wayne, siguiéndolo—. Si yo fuera desvanecedor, me habría traído a un montón de hombres. Eso me permitiría trabajar más rápido.

—No es una cuestión de simple mano de obra. Los vagones estaban cerrados, y los últimos tenían guardias dentro. Cuando los vagones llegaron a su destino, seguían cerrados, pero estaban vacíos. Aparte de eso, en uno de los vagones robaron muchos lingotes pesados de hierro. Hay un cuello de botella en la puerta del vagón: tras cierto punto, más hombres no habrían servido de nada. Es imposible que descargaran cientos de lingotes en menos de cinco minutos usando mano de obra.

—¿Una burbuja de velocidad? —preguntó Marasi.

—Podría haber ayudado, pero no mucho —respondió Wax—. Habría el mismo cuello de botella, y no se puede meter a mucha gente dentro de una burbuja. Pongamos que pudiera haber seis obreros dentro, que estarían realmente apretujados. Tendrían que empujar los lingotes de hierro hasta el filo de la burbuja, luego soltar la burbuja y crear otra... No se pueden mover las burbujas una vez emplazadas, y repetir.

Wax sacudió la cabeza, las manos en las caderas, y prosiguió.

—El coste en bendaleo sería increíble. Con una pepita de un valor de quinientos billetes, Wayne puede comprimir unos dos minutos en quince segundos externos. Comprimir un tiempo igual a cinco minutos en el exterior, consiguiendo tiempos suficiente dentro para mover todas esas barras de hierro, habría que gastar diez mil billetes. Las barras valdrían una fracción de eso; Armonía, podrías comprar tu propio tren con ese dinero. No lo creo. Aquí está pasando algo más.

—Algún tipo de maquinaria —dijo Marasi.

Wax asintió. Bajaba por la colina, escrutando el terreno.

—Veamos si podemos encontrar alguna pista que puedan haber dejado. Tal vez la maquinaria tenía ruedas que hayan dejado surcos.

Wayne se metió las manos en los bolsillos y se puso a hacer como que investigaba, pero el motivo por el que había implicado a Waxillium en esta investigación se debía a que su amigo era bueno en este tipo de cosas. Si había gente de por medio, Wayne era bastante bueno. Pero flores y tierra... no tanto.

Después de unos pocos minutos, Wayne se aburrió, así que se acercó a Marasi. Ella lo miró.

—Tengo que decir, Wayne..., que ese sombrero no te sienta muy bien.

—Sí. Solo quiero seguir recordándole a Wax que me debe uno nuevo.

—¿Por qué? Fuiste tú quien dejó que ese hombre te quitara el viejo.

—Me convenció para que no luchara —gruñó Wayne. Era algo que le parecía obvio—. ¡Y luego, le disparó al tipo que lo tenía puesto, y el tipo se escapó!

—No podía saber que el hombre iba a sobrevivir.

—Tendría que haber recogido mi sombrero.

Ella sonrió, divertida.

La mayoría de la gente no entendía de sombreros, y Wayne no se lo reprochaba. Hasta que tenías un buen sombrero de la suerte, no comprendías su valor.

—En realidad no pasa nada —dijo Wayne en voz baja, dando una patada a los hierbajos—. Pero no se lo digas a Wax.

—¿Qué?

—Yo tenía que perder ese sombrero —admitió Wayne—. De lo contrario, lo habría destruido la explosión, ¿no? Tuve suerte de que lo robaran. Podría haber acabado como mi sobretodo.

—Eres un individuo único, Wayne.

—Técnicamente, todos lo somos —dijo él. Entonces vaciló—. Excepto los gemelos, supongo. De todas formas, hay una cosa que quería preguntarte. Es un poco personal.

—¿Cómo de personal?

—Bueno, ya sabes, es sobre ti y esas cosas. El tipo personal de cosas personales, supongo.

Ella lo miró, frunciendo el ceño, luego se ruborizó. Parecía que la chica lo hacía mucho, cosa que a Wayne le parecía bien. Las chicas estaban guapas con un poco de color en ellas.

—Te refieres a que tú... y yo... quiero decir...

—¡Oh, Armonía! —Wayne se echó a reír—. No es nada de eso, socia. No te preocupes. Eres bastante bonita, sobre todo en los cobres, si sabes lo que quiero decir.

—¿Los cobres?

—Claro. Una palabra con un montón de curvas, como tú. Tienes un acento bastante bonito, y un bonito bamboleo en la zona de las nubes.

—¿Me atreveré a preguntar qué es?

—Esas cosas blancas y llenas que flotan altas sobre la tierra fructífera donde se plantan las semillas. Ella se ruborizó aún más.

—¡Wayne! Es posible que eso sea lo más burdo que me han dicho en la vida.

—Vivo para destacar, socia. Vivo para destacar. Pero no te preocupes: como decía, eres bastante mona, pero no tienes suficiente gancho para mí. Me gustan las mujeres que sean capaces de volverme la cara de un buen puñetazo.

—¿Prefieres a las mujeres que puedan pegarte?

—Claro. Tiene su gracia. Pero lo que quería era preguntarte por tu alomancia. Verás, tú y yo tenemos poderes opuestos. Yo acelero el tiempo, tú lo frenas. ¿Qué pasa si los dos los usamos al mismo tiempo? ¿Eh?

—Está documentado —dijo Marasi—. Se anulan mutuamente. No pasa nada.

—¿De verdad?

—Sí.

—Hum —dijo él, sonándose la nariz con un pañuelo—. La «nada» más cara que se pueda encontrar, con ambos quemando metales raros.

—No sé —dijo ella con un suspiro—. Mi poder es bastante bueno para no hacer nada. Creo que realmente no comprendí lo patético que era ser pulsador hasta que vi lo que podía hacer tu poder.

—Oh, el tuyo no es tan malo.

—Wayne, cuando uso mi habilidad, en cualquier momento, me quedo petrificada en el sitio, con cara de estúpida mientras todo el mundo puede correr alrededor. Tú puedes ganar tiempo extra. Yo solo puedo usar el mío para perder tiempo.

—Claro, pero tal vez en algún momento quieras que un día concreto llegue antes. Lo quieres con todas tus ganas, ¿no? ¡Así que puedes quemar cromo, y zas, ahí lo tienes!

—Lo he... —Ella pareció cortada—. Lo he hecho. El cromo se consume mucho más despacio que el bendaleo.

—¿Ves? Ventajas. ¿Qué tamaño pueden tener tus burbujas?

—Puedo hacerlas del tamaño de una habitación pequeña.

—Entonces son mucho más grandes que las mías —dijo Wayne.

—Multiplica cero por mil y seguirás teniendo cero.

Él vaciló.

—¿Ah, sí?

—Er, sí —dijo ella—. Son matemáticas básicas.

—Creía que estábamos hablando de alomancia. ¿Cuándo hemos pasado a las matemáticas?

Eso hizo que ella se ruborizara también. Esas cosas se esperaban de una chica cuando hablabas sobre las partes más atractivas de su cuerpo, pero no cuando mencionabas las matemáticas. Era una aleación extraña, esta mujer.

Ella miró a un lado, hacia Waxillium. Estaba agachado junto al canal.

—Pero a él —dijo Wayne—, le gustan listas.

—No tengo ninguna intención hacia lord Ladrian —dijo ella rápidamente. Demasiado rápidamente.

—Lástima —dijo Wayne—. Creo que le gustas, socia.

Puede que eso fuera una exageración. Wayne no estaba seguro de lo que pensaba Waxillium respecto a Marasi; sin embargo, el hombre tenía que quitarse a Lessie de la cabeza. Lessie fue una gran chica. Maravillosa, y todo eso. Pero estaba muerta, y Wax todavía tenía esa... expresión vacía. La misma que había mostrado las semanas posteriores tras la muerte de Lessie. Ahora era más suave, pero seguía allí.

Un nuevo amor le ayudaría mucho. Wayne estaba seguro de ello, así que se sintió muy satisfecho consigo mismo cuando Marasi empezó a ponerse en movimiento y acabó acercándose al lugar donde Wax estaba trabajando. Le tocó el brazo y él señaló algo en el suelo junto al canal. Lo inspeccionaron juntos.

Wayne se acercó también.

—... perfectamente rectangular —estaba diciendo Marasi—. De algo mecánico.

El terreno estaba aplastado como por efecto de algo pesado en una zona cuadrada. Al parecer era el único tipo de pista en la zona, y no parecía lo que Wax pretendía encontrar. Se arrodilló, el ceño fruncido, y apretó la tierra con la mano, probablemente para comprobar lo compacta que era. Miró de nuevo hacia las vías.

—No hay suficientes huellas —dijo Wax en voz baja—. Es imposible que hicieran esto con mano de obra. Aunque hubiera una burbuja de velocidad.

—Creo que tienes razón —repuso Marasi—. Si el robo sucedió allí, una máquina podría haberse quedado en el canal y habría seguido alcanzando las vías.

Waxillium se levantó y se sacudió las manos.

—Regresemos. Necesito tiempo para pensar.

Waxillium recorría el centro del vagón de pasajeros, las manos mojadas tras lavárselas en el cuarto de baño. El vagón se sacudía bajo sus pies, los campos volaban veloces en el exterior.

¿Dónde podría estar escondido Miles? La mente de Waxillium trazaba círculos. La Ciudad ofrecía demasiados sitios donde ocultarse, y Miles no era un delincuente típico. Era un antiguo vigilante de la ley. Los instintos normales de Waxillium estaban fuera de juego.

«Querrá dar un paso atrás —decidió Waxillium—. Es cuidadoso. Juicioso. Pasó meses entre el robo del aluminio y su siguiente golpe».

Miles había perdido hombres y recursos. Se escondería durante un tiempo. Pero ¿dónde? Waxillium se apoyó contra la pared del pasillo. Este vagón de primera clase estaba compuesto por compartimentos privados. Podía oír débilmente a la gente hablar en el que tenía al lado. Niños. Había atravesado seis vagones hasta llegar a uno con cuarto de baño. Wayne y Marasi estaban en un compartimento varios vagones más allá.

Si Marasi tenía razón respecto a la función para la que querían a las mujeres secuestradas, entonces les esperaba un sombrío destino. Miles podía permitirse esperar, dejar que la pista se enfriara. Cada hora retrasada haría que fuese mucho más difícil de encontrar.

«No —pensó Waxillium—. Necesitará un golpe más». Uno más, quizás sin rehenes, para conseguir más aluminio. Waxillium había examinado los informes sobre los robos originales, y había conseguido valorar la cantidad de aluminio que Tekiel había estado contrabandeando. Apenas habría sido suficiente para equipar a treinta o cuarenta hombres. Eso hacía que Miles necesitara un golpe más antes de desaparecer; de esa forma, podría usar el período de inactividad para conseguir más armas y munición.

Eso le concedía a Waxillium una oportunidad más para capturarlo. Si jugaba bien sus cartas. Le...

El grito fue débil, pero Waxillium se había entrenado para estar atento a estas cosas. Siempre alerta, sobre todo cuando estaba ocupado pensando. Inmediatamente se hizo a un lado, lo cual le salvó la vida cuando la bala atravesó el cristal de la ventana del fondo del vagón.

Waxillium se giró, desenfundando un revólver. Una figura de negro se alzaba en el siguiente vagón, mirando a través de la ventana rota. Llevaba máscara de nuevo, los ojos al descubierto, la lana cubriendo el resto de sus rasgos. Sin embargo, la constitución era adecuada, y la altura, incluso la forma que empuñaba su arma.

«¡Idiota!», pensó Waxillium. Sus instintos estaban jugándole una mala pasada. Un criminal corriente se habría ocultado. Pero no Miles. Era un antiguo vigilante de la ley, acostumbrado a cazar y no a ser cazado.

Y si alterabas sus planes, venía a buscarte.





Waxillium no tuvo tiempo de alzar su arma. Aumentó al instante su peso y avivó su acero al mismo tiempo que empujaba las puertas entre los vagones. Las ventanas de cristal explotaron mientras las puertas se combaban y se soltaban, bloqueando las balas mientras Miles disparaba tres veces en rápida sucesión.

El coche se estremeció cuando el tren empezó a tomar una curva. En los compartimentos asomaron cabezas, y ojos espantados buscaron la causa del ruido. Miles apuntó de nuevo a Waxillium. Los niños empezaron a llorar.

«No puedo poner en peligro a los inocentes —pensó Waxillium—. Tengo que salir».

Mientras el arma disparaba, Waxillium se lanzó hacia delante. Una bala rebotó cerca de su cabeza, levantando chispas. No pudo sentirla con la alomancia. Era aluminio.

Waxillium salió al espacio entre los vagones, donde el viento rugía y le tiraba de las ropas. Mientras Miles disparaba su sexto tiro, Waxillium empujó los acoples de abajo y se lanzó hacia arriba.

Se alzó en el aire por encima de los vagones. El viento lo capturó, empujándolo hacia atrás mientras caía. Aterrizó con un golpe en un vagón más atrás, se apoyó en una rodilla y se reafirmó con la mano libre; el viento le revoloteaba el pelo y agitaba su chaqueta. Alzó su revólver.

Miles estaba aquí. En el tren.

«Podría detenerlo ahora. Acabar con esto».

El siguiente pensamiento fue inmediato. ¿Cómo demonios iba a detener a Miles Cienvidas?

Una figura enmascarada se alzó entre los vagones ante él, apenas a tres metros de distancia, empuñando una gran pistola. Miles siempre había preferido la potencia de fuego a la precisión. Una vez dijo que prefería fallar unas cuantas veces sabiendo que cuando diera en el blanco la persona a la que le disparara no volvería a levantarse.

Waxillium maldijo y llenó su mente de metal, reduciendo su peso a casi nada, luego rodó a la derecha, dejando atrás el techo y cayendo por el lado del vagón. Los disparos lo siguieron. Se agarró al borde de una ventana, apretándose contra la pared, e introdujo un pie en una rendija en la superficie de metal. Su peso reducido le permitió mantenerse allí fácilmente, aunque el viento agitaba su cuerpo.

Por delante, la máquina eructaba cenizas y humo negro; debajo, las vías eran un borrón. Waxillium alzó el revólver que tenía en la mano derecha y esperó mientras se agarraba al costado del vagón con la otra mano y la pierna.

El rostro enmascarado de Miles pronto asomó entre los vagones. Waxillium disparó un rápido tiro, empujando la bala con alomancia para que tuviera velocidad extra contra el ululante viento. Alcanzó a Miles en el ojo izquierdo. La cabeza del hombre dio un tirón hacia atrás, y la sangre manchó el vagón. Se tambaleó, y Waxillium disparó de nuevo, alcanzándolo en la frente.

El hombre alzó una mano y se arrancó la máscara, revelando un rostro aguileño de pelo negro y corto y cejas prominentes. Era él. Miles. Un vigilante, un hombre que tendría que haber actuado de otro modo. Un componedor nacido de asombroso poder. Su ojo volvió a crecer y la herida de la cabeza desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Un metal dorado brillaba en sus brazos, dentro de las mangas. Sus mentes de metal: eran clavos que le atravesaban la piel del brazo, como tornillos. El metal que perforaba la piel era enormemente difícil de tocar con un empujón de acero.

«¡Herrumbre y Ruina!». Ni siquiera un tiro en el ojo lo había frenado mucho. Waxillium apuntó a un árbol que se acercaba y disparó, luego se soltó del tren y se hizo tan liviano como pudo. Voló hacia atrás con el viento, y mientras el árbol pasaba de largo, empujó la bala alojada en él, impulsándose a un lado, entre dos vagones. Se agazapó allí, jadeando, el corazón redoblando mientras otra de las balas de Miles rebotaba en la esquina cerca de él.

¿Cómo se luchaba contra alguien que era virtualmente inmortal?

Sorteando unas colinas bajas, la vía trazaba otra curva. Verdes granjas y plácidos huertos pasaban de largo no muy lejos. Waxillium se agarró a la escalera del vagón y se aupó para asomarse con cuidado al borde del techo.

Miles cargaba contra él a toda velocidad por encima del vagón. Waxillium maldijo, alzando su arma mientras Miles hacía lo mismo. Waxillium disparó primero, y consiguió alcanzar a su enemigo, que estaba

ya solo a unos pasos de distancia.

Waxillium apuntó a la mano armada.

La bala desgarró carne y hueso, haciendo que Miles maldijera y soltara la pistola. El arma rebotó una vez en el tejado y desapareció por el lado. Waxillium sonrió satisfecho. Miles gruñó, luego saltó de lo alto del vagón y chocó contra él.

La cabeza de Waxillium golpeó el metal que tenía detrás, lanzando un destello blanco en su visión. Gimió, deslumbrado. «¡Idiota!». La mayoría de los hombres nunca habrían saltado así: era demasiado probable que los dos hubieran caído del tren en marcha. Pero eso no molestaba a Miles.

Los dos habían caído en el espacio entre vagones, conservando un precario asidero. Miles agarró a Waxillium por el chaleco con ambas manos, alzándolo y golpeándolo contra el vagón. Por reflejo, Waxillium disparó una y otra vez a quemarropa, pero las balas salieron por la espalda de Miles sin detenerlo siquiera. Atrajo a Waxillium y le dio un puñetazo en la cara.

El dolor lo atravesó y su visión se nubló. Casi perdió el equilibrio y cayó a las veloces vías de abajo. Desesperado, Waxillium trató de empujarse al aire. Miles estaba preparado y en cuanto empezó a levantarse, enganchó el pie bajo el último peldaño de la escalera y aguantó. Waxillium se abalanzó, todavía sintiéndose mareado, pero no saltó al aire. Empujó con más fuerza, pero Miles resistió, la mirada decidida.

—Puedes desgarrarme los tendones del pie, Wax —gritó Miles por encima del estrépito de las ruedas sobre los raíles y el aullido del viento—, pero volverán a rehacerse rápidamente. Creo que tu cuerpo cederá antes que el mío. Empuja más fuerte. Veamos qué pasa.

Waxillium se soltó y cayó a la plataforma entre los vagones. Intentó agarrar a Miles en una llave, pero el otro hombre era más joven, más rápido, y mejor luchador cuerpo a cuerpo. Miles esquivó, todavía sujetando el chaleco de Waxillium, y luego tiró. Waxillium se tambaleó, perdido el equilibrio, mientras se lanzaba hacia Miles, que le hundió el puño en el estómago.

Waxillium jadeó de dolor. Miles lo agarró por el hombro y lo empujó hacia delante, disponiéndose a enterrar de nuevo su puño en su vientre.

Así que Waxillium multiplicó su peso por diez.

Miles se tambaleó, lanzado de pronto contra algo increíblemente pesado. Abrió mucho los ojos. Estaba acostumbrado a tratar con lanzamonedas, pues eran los tipos más comunes de alománticos, sobre todo entre los delincuentes. Los feruquimistas eran más raros. Miles sabía lo que era Waxillium, pero saber de un poder y anticiparlo eran cosas diferentes.

Todavía dolorido y sin aliento por el puñetazo, Waxillium clavó su hombro en el pecho de Miles, usando su enorme peso para empujarlo hacia atrás. El hombre maldijo, soltó a Wax y se apartó, subiendo rápidamente la escala para subir al techo del vagón.

Wax dejó de decantar su mente de metal y empujó, lanzándose hacia arriba. Aterrizó en el otro vagón, frente a Miles, al otro lado de la abertura entre ambos. El viento jugaba con sus ropas y los campos pasaban a cada lado. El tren se bamboleó cuando cruzó una intersección, y el inestable pie hizo que Waxillium se tambaleara. Se apoyó en una rodilla, presionó una mano contra el techo y aumentó su peso para reafirmarse. Miles permanecía en pie, obviamente indiferente al tembloroso asidero.

A lo lejos Waxillium podía oír a la gente gritar, probablemente mientras pasaban a otros vagones, intentando escapar de la pelea. Con suerte, el jaleo atraería a Wayne.

Miles echó mano a la otra pistola que llevaba en la cadera. Waxillium buscó también su otra arma: había perdido la primera (la mejor de las dos) en la lucha. Su visión estaba todavía borrosa, el corazón desbocado, pero logró sacar la pistola y apuntar casi al mismo tiempo que Wax. Los dos dispararon.

Una bala rozó el costado de Wax, desgarrándole la chaqueta y haciéndolo sangrar. Su disparo alcanzó a Miles en la rodilla, por lo que perdió el equilibrio y su siguiente tiro salió desviado. Wax apuntó con cuidado, y le disparó a Miles en la mano, destrozando de nuevo carne y hueso. El cuerpo de Miles empezó inmediatamente a regenerarse, los huesos a volver a su sitio, los tendones chasqueando como si fueran de goma, la piel aparecía como hielo en un estanque. Pero soltó el arma.

Miles intentó cogerla. Wax bajó la pistola y le disparó a la otra arma, empujándola hacia atrás y haciéndola caer del tren.

—¡Maldición! —bramó Miles—. ¿Sabes cuánto cuestan estas cosas?

Todavía apoyado en una rodilla, Waxillium alzó la pistola, el viento del movimiento del tren apartaba el humo del cañón.

Miles volvió a ponerse en pie.

—¿Sabes, Wax? —gritó para hacerse oír por encima del fragor del viento—. Solía preguntarme si tendría que enfrentarme a ti. Una parte de mí siempre pensó que tu exceso de compasión lo causaría: pensaba que dejarías marchar a alguien que no lo mereciera. Me preguntaba si tendría una oportunidad de perseguirte por eso.

Waxillium no respondió. Mantenía la mirada impasible, el rostro inexpresivo. Por dentro, se rebullía, intentando recuperar el aliento por la paliza que estaba recibiendo. Se llevó la mano al costado y presionó la herida. Por suerte, no era demasiado grave, pero sus dedos se mancharon de sangre. El tren se bamboleó, y rápidamente tuvo que bajar la mano para sujetarse.

—¿Qué fue lo que te destruyó, Miles? —preguntó Waxillium—. ¿El ansia de riqueza?

—Sabes muy bien que esto no es por dinero.

—Necesitas oro —gritó Waxillium—. No lo niegues. Lo has necesitado siempre, para tu constante Composición.

Miles no respondió.

—¿Qué pasó? Eras vigilante, Miles. Y jodidamente bueno.

—Era un perro, Wax. Un sabueso controlado con falsas promesas y órdenes severas. —Miles retrocedió unos pasos, luego echó a correr hacia delante, cubriendo de un salto la distancia que los separaba.

Waxillium se levantó con cautela y retrocedió.

—No me digas que nunca lo sentiste —gritó Miles, con una mueca—. Trabajabas cada día para arreglar el mundo, Wax. Intentabas acabar con el dolor, la violencia, los robos. No funcionó nunca. Cuantos más hombres abatías, más problemas causaba.

—Es la vida del vigilante de la ley... —respondió Waxillium—. Si renuncias, bien. Pero no tienes por qué unirte al otro bando.

—Ya estaba en el otro bando —dijo Miles—. ¿De dónde salen los criminales? ¿Fue el tendero de la esquina quien empezó a comportarse como un loco y asesinar? ¿Fueron los niños que crecían cerca de la ciudad, trabajando en la yerma granja de su padre?

»No. Fueron los trabajadores de las minas, enviados desde la Ciudad para excavar en las profundidades y explotar los últimos yacimientos encontrados... para ser abandonados cuando estuvieran agotados. Fueron los cazadores de fortunas. Fueron los necios ricos de la Ciudad que querían aventuras.

—No me importa quiénes fueran —dijo Waxillium, todavía retrocediendo. Estaba en el penúltimo vagón. Se quedaba sin espacio para retirarse—. Yo servía a la ley.

—Yo la servía también —exclamó Miles—. Pero ahora sirvo a algo mejor. La esencia de la ley, pero mezclada con justicia de verdad. Una aleación, Wax. Las mejores partes de ambas en una sola. Hago algo mejor que perseguir la escoria enviada desde la ciudad.

»No puedes decirme que nunca te has dado cuenta. ¿Qué hay de Pars *el Muerto*, tu “gran captura” de los últimos cinco años? Te recuerdo cazándolo, recuerdo tus noches sin dormir, tu ansiedad. La sangre en la tierra en el centro de Erosión cuando dejó el cadáver de la hija de Burlow para que la encontraras. ¿De dónde vino?

Waxillium no respondió. Pars era un asesino de la Ciudad, un carnicero al que habían atrapado matando a mendigos. Huyó a los Áridos, y allí empezó de nuevo a trabajar para saciar su macabra obsesión.

—Ellos no lo detuvieron —escupió Miles, avanzando—. Ellos no te enviaron ayuda. No les importan los Áridos. A nadie le importan los Áridos: apenas parecen fijarse en nosotros excepto como el sitio donde depositar su basura.

—Y por eso les robas —replicó Wax—. ¿Por eso secuestras a sus hijas, asesinas a todo el que se interponga en tu camino?

Miles dio otro paso adelante.

—Hago lo que hay que hacer, Wax. ¿No es ese el código del vigilante de la ley? No he dejado de serlo: nunca se deja de ser vigilante. Se te mete dentro. Haces lo que nadie más hará. Te alzas a favor de los pisoteados, mejoras las cosas, detienes a los criminales. Bueno, yo decidí apuntar a un tipo más poderoso de criminal.

Waxillium negó con la cabeza.

—Te has convertido en un monstruo, Miles.

—Dices eso —respondió Miles, el viento agitando sus cortos cabellos—, pero tus ojos, Wax, muestran la verdad. Puedo verlo. Entiendes lo que estoy diciendo. Lo has sentido también. Sabes que tengo razón.

—No voy a unirme a ti.

—No te lo estoy pidiendo, Wax —dijo Miles, bajando la voz—. Siempre has sido un buen sabueso. Si tu amo te golpea, solo gimes y te preguntas cómo servir mejor. Creo que no habríamos trabajado bien juntos. No en esto.

Miles se lanzó hacia delante.

Waxillium descargó todo su peso en su mente de metal y saltó hacia atrás, dejando que el viento lo arrastrara unos seis metros. Aumentó su peso y aterrizó en el último vagón. Se acercaban al extrarradio de la población; la flora de los Estados Exteriores menguaba.

—¡Vamos, corre! —gritó Miles—. ¡Yo volveré atrás y me llevaré a la pequeña lady Harms la bastarda! Y a Wayne. Llevo mucho tiempo esperando tener una excusa para meterle una bala en la cabeza.

Se dio media vuelta y echó a andar en la dirección contraria.

Waxillium maldijo y se abalanzó. Miles se volvió, los labios abiertos en una fría sonrisa. Sacó un cuchillo de larga hoja de la parte posterior de su bota. Era de aluminio: no tenía en su cuerpo ni una sola pieza de metal que reaccionara alománticamente que Waxillium pudiera ver.

«Tengo que arrojarlo del tren», pensó Wax. No podía derrotar a Miles aquí, no definitivamente. Necesitaba un entorno más controlado. Y necesitaba tiempo para planear.

Mientras se acercaba, Wax alzó su pistola y trató de arrancarle de un tiro el cuchillo a Miles, pero el otro hombre lo giró y se lo clavó en su propio antebrazo, insertándolo en la piel hasta que asomó por el otro lado. Ni siquiera parpadeó. Las historias que se contaban por todos los Áridos decían que después de sufrir cientos de heridas que deberían haberlo matado, Miles se había vuelto completamente ajeno al dolor.

Miles extendió las manos, dispuesto a agarrar a Waxillium... pero también podría coger aquél cuchillo en un segundo. Waxillium desenenvainó su propio cuchillo y lo empuñó en la mano izquierda. Los dos caminaron en círculo un momento, el peso aumentado de Wax le permitía afianzarse sobre el traqueteante vagón. Seguía sin ser un lugar seguro, y el sudor le corría por la frente, empujado por el viento.

Unos cuantos necios asomaron la cabeza en los vagones lejanos, tratando de ver qué pasaba. Por desgracia, ninguno de aquellos necios era Wayne. Wax hizo amago de avanzar con un rápido paso, pero Miles no picó el anzuelo. Wax era solo un buen luchador con el cuchillo, y Miles tenía fama de ser uno de los mejores. Pero si Wax podía hacer que ambos cayeran del tren...

«A esta velocidad acabará conmigo, pero no con él —pensó—. A menos que pueda empujar debajo de mí. Herrumbres. Va a ser difícil».

Solo tenía una oportunidad, y era terminar la lucha rápidamente.

Miles avanzó para atacarlo. Wax tomó aire y avanzó también, cosa que pareció sorprender a Miles, aunque consiguió agarrarlo por el brazo. Con la otra mano, Miles se arrancó el cuchillo del brazo, preparándose para embestir con él a Wax. Desesperado, este aumentó su peso y cargó con el hombro contra el pecho de Miles.

Por desgracia, Miles había previsto ese movimiento. Se tiró al suelo, rodó y le dio una patada en las piernas.

En un abrir y cerrar de ojos, Wax voló por los aires hacia la grava y las rocas junto a la vía del tren. Una parte primigenia en su interior supo qué hacer. Empujó el cuchillo que tenía en la mano, soltándolo y lanzándolo a la tierra que tenía directamente debajo. Eso lo impulsó al aire mientras reducía simultáneamente su peso. El viento lo capturó. Estaba girando, y perdió toda sensación de dirección.

Golpeó el suelo, rodó y chocó contra algo duro. Dejó de moverse, pero su visión continuó agitándose. El cielo giraba.

Todo se quedó quieto. Su visión regresó lentamente a la normalidad. Estaba solo en mitad de un campo cubierto de maleza. El tren se alejaba.

Gimió y se dio la vuelta. «Un hombre de mi edad no tendría que estar haciendo estas cosas», pensó mientras se ponía lentamente en pie. No había empezado a sentir la edad hasta los últimos años, pero tenía ya más de cuarenta. Eso era ser viejo para los báremos de los Áridos.

Contempló el tren alejarse, mientras notaba dolorido el hombro. Lo cierto era que Miles había dicho algo que era verdad.

Nunca dejas de ser vigilante.

Wax apretó los dientes y echó a andar. Recogió la pistola que había soltado al caer (fue fácil de encontrar con su alomancia), y luego saltó sin romper el paso y se posó sobre las vías.

Empujó, lanzándose al aire. Alcanzó buena altura, luego empujó las vías de atrás y se abalanzó hacia delante. Un cuidadoso empujón abajo, un empujón continuo detrás. El viento rugía a su alrededor, las ropas eran un ruidoso borrón, la sangre manaba de la herida en su costado.

El vuelo del lanzamonedas era emocionante. Era una libertad que ningún otro alomántico podía conocer. Cuando el aire se volvía suyo, sentía el mismo júbilo que años atrás, cuando buscó por primera vez su fortuna en los Áridos. Deseó llevar puesto su gabán de bruma y que las nieblas lo rodearan. Todo parecía siempre funcionar mejor con las brumas. Se decía que protegían a los justos.

Alcanzó al tren en unos instantes, luego se lanzó en un poderoso arco por encima. Una pequeña figura caminaba sobre los vagones, dirigiéndose hacia Wayne y Marasi.

Wax empujó hacia abajo para no golpear demasiado fuerte, pero aumentó su peso al mismo tiempo, hasta chocar contra el techo del vagón y formar un cráter a su alrededor. Se irguió, y luego abrió el revólver, como para volver a cargarlo. Los casquillos vacíos y las balas sin disparar volaron al aire y cogió uno.

Miles se dio media vuelta. Wax le lanzó el cartucho.

Sorprendido, Miles lo cazó al vuelo.

—Adiós —dijo Wax, y luego lanzó el empunjón más poderoso que pudo contra el cartucho.

Miles abrió los ojos de par en par. Su mano chocó contra su pecho, y entonces salió volando del tren, el empunjón al cartucho transferido a él. El tren dobló una curva mientras Miles surcaba los aires y caía al suelo rocoso de atrás.

Wax se sentó, luego se tumbó, los ojos hacia el cielo. Inspiró profundamente, dolorido, y se llevó la mano al costado herido. Viajó así hasta la siguiente parada antes de bajarse.

—Teníamos órdenes, mi señor —dijo el maquinista—. Aunque oyera disparos en los vagones de pasajeros, no podía parar por nada. Los desvanecedores te atacan cuando paras.

—No importa —dijo Waxillium, cogiendo alegremente un vaso que le ofrecía un joven con el chaleco de aprendiz de maquinista—. Si hubiera parado, probablemente habría significado mi muerte.

Se hallaban en un cuartito en la estación, que (por tradición) era propiedad de un miembro menor de la casa que poseía las tierras cercanas. El lord en cuestión estaba fuera, pero el mayordomo había mandado llamar inmediatamente al médico local.

Waxillium se había quitado la chaqueta, el chaleco y la camisa, y se sujetaba una venda en el costado. No estaba seguro de tener tiempo para esperar al médico. Miles tardaría una hora en llegar corriendo a la estación. Por fortuna, no era un feruquimista de acero, capaz de aumentar su velocidad.

Una hora, probablemente, pero era más conveniente prepararse para lo peor. Si encontraba un caballo, Miles podría llegar antes. Y Waxillium no estaba seguro de cómo su Composición afectaría a su vigor. Tal vez podría correr distancias más largas de lo que debería.

—Casi hemos sacado a los suyos, milord —dijo otro aprendiz nada más entrar—. ¡Se supone que esos cerrojos no son tan difíciles de abrir!

Waxillium bebió su agua. Miles había planeado bien su trampa. Wayne y Marasi habían quedado confinados en su vagón, junto con todos los demás pasajeros, por trozos de metal que habían metido en las cerraduras de las puertas. Miles había esperado hasta que Waxillium salió de su compartimento, y luego atrapó rápidamente a los demás antes de cazarlo.

Al menos era una suerte. Miles no los había matado sin más. Sin embargo, tenía sentido que no lo hubiera hecho. Habría sido peligroso entrar para intentar matar a Wayne, que podía curarse, y arriesgarse a atraer a Waxillium, y luego enfrentarse a ambos a la vez. Miles era demasiado cuidadoso para eso. Waxillium era el verdadero objetivo. Los otros estaban mejor encerrados hasta que se consiguiera el objetivo principal.

—Tiene que volver a poner su tren en marcha —le dijo Waxillium al maquinista. Era un hombre fornido con barba marrón oscura y una gorrilla plana—. Los desvanecedores podrían ser un peligro. Tenemos que llegar al corazón de la Ciudad. No podemos retrasarnos.

—¡Pero su herida, mi señor...!

—Me pondré bien —dijo Waxillium. En los Áridos a menudo había pasado días o semanas con una herida antes de que un médico pudiera atenderla.

—Nosotros...

La puerta se abrió de golpe y entró Marasi. Su vestido azul estaba todavía chamuscado por la explosión en la mansión, pero lo llevaba bien, a pesar de los pliegues de encaje bajo la brillante capa exterior. Al chaleco azul que cerraba el corpiño le faltaba un botón abajo, probablemente arrancado en la caída. Él no lo había advertido antes.

Marasi se llevó las manos a la boca al ver el vendaje ensangrentado, pero inmediatamente se puso roja como un tomate al verlo sin la camisa puesta. Él sintió un momento de orgullo por el hecho de que, aunque tenía alguna cana, todavía tenía los músculos torneados de un hombre mucho más joven.

—¡Oh, Armonía! —exclamó ella—. ¿Estás bien? ¿Esa sangre es tuya? ¿Debo estar aquí? Puedo irme. Probablemente debería irme, ¿no? ¿Estás seguro de que te encuentras bien?

—Viviré —dijo Wayne, asomándose tras ella—. ¿Qué has hecho, Wax? ¿Tropezaste camino del cuarto de baño?

—Miles me encontró —dijo Waxillium, quitándose la venda. Parecía que la herida había dejado de sangrar. Cogió otra venda que le ofreció uno de los aprendices y se preparó para colocarla en su sitio.

—¿Está muerto? —preguntó Marasi.

—Lo maté unas cuantas veces —dijo Waxillium—, y fue tan efectivo como lo que todo el mundo ha intentado.

—Hay que quitarle sus mentes de metal —dijo Wayne—. Es la única manera.

—Tiene treinta distintas, todas perforando su piel, todas con suficiente capacidad curativa para recuperarlo de prácticamente cualquier herida.

Un brazo de peltre o incluso un hacedor de sangre menor como Wayne podían morir de un tiro directo a la cabeza. Miles podía sanar tan rápidamente que ni siquiera eso lo mataba. Se decía que mantenía la curación en marcha continuamente. Por lo que Waxillium sabía de la Composición, podía ser peligroso parar cuando habías empezado.

—Parece un desafío! —dijo Wayne.

Marasi se quedó en la puerta un momento más, luego aparentemente tomó una decisión y terminó de entrar.

—Déjame ver esa herida —dijo, arrodillándose junto a la silla de Waxillium.

Él frunció el ceño, pero dejó de intentar atarse la venda y permitió que ella la retirara e inspeccionara la herida.

—¿Sabe usted algo de medicina, mi señora? —preguntó el maquinista. Parecía un poco nervioso ante su presencia en la habitación.

—Voy a la universidad —dijo ella.

«Ah, es verdad», pensó Waxillium.

—¿Y? —preguntó Wayne.

Marasi examinó la herida.

—Las reglas universitarias, establecidas por el mismísimo Armonía, dictan una amplia educación.

—Los estudiantes tienen que recibir un poco de formación en todo —dijo Waxillium—, antes de poder elegir una especialidad.

—Eso incluye cuidados básicos y un poco de medicina —dijo Marasi—. Además de completos cursos de anatomía.

Wayne frunció el ceño.

—Espera. Anatomía. Eso quiere decir todas las partes de la anatomía.

Marasi se ruborizó.

—Sí.

—Entonces...

—Entonces fue muy popular en clase observar mis reacciones, al parecer —dijo ella, todavía ruborizándose—. Y prefiero no abundar en eso en este momento, Wayne, gracias. Esto necesita puntos, Waxillium.

—¿Puedes hacerlo?

—Hum... Nunca he trabajado con nadie vivo antes...

—Eh —dijo Wayne—. Yo me pasé meses entrenando mis bastones de duelo con muñecos antes de golpear a mi primera persona real. Es casi igual.

—No pasará nada, Marasi —dijo Waxillium.

—Tantas cicatrices... —dijo ella en voz baja, como si no advirtiera lo que él había dicho. Miraba su pecho y sus costados, y parecía estar contando antiguas heridas de bala.

—Hay siete —respondió él suavemente, volviendo a colocarse la venda y amarrándola con fuerza.

—¿Te han disparado siete veces? —preguntó ella.

—Muchos tiros no son letales, si sabes cómo cuidarlos —dijo Waxillium—. En realidad, no...

—Oh —dijo ella, llevándose una mano a los labios—. Quiero decir, solo tenemos datos de cinco. Tienes que hablarme de los otros dos en algún momento.

—Bien —respondió él. Hizo una mueca al levantarse. Señaló su camisa.

—Oh, hermano —dijo ella—. Ha costado trabajo sacarla, ¿no? Me impresiona que te hayan disparado tantas veces. De verdad.

—Que te peguen un tiro no es tan impresionante —advirtió Wayne—. No hace falta mucha habilidad. Lo que es duro es esquivar las balas.

Waxillium bufó al meter el brazo por una manga.

Marasi se levantó.

—Me daré media vuelta para que puedas vestirte —dijo, y empezó a volverse.

—Darte la vuelta —murmuró Waxillium.

—Hum, sí.

—Para que pueda vestirme.

—Un poco tonto, supongo.

—Un poco —dijo él, sonriendo y metiendo el brazo en la otra manga. Empezó a abrocharse los botones. Wayne parecía tan divertido que tenía problemas para permanecer de pie.

—Muy bien —respondió ella, llevándose las manos a la cara—. Me doy cuenta de que a veces me acaloro un poco. ¡No estoy acostumbrada a que me exploten cosas, a que me disparen, ni a encontrar a mis amigos sentados y sangrando con la camisa quitada cuando entro en los sitios! Todo esto es muy nuevo para mí.

—No pasa nada —dijo Waxillium, poniéndole una mano en el hombro—. Hay cosas mucho peores que ser auténtica, Marasi. Además, Wayne no era mucho mejor cuando empezó en esto. Se ponía tan nervioso que empezaba...

—Eh —dijo Wayne—, no me vengas ahora con eso.

—¿Qué? —preguntó Marasi, bajando las manos.

—Nada —replicó Wayne—. Vamos. Tendríamos que ponernos en marcha, ¿no? Si el señor Miles el Asesino sigue vivo, querrá dispararnos, ¿no? Y aunque le dispare a Wax (tiene un montón de experiencia, ya sabes), creo que es mejor evitarlo por hoy.

—Tiene razón —dijo Waxillium, poniéndose el chaleco y luego las pistoleras. Dio un respingo.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó Marasi.

—Está bien —dijo Wayne, abriéndoles la puerta—. Casi estuve a punto de que me volaran mi bello trasero antes, si lo recuerdas, y no oí ni una pizca de la compasión que le muestras a él.

—Es diferente —respondió Marasi, adelantándose.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Porque yo puedo curarme?

—No, porque, aunque te conozco desde hace muy poco tiempo, estoy segura de que, a un nivel u otro, te mereces que te hagan volar de vez en cuando.

—Auch. Eso es duro.

—Pero ¿es falso? —preguntó Waxillium, poniéndose la chaqueta. Estaba bastante estropeada.

—No he dicho que no lo sea, ¿no? —respondió Wayne, y estornudó—. Sigue moviéndote, lentorro. ¡Herrumbres! Le pegan un tiro a un hombre y se cree que puede tomarse toda la tarde. ¡En marcha!

Waxillium lo dejó atrás. Se obligó a sonreír, aunque empezaba a sentirse tan hecho polvo como su chaqueta. No había mucho tiempo. Miles se había quitado la máscara, pero obviamente esperaba haberlo matado. Ahora sabía que lo habían derrotado, y eso lo pondría aún más nervioso.

Si Miles y su gente iban a buscar más aluminio, lo harían pronto. Esta noche, probablemente, suponiendo que hubiera un envío. Waxillium esperaba uno pronto: había leído algo en los periódicos, donde la Casa Tekiel alardeaba de sus nuevos vagones blindados.

—¿Qué vamos a hacer cuando volvamos? —preguntó Wayne en voz baja mientras se dirigían a su tren  
—. Vamos a necesitar un lugar seguro donde hacer planes, ¿no?

Waxillium suspiró, sabiendo lo que pretendía Wayne.

—Probablemente tienes razón.

Wayne sonrió.

—¿Sabes? —dijo Waxillium—. No estoy seguro de que pudiera llamar «seguro» a ningún lugar cercano a Ranette. Sobre todo, si tú estás allí.

—Es mejor que explotar —dijo Wayne felizmente—. Casi.



**W**axillium llamó a la puerta de la casa. Se hallaba en un típico barrio de Elendel. Vibrantes y hermosos castaños flanqueaban cada acera de la calle empedrada. Incluso después de siete meses en la ciudad, los árboles seguían llamándole la atención. En los Áridos, los árboles tan grandes como estos eran raros. Y aquí había una calle entera llena de ellos, casi todos ignorados por sus habitantes.

Wayne, Marasi y él se encontraban en el porche de la estrecha casa de ladrillo. Antes de que Waxillium tuviera la oportunidad de bajar la mano, la puerta se abrió. Una mujer esbelta y de largas piernas apareció en el umbral. Su cabello oscuro estaba recogido en una cola que le llegaba hasta los hombros, y llevaba pantalones marrones y una chaqueta larga de cuero al estilo de los Áridos sobre una camisa blanca de encaje. Le echó una mirada a Waxillium y Wayne y luego cerró de golpe la puerta sin decir palabra.

Waxillium miró a Wayne, y los dos dieron un paso al lado. Marasi los miró confundida hasta que Waxillium la cogió por el brazo y la apartó.

La puerta volvió a abrirse, y la mujer asomó una escopeta. Miró a los dos hombres y entornó los ojos.

—Contaré hasta diez —dijo—. Uno.

—Vamos, Ranette —empezó a decir Waxillium.

—Dos tres cuatro cinco —dijo ella en rápida sucesión.

—¿De verdad tenemos que...?

—Seis siete ocho.

Alzó el arma, apuntándolos.

—Muy bien... —dijo Waxillium, bajando los peldaños. Wayne lo siguió, sujetando con la mano el sombrero del cochero.

—No nos irá a disparar de verdad, ¿no? —susurró Marasi.

—¡Nueve!

Llegaron a la acera junto a los altos árboles. La puerta se cerró de golpe tras ellos.

Waxillium inspiró profundamente, se dio media vuelta y contempló la casa. Wayne se apoyó contra uno de los troncos de los árboles, sonriendo.

—Ha ido bien —dijo Waxillium.

—Ajá —respondió Wayne.

—¿Bien? —exclamó Marasi.

—No nos ha disparado a ninguno —dijo Waxillium—. Nunca se puede estar seguro con Ranette. Sobre todo si Wayne está presente.

—Eh, eso sí que es injusto —dijo Wayne—. Solo me ha disparado tres veces.

—Te olvidas de Callingfale.

—Eso fue en el pie. Apenas cuenta.

Marasi arrugó los labios, estudiando el edificio.

—Tenéis amistades curiosas.

—¿Curiosas? No, solo está enfadada. —Wayne sonrió—. Así es como muestra afecto.

—¿Disparándole a la gente?

—Ignora a Wayne —dijo Waxillium—. Ranette puede ser brusca, pero apenas le dispara a nadie que no sea él.

Marasi asintió.

—Entonces... ¿deberíamos irnos?

—Espera un momento —dijo Waxillium. A su lado, Wayne empezó a silbar, luego comprobó de nuevo su reloj de bolsillo.

La puerta volvió a abrirse, y Ranette se asomó, apuntándolos con la escopeta.

—¡No os marcháis! —exclamó.

—Necesito tu ayuda —respondió Waxillium.

—¡Y yo necesito que metas la cabeza en un cubo de agua y cuentes lentamente hasta mil!

—Hay vidas en juego, Ranette —gritó Waxillium—. Vidas inocentes.

—No te preocunes —le dijo Wayne a Marasi—. A esta distancia, los perdigones probablemente no serán letales. Pero asegúrate de tener los ojos cerrados.

—No estás ayudando, Wayne —dijo Waxillium con tranquilidad. Estaba seguro de que Ranette no iba a disparar. Bueno, razonablemente seguro. Tal vez.

—Oh, ¿de verdad quieres que ayude? —dijo Wayne—. Vale. ¿Tienes todavía esa pistola de aluminio que te di?

—Guardada aquí atrás. Sin balas.

—¡Eh, Ranette! —llamó Wayne—. ¡Tengo una bonita pistola para ti!

Ella vaciló.

—Espera —dijo Waxillium—. Yo quería esa...

—No seas crío. ¡Ranette, es un revólver hecho enteramente de aluminio!

Ella bajó la escopeta.

—¿De verdad?

—Sácala —le susurró Wayne a Waxillium.

Waxillium suspiró y buscó bajo su chaqueta. Alzó el revólver, atrayendo algunas miradas de los transeúntes que pasaban. Varios de ellos se dieron media vuelta y se apresuraron a volver por donde habían venido.

Ranette dio un paso adelante. Era una atraedora, y podía reconocer la mayoría de los metales simplemente quemando hierro.

—Vaya. Deberíais haber mencionado que traíais un soborno. ¡Esto podría ser suficiente para que os perdone!

Bajó los peldaños, la escopeta al hombro.

—¿Te das cuenta —dijo Waxillium entre dientes— que este revólver vale lo suficiente para comprar una casa entera llena de armas? Creo que debería pegarte un tiro por esto.

—Los modos de Wayne son misteriosos e incomprendibles —dijo el propio Wayne—. Lo que da, puede volver a retomarlo. Y así sea escrito y ponderado.

—Ponderarás mi puño en tu cara. —Waxillium fingió una sonrisa cuando Ranette los alcanzó. Entonces, reacio, entregó el revólver.

Ella lo examinó con ojo experto.

—Liviano —dijo—. Ninguna marca de fabricante estampada en el cañón ni la culata. ¿De dónde habéis sacado esto?

—De los desvanecedores.

—¿De quiénes?

Waxillium suspiró. «Venga ya».

—¿Cómo puede no saber quiénes son los desvanecedores? —estalló Marasi—. Han aparecido en todos los periódicos de la ciudad de los dos últimos meses. La gente no habla de otra cosa.

—La gente es estúpida —dijo Ranette, abriendo el revólver y comprobando las recámaras—. Me parece molesta... y me refiero a los que me caen bien. ¿Tiene también balas de aluminio?

Waxillium asintió.

—No tenemos balas de pistola. Solo unas cuantas de rifle.

—¿Cómo funcionan? —preguntó ella—. Más fuerte que el plomo, pero mucho más liviano. Menos poder inmediato, obviamente, pero se romperán al alcanzar su objetivo. Podrían ser muy letales si alcanzan el punto adecuado. Y eso suponiendo que la resistencia del viento no frene demasiado las balas antes de que lleguen a su objetivo. El alcance efectivo sería menor. Y serían muy abrasivas para el cañón.

—No la he disparado —dijo Waxillium. Miró a Wayne, que sonreía—. La hemos estado... ejem, reservando para ti. Y estoy seguro de que las balas son de una aleación mucho más pesada que el revólver, aunque no he tenido posibilidad de probarlas todavía. Son más livianas que las de plomo, pero no tanto como serían si fueran de aluminio casi puro. El porcentaje sigue siendo alto, pero la aleación debe resolver la mayoría de esos problemas.

Ranette gruñó. Señaló ausente a Marasi con la pistola.

—¿Quién es el adorno?

—Una amiga —contestó Waxillium—. Ranette, nos están buscando. Gente peligrosa. ¿Podemos pasar?

Ella se guardó el revólver en el cinturón.

—Bien. Pero si Wayne toca algo, cualquier cosa, le volaré los dedos de un tiro.

Marasi se mordió la lengua mientras los conducían al edificio. No le hizo mucha gracia que se refirieran a ella como «un adorno». Pero tampoco le hacía gracia que le pegaran un tiro, así que callarse parecía prudente.

Era buena en eso. Llevaba más de dos décadas de su vida entrenándose en ello.

Ranette cerró la puerta tras ellos, luego se dio la vuelta. Sorprendentemente, los cerrojos de la puerta se cerraron solos, girando en sus molduras y chasqueando. Había casi una docena de ellos, y su súbito movimiento hizo que Marasi diera un respingo. «En el Letal Nombre del Superviviente, ¿qué...?».

Ranette dejó la escopeta en una cesta junto a la puerta (parecía que la guardaba allí como la gente corriente dejaba sus paraguas), y luego se internó en el estrecho pasillo. Agitó una mano, y una especie

de palanca junto a la puerta interior se movió. La puerta se abrió y se dirigió hacia ella.

Ranette era alomántica. Naturalmente. Por eso había podido reconocer el aluminio. Mientras llegaban a la puerta, Marasi estudió el artilugio que la había abierto. Había una palanca de la que se podía tirar, que a su vez movía una cuerda, una polea y una palanca al otro lado.

«Hay una a cada lado —advirtió Marasi mientras atravesaban el umbral—. Puede abrir las puertas desde cada dirección sin tener que levantar una mano». Parecía una frivolidad. Pero ¿quién era ella para criticar cómo utilizaba otra persona la alomancia? Esto sería útil si ibas a menudo con las manos llenas.

El salón al otro lado había sido convertido en un taller. Había grandes mesas de trabajo en los cuatro costados, y en las paredes habían clavado clavos para colgar una impresionante variedad de herramientas. Marasi no reconoció ninguno de los aparatos que abarrotaban las mesas, pero había un montón de abrazaderas y engranajes. Un perturbador número de cables eléctricos serpenteaba por el suelo.

Marasi pisó con cuidado. La electricidad no podía ser peligrosa cuando había cables, ¿no? Había oído historias de gente que se quemaba, como golpeadas por un rayo, por acercarse demasiado a aparatos eléctricos. Y se hablaba de usar esta energía para todo, de sustituir los caballos con ella, de hacer molinos que molieran el grano solos, de usarla para manejar ascensores. Preocupante. Bien, mantendría su distancia.

La puerta se cerró tras ellos en respuesta a la alomancia de Ranette. Tuvo que tirar de una palanca para ello, así que eso significaba que era una atraedora, no un lanzamonedas como Waxillium. Wayne estaba rebuscando en las mesas, ignorando por completo la amenaza a sus dedos.

Waxillium estudió la habitación, con sus cables, ventanas (cubiertas por postigos) y herramientas.

—¿He de entender que cumples tus expectativas?

—¿Qué? —preguntó Ranette—. ¿La ciudad? Es una porquería. No me siento aquí ni la mitad de segura que en los Áridos.

—Sigo sin poder creer que nos abandonaras —dijo Wayne, herido.

—No teníais electricidad —respondió Ranette, sentándose en una silla con ruedas. Agitó ausente una mano, y una herramienta larga y fina salió de un casillero en la pared. Voló hacia ella y la agarró, luego le dio la vuelta y empezó a hurgar en la pistola que Waxillium le había dado. Por lo que Marasi comprendió, los gestos no eran necesarios para empujar o tirar, pero muchos los usaban de todas formas.

Ranette ignoró por completo a sus visitantes mientras trabajaba. Tiró de unas cuantas herramientas más sin alzar la mirada, haciendo que cruzaran la habitación hacia donde estaba. Una casi rozó el hombro de Marasi.

No era habitual ver utilizar la alomancia de manera tan casual, y Marasi no estaba segura de cómo interpretar aquello. Por un lado, era fascinante. Por otro, era humillante. ¿Cómo sería, tener un poder que fuera útil? Lord Harms había insistido en que Marasi mantuviera su habilidad (si lo era) en secreto, pues la consideraba indecorosa. Ella lo comprendía. No le avergonzaba tanto tener una hija alomántica como tenerla ilegítima. No podía permitir que Marasi pareciera mejor partido que Steris.

«Amargos pensamientos», se dijo, apartándolos de su mente. La amargura podía consumir a una mujer. Era mejor mantenerla a raya.

—Esta pistola es un buen trabajo —dijo Ranette, aunque parecía molesta. Se había puesto unas gafas con lupas, y estaba examinando el cañón del revólver mientras lo alumbraba con una pequeña luz eléctrica—. Supongo que quieras que descubra quién la ha fabricado, ¿no?

Waxillium, que estaba estudiando una fila de pistolas a medio terminar en una de las mesas, se volvió.

—La verdad es que hemos venido aquí porque necesitábamos un sitio seguro para pensar durante unas horas.

—¿Tu mansión no es segura?

—Mi mayordomo fracasó en un intento de envenenarme, luego trató de pegarme un tiro, y después hizo estallar un explosivo en mi estudio.

—Vaya. —Ella amartilló la pistola varias veces—. Tienes que elegir mejor a esa gente, Wax.

—Lo tendré en cuenta. —Cogió una pistola y comprobó su cañón—. Voy a necesitar un nuevo Sterrion.

—Y un cuerno —replicó Ranette—. ¿Qué hay de malo en los que tienes?

—Se los di al mayordomo mencionado, y probablemente los arrojó a los canales.

—¿Y tu Ambersairs? Te hice uno de esos, ¿no?

—Lo hiciste. Lo perdí luchando contra Miles Dagouter hoy.

Eso hizo detenerse a Ranette. Soltó la pistola de aluminio y se giró en la silla.

—¿Qué?

Waxillium contraíó los labios.

—Estamos escondiéndonos de él.

—¿Por qué intenta mataros Miles Cienvidas? —señaló Ranette.

Wayne dio un paso adelante.

—Intenta derrocar a la ciudad o algo por el estilo, querida. Por algún motivo, piensa que el mejor modo de hacerlo es robando a la gente y volando mansiones.

—No me llames querida.

—Claro, cariño.

Marasi observaba en silencio, curiosa. A Wayne parecía gustarle burlarse de esta mujer. De hecho, aunque trataba de parecer indiferente, no dejaba de mirarla, y cada vez se había estado acercando más y más a su silla.

—Como quieras —dijo Ranette, volviendo a su trabajo—. No me importa. Pero no vas a conseguir un nuevo Sterrion.

—No hay pistolas que sean más certeras que las tuyas, Ranette.

Ella no respondió. Miró a Wayne que se había acercado hasta poder asomarse por encima de su hombro y mirar el arma.

Waxillium sonrió y se volvió a seguir mirando las pistolas sin terminar de la mesa. Marasi se le acercó, sin saber qué hacer. ¿No habían venido aquí a planear su siguiente movimiento? Ni Waxillium ni Wayne parecían demasiado ansiosos para ponerse a trabajar en ello.

—¿Hay algo entre ellos? —susurró Marasi, señalando con la cabeza a Wayne y Ranette—. Ella actúa como si fuera una amante despechada.

—Qué más quisiera Wayne —respondió Waxillium entre susurros también—. Ranette no está interesada en él. No estoy seguro de que le interese ningún hombre en ese aspecto. Pero él no deja de intentarlo. —Sacudió la cabeza—. Casi me da la impresión de que todo eso, venir a Elendel a investigar a los desvanecedores, buscarme, fue una añagaza para convencerme de que lo acompañara a venir a ver a Ranette. Sabía que ella no lo dejaría entrar a menos que viniera conmigo y que lo que estuviéramos haciendo fuera algo importante.

—Sois una pareja muy rara, ¿sabes?

—Lo intentamos.

—¿Cuál es nuestro siguiente movimiento?

—Estoy intentando decidir. Por ahora, si nos entretenemos lo suficiente, puede que me dé un revólver nuevo.

—Eso, o te disparará por molestarla.

—No. Nunca le ha disparado a nadie después de dejarlos entrar que yo recuerde. Ni siquiera a Wayne.

—Vació—. Probablemente te dejará quedarte aquí, si quieres. Apuesto a que hay una nube de cobre en rotación en los edificios cercanos, envolviendo la zona. Ranette odia que la gente sienta su alomancia. Dudo de que haya media docena de personas en Elendel que sepan que vive aquí. Solo Armonía sabe cómo la ha localizado Wayne.

—Preferiría no quedarme. Por favor, sea lo que sea que vayáis a hacer, quiero ayudar.

Él cogió algo de la mesa: una cajita de balas.

—No logro entenderte, Marasi Colms.

—Has resuelto algunos de los crímenes más perturbadores que los Áridos han conocido jamás, lord Waxillium. Dudo de que yo sea tan misteriosa.

—Tu padre está bien situado —dijo Waxillium—. Por lo que sé de él, estoy seguro de que podría haberte proporcionado una cómoda pensión para el resto de tu vida. En cambio, asistes a la universidad... y eliges uno de los programas de estudios más difíciles que se ofrecen.

—Tú mismo dejaste una posición de considerable comodidad —dijo ella—, y elegiste vivir lejos de las conveniencias y modernidades.

—Eso hice.

Ella seleccionó una de las balas de la caja, la alzó y la examinó. No pudo ver nada de particular.

—¿Has sentido alguna vez que eras inútil, lord Waxillium?

—Sí.

—Es difícil de imaginar en alguien tan capaz como tú.

—A veces —dijo él—, capacidad y percepción pueden funcionar de manera independiente.

—Cierto. Bien, mi señor, yo me he pasado la mayor parte de mi vida escuchando decir amablemente que soy inútil. Inútil para mi padre por mi nacimiento; inútil como alomántica; inútil para Steris, ya que era un incordio. A veces, la capacidad puede templar la percepción. O eso espero.

Él asintió.

—Hay algo que quiero que hagas. Es peligroso.

Ella guardó la bala en la caja.

—Ser útil, aunque sea en un simple estallido de llama y sonido es mejor que toda una vida sin conseguir nada.

Él la miró a los ojos, juzgando su sinceridad.

—¿Tienes un plan? —preguntó ella.

—No hay mucho tiempo para planes. Esto es más bien una coronada. —Alzó la caja de balas y habló en voz alta—. Ranette, ¿qué es esto?

—Balas mataneblinos.

—¿Mataneblinos? —preguntó Marasi.

—Un término antiguo —dijo Waxillium—. Se refiere a una persona corriente entrenada para luchar contra alománticos.

—Estoy trabajando en una munición para usarla contra cada tipo básico de alomántico —dijo Ranette, ausente. Desatornilló la culata de la pistola y empezó a desmontarla—. Esas son balas para lanzamonetas. Puntas de cerámica. Cuando empujen la bala que vaya volando en su búsqueda,

arrancarán la porción de metal de la parte de atrás, pero la cerámica debería seguir volando recta y alcanzarlos. Podría ser mejor que las balas de aluminio: en ese caso, el alomántico no puede sentir las, así que sabe que debe ponerse a cubierto en vez de confiar en sus empujones. Estas las sentirán y pensarán que pueden derrotarlas... hasta que estén en el suelo sangrando.

Wayne silbó suavemente.

—¡Ruina, Ranette! —dijo Waxillium—. Nunca me he alegrado más de que estemos en el mismo bando.  
—Vació—. O, al menos, de que tú estés en tu propio bando especial y que no tengamos que enfrentarnos demasiado a menudo.

—¿Qué va a hacer con ellas? —preguntó Marasi.

—¿Hacer? —replicó Ranette.

—¿Va a venderlas? ¿Patentar la idea y comercializarlas?

—Si hiciera eso, entonces las tendría todo el mundo! —Ranette sacudió la cabeza, asqueada—. La mitad de los habitantes de la ciudad estarían aquí, molestándome.

—¿Balas para atraedor? —preguntó Waxillium, cogiendo otra caja.

—Similares, pero con cerámica a los lados —dijo Ranette—. No son tan efectivas, al menos a largo alcance. La mayoría de los atraedores se protegen tirando de las balas para que golpeen una placa blindada que llevan en el pecho. Estas balas explotan cuando tiran de ellas, y te encuentras con una pequeña metralla de cerámica. Debería funcionar a tres metros o así, aunque podría no ser letal. Sugiero apuntar a la cabeza. Intento aumentar su alcance.

—¿Balas para ojos de estaño?

—Hacen un ruido extra cuando se disparan. Y otro ruido cuando alcanzan el blanco. Dispara unos cuantos tiros a su alrededor, y sus sentidos amplificados los harán tirarse al suelo con las manos en los oídos. Es bastante bueno si quieres coger a uno con vida, aunque con los ojos de estaño es difícil encontrarlos en primer lugar.

—Y balas para brazos de peltre —dijo Waxillium, estudiando la última caja.

—No hay mucho de especial en esas —respondió Ranette—. Balas grandes, pólvora extra, puntas huecas, metal blando... Se pretende que tengan un montón de potencia para pararlos. Un brazo de peltre puede resistir después de recibir unos cuantos tiros, así que lo que uno quiere es derribarlos y mantenerlos en el suelo el tiempo suficiente para que su cuerpo se dé cuenta de que debería estar muriéndose en vez de luchando. Naturalmente, la mejor forma de abatirlos es alcanzarlos en la cabeza a la primera.

Un brazo de peltre no sería como Miles, capaz de curarse inmediatamente. Tenían gran resistencia, y podían ignorar las heridas... pero esas heridas los matarían, tarde o temprano.

—Hum —dijo Waxillium, alzando una de las largas balas—. Ninguna de estas es de calibre estándar. Hará falta toda un arma para dispararlas.

Ranette no respondió.

—Buen trabajo, Ranette —dijo Waxillium—. Incluso viniendo de ti. Estoy impresionado.

Marasi esperó que la ceñuda mujer ignorara el cumplido, pero Ranette sonrió... aunque obviamente trató de ocultar su satisfacción. Enterró la cabeza en su trabajo, y ni siquiera se molestó en espantar a Wayne.

—¿Quién es la gente que dices que corre peligro?

—Rehenes —respondió Waxillium—. Mujeres, incluyendo la prima de Marasi. Alguien intenta utilizarlas para engendrar nuevos alománticos.

—¿Y Miles está implicado en eso?

—Sí. —La voz de Waxillium era solemne. Preocupada.

Ranette vaciló, todavía inclinada sobre el revólver desmontado.

—Tercera casilla —dijo por fin—. Al fondo.

Waxillium se acercó y metió la mano en la profunda casilla. Sacó un estilizado revólver plateado con unas cachas que mezclaban ónice y marfil en tiras onduladas, separadas por bandas de plata. Tenía un cañón largo, la parte metálica plateada tan pulida que prácticamente brillaba igual que las luces eléctricas.

—No es un Sterrion —dijo Ranette—. Es mejor.

—Ocho balas —murmuró Waxillium, alzando una ceja mientras giraba el tambor del revólver.

—Es acero invariano. Más fuerte, más liviano. Me permitió reducir el grosor entre las recámaras, aumentar el número sin hacerlo demasiado grande. ¿Ves la palanquita de atrás, junto al percutor?

Él asintió.

—Échala atrás y gira el tambor.

Él así lo hizo. El tambor se detuvo en una recámara concreta.

—Se salta esa recámara y la siguiente si disparas normalmente —dijo Ranette—. Solo puedes dispararlas si conectas la palanquita.

—Balas mataneblinos —dijo Waxillium.

—Sí. Carga seis balas normales, dos especiales. Dispáralas cuando las necesites. ¿Quemas acero?

—Lo estoy haciendo ahora.

—Las líneas de metal en la empuñadura.

—Las veo.

—Empuja la de la izquierda.

Algo chasqueó dentro del arma. Waxillium silbó suavemente.

—¿Qué? —preguntó Wayne.

—Seguro solo para alománticos —dijo Waxillium—. Hay que ser lanzamonetas o atraedor para conectarlo o desconectarlo.

—El interruptor está imbuido dentro de la empuñadura —informó Ranette—. Ningún signo exterior de que esté ahí. Con eso, nunca tendrás que preocuparte de que alguien dispare tu propia arma contra ti.

—Ranette —dijo Waxillium, asombrado—. Eso es una genialidad.

—Llamo a la pistola *Vindicación*. Como la Guerrero Ascendente —dijo ella, entonces vaciló—. Puedes tomarla prestada. Si me traes un informe de campo sobre su funcionamiento.

Waxillium sonrió.

—Esa es obra de Nouxil, por cierto —dijo Ranette, señalando la mesa.

—¿La pistola de aluminio?

Ranette asintió.

—Me lo pareció por la forma del cañón, pero el mecanismo interior es muy claro.

—¿Quién es Nouxil? —preguntó Wayne, inclinándose más para mirar.

Ranette le puso una mano en la frente y lo empujó hacia atrás.

—Un fabricante de armas. Desapareció hará cosa de un año. Manteníamos correspondencia. Nadie ha vuelto a saber de él. —Alzó un trozo de metal que había sacado del interior de la empuñadura—. ¿Alguien habla alto imperial?

Waxillium negó con la cabeza.

—Hace que me duela la cabeza —dijo Wayne.

—Yo lo sé leer, un poco —dijo Marasi, cogiendo el trocito cuadrado de metal. Había varios caracteres grabados—. Estando en el donde de necesidad —leyó, formando las extrañas palabras. La alta lengua se usaba para antiguos documentos que databan de la época del Origen, y ocasionalmente para ceremonias gubernamentales—. Es una llamada de auxilio.

—Bueno, ahora sabemos cómo consiguió Miles sus armas —repuso Waxillium, cogiendo la placa y examinándola.

—Wax —dijo Ranette—. Miles siempre tuvo algo oscuro en él, lo sé. Pero ¿esto? ¿Estás seguro?

—Todo lo seguro que puedo estar. —Alzó a *Vindicación* por encima de la cabeza—. Lo vi cara a cara, Ranette. Farfulló una diatriba sobre salvar a la ciudad mientras intentaba matarme.

—Eso será inútil contra él —dijo Ranette, señalando a *Vindicación*—. He estado intentando idear un arma para usarla contra los hacedores de sangre. Solo está medio terminada.

—Eso estará bien —dijo Waxillium con voz fría—. Necesitaré toda la ventaja que pueda. —Sus ojos eran duros, como acero pulido.

—He oído rumores de que te habías retirado —comentó Ranette.

—Lo había hecho.

—¿Qué ha cambiado?

Waxillium enfundó a *Vindicación* en su sobaquera.

—Tengo un deber —dijo en voz baja—. Miles era vigilante de la ley. Cuando uno de los tuyos se vuelve malo, lo abates personalmente. No lo dejas a gente contratada. Wayne, tengo que enviar manifiestos. ¿Puedes conseguirme algunos de las oficinas del ferrocarril?

—Claro. Puedo tenerlos en una hora.

—Bien. ¿Sigues teniendo esa dinamita?

—Pues claro que sí. Aquí en el bolsillo de mi chaqueta.

—Estás loco —dijo Waxillium sin vacilar—. Pero ¿trajiste detonadores?

—Sí.

—Intenta evitar volar algo por accidente. Pero conserva esa dinamita. Marasi, necesito que compres redes de pescar. Fuertes.

Ella asintió.

—Ranette —empezó a decir Waxillium—. Yo...

—No soy parte de tu pequeña tropa de ayudantes, Wax —respondió Ranette—. Déjame fuera de esto.

—Todo lo que iba a hacer era pedirte una habitación en tu casa y un poco de papel. Necesito esbozar esto.

—Bien —dijo ella—. Mientras no hagas ruido. Pero Wax... ¿de verdad crees que podrás con Miles? Ese hombre es inmortal. Necesitarías un pequeño ejército para detenerlo.

—Bien —contestó Waxillium—. Porque pretendo conseguir uno.



—Wax es sibilino —dijo Miles, caminando junto al Señor Elegante a través del oscuro túnel que conectaba los dormitorios con las fraguas del nuevo refugio—. Ha vivido tanto precisamente porque ha aprendido a evitar que lo mate gente que es más hábil y más fuerte que él.

—No deberías haberte revelado —dijo Elegante severamente.

—No estaba dispuesto a matar a Wax sin que me viera, Elegante —dijo Miles—. Se merece más respeto que eso.

Las palabras lo reconcomieron mientras las pronunciaba. No había mencionado el primer disparo a Wax, el que había hecho cuando estaba de espaldas. Ni había mencionado la tela de su máscara, metida dentro de su carne por la bala de Wax y que dificultaba la curación de su ojo. Había tenido que sacársela.

Elegante bufó.

—Y dicen que los Áridos es el lugar donde el honor va para ser asesinado.

—Es el lugar donde el honor va para ser colgado, despelajeado hasta casi perder la vida, y luego es cortado y dejado en el desierto. Si sobrevive a algo así, será más fuerte que el infierno. Ciertamente, más fuerte que nada que se haya visto en las fiestas de Elendel.

—¿Y eso lo dice un hombre que rápidamente se dispuso a matar a un amigo? —dijo Elegante. Su tono era todavía receloso. Creía que Miles había dejado escapar a Wax intencionadamente.

No comprendía nada. Los robos ya no eran importantes. Los caminos elegidos por Wax y Miles se habían cruzado. El futuro solo podía seguir una de ambas opciones.

Wax moriría, o lo haría Miles. Eso zanjaría la cuestión. Los Áridos no eran un lugar sencillo, pero sí un sitio donde lo eran las soluciones.

—Wax no es un amigo —dijo Miles, y era sincero—. Nunca fuimos amigos..., no más de lo que dos reyes rivales puedan serlo. Nos respetamos mutuamente, hacemos trabajos similares y hemos trabajado juntos. Ahí se termina. Lo detendré, Elegante.

Salieron de la fragua y subieron las escaleras hasta el balcón que corría por la cara norte de la gran cámara. Llegaron hasta el final y se detuvieron junto a una puerta donde había un ascensor.

—Te estás convirtiendo rápidamente en una molestia, vigilante —dijo Elegante—. Al Grupo no le gustas, aunque de momento he seguido defendiendo tu valía. No me hagas lamentarlo. Muchos de mis colegas están convencidos de que te volverás contra nosotros.

Miles no sabía si lo haría o no. No lo había decidido. Básicamente solo quería una cosa: venganza. Todos los mejores motivos reducidos a una sola y tenaz emoción.

Venganza por quince años en los Áridos, sin conseguir nada. Si esta ciudad ardía, quizá, por una vez, los Áridos verían algo de justicia. Y tal vez Miles podría ver establecerse un gobierno aquí en Elendel que no estuviera corrupto. Una parte de él reconocía, sin embargo, que ver humillados a los lores que gobernaban, a los alguaciles que se cruzaban de brazos, a los senadores que hablaban tan grandiosamente pero no hacían nada útil para el pueblo real sería lo más satisfactorio.

El Grupo era parte de lo establecido. Pero también ellos querían una revolución. Tal vez no se volvería contra ellos. Tal vez.

—No me gusta estar en este sitio, Elegante —dijo Miles, indicando la cámara donde los desvanecedores se habían asentado—. Está demasiado cerca del centro de las cosas. Verán entrar y salir a mis hombres.

—Os trasladaremos pronto —dijo Elegante—. El Grupo está en proceso de adquirir una nueva estación de tren. ¿Sigues decidido a hacer el trabajo de esta noche?

—Sí. Necesitamos más recursos.

—Mis colegas lo cuestionan. Se preguntan por qué tantas molestias para dotar a tus hombres de aluminio, solo para perderlo en una sola lucha sin matar a ninguno de los alománticos que se enfrentaron a vosotros.

«Es importante —pensó Miles—, porque pretendo usar ese aluminio para financiar mis propias operaciones». Ahora estaba prácticamente en la indigencia, justo donde había empezado. «Maldito seas, Wax. Ojalá te condenes a la Tumba de Ojos de Hierro».

—¿Cuestionan sus colegas lo que he hecho por ellos? —dijo Miles, saliendo de su ensimismamiento—. Cinco de las mujeres que querían están en su posesión, todas sin una mota de sospecha hacia usted y el Grupo. Si desean que la cosa continúe así, mis hombres deberán estar debidamente equipados. Un solo encendedor podría volver a todo el grupo unos contra otros.

Elegante lo miró. El delgado anciano no caminaba con bastón, y su espalda era recta. No era débil, a pesar de su edad y su obvio gusto por la buena vida. La puerta del ascensor se abrió. Dos hombres con traje negro y camisa blanca salieron de él.

—El Grupo ha aceptado el trabajo de esta noche —dijo Elegante—. Después de eso, os ocultaréis durante seis meses y os concentraréis en el reclutamiento. Prepararemos otra lista de objetivos para que nos los consigáis. Cuando regreséis a la actividad, discutiremos si la teatralidad de ser los «desvanecedores» es necesaria o no.

—La teatralidad impide que los alguaciles...

—Lo discutiremos *entonces*. ¿Intentará Wax interferir esta noche?

—Cuento con ello —dijo Miles—. Si intentamos escondernos, nos encontrará tarde o temprano. Pero no hará falta: descubrirá dónde vamos a atacar, y estará allí para intentar detenernos.

—Vas a matarlo esta noche, entonces —dijo Elegante, señalando a los dos hombres—. La mujer que cogisteis ayer se quedará aquí: úsala como cebo, si es necesario. No queremos trasladarla mientras la esté siguiendo. En cuanto a estos dos, te ayudarán para asegurarse de que todo salga bien.

Miles apretó los dientes.

—No necesito ayuda para...

—Te los llevarás —dijo Elegante fríamente—. Has demostrado no ser de fiar en lo referido a Waxillium. No hay más que discutir.

—Bien.

Elegante avanzó un paso, le dio un golpecito en el pecho y le habló en voz baja.

—El Grupo está ansioso, Miles. Nuestros recursos monetarios son muy limitados en este momento. Puedes robar el tren, pero no te molestes en tomar rehenes. Usaremos la mitad del aluminio que robes esta noche para financiar varias operaciones que no son de tu incumbencia. Puedes quedarte el resto de las armas.

—¿Estos dos hombres han combatido alguna vez contra alománticos?

—Son de los mejores. Creo que descubrirás que son muy capaces.

Los dos sabían lo que significaba esto. Sí, los dos lucharían contra Wax, pero también le echarían un ojo a Miles. Magnífico. Más interferencia.

«Hijo de puta insoportable», pensó Miles mientras Elegante se acercaba al ascensor, donde esperaban cuatro guardaespaldas. Se marchaba en su tren regular; probablemente había venido en él también. Quizá no se daba cuenta de que Miles los había estado investigando.

Elegante se marchó, dejando a Miles con los dos hombres vestidos de negro. Bien, encontraría alguna utilidad para ellos.

Regresó a la cámara principal, seguido por sus nuevos canguros. Los desvanecedores (la treintena que quedaba) se estaban preparando para el golpe de esta noche. Habían traído la Máquina a la cámara con la plataforma, que se movía a ras de tierra en un gran elevador industrial, una majestuosa maravilla eléctrica.

«El mundo está cambiando —pensó Miles, apoyándose en la barandilla—. Primero ferrocarriles, ahora electricidad. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que los hombres lleguen a los cielos, como dicen que es posible las Palabras de Instauración?». Podía llegar el día en que todo el mundo conociera la libertad que antes había estado reservada solo para los lanzamonetas.

El cambio no le daba miedo. El cambio era una oportunidad para convertirte en algo que no eras. Ningún Augurio se molestaba con el cambio.

Augurio. A menudo ignoraba esta parte suya. Su feruquimia era lo que lo mantenía con vida, y últimamente apenas lo advertía tampoco, excepto por la leve sensación de energía extra a cada paso que daba. Nunca le dolía la cabeza, nunca se cansaba, nunca tenía músculos doloridos, nunca se enfrentaba a resfriados ni achaques.

Por impulso, se agarró a la barandilla y saltó al suelo, situado a unos seis metros más abajo. Durante un breve instante, conoció esa sensación de libertad. Entonces llegó al suelo. Una de sus piernas trató de romperse: reconoció el leve chasquido. Pero las fracturas óseas se recuperaban tan rápidamente como se rompían, y por eso nunca se partían del todo: se agrietaban por un lado, pero volvían a cerrarse por el otro.

Se incorporó, entero. Los canguros vestidos de negro cayeron a su lado, uno soltó un trozo de metal y frenó un momento antes de tocar el suelo. Un lanzamoneda. Bueno, eso podía ser útil. El otro lo sorprendió, pues aterrizó con suavidad, pero no dejó caer ningún metal. El techo tenía vigas de metal. Ese hombre debía de ser un atraedor: tiraba de aquellas vigas para frenar su caída.

Miles recorrió la sala, inspeccionando a los desvanecedores mientras preparaban sus arreos. Todo el aluminio que les quedaba había ido a las armas y las balas. Esta vez las emplearían desde el principio. En la lucha del banquete de bodas, los hombres tardaron unos instantes en cambiar de armas. Ahora sabían lo que podían esperar. Su número podía ser inferior, pero estarían mucho mejor preparados.

Saludó a Clamps, que estaba controlando a los hombres y le devolvió el gesto. Era bastante leal, aunque se había unido al grupo por la emoción de los robos en vez de por la causa. De todos ellos, solo Tarson (el querido y brutal Tarson) tenía algo parecido a la verdadera lealtad.

Clamps decía estar comprometido con la causa, aunque Miles no lo creía. Bueno, Clamps no había sido el que había disparado el primer tiro en el último jaleo. Pese a todo lo que Miles quería cambiar las cosas, su temperamento, y no su mente, había acabado por imponerse.

Tendría que haber sido mejor que eso. Era un hombre creado para tener una mano firme y una mente más firme todavía. Hecho por Trell, inspirado por el Superviviente, y sin embargo débil aún. Miles se cuestionaba a menudo a sí mismo. ¿Era eso la marca de una falta de dedicación? Nunca había hecho nada en su vida sin cuestionarlo.

Se dio media vuelta, estudiando sus dominios. Ladrones, asesinos y bravucones. Inspirió profundamente, luego quemó oro.

Estaba considerado uno de los menores metales alománticos. Mucho menos útil que su aleación, que a su vez era mucho menos útil que uno de los metales de combate primarios. En la mayoría de los casos, ser un brumoso de oro era poco mejor que ser un brumoso de aluminio: un poder tan inútil que se había vuelto proverbial para alguien que no hacía nada.

Pero el oro no era completamente inútil. Solo en su mayor parte. Al quemarlo, Miles se dividía. El cambio era solo visible a sus propios sentidos, pero durante un momento era dos personas, dos versiones de sí mismo. Uno era el hombre que había sido. El furioso vigilante, más amargado cada día. Llevaba un sobretodo blanco sobre ropas harapientas, con gafas oscuras para proteger sus ojos del fuerte sol. El pelo oscuro corto y engominado. Sin sombrero. Siempre los había odiado.

El otro hombre era el hombre en quien se convertiría. Vestido con las ropas de un obrero de la ciudad: camisa abotonada y tirantes con pantalones sucios y perneras gastadas. Caminaba encorvado. ¿Cuándo había empezado eso?

Podía ver a través de ambos pares de ojos, pensar ambos tipos de pensamiento. Era dos personas a la vez, y cada una odiaba a la otra. El vigilante era intolerante, y estaba furioso y frustrado. Odiaba todo lo que rompía el estricto orden de la ley, y dispensaba duros castigos sin piedad. Aborrecía especialmente a quienes habían seguido la ley, pero le habían vuelto la espalda.

El ladrón, el desvanecedor, odiaba que el vigilante dejara a los demás elegir sus reglas. En realidad, no había nada sagrado en la ley. Era arbitraria, creada por hombres poderosos para que les ayudara a conservar el poder. El criminal sabía que, en secreto, en el fondo, el vigilante comprendía esto. Era severo con los criminales porque se sentía impotente. Cada día, la vida empeoraba para la buena gente, la gente que se esforzaba, y las leyes hacían poco para ayudarlas. Era como un hombre que aplastaba mosquitos mientras ignoraba el tajo en su pierna, una arteria abierta que escupía borbotones de sangre en el suelo.

Miles jadeó y apagó su oro. De pronto se sintió cansado, y se desplomó contra la pared. Sus dos guardianes lo miraron impertérritos.

—Id —dijo Miles, agitando una débil mano—. Comprobad a mis hombres. Usad vuestra alomancia para determinar si alguno de ellos dejó accidentalmente metal en sus cuerpos. Los quiero limpios.

Los dos hombres se miraron entre sí. No se comportaban como si tuvieran que obedecerlo.

—Id —dijo Miles con más firmeza—. Ya que estáis aquí, bien podéis ser útiles.

Después de otro momento de vacilación, los dos hombres se marcharon a hacer lo que se les ordenaba. Miles se apoyó aún más contra la pared, inspirando y espirando.

«¿Por qué me hago esto a mí mismo?».

Había habido considerables especulaciones sobre lo que veía realmente un brumoso de oro cuando quemaba su metal. Una versión pasada de sí mismo, en efecto. ¿Era esa la persona que había sido? ¿O era una persona en la que podría haberse convertido, si hubiera elegido otro camino en su vida? Esa posibilidad siempre le hacía recordar al mítico metal perdido, el atium.

Fuera como fuese, le gustaba pensar que quemar su oro en ocasiones le ayudaba, que cada vez que lo hacía, le permitía coger lo mejor de lo que había sido y mezclarlo con lo mejor de lo que podía ser. Una aleación de sí mismo, entonces.

Le perturbaba cuánto de las dos personas en las que se convertía se odiaban mutuamente. Casi podía sentirlo como el calor de un horno, radiando desde el carbón y la piedra.

Se incorporó. Algunos de los hombres lo estaban mirando, pero no le importaba. No era como los jefes criminales que a menudo había arrestado en los Áridos. Ellos tenían que preocuparse por parecer fuertes delante de sus hombres, para que no los asesinara alguno que quisiera arrebatarles el poder.

Miles no podía ser asesinado, y sus hombres lo sabían. Una vez se había puesto una escopeta en la cabeza delante de ellos para demostrarlo.

Se acercó a una pila de baúles y cajas. Unos cuantos estaban llenos con las cosas que el Señor Elegante había ordenado robar en la mansión de Wax, efectos que el hombre esperaba que les ayudaran a combatir (o quizás incriminar) al antiguo guardián de la ley. Elegante se había resistido a matar a Wax al principio, por algún motivo.

Miles continuó hasta el fondo, donde habían depositado sus propios baúles tras la apresurada evacuación de su antiguo escondite. Escogió unos cuantos y luego abrió uno. Su sobretodo blanco estaba dentro. Lo sacó, lo sacudió, y luego sacó un par de recios pantalones de los Áridos y una camisa a juego. Se guardó en el bolsillo las gafas oscuras y fue a cambiarse.

Le preocupaba estar oculto, le preocupaba que lo reconocieran y lo consideraran un fuera de la ley. Bueno, en eso se había convertido. Si este era el camino que había elegido, al menos podía recorrerlo con orgullo.

«Que me vean por lo que soy».

No se desviaría de este rumbo. Era demasiado tarde para cambiar el objetivo cuando el martillo estaba ya cayendo. Pero no era demasiado tarde para enderezar la espalda.

Waxillium contemplaba la pared del salón de Ranette. Un lado estaba lleno de muebles, donde había colocado las cosas para dejar libre el camino entre el taller y su dormitorio. La otra mitad de la habitación estaba repleta de cajas de diversos tipos de munición, trozos de fragmentos de metal y moldes para hacer cañones de armas. Había polvo por todas partes. Muy típico de ella. Le había pedido un lugar donde colocar su libreta de papel, esperando que le trajera un caballete. Ella le dio ausente unos clavos y señaló un martillo. Así que colgó el papel de la pared, dando un respingo mientras clavaba las puntillas en la hermosa madera.

Se acercó al papel y usó un lápiz para escribir una nota para sí mismo en la esquina. A un lado estaba el montón de manifiestos de expedición que Wayne le había traído. Al parecer, Wayne había dejado una pistola que le había tomado prestada a Ranette en lugar de los manifiestos, considerándolo un trato justo. Probablemente nunca se le había ocurrido que un grupo de ingenieros entrenados se sorprendería al descubrir que sus manifiestos habían desaparecido y había una pistola en su lugar.

«Miles golpeará en la Curva de Carlo», pensó Wax, dándole un golpecito al papel.

Había sido fácil localizar un envío de aluminio. La Casa Tekiel, harta de que le robaran, estaba pregonando a los cuatro vientos su nuevo vagón de tren blindado. Wax podía comprender el razonamiento: los Tekiel eran más conocidos como banqueros, y su negocio se basaba en la seguridad y la protección de los activos. Los robos se habían convertido en un importante incordio para ellos. Pretendía recuperarse de manera visible.

Era casi un reto para Miles y sus desvanecedores. Wax hizo otra anotación en el papel. El cargamento Tekiel seguiría una ruta muy directa hacia Doxonar. La había estudiado, anotando las localizaciones donde las vías férreas estarían cerca de uno de los canales.

«No podré controlar dónde vamos —pensó Waxillium, haciendo otra anotación—. Necesito saber exactamente a qué distancia de la parada anterior está la Curva de Carlo...».

No había mucho tiempo para prepararse. Acarició el pendiente que tenía en la mano izquierda, pasando el pulgar por su lisa superficie mientras pensaba.

La puerta se abrió. Wax no alzó la cabeza, pero el sonido de los pasos fue suficiente para decirle que era Marasi. Zapatos blandos. Ranette y Wayne llevaban botas los dos.

Marasi se aclaró la garganta.

—¿Las redes? —preguntó Wax, anotando distraído el número 35,17 en el papel.

—He logrado encontrar algunas, por fin —dijo ella, acercándose a mirar las anotaciones—. ¿Puedes encontrarle sentido a todo esto?

—En su mayor parte. Excepto a los garabatos de Wayne.

—Parecen... ser dibujos de ti. Desagradablemente feos.

—Esa es la parte que no tiene sentido —dijo Waxillium—. Todo el mundo sabe que soy irreparablemente guapo.

Sonrió para sí. Esa era una de las frases de Lessie. «Irreparablemente guapo». Siempre decía que estaría mejor con una bonita cicatriz en la cara, al estilo de los Áridos.

Marasi sonrió también, aunque tenía la mirada fija en las anotaciones y los dibujos.

—¿El tren fantasma? —preguntó, señalando los dibujos de un tren fantasmal que recorría las vías, junto a un diagrama de cómo se había hecho probablemente.

—Sí —respondió él—. La mayoría de los ataques sucedieron en noches de bruma, al parecer para que fuera mucho más fácil ocultar el hecho de que el «tren» fantasma es realmente solo un frontal falso con un gran faro, sujeto a una plataforma móvil.

—¿Estás seguro?

—Razonablemente —dijo Waxillium—. Están empleando los canales para atacar, y por eso necesitan algún tipo de distracción para desviar la atención de lo que se les acerca por detrás.

Ella frunció los labios, pensativa.

—¿Estaba Wayne ahí fuera? —preguntó Waxillium.

—Sí, está molestando a Ranette. Yo... sinceramente salí de la habitación porque me preocupaba que ella le pegara un tiro.

Waxillium sonrió.

—Traje un periódico cuando estuve fuera —dijo ella—. Los alguaciles han encontrado el antiguo escondite.

—¿Ya? Wayne dijo que teníamos hasta el anochecer.

—Ya es de noche.

—¿Sí? Demonios. —Waxillium comprobó su reloj. Tenían menos tiempo de lo que había pensado—. No debería estar en los periódicos todavía. La policía encontró pronto el escondite.

Waxillium señaló los bocetos.

—Esto indica que sabes dónde golpearán los desvanecedores. No quiero golpear un metal frágil, lord Waxillium, pero deberíamos comunicárselo a los alguaciles.

—«Creo» que sé dónde tendrá lugar el ataque. Si avisamos a los alguaciles, inundarán la zona y espantarán a Miles.

—Wax —dijo ella, acercándose—. Comprendo ese espíritu independiente: es parte de lo que hace que seas lo que eres. Pero no estamos en los Áridos. No tienes que hacer todo esto tú solo.

—No lo pretendo. Implicaré a los alguaciles, lo prometo. Miles, sin embargo, no es un criminal corriente. Sabe lo que intentarán hacer los alguaciles, y estará preparado. Esto hay que hacerlo en el momento adecuado, de la manera adecuada. —Waxillium señaló sus anotaciones en la pared—. Conozco a Miles. Sé cómo piensa. Es como yo.

Casi demasiado.

—Eso significa que también puede anticipar tus movimientos.

—Indudablemente lo hará. Yo lo haré mejor.

En el momento en que Waxillium desenfundó su revólver y disparó contra los desvanecedores, había iniciado este camino. Cuando clavaba los dientes en algo, no los soltaba.

—Tienes razón respecto a mí —dijo él.

—¿Razón? Creo que no he dicho nada sobre ti, lord Waxillium.

—Estás pensando que soy arrogante por querer hacer esto a mi modo, por no pasárselo a los alguaciles. Que soy un necio atrevido por no buscar ayuda. Tienes razón.

—No es tan malo —dijo ella.

—No es malo en absoluto. Soy arrogante y atrevido. Actúo como si todavía estuviera en los Áridos. Pero también tengo razón.

Extendió la mano y dibujó un cuadradito en el papel, y luego una flecha que lo conectaba con el edificio de la comisaría.

—He escrito una carta para que Ranette la envíe a los alguaciles —continuó—. Detalla todo lo que he descubierto, y mis suposiciones de lo que Miles irá a hacer, si no lo detengo. No haré ningún movimiento esta noche hasta que estemos lejos del tren y los pasajeros. Los desvanecedores no se llevarán a ningún rehén hoy. Intentarán ser lo más rápidos y silenciosos que sea posible.

»Pero seguirá siendo peligroso. Morirá gente inocente. Intentaré con todas mis fuerzas impedir que sufran daño, y creo firmemente que tengo más posibilidades contra Miles de las que tendrían los alguaciles. Soy consciente de que estudias para ser abogada y jueza, y que tu formación te exige que acudas a los tribunales. Considerando mis planes, y mis promesas, ¿te abstendrás de hacerlo y me ayudarás?

—Sí.

«Armonía —pensó él—. Confía en mí». Demasiado, probablemente. Extendió la mano y encuadró unas notas.

—Esta es tu parte.

—¿No iré en el tren contigo? —Marasi parecía preocupada.

—No —respondió Waxillium—. Wayne y tú observaréis desde la cima de la colina.

—Estarás solo.

—Así es.

Ella guardó silencio.

—Sabías lo que pensaba de ti. ¿Qué piensas tú de mí, lord Waxillium?

Él sonrió.

—Si el juego va a funcionar de la misma manera, no puedo decirte mis pensamientos. Tienes que adivinarlos.

—Estás pensando en lo joven que soy —dijo ella—. Y te preocupa implicarme, no vaya a resultar herida.

—Eso no es difícil de adivinar. Hasta ahora, te he dado... ¿tres oportunidades para abandonar esta misión y ponerte a salvo?

—También estás pensando —dijo ella—, que te alegras de que insista en quedarme, porque seré útil. La vida te ha enseñado a utilizar los recursos que tienes.

—Eso está mejor.

—Piensas que soy lista, como has dicho. Pero también te preocupa que me ponga nerviosa demasiado fácilmente, y te preocupa que puedan utilizarlo contra ti.

—¿Esos archivos que has leído hablan de Paclo *el Polvoriento*?

—Claro. Fue uno de tus ayudantes antes de que conocieras a Wayne.

—Era un buen amigo. Y un sólido vigilante. Pero nunca he conocido a un hombre que fuera más fácil de asustar que Paclo. Una puerta cerrada con suavidad le hacía gritar.

Ella frunció el ceño.

—Deduzco que los archivos no hablan de eso —dijo Waxillium.

—Lo describen como un hombre muy valiente.

—Era valiente, lady Marasi. Verás, mucha gente confunde ser asustadizo con ser cobarde. Sí, un disparo hacia que Paclo diera un salto. Luego corría a ver qué lo había causado. Una vez lo vi enfrentarse

a seis hombres que lo apuntaban con sus revólveres, y ni siquiera sudó.

Se volvió hacia ella.

—Eres inexperta. Yo también lo fui una vez. Todo el mundo lo es. La medida de una persona no es cuánto ha vivido. No es lo fácilmente que salta ante un ruido o lo rápido que muestra sus emociones. Es cómo hace uso de lo que la vida le ha mostrado.

Ella se ruborizó profundamente.

—También estaba pensando que te gusta dar sermones.

—Viene con la placa de vigilante.

—No... no la llevas ya.

—Un hombre puede quitársela, lady Marasi. Pero nunca puede dejar de llevarla.

La miró a los ojos. Los de ella eran profundos, reflexivos, como el agua de un inesperado manantial en los Áridos. Él se contuvo. Sería malo para ella. Muy malo. Había pensado lo mismo con Lessie, y no se había equivocado.

—Hay otra cosa que he estado pensando —dijo ella en voz baja—. ¿Puedes adivinarla?

«Demasiado bien».

Con reticencia, él dejó de mirarla y se volvió hacia el papel.

—Sí. Estás pensando que debería convencer a Ranette para que te preste un rifle. Estoy de acuerdo. Aunque pienso que sería aconsejable que tarde o temprano practiques con el fusil, prefiero que en este encuentro concreto uses un arma que conozcas bien. Tal vez podamos encontrar un rifle donde encajen esas balas de aluminio que consiguió Wayne.

—Oh. Desde luego.

Waxillium fingió no advertir su embarazo.

—Creo que voy a ir a ver cómo están Wayne y Ranette —dijo Marasi.

—Buena idea. Esperemos que ella no haya descubierto que él se ha llevado una de sus armas para cambiarla.

Waxillium se retiró y se dirigió rápidamente hacia la puerta.

—¿Lady Marasi? —llamó Waxillium.

Ella se detuvo y se volvió, esperanzada.

—Hiciste un buen trabajo leyéndome —dijo él, asintiendo con respeto—. No mucha gente puede hacerlo. No muestro mucho mis emociones.

—Clase de técnicas de interrogatorio avanzado —dijo ella—. Y... ejem, he leído tu perfil psicológico.

—¿Tengo un perfil psicológico?

—Me temo que sí. El doctor Murnbru lo escribió después de su visita a Erosión.

—¿Esa rata de Murnbru era psicólogo? —dijo Waxillium, genuinamente sorprendido—. Estaba seguro de que era un tahúr que pasaba por la ciudad buscando marcos que embolsarse.

—Bueno, sí. Eso está en el perfil. Tienes, ejem, tendencia a pensar que todo el que va vestido de rojo es un tahúr crónico.

—¿Ah, sí?

Ella asintió.

—Maldición —dijo él. «Voy a tener que leer eso».

Ella salió y cerró la puerta. Waxillium volvió de nuevo a su plan. Alzó la mano y se colocó el pendiente en la oreja. Se suponía que debía llevarlo cuando rezaba, o cuando hacía algo de gran importancia.

Supuso que esa noche haría las dos cosas.



Dómine, mi mente continúa enfriándose en los recuerdos de esa sencilla. ¡Pues en efecto, con que no solo me he salvado de la muerte, sino que me han bendecido de estancar!

Empieza el amanecer de mi mencionada ejecución. Después de que mi despiadado maestro no demasiado agradable, me encontró bajo el sol asustador, caminando por el bosque roto y polvoriento.

Los brutos formaban silenciosas filas, y me miraban con ojos que parecían la p

de un oso más oscuro del color de un bello perdedor azul que hubiera sido chamuscado por la llama. Los ojos de los brutos manchaba sus cuerpos, y muchos llevaban la más cruda cicatriz.

Le debí la vida Handerwyen. Al fiel Handerwyen. Bendito sea el dios en que lo saqué de aquella oscuridad y la muerte abogada. El fiel Terrano, surgió ha jurado no dafur ni matur, ha destruido su valor y honor. Los que le dieron la vida respetarlo, y le permitieron que se acerara por última vez por amor a su amo, que pronto iba a ser devorado por el diablo más horrible.

Tres era el dios que acostumbraba a invocar, mi querido revólver, en mi mano, atada a mi espalda. Pregunté cómo se lo había quitado a los kólos, y él explicó que los kólos habían roto sus mentes de metal para crear una conexión con los kólos. Es una arcaña que emplea magia negra y hechicería, y deseas que escriba muy poco a modo de explicación ya que

considera su poder sagrado.

Sin embargo, al final de todo todavía. Conexión aparte, los kólos se lo llevaron, aunque no pude creer advertir que los que los llevaban eran los brutos.

Los brutos formaban silenciosas filas, y me miraban con ojos que parecían la p

de un oso más oscuro del color de un bello perdedor azul que hubiera sido chamuscado por la llama. Los ojos de los brutos manchaba sus cuerpos, y muchos llevaban la más cruda cicatriz.

Le debí la vida Handerwyen. Al fiel Handerwyen. Bendito sea el dios en que lo saqué de aquella oscuridad y la muerte abogada. El fiel Terrano, surgió ha jurado no dafur ni matur, ha destruido su valor y honor. Los que le dieron la vida respetarlo, y le permitieron que se acerara por última vez por amor a su amo, que pronto iba a ser devorado por el diablo más horrible.

Tres era el dios que acostumbraba a invocar, mi querido revólver,

en mi mano, atada a mi espalda.

El siguiente disparo abatió al más grande de sus lobos, al que yo había visto en otra ocasión asesinar un asesino, pero aunque los detuve, no los hice retroceder. Glorioso, sin duda, tres kólos cayeron la dejé muriendo a Handerwyen, y él negó sombríamente con la cabeza.

Algunos de los kólos murieron para cargarlos.

Solo tenía una bala y una aldea enemiga llena de kólos que demoró ser mi amigo ese día. Había conseguido zafarme de la muerte de las manos de los kólos, de modo que me mover una mano bajo la otra, torci el revólver entre mis dedos y pude apretar el gatillo.

La invocación prevaleció, y aunque sentir la bala rozarme la muñeca, también pasó a través de mis sábanas. Un rápido tirón de la muñeca me sacó de mi punto, y aunque estaba agotado, todavía me quedaba un poco de energía. Me quedé quieto, explicando mis sentimientos y alcé el arma para dispararle al verdugo entre los ojos. Los kólos

son fuertes, pero indecisos.

Verán, desde su primera interacción conmigo habían insistido en que cualquier podía unirse a ellos. Cualquier hombre que quisiera algo puede ser nombrado kólo. De hecho, varios de esos guerreros, más brutales y poderosos decidieron hacerse a su aislado hombres de la Ciudad. Obviamente es falso, pero hay algunos que creen que es verdad, que les hace creerlo así.

Y por eso, con mi única bala, decidí demostrarles que ese tipo de gente no existe. Solo una prueba de la mayor habilidad podía demostrarlo, decidí, y por eso atacé el arma

y...

Los caballeros cultivados de todos los octantes están de acuerdo.

Sólo la luz eléctrica vale!

## ¡QUE NO LO PILLEN A OSCURAS!





Wayne cojeaba por la estación de tren, apoyándose en su bastón marrón, caminando con paso lento e intencionadamente frágil. Una multitud se daba empujones y contemplaba el tren. Un grupo estuvo a punto de derribarlo.

Todos eran tan altos que Wayne, encorvado por la edad, no tenía esperanza de ver a qué venía todo aquel jaleo.

—No tienen respeto por una pobre vieja —gruñó. Un tono grave, nasal y más agudo que su voz normal, mezclado con un bonito acento del Distrito Margociano. El distrito ya no existía, o al menos no del mismo modo: había sido consumido por el barrio industrial de su octante, y sus residentes se habían mudado. Un acento moribundo para una mujer moribunda—. No hay ningún respeto. Una vergüenza, ya digo. Pura y simplemente, eso es lo que es.

Unos cuantos jóvenes en la multitud la miraron, apreciando su viejo abrigo (le llegaba hasta los tobillos) y la cara arrugada por la edad, el pelo canoso bajo una gorra de fieltro.

—Lo siento, señora —dijo uno de ellos por fin, dejándole paso.

«Ese sí que es un buen chico», pensó Wayne, dándole una palmadita en el brazo y avanzando. Uno a uno, los demás le dejaron sitio. A veces hacía falta un arrebato de los que parecía que podía ser contagioso. Wayne tenía cuidado de no parecer una mendiga. Eso atraería la atención de los alguaciles, que podrían pensar que estaba buscando marcos que robar.

No, no era una mendiga. Era Abrigain, una anciana que había venido a ver a qué se debía todo ese alboroto. No era rica, ni era pobre. Frugal, con un abrigo meticulosamente zurcido, y un sombrero que una vez estuvo de moda. Gafas gruesas como los brazos de un estibador. Unos cuantos chicos muy jóvenes la dejaron pasar, y Abrigain les dio a cada uno un caramelito y les acarició la cabeza. Buenos chicos. A Abrigain le recordaban a sus nietos.

Wayne llegó por fin a la primera fila. Allí se encontraba el *Inexpugnable* en toda su gloria. Era un vagón de tren construido como una fortaleza, con grueso acero blindado, brillantes esquinas redondeadas y una puerta enorme en el costado. Esa puerta parecía la de una enorme caja fuerte, con una cerradura giratoria en el exterior.

La puerta estaba abierta, y la cámara interior casi vacía. Una gran caja de acero había sido soldada al suelo en el centro del vagón. De hecho, a través de la puerta podía verse que la caja parecía soldada por todas partes.

—¡Oh, cielos! —dijo Wayne—. Es impresionante.

Cerca había un guardia que llevaba las insignias de la fuerza de seguridad privada de la Casa Tekiel. Sonrió, hinchando el pecho con orgullo.

—Marca el amanecer de una nueva era —dijo—. El final del bandidaje y los robos de tren.

—Oh, es impresionante, joven —dijo Wayne—. Pero sin duda exagera. He visto trenes antes... incluso viajé en uno, maldito sea aquel día. Mi nieto Charetel quería que fuera con él a conocer a su prometida en Covington, y era la única forma, aunque yo creía que viajar en coche de caballos siempre había funcionado bastante bien para mí antes. Progreso, lo llamó. Progreso es estar encerrada en una caja, supongo, incapaz de ver el sol en el cielo o disfrutar del viaje. Aquel vagón era igual que este. Pero no tan brillante.

—Le aseguro que este es inexpugnable de verdad —dijo el guardia—. Lo cambiará todo. ¿Ve esa puerta?

—Se cierra —respondió Wayne—. Eso lo veo. Pero las cajas fuertes pueden abrirse, joven.

—Esta no. Los bandidos no podrán abrirla porque no puede abrirse... No podrán ellos, ni nosotros. Cuando esa puerta se cierra, pone en marcha un mecanismo con un reloj dentro de las puertas. Esas puertas no pueden volver a abrirse de nuevo durante doce horas, no importa que alguien conozca o no el código de apertura.

—Explosivos —dijo Wayne—. Los bandidos siempre están volando cosas. Lo sabe todo el mundo.

—Ese acero tiene seis pulgadas de grosor —respondió el guardia—. La cantidad de dinamita que haría falta para abrirla destruiría con toda seguridad el contenido del vagón.

—Pero sin duda un alomántico podría entrar.

—¿Cómo? Podrían empujar el metal todo lo que quisieran: es tan pesado, que los lanzaría hacia atrás. Y aunque lograran entrar de algún modo, tendremos ocho guardias viajando dentro del vagón.

—Vaya —dijo Wayne, perdiendo su acento—. Eso sí que es impresionante. ¿Con qué estarán armados los guardias?

—Con cuatro... —empezó a decir el hombre, pero entonces se calló y miró con más atención a Wayne

—. Cuatro... —Entornó los ojos, receloso.

—¡Oh, que se me enfriá el té! —exclamó Wayne, y se dio media vuelta y empezó a abrirse paso cojeando entre la multitud.

—¡Detengan a esa mujer! —dijo el guardia.

Wayne dejó de fingir y se irguió, abriendose paso entre la gente con más fervor. Miró por encima del hombro. El guardia lo perseguía.

—¡Alto! —gritaba—. ¡Deténgase, maldición!

Wayne alzó su bastón y apretó el gatillo. Su mano empezó a temblar como siempre que intentaba usar un arma de fuego, pero esta solo tenía cartuchos de fogeo, así que no pasaba nada. El estampido llenó a la multitud de pánico, la gente se agachó formando una ola como si el viento barriera un campo de trigo.

Wayne corrió entre las figuras postradas, saltando sobre algunas, hasta llegar al fondo de la multitud. El guardia alzó su arma; Wayne dobló una esquina del edificio de la estación. Entonces detuvo el tiempo.

Se quitó el abrigo y la blusa que llevaba debajo, descubriendo un traje de caballero: chaqueta negra, camisa blanca, pañuelo rojo. Wax lo había llamado «portentosamente falto de imaginación», significara lo que significara eso. Se quitó los artilugios que, atados por dentro de la blusa, habían formado el busto de la anciana: una bolsa pequeña, un sombrero de hombre plegable y una bayeta. Desplegó el sombrero y metió la blusa en el espacio interior antes de quitarse la peluca y encasquetarse el sombreo en la cabeza.

Desgarró la capa exterior de su bastón, volviéndolo negro. Arrojó la peluca a un lado, luego dejó la bolsa junto a la pared. Finalmente, se limpió el maquillaje de la cara con la bayeta, y retiró su burbuja de velocidad.

Salió dando tumbos de la esquina, actuando como si lo hubieran empujado. Maldijo, poniéndose derecho el sombrero y alzando su bastón negro, que agitó con furia.

El guardia se detuvo a su lado, jadeando.

—¿Se encuentra bien, mi señor?

—¡No! —replicó Wayne, llenando su voz de todo el desprecio aristocrático que pudo conseguir. Acento de Madion Ways, la zona más rica del Primer Octante, donde la Casa Tekiel poseía tantos terrenos—.

—¿Qué clase de rufián era ese, capitán? ¡Se suponía que la inauguración debía hacerse con cuidado y contención!

El guardia vaciló, y Wayne pudo ver su mente en funcionamiento. Esperaba un noble cualquiera, pero esta persona hablaba como si fuera miembro de la Casa Tekiel..., los jefes del guardia.

—¡Lo siento, milord! —dijo—. Pero lo espanté.

—¿Quién era? —preguntó Wayne, acercándose a la peluca—. Arrojó esto cuando pasó por mi lado.

—Iba disfrazado de anciana —dijo el guardia, rascándose la cabeza—. Me hizo preguntas sobre el *Inexpugnable*.

—Maldita sea, hombre. ¡Debía de ser uno de los desvanecedores!

El guardia palideció.

—Sabe la vergüenza que pasará nuestra casa si sucede algo en este viaje? —dijo Wayne, dando un paso al frente y agitando el bastón—. Nuestra reputación está en juego. Nuestras *cabezas* están en juego, capitán. ¿Cuántos guardias tiene?

—Tres docenas, mi señor, y...

—¡No son suficientes! ¡No son suficientes en absoluto! Mande pedir más.

—Yo...

—¡No! —dijo Wayne—. ¡Lo haré yo! Tengo aquí a varios de mis guardias. Enviaré a uno a traer a otra división. ¿Sus hombres están vigilando la zona por si hay más *criaturas* como esa?

—Bueno, no se lo he dicho todavía, mi señor. Verá, pensé que podía detenerlo yo mismo, y...

—¿Dejó su puesto? —gritó Wayne, llevándose las manos a la cabeza y agitando el bastón entre sus dedos—. ¿Permitió que lo hiciera abandonar su puesto? ¡Idiota! ¡Vuelva allí, hombre! Alerte a los demás. Oh, Superviviente en las alturas. Si esto sale mal, estamos muertos. ¡Muertos!

El capitán de la guardia se dio media vuelta y echó a correr hacia el tren, donde la gente se retiraba llena de pánico. Wayne se apoyó contra la pared, comprobó su reloj de bolsillo, y esperó el momento de tener suficiente espacio para emplazar una burbuja de velocidad. Estaba razonablemente seguro de que no había nadie mirando.

Se quitó el sombrero. Soltó el bastón y le dio la vuelta a la chaqueta, convirtiéndola en una guerrera militar amarilla y marrón, a juego con la de los guardias. Se quitó la nariz postiza y sacó una gorra triangular de tela de la bolsa que había dejado junto a la pared.

Se la puso en la cabeza en lugar del sombrero de caballero. Llevar siempre el sombrero adecuado. Esa era la clave. Se ató una pistola después de quitarse los pantalones, revelando el uniforme de soldado de debajo. Luego dejó caer su burbuja y rodeó la esquina y corrió hacia las vías. Encontró al capitán organizando a sus hombres, gritando órdenes. No muy lejos había algunos nobles furiosos discutiendo entre sí.

No habían sacado el cargamento. Eso era bueno. Wayne había supuesto que desistirían con todo este jaleo, pero Wax no estuvo de acuerdo. Dijo que los Tekiel habían creado tanta expectativa con el *Inexpugnable* que no los detendría un par de incidentes.

«Idiotas», pensó Wayne, sacudiendo la cabeza. Farnsward no estaba de acuerdo con esta decisión. Llevaba ya diez años como guardia privado de la Casa Tekiel, aunque había servido principalmente en los Estados Exteriores con su señor, enfermo crónico. Farnsward había visto muchas cosas en su vida, y había aprendido que había motivos para correr riesgos. Para salvar una vida, para ganar una batalla, para proteger el nombre de la casa. Pero ¿correr un riesgo solo porque decías que ibas a correrlo? Una idiotez.

Corrió hasta el capitán con el que había hablado antes y lo saludó.

—Señor —dijo—. Soy Farnsward Dubs. Lord Evenstrom Tekiel dijo que me presentara ante usted.

Un acento de los Estados Exteriores con una pizca de aristocracia, contagiada tras una larga asociación con los aristócratas.

El capitán parecía apurado.

—Muy bien. Supongo que no nos vendrá mal tener más gente.

—Lo siento, señor —dijo Wayne, inclinándose hacia delante—. Lord Evenstrom se pone nervioso, a veces. Sé cómo es: esta no es la primera vez que me envía a ayudar a alguien que no lo necesita. Bren y yo no entorpeceremos su trabajo.

—¿Bren?

—Oh, venía justo detrás de mí —dijo Wayne, dándose la vuelta, con aspecto confuso.

Wax salió de la estación, vestido con un uniforme similar al de Wayne. También tenía una barriga falsa donde ocultaba los materiales concretos que necesitaría para esta noche.

—Ahí está —dijo Wayne—. Es un poco bobo, señor. Su padre le dejó el puesto, pero uno podría golpear su acero contra pedernal toda la noche y no arrancaría ni una chispa, si entiende lo que quiero decir.

—Bien, quedense aquí —replicó el capitán—. Vigilen este puesto. No dejen que nadie se acerque al vagón, no importa el aspecto que tenga.

Se marchó corriendo hacia el grupito de nobles.

—Hola, Wax —dijo Wayne, llevándose una mano al sombrero—. ¿Dispuesto a dejarte engullir?

Waxillium se volvió a mirar hacia el edificio de la estación. Los civiles se dispersaban todavía. El suelo estaba cubierto de sombreros y pañuelos.

—Tienes que asegurarte de que el tren salga, Wayne. Pase lo que pase, tiene que partir.

—Creí que habías dicho que les avergonzaría demasiado no hacerlo.

—Para la primera parte, sí. No estoy tan seguro con la siguiente. Encárgate, Wayne.

—Pues claro, socio. —Wayne comprobó su reloj—. Marasi se retrasa...

Una súbita serie de estampidos hendió el aire. Disparos. Aunque Wayne los esperaba, le hicieron dar un respingo. Los guardias alrededor gritaron, dispararon, buscaron la fuente de los disparos. Waxillium cayó, gritando, la sangre manando de su hombro. Wayne lo atendió mientras otro guardia divisaba los destellos que asomaban en lo alto de un edificio.

Los guardias abrieron fuego mientras Wayne arrastraba a Waxillium para ponerlo a salvo. Miró alrededor y entonces, haciéndose el frenético, empujó a Waxillium por la puerta abierta del vagón. Varios de los guardias lo miraron, pero ninguno dijo una palabra. Los ojos de Waxillium miraban ciegos al aire. Los otros guardias probablemente habían perdido compañeros ante los bandidos y las escaramuzas entre las casas, y sabían lo que sucedía. En el calor de la batalla, ponías a los heridos en lugar seguro, y no importaba una mierda dónde.

Los disparos cesaron desde lo alto del edificio, pero empezaron de nuevo desde otro tejado cercano. Unas cuantas balas arrancaron chispas en lo alto de una viga cercana. «Demasiado cerca, Marasi», pensó molesto Wayne. ¿Por qué todas las mujeres que conocía intentaban dispararle? Solo porque podía curarse. Era como beberse la cerveza de un hombre solo porque podía pedir más.

Wayne adoptó una expresión de preocupación.

—¡Vienen a por el cargamento! —gritó. Luego agarró la puerta del gran vagón de carga, le dio una patada a la palanca de contrapeso y echó a correr. Cerró la puerta del *Inexpugnable*, dejando a Wax dentro mientras él se quedaba fuera, antes de que nadie pudiera detenerlo.

Los disparos cesaron. Cerca de Wayne, los guardias que se habían puesto a cubierto lo miraron con expresión horrorizada. La puerta del tren encajó en su sitio, cerrándose.

—¡Herrumbre y Ruina, tío! —dijo uno de los soldados cercanos—. ¿Qué has hecho?

—¡Proteger la carga! —respondió Wayne—. ¡Mira, se han detenido!

—¡Se suponía que tenía que haber soldados ahí dentro! —dijo el capitán, corriendo hacia él.

—Intentaban entrar antes de que la cerráramos —replicó Wayne—. Ha visto lo que estaban haciendo.

—Miró la puerta—. Ahora no pueden conseguir la carga. ¡Hemos vencido!

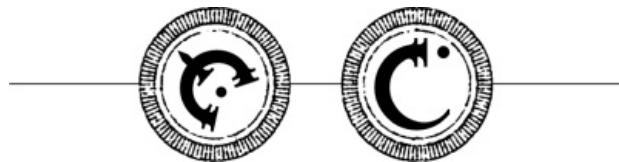
El capitán parecía preocupado. Miró a los nobles que se levantaban del suelo. Wayne contuvo el aliento al verlos correr en tromba hacia el capitán. Este, sin embargo, repitió sus mismas palabras.

—Pero los hemos detenido —explicó el capitán, sabiendo que él, y no Wayne, cargaría con las culpas si se decidía que habían cometido un error—. Detuvieron su ataque. ¡Hemos vencido!

Wayne dio un paso atrás, relajándose contra una columna mientras enviaban a un grupo de guardias a averiguar quién había disparado. Volvieron con un gran número de casquillos de bala encontrados en diversos lugares, aunque la mayoría de los cartuchos eran salvados. Habían pagado a los chicos mendigos

de la calle para que dispararan salvas al aire, y luego contaran historias de hombres que subieron a carroajes de caballos y se dieron rápidamente a la fuga.

En menos de una hora, el tren se puso en marcha... con todos los miembros de la Casa Tekiel convencidos de que habían impedido un importante golpe de los desvanecedores. Incluso se habló de darle a Wayne una medalla, aunque él desvió la gloria al capitán y se escabulló antes de que nadie pudiera empezar a preguntar qué señor lo tenía a su servicio como guardaespaldas.



Waxillium viajaba solo en el frío vagón de carga, el hombro mojado de sangre falsa, escuchando las ruedas resonar contra las vías bajo él. Una lámpara oscilante colgaba del gancho del techo donde la había colocado, cerca de una esquina. También había asegurado la telaraña de redes en el techo, sujetas por ganchos especiales fijados con cinta adhesiva. Se alegraba de haberse quitado todo aquello de las piernas, los muslos y la barriga falsa. Su uniforme de guardia, ahora demasiado grande para él, yacía amontonado en un rincón, y llevaba en cambio puestos unos cómodos pantalones y una ligera camisa negra.

Se hallaba sentado en el suelo, la espalda contra el costado del contenedor de carga, las piernas extendidas. Empuñaba a *Vindicación*, y hacía girar ausente el tambor y pulsaba el interruptor para detenerlo en las recámaras especiales. Tenía en el bolsillo dos de cada tipo de bala mataneblinos, y había cargado una para lanzamonedas y otra para brazos de peltre en las recámaras especiales.

Todavía tenía el pendiente puesto.

«Querías que hiciera esto —pensó, dirigiéndose a Armonía. ¿Contaba una acusación como oración?—. Bien, aquí estoy. Esperaré un poco de ayuda, si le viene bien a tu plan inmortal, y todo eso».

Tenía al lado la caja del cargamento. Comprendía por qué la Casa Tekiel estaba tan orgullosa del trabajo que habían hecho: la caja fuerte soldada sería enormemente difícil de robar. Sacarla del vagón requeriría horas para librirla con un soplete de gas o una gran sierra eléctrica. Eso, más la inteligente puerta y la supuesta existencia de guardias, haría que el robo fuera difícil, quizás imposible.

Sí, los Tekiel habían sido astutos. El problema era que se estaban planteando todo esto mal.

Waxillium sacó un paquete de debajo de su chaqueta. La dinamita y el detonador que Wayne había encontrado. Colocó el paquete junto a él en el suelo, luego miró el reloj de bolsillo. «Más o menos ahora....».

El tren de repente empezó a frenar.

—Sí —dijo Wayne, mirando por el catalejo mientras se agazapaba en la colina—. Tiene razón. ¿Quieres mirar?

Marasi cogió el catalejo, nerviosa. Los dos se encontraban situados en posición tras una veloz galopada para salir de la ciudad. Se sentía desnuda vistiendo los pantalones que le había prestado Ranette. Eran completamente impropios. Todos los hombres que pasaran le mirarían las piernas.

«Tal vez eso impida disparar a los desvanecedores —pensó con una mueca—. Estarán demasiado distraídos». Se llevó el catalejo al ojo. Wayne y ella se encontraban en lo alto de una colina en la ruta del ferrocarril, lejos de la Ciudad. Era casi media noche cuando el tren llegó resoplante.

Ahora reducía velocidad, y los frenos chirriaban y lanzaban chispas a la noche. Por delante del tren, una aparición fantasmal se acercaba en dirección contraria, una resplandeciente luz que brillaba delante de él. Marasi se estremeció. El tren fantasma.

—Wax estará contento —dijo Wayne.

—¿Qué? —preguntó ella—. ¿Por el tren fantasma?

—No. Hay bruma esta noche.

Ella se sobresaltó al ver que se estaba formando en el aire. La bruma no era como la niebla normal: no venía rodando desde el océano. Crecía en el aire, formándose como escarcha en un frío trozo de metal. Marasi se estremeció cuando empezó a envolverlos, dando a los faros de bajo un tonopectral.

Concentró el catalejo en el tren que venía de frente. Como ya sabía lo que tenía que buscar, y debido a su ángulo, pudo ver fácilmente la verdad. Era un sueño. Una vagóneta manual tras una fachada de madera que simulaba una máquina.

—¿Cómo hacen que funcione la luz? —preguntó.

—No lo sé. ¿Magia?

Ella bufó, tratando de echar un buen vistazo a lo que había detrás del armazón.

—Debe de ser algún tipo de batería química. He leído al respecto... pero, Herrumbre y Ruina, es una luz potente. Dudo de que puedan mantenerla encendida mucho tiempo.

Mientras el tren verdadero se detenía, unos hombres saltaron de sus lados. La Casa Tekiel había enviado guardias. Eso hizo sonreír a Marasi. Tal vez el robo no tendría lugar después de todo.

La parte frontal del tren fantasma cayó.

—Oh, demonios —dijo Wayne.

—¿Qué es...?

Una fuerte serie de disparos, increíblemente rápidos, la interrumpió. Marasi dio un salto hacia atrás por reflejo y se agachó, aunque no los estaban apuntando. Wayne recogió el catalejo.

A través de la oscuridad y las brumas Marasi no pudo distinguir qué sucedió a continuación. Y se alegró. Los disparos continuaron, y oyó a hombres gritar.

—Ametralladora —dijo Wayne en voz baja—. Maldición, estos tipos van en serio.

—Tengo que ayudar —dijo Marasi, descargándose del hombro el rifle que Ranette le había dado. Era de marca desconocida, pero la mujer le juró que sería más preciso que ningún otro que Marasi hubiera usado jamás. Alzó el rifle. Si pudiera alcanzar a los desvanecedores...

Wayne cogió el cañón con una mano y lo bajó suavemente. La ametralladora dejó de disparar, y la noche quedó en silencio.

—No hay nada que puedas hacer, socia, y no queremos llamar la atención de esa maldita ametralladora. Además, ¿crees de verdad que podrás darle alguno desde aquí arriba?

—Le doy a un punto rojo a cien pasos.

—¿De noche? ¿Con brumas?

Marasi guardó silencio. Entonces extendió la mano e hizo un gesto impaciente para que le pasara el catalejo. Wayne se lo dio, y ella vio cómo seis hombres saltaban del tren fantasma. Caminaron por los lados del tren real, con las armas preparadas y vigilantes.

—¿Una distracción? —preguntó Wayne, atento.

—Eso pensaba lord Waxillium. Dijo que... —Marasi se calló.

Dijo que vigilaran el canal.

Se dio la vuelta y escrutó el canal con el catalejo. Algo grande y oscuro flotaba en las aguas. Envuelto en las brumas, parecía una especie de bestia enorme, un leviatán que nadaba silenciosamente. Llegó hasta el centro del tren y se detuvo. Una pata oscura se alzó de la masa negra. «Por el Superviviente —pensó ella, temblando—. Está vivo».

Pero no..., la pata era demasiado tibia. Se alzó, giró, luego bajó. Mientras la cosa del canal se detenía, la pata halló sitio en la orilla. «Para estabilizarse —advirtió Marasi—. Eso es lo que hizo la depresión en el terreno que vimos antes».

Una vez la cosa..., la máquina, quedó estabilizada, unos hombres se movieron en la oscuridad para dirigirse al vagón blindado. Trabajaron durante unos momentos. Entonces un brazo largo se alzó de la oscura masa del canal. Osciló hacia las vías, luego bajó, agarró todo el vagón blindado, y lo alzó.

Marasi se quedó boquiabierta. El vagón se alzó solo unos palmos, pero fue suficiente. La máquina era una grúa.

Los desvanecedores que habían soltado los acoplos empujaron el vagón por la estrecha franja de tierra hacia el canal. La masa negra tenía que ser una gabarra. Marasi hizo rápidos cálculos mentalmente. Para poder izar así el vagón, la gabarra debía ser muy pesada y tener un contrapeso considerable al otro lado.

Alzó el catalejo y le complació poder ver otro brazo de grúa extendiéndose en la otra dirección, sosteniendo algún tipo de carga pesada. La gabarra se hundió un poco en las aguas cuando el vagón se izó, pero no tanto como Marasi había pensado. Probablemente había sido diseñada con algún tipo de asiento sobre el canal, quizás una sección inferior extensible. Eso, más el brazo estabilizador, podría ser suficiente.

—Vaya, vaya, vaya... —susurró Wayne—. Eso sí que es impresionante.

La máquina soltó el vagón entero sobre la gabarra y entonces alzó otra cosa. Algo grande y rectangular. Ella ya había adivinado qué era. Una réplica.

Marasi siguió observando mientras el vagón duplicado era depositado sobre las vías. Los acoplos hicieron que fuese muy difícil. Esto podía estropear todo su plan: si el vagón descendía de mala manera y rompía un acople, cuando el tren volviera a arrancar dejaría la mitad trasera en las vías. Así quedaría claro lo que había sucedido. Los desvanecedores que estaban en tierra guiaron el proceso.

Varios desvanecedores más disparaban a través de las ventanillas de un vagón de pasajeros de delante, probablemente para impedir que nadie se asomara. Sin embargo, con la manera en que las vías rodeaban una curva cubierta de árboles, sería muy difícil que nadie pudiera ver bien desde dentro lo que estaba pasando. La luz del tren fantasma se había apagado hacía unos instantes, y Marasi imaginó que debía de estar dando marcha atrás velozmente. ¿Dónde lo escondían? ¿Quizá lo cargaban en otra gabarra después de alejarse lo suficiente para que no los vieran nadie?

Los desvanecedores que habían estado trabajando con la gabarra corrían para volver a montarse en su vehículo, que se deslizaba hacia el centro del ancho canal, donde era prácticamente invisible en la noche brumosa. Se movía como una sombra.

—¡Wayne! —dijo ella, incorporándose—. Tenemos que irnos.

Él suspiró y se puso en pie.

—Claro, claro.

—¡Waxillium está en ese vagón!

—Sí. ¿Te has dado cuenta de cuántas veces consigue ser el que viaja cómodamente, mientras que yo tengo que hacer cosas como galopar o caminar todo el tiempo? No es justo.

Ella se cargó el rifle al hombro y bajó corriendo la colina.

—¿Sabes? Cuando leía los informes, nunca imaginé que eras tan quejica.

—Vamos, eso no es justo. Has de saber que me enorgullezco de mi actitud alegre y optimista.

Ella se detuvo y se volvió a mirarlo, alzando una ceja.

—¿Te enorgulleces?

Wayne se llevó una mano al pecho, adoptando un tono que parecía casi sacerdotal.

—Sí, pero el orgullo es malo, ¿sabes? Últimamente he intentado ser más humilde. Date prisa, date prisa. Vamos a perderlos. ¿Quieres que Wax se vea acorralado y solo? Cáspita, mujer.

Ella sacudió la cabeza, se dio la vuelta y continuó bajando la colina hacia el lugar donde tenían amarrados a sus caballos.

Miles estaba de pie, las manos a la espalda, viajando en la parte delantera de la Máquina mientras se deslizaba suavemente por el canal. La parte grúa, parte gabarra no era exactamente lo que había ideado cuando le explicó su plan a Señor Elegante, pero se acercaba.

Estaba orgulloso de lo que había hecho: convertirse no solo en un ladrón, sino en alguien que había cautivado la imaginación de la gente. Elegante podía decir lo que quisiera sobre la teatralidad, pero funcionaba. Los alguaciles no tenían ni idea de cómo llevaba a cabo sus robos.

—Eliminaron a los seis guardias Tekiel, jefe —dijo Tarson, acercándose a él. Ya no llevaba el brazo en cabestrillo. Los sabedores brazos de peltre podían sanar rápidamente. No tanto como alguien como Miles, pero seguía siendo algo notable. Naturalmente, los sabedores brazos de peltre también era posible que corrieran hasta morir, sin advertir nunca que su cuerpo estaba exhausto. Era un arte peligroso que consumía a los hombres tan rápidamente como los alománticos quemaban metal.

—Y a los maquinistas también —continuó Tarson—. Pillaron a unos cuantos guardias más en el último vagón de pasajeros que intentaban asomarse para ver cómo nos llevábamos la carga. Les disparamos. Creo que eso significa que estamos limpios.

—Todavía no —dijo Miles en voz baja, contemplando la oscuridad mientras navegaban entre las brumas, impulsados por dos lentes hélices bajo la gabarra—. Waxillium sabe cómo lo hacemos.

Tarson vaciló.

—Hum... ¿Estás seguro?

—Sí —dijo Miles, ausente—. Está dentro del vagón.

—¡Qué! —escupió Tarson, mirando el gran vagón que viajaba en el centro de la gabarra. Miles podía ver a los miembros de su equipo cubrirla con una lona, para oscurecerla mientras se acercaban a la Ciudad. Parecerían una gabarra normal, los brazos y el contrapeso ocultos bajo otras lonas y todo el conjunto disfrazado para parecer un cargamento de piedras de una de las canteras exteriores. Miles incluso tenía un manifiesto de envío y autorización para atracar, junto con unas cuantas lonas que cubrían de verdad pilas de piedra recién cortada.

—No sé qué método utilizó —dijo Miles—. Pero estaré ahí dentro. Wax piensa como un vigilante. Esta es la mejor forma de descubrir nuestro escondite: quedarte con el cargamento que sabes que será robado, aunque no sepas exactamente cómo —hizo una pausa—. No. Habrá descubierto cómo lo hacemos. Ese es el riesgo de ser tan bueno como él. Tan bueno como lo era yo. Empiezas a pensar como un criminal.

Mejor que un criminal, en realidad.

En cierto modo, era sorprendente que no hubiera más vigilantes que acabaran dedicándose al crimen. Si veías que algo se hacía mal frecuentemente, por naturaleza, querías encargarte de que se hiciera bien. Miles había empezado a planear estos robos hacía diez años, cuando advirtió que la seguridad de los ferrocarriles se concentraba en los vagones. Al principio fue solo un experimento mental. Era otra cosa de la que estar orgulloso. Había robado, y lo había hecho bien. Muy bien. Y la gente... había recorrido la ciudad, escuchando. Hablaban con asombro de los desvanecedores.

Nunca lo habían tratado así allá en los Áridos. Lo odiaban, aunque los protegiera. Ahora lo amaban porque les robaba. La gente era sorprendente, pero era bueno no ser odiado. Temido, sí. Pero no odiado.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Tarson.

—Nada —respondió Miles—. Probablemente Wax no es consciente de que he adivinado que está ahí dentro. Eso nos da ventaja.

—Pero...

—No podemos abrir el vagón aquí. Ese es el tema de toda esta historia. Necesitaremos el taller. —Hizo una pausa—. Aunque supongo que podríamos arrojar el vagón entero al canal. Es lo bastante profundo para que se hunda por completo. Me pregunto si Wax tiene un plan para abrir la puerta si sucede algo así.

—No creo que al Señor Elegante le guste mucho que hundamos el vagón, jefe —dijo Tarson—. No después de lo que tiene que haber gastado para hacer esa réplica.

—Sí. Por desgracia, el canal tiene solo unos cuatro metros de profundidad. Si arrojáramos el vagón, nunca podríamos sacarlo antes de que la quilla de otro barco chocara con él, revelando lo que hemos hecho. Lástima.

La muerte de Waxillium casi compensaría la pérdida del cargamento. El Señor Elegante no se daba cuenta de lo peligroso que era ese hombre. Oh, hacía como si lo supiera. Pero si realmente apreciara lo peligroso, lo efectivo que era Waxillium..., bueno, nunca habría permitido este robo. Habría detenido todas las operaciones y se habría retirado de la ciudad. Y Miles habría estado de acuerdo con eso, excepto por una cosa.

Habría significado que no habría confrontación.

Flotaron hacia la Ciudad, llevando el vagón de tren, su cargamento, y su ocupante... casi como si Wax fuera un señor en su grandioso carro. La suya era una fortaleza casi inexpugnable que lo protegía de la docena aproximada de hombres en la gabarra que lo habrían matado felizmente.

Los dos guardianes del Señor Elegante (que se hacían llamar Empujón y Tirón) se reunieron con Miles en la proa de la gabarra, pero no les habló. Juntos, se dirigieron hacia Elendel. Las farolas eran líneas de fuego en las brumas, blanco brillante, extendidas por todo el canal. Otras luces chispeaban altas en el cielo, las ventanas de los edificios envueltos en la bruma.

Cerca, algunos de sus hombres murmuraban. La mayoría consideraba que las brumas traían mala suerte, aunque al menos dos de las religiones principales las aceptaban como manifestaciones de lo divino. Miles nunca había sabido qué pensar de ellas. Hacían que la alomancia fuera más fuerte, o eso decían algunos, pero sus habilidades eran ya tan fuertes como podían serlo.

La Iglesia del Superviviente enseñaba que las brumas le pertenecían a él, a Kelsier, Señor de las Brumas. Se aparecía en las noches en que la bruma era densa y daba su bendición a los independientes. Ya fueran ladrones, sabios, anarquistas o un granjero que vivía de su propia tierra. Todo el que sobrevivía por su cuenta (o que pensara por sí mismo) era alguien que seguía al Superviviente, lo supiera o no.

«Eso es algo de lo que se burla la actual clase dirigente», pensó Miles. Muchos decían pertenecer a la Iglesia del Superviviente, pero desanimaban a sus empleados a pensar por sí mismos. Miles sacudió la cabeza. Bueno, él no seguía al Superviviente. Había encontrado algo mejor, algo que parecía más auténtico.

Dejaron atrás el anillo exterior del Cuarto y el Quinto Octantes. Dos enormes edificios se alzaban uno a cada lado del canal. Las cimas desaparecían en las brumas. La Torre Tekiel estaba a un lado, la Columna de Hierro, al otro.

El muelle de carga de la Columna de Hierro se extendía junto a su propia rama del canal. Dirigieron la gabarra hacia allí, se deslizaron hasta detenerse, y usaron la grúa fija del muelle para levantar el vagón oculto. Se suponía que era una gran pila de roca, de todas formas. La alzaron lentamente al aire, le dieron la vuelta y suavemente la posaron en la plataforma.

Miles saltó de la gabarra a tierra y se dirigió a la plataforma, seguido de Empujón y Tirón. El resto de sus hombres se congregaron a su alrededor, con aspecto satisfecho. Algunos bromeaban por la paga que recibirían tras el golpe.

Clamps parecía muy preocupado, y se rascaba las cicatrices del cuello. Era supervivencialista, y las cicatrices, una marca de su devoción. Tarson tan solo bostezó ostentosamente y luego hizo crujir sus nudillos.

Toda la plataforma se estremeció, luego empezó a moverse, descendiendo un piso hasta la nave de la fundición. Las puertas se cerraron cuando pasaron. El ascensor se estremeció ligeramente al detenerse. Miles se volvió a contemplar el largo túnel que según el Señor Elegante proporcionaría algún día acceso por tren bajo la ciudad. Parecía hueco, vacío, sin vida.

—Enganchad las cadenas —dijo Miles, saltando de la plataforma—. Colocad el vagón en su sitio.

—¿No podríamos esperar? —preguntó Tarson, el ceño fruncido—. Se abrirá dentro de doce horas, ¿no?

—Tengo planeado estar lejos de aquí dentro de doce horas —respondió Miles—. Wax y su gente están demasiado cerca. Vamos a abrir ese vagón, encargarnos de quien quiera que esté dentro, cogeremos el aluminio y nos marcharemos. A trabajar. Vamos a arrancar la puerta.

Sus hombres se apresuraron a obedecer y ataron el gran vagón a la pared con un gran número de cepos y cadenas. Engancharon otro grupo de cadenas a la puerta del *Inexpugnable* y conectaron esas cadenas al mismo potente mecanismo eléctrico que subía y bajaba la plataforma. La plataforma se estremeció al soltarse, y los motores en cambio se hicieron cargo de las ruedas de las cadenas.

Miles se acercó al estante de las armas y seleccionó dos revólveres de aluminio idénticos a los que llevaba en sus pistoleras. Le preocupó advertir que solo quedaba otra pistola más en el estante. Habían perdido una fortuna en armas. Bueno, tendría que encargarse de que Waxillium fuera debidamente castigado. Miles atravesó la sala, mientras las cadenas tintineaban en el suelo y los hombres gruñían. El aire olía a coque de las fraguas inactivas.

—¡A las armas! —ordenó Miles—. Preparaos para disparar a la persona que está dentro en el momento en que abramos el vagón.

Los desvanecedores se miraron unos a otros, confusos, pero desenfundaron o echaron mano de sus armas. Tenía a una docena de hombres aquí, con algunos otros en reserva. Por si acaso. Nunca pongas todas tus balas en la misma pistola cuando Waxillium esté cerca.

—Pero, jefe, el informe decía que el tren partió sin los guardias dentro! —contestó uno de los desvanecedores.

Miles amartilló su arma.

—Si encuentras un edificio sin ratas, hijo, entonces sabes que algo más peligroso las espantó.

—¿Cree que está ahí dentro? —preguntó Empujón con voz átona, acercándose a él. Obviamente, no había oído la conversación de Miles sobre Wax en la gabarra.

Miles asintió.

—Y lo ha traído aquí.

Miles volvió a asentir.

El rostro de Empujón se ensombreció.

—Debería habérnoslo dicho.

—Están aquí para ayudarme a encargarme de él —respondió Miles—. Solo quería asegurarme de que tuvieran su oportunidad. —Se volvió—. ¡Arrancad el motor!

Uno de los hombres tiró de la palanca, y las cadenas se tensaron. Gruñeron, tirando de la puerta. El vagón se sacudió, pero las cadenas de detrás lo mantuvieron en su sitio.

—¡Preparados! —gritó Miles—. Cuando las puertas se abran, disparad a todo lo que se mueva dentro de ese vagón. Armaos solo con aluminio, y no escatiméis munición. Podremos recoger las balas y refundirlas más tarde.

La puerta del vagón se combó en su montura, el metal gruñó. Miles y sus hombres se apartaron de las cadenas. Tres corrieron a emplazar la ametralladora, pero Miles les hizo un gesto negativo. No tenían balas de aluminio para esa arma, así que dispararla sería un desastre contra un lanzamonedas preparado.

Miles volvió a centrar su atención en el vagón. Controló la respiración y sintió que su cuerpo se calentaba mientras aumentaba el poder que decantaba de su mente de metal. No necesitaba respirar. Su cuerpo se renovaba solo a cada momento. Detendría los latidos de su corazón si pudiera. Un latido podía ser una molestia cuando intentabas apuntar.

Incluso sin respirar, nunca podría disparar tan bien como Wax. Naturalmente, nadiearía podría. Aquel hombre parecía tener un instinto innato para las armas de fuego. Miles lo había visto alcanzar blancos que habría jurado que eran imposibles. Casi parecía una lástima matar a un hombre semejante. Sería como quemar una pintura única, una obra maestra.

Pero era lo que había que hacer. Miles extendió el brazo, apuntando con el revólver. La puerta continuó combándose, y los eslabones de varias de las cadenas empezaron a mostrar tensión. Pero había suficientes y el motor era lo bastante fuerte; las cuadernas de la puerta empezaron a romperse. Fragmentos de metal se soltaron, los tornillos saltaron. Uno alcanzó a Miles en la mejilla, desgarrándole la piel. El corte se regeneró inmediatamente. No hubo dolor. Miles apenas recordaba levemente cómo era sentir dolor.

Entonces la puerta emitió un último alarido de muerte, se soltó y voló por los aires. Golpeó el suelo, arrancando chispas mientras el hombre de la palanca detenía rápidamente el motor. La puerta se detuvo entre los desvanecedores, quienes nerviosamente apuntaron sus armas al oscuro interior del vagón.

«Vamos, Wax —pensó Miles—. Juega tu mano. Has venido a mí. A mi cubil, a mi guarida. Ahora eres mío».

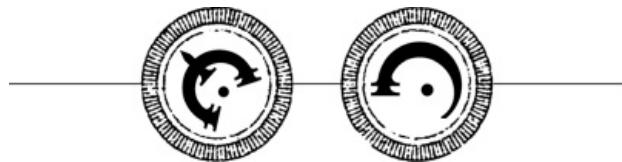
Pobre idiota. Wax nunca podía detenerse si había una mujer en peligro.

Fue entonces cuando Miles advirtió el cable. Fino, casi invisible, se extendía desde la puerta caída al interior del vagón. Debía de haber estado atado a la puerta, y luego fijo en el interior con un montón de espacio suelto. Cuando arrancaron la puerta, el cable no se rompió, sino que siguió a la puerta. Qué...

Miles miró de nuevo la puerta caída. Cinta adhesiva. Dinamita.

«Oh, demonios».

Alguien dentro del vagón, oculto tras la caja de aluminio, tensó el cable con un súbito tirón.



Fuera, toda la sala se estremeció. Dentro, el vagón se agitó, aunque parecía que alguien había tenido el detalle de asegurarlo, impidiendo que Waxillium se sacudiera demasiado. Se agarró a la cuerda que había atado a la caja fuerte, la cabeza gacha, *Vindicación* junto a la oreja.

En cuanto la explosión pasó, se lanzó por encima de la caja fuerte y saltó a la sala. El humo se agitaba en el aire; trozos de piedra y acero estaban dispersos por el suelo. La mayoría de las luces habían sido arrancadas por la explosión, y las que quedaban oscilaban salvajemente, pintando la sala de sombras aterradoras.

Waxillium escrutó la devastación e hizo un rápido conteo. Al menos cuatro hombres habían caído. Probablemente habría alcanzado a más si hubiera detonado la explosión antes, pero le preocupaba herir a gente inocente. Necesitó un momento para asegurarse de que Steris ni las demás estaban cerca.

Waxillium empujó y se impulsó con un fragmento de metal, lanzándose al aire antes de que ningún desvanecedor pudiera apuntarle. Le disparó con *Vindicación* a un hombre que se levantaba y sacudía la cabeza. Aterrizó en lo alto del vagón y disparó dos veces más con precisión, matando a otros dos desvanecedores.

Una figura harapienta se alzaba a un lado de la sala, y Waxillium disparó antes de reconocer a Miles. La parte izquierda de su chaqueta y camisa estaban hechas jirones, pero ya había vuelto a desarrollar la carne, y apurado alzaba su pistola.

«Maldición», pensó Waxillium, saltando detrás del vagón. Había esperado aparecer en un escondite más tradicional, con pasillos estrechos y huecos ocultos. No en esa nave de piedra despejada. Iba a ser difícil no quedar arrinconado allí.

Se asomó por el lado del vagón y recibió una andanada de disparos desde cuatro o cinco lugares diferentes. Volvió a ocultarse, recargando rápidamente a *Vindicación* con balas normales. Ya estaba arrinconado. Esto no iba bien.

Otra de las luces de la sala fluctuó antes de apagarse. Los incendios provocados por la explosión lo iluminaban todo de un brillo rojo primario. Waxillium se agachó, con *Vindicación* preparada. No se molestó en crear una burbuja de acero: todos disparaban con balas de aluminio.

Era quedarse arrinconado y que lo mataran cuando rodearan el vagón, o arriesgarse a que lo hicieran cuando saliera. Así fuera. Le dio una patada a un trozo de metal, luego lo empujó ante él. Atrajo los disparos mientras corría tras él, empujando hacia atrás para surcar los aires. Se volvió de lado, disparando mientras volaba, más que nada para obligar al enemigo a bajar la cabeza. Sin embargo, consiguió abatir a uno antes de golpear el suelo y deslizarse a la sombra de unas cajas caídas.

Se irguió y recargó rápidamente. Le dolía el costado, que sangraba a través del vendaje. El vagón estaba sujeto en la cara norte de la sala. Él había saltado hacia el oeste, y había acabado en el rincón noroeste donde estaban almacenadas las cajas. La cara oeste, un poco al sur de donde se hallaba, daba a una especie de túnel. Tal vez podría correr hacia allí.

Se asomó a un lado y le dio un tiro en la frente a uno de los desvanecedores. Luego rodó para ponerse a cubierto detrás de un grupo de cajas más grandes.

Alguien se arrastraba junto a las cajas que tenía a la izquierda; podía oír los pasos aplastando trozos de escombros. Waxillium alzó su arma, se hizo a un lado, y disparó.

El hombre del traje negro alzó tranquilamente una mano. Siguiendo la bala con las líneas azules de la alomancia, Waxillium pudo ver que se volvía hacia atrás y golpeaba la pared que tenía detrás. «Magnífico. Un lanzamonedas». Hizo girar el tambor de *Vindicación*, deteniéndolo en su sitio. Por desgracia, los disparos de los otros desvanecedores lo obligaron a retroceder antes de poder disparar la bala especial.

Ese lanzamonedas estaba cerca. Waxillium tenía que moverse con rapidez. Se sacó de los bolsillos unos cuantos de los pañuelos con pesos y los arrojó al aire y los empujó para atraer los disparos, luego se volvió hacia el lado derecho de las cajas. Tenía que seguir en movimiento. Si...

Se encontró cara a cara con alguien que rodeaba las cajas para sorprenderlo por el flanco. Era un hombre delgado de piel cenicienta y llevaba el sombrero de Wayne. Tarson, lo habían llamado en la otra lucha.

Los ojos de Tarson se abrieron de par en par llenos de sorpresa, y descargó un puñetazo, a pesar de que empuñaba un revólver. El hombre tenía sangre koloss, y tal vez era también un brazo de peltre, considerando lo rápidamente que se había recuperado de sus heridas. Hombres así a menudo golpeaban primero y pensaban en sus armas después.

Waxillium apenas pudo esquivarlo a tiempo: sintió el puño pasar ante la punta de su nariz y luego chocar contra una de las cajas, a la que aplastó. Alzó a *Vindicación*, pero Tarson, moviéndose con velocidad sobrenatural, se la arrancó de un manotazo. Sí, un brazo de peltre con toda seguridad. Los hombres de sangre koloss eran fuertes, pero no tan rápidos.

Por reflejo, Waxillium se empujó hacia atrás. Enfrentarse cara a cara con ese hombre sería suicida. Le...

El tejado explotó.

Bueno, no el tejado entero. Solo una porción sobre Waxillium, donde parecía que habían bajado el vagón del tren por medio de algún tipo de plataforma mecánica. Waxillium se agachó mientras caían trozos de metal; empujó a algunos. Sonaron disparos desde arriba, y el brazo de peltre se agachó, mientras unas pocas balas alcanzaban las cajas cercanas.

Una figura saltó desde lo alto, vestida con un sobretodo y empuñando un par de bastones de duelo. Wayne aterrizó junto a Waxillium, gruñendo de dolor, y el claro tintineo de una burbuja de velocidad apareció alrededor de ambos.

—Agh —se quejó Wayne, rodando y estirando la pierna para que se curara de la fractura.

—No tenías que saltar tan rápido —reprendió Waxillium.

—¿Ah, no? Mira bien, sesos de galleta.

Waxillium alzó la mirada. Mientras había estado luchando con el brazo de peltre, el lanzamonedas vestido de negro había avanzado. El hombre aterrizzaba lentamente sobre las cajas, revólver en mano, y una vaharada de humo brotaba mientras la bala salía muy despacio del cañón. Esa bala apuntaba directamente a la cabeza de Waxillium.

Waxillium se estremeció y dio un paso deliberado a un lado.

—Gracias. Y... ¿sesos de galleta?

—Estoy probando insultos nuevos —dijo Wayne, poniéndose en pie—. ¿Te gusta mi nuevo gabán?

—¿Por eso has tardado tanto? Por favor, dime que no te has ido de compras mientras yo luchaba por mi vida.

—Tuve que eliminar a tres tipos que guardaban la entrada ahí arriba —dijo Wayne, haciendo girar sus bastones—. Uno de ellos tenía puesta esta hermosa prenda. —Vaciló—. Llego un poco tarde porque tuve que idear un modo de quitarlo de en medio sin estropear el abrigo.

—Magnífico.

—Hice que Marasi le disparara en el pie —dijo Wayne, gruñendo—. ¿Estás preparado? Intentaré encargarme de nuestro amigo de sangre koloss.

—Ten cuidado —dijo Waxillium—. Es un brazo de peltre.

—Encantador. Siempre me presentas a gente estupenda, Wax. Marasi nos cubrirá desde arriba. ¿Puedes encargarte del lanzamonedas?

—Si no puedo, es hora de retirarme.

—Oh. ¿Así es como llamamos hoy en día a que te peguen un tiro? Lo recordaré. ¿Preparado?

—Vamos.

Wayne soltó la burbuja de velocidad y rodó hacia delante, sorprendiendo al brazo de peltre cuando rodeaba las cajas. La bala del lanzamonedas dio en el suelo. Waxillium saltó hacia *Vindicación*, que había caído sobre una caja cercana después de que se la arrebataran de la mano.

El lanzamonedas se movió por reflejo, saltó y empujó la pistola. Ranette era muchas cosas, pero desde luego no era rica, y por eso *Vindicación* no estaba hecha de aluminio. El empujón del lanzamonedas la envió derecha contra la cabeza de Waxillium, que maldijo, esquivó, y la dejó pasar por encima. Tenía otras armas, naturalmente, pero de balas corrientes.

Adivinando que el lanzamonedas iba a intentar golpear la pistola contra la pared para romperla, Waxillium empujó hacia arriba con todo lo que tenía, enviando el arma por un agujero en el techo.

Waxillium la siguió, dejó caer una bala y se abalanzó tras su arma. El lanzamonedas intentó dispararle, pero un tiro bien colocado de Marasi (que usaba balas de aluminio) casi lo alcanzó en la cabeza, obligándolo a apartarse.

Waxillium se internó en una ola de bruma que caía en la sala como una cascada. Irrumpió en el cielo oscuro y brumoso y cogió a *Vindicación* en el aire. Se empujó de lado hacia una farola mientras las balas lo seguían, dejando rastros en la bruma.

Llegó al edificio que tenía al lado y se agarró. Algo oscuro surgió del agujero y saltó al aire. El lanzamonedas. Se le unió un segundo hombre vestido de negro, también algún tipo de alomántico, aunque la trayectoria de su vuelo sugería que se trataba de un atraedor.

«Magnífico». Waxillium apuntó hacia abajo y disparó una bala corriente hacia el suelo, luego la empujó mientras reducía su peso para impulsarse al cielo. Los otros dos lo siguieron con gráciles saltos, y Waxillium giró el tambor de *Vindicación* y lo trabó en la recámara especial.

«Adiós», pensó, disparando a la cabeza del lanzamonedas.

Por pura casualidad, el hombre se empujó al lado en ese mismo momento. No fue deliberado, solo un movimiento de suerte. La bala pasó inútil entre las brumas más allá del hombre, que alzó su propia pistola y disparó un par de tiros, uno de los cuales rozó el brazo de Waxillium.

Waxillium maldijo mientras su sangre rociaba la oscura noche, luego se empujó a un lado para moverse erráticamente y evitar los disparos.

«¡Idiota! —pensó, furioso—. No importa lo buenas que sean tus balas si no apuntas con cuidado».

Se concentró en permanecer por delante de los otros dos, saltando de un lado a otro por el costado del enorme edificio Columna de Hierro. El lanzamonedas se movía en gráciles saltos tras él, empujándose en el metal del armazón de acero del edificio. Saltaba hacia fuera, luego se empujaba hacia arriba y volvía al edificio, como si descendiera a la inversa.

Ambos reservaron sus balas, esperando el disparo adecuado. Waxillium hizo lo mismo, pero por un motivo diferente: no estaba seguro de que dispararles sirviera de nada. Necesitaba cargar otra bala mataneblinos. Y, si era posible, tenía que separar a los dos alománticos para poder enfrentarse a ellos uno a uno.

Ascendió, empujando el acero bajo la piedra de los salientes en los que se posaba. Pronto se topó con el mismo problema que la primera vez que escaló ese edificio. Se hacía más estrecho en la cima, y solo podía subir y salir, no entrar. Esta vez, no tenía sus escopetas. Se las había dado a Tillaume.

Sí tenía la otra bala mataneblinos, la que era especialmente dura para matar brazos de peltre. Vaciló. ¿Debería reservarla para el hombre de abajo?

No. Si moría ahora, nunca tendría otra oportunidad para enfrentarse a aquel tipo. Waxillium extendió el brazo, apretó el gatillo y se lanzó hacia atrás. No fue tan potente como con la escopeta, pero como era liviano, lo lanzó de vuelta hacia el edificio.

El lanzamonedas pasó ante él en el aire, sorprendido. El hombre apuntó con su arma, pero Waxillium disparó primero. Una bala corriente, pero el lanzamonedas se vio obligado a empujarla para alejarla. Waxillium empujó al mismo tiempo, y eso lo impelió hacia el edificio. El desgraciado lanzamonedas fue lanzado hacia el cielo, lejos de la torre.

«Bien», pensó Waxillium. A más de treinta metros en el aire ahora, se agarró a la fachada. Le disparó al atraedor, pero el hombre tiraba con cuidado. La bala de Waxillium trazó un arco y alcanzó la placa del pecho del atraedor.

Waxillium vaciló un momento, luego se soltó de la pared, equilibrándose mientras sacaba otro revólver de su segunda cartuchera.

Lo vació, disparando las seis balas en rápida sucesión. El atraedor se giró, volviendo el pecho hacia Waxillium, y las chispas volaron cuando las balas alcanzaron el peto. La suerte no acompañaba a Waxillium: a veces podías matar así a un atraedor, cuando una de las balas rebotaba hacia su cara o la placa del pecho se soltaba. No esta noche.

Maldiciendo, Waxillium se lanzó al aire y cayó más allá del hombre. El atraedor saltó al aire tras él. Cayeron entre las brumas.

Waxillium disparó hacia abajo para frenarse justo antes de llegar al suelo. Necesitaba disparar al atraedor en el ángulo adecuado para...

Un segundo tiro hendió el aire, y el atraedor gritó. Waxillium se volvió, alzando su pistola, pero el atraedor golpeó el suelo de cara.

Marasi asomó de entre unos arbustos cercanos.

—¡Oh! Parece que eso ha dolido.

Dio un respingo y miró preocupada al hombre al que acababa de abatir con una bala de rifle de aluminio.

—Que duela es la idea, Marasi.

—Los blancos no gritan.

—Técnicamente, también él era un blanco.

«Y muchas gracias a Wayne por coger las balas equivocadas después del banquete de bodas». Vaciló. ¿Qué estaba olvidando?

El lanzamonedas.

Waxillium maldijo, soltó la pistola corriente y cogió a Marasi. Se lanzó a la abertura mientras una lluvia de fuego caía de entre las brumas y estaba a punto de alcanzarlos. Waxillium la llevó hasta la sala, aterrizando con suavidad.

La cámara inferior era un caos. Había hombres desfigurados en el suelo, algunos muertos por la explosión, otros por los disparos de Waxillium. Un gran grupo de desvanecedores se había emplazado tras la ametralladora y disparaba a Wayne, que estaba en plena forma, quemando su bendaleo como un loco. Aparecía, atraía el fuego, desaparecía en un borrón, aparecía justo a la derecha de donde había estado antes. Soltaba insultos mientras las balas fallaban, luego volvía a moverse.

Los pistoleros seguían intentando adivinar dónde iba a aparecer a continuación, pero era un juego infructuoso. Wayne podía frenar el tiempo, ver dónde se dirigían las balas, dirigirse luego a un lugar donde no fueran a dar. Había que tener mucha suerte y habilidad para alcanzar a un deslizador que sabía que estabas allí.

Sin embargo, por impresionante que fuera, seguía siendo una táctica dilatoria. Con tantos hombres disparándole, Wayne no podía arriesgarse a acercarse más. Tenía que esperar un instante entre crear una

burbuja de velocidad y otra, y si estaba demasiado cerca de los hombres, existían muchas posibilidades de que pudieran apuntar, disparar y alcanzarlo en los segundos en que estaba expuesto. Cuanto más intentara esquivar Wayne, mejor podrían juzgar las pausas los hombres que le disparaban. Si esperaba demasiado, lo alcanzarían.

Waxillium observó la escena y entonces le tendió una mano a Marasi.

—Dinamita.

Ella le entregó el cartucho.

—Ponte a cubierto. Intenta darle a ese lanzamonedas cuando baje a por nosotros.

Waxillium irrumpió en la sala, disparando sin mirar al grupo de hombres. Ellos gritaron y trataron de ponerse a cubierto. Waxillium alcanzó a Wayne justo cuando este levantaba una burbuja de velocidad.

—Gracias —dijo Wayne. Chorros de sudor corrían por su cara, aunque estaba sonriendo.

—¿Y el brazo de peltre? —preguntó Waxillium.

—Quedamos en tablas —respondió Wayne—. El hijo de perra es rápido.

Waxillium asintió. Los quemadores de peltre siempre le daban problemas a Wayne, que podía curarse más rápido, pero los poderes de los brazos de peltre los hacían rápidos y fuertes. En un combate mano a mano, Wayne estaba en desventaja.

—Todavía tiene mi sombrero de la suerte —aclaró Wayne, señalando el lugar donde el hombre de pie gris se encontraba tras el grupo de desvanecedores, instándolos a seguir disparando—. Este último grupo salió de ese túnel. Creo que hay más allí dentro. No sé por qué no los ha traído Miles.

—Demasiadas armas disparando en una habitación de este tamaño hace que sea cada vez más peligroso para sus hombres —respondió Waxillium, mirando alrededor—. Querrá contar con reservas, para así intentar agotarnos. ¿Dónde está Miles, por cierto?

—Intentando flanquearme —dijo Wayne—. Creo que se esconde allí, junto al vagón.

Wayne y él se encontraban en el centro de la sala, el vagón tras ellos y a la izquierda, las cajas detrás y a la derecha, el túnel a la derecha.

Waxillium podía llegar al vagón con bastante facilidad.

—Bien —dijo—. El primer plan para tratar con Miles sigue en marcha.

—No creo que funcione.

—Por eso tenemos un segundo plan. Pero esperemos que este funcione. Preferiría no poner a Marasi en una situación más peligrosa.

Waxillium alzó la dinamita. No había mecha: estallaba tirando de un detonador.

—Tú ve a por esos hombres. Yo me encargo de Miles. ¿Listo?

—Sí.

Waxillium lanzó la dinamita y Wayne dejó caer la burbuja de velocidad justo antes de que la dinamita alcanzara su borde. Cualquier objeto, los pequeños en especial, que salían de una burbuja de velocidad se desviaban levemente de manera impredecible. Por eso disparar desde dentro de una era prácticamente inútil.

Los desvanecedores alzaron la mirada en sus escondites. La dinamita cayó hacia ellos. Wayne apuntó con *Vindicación* y disparó la última bala del tambor al cartucho.

La explosión sacudió la sala, tan fuerte que los oídos de Waxillium zumbaron. Giró, ignorándolos, y vio a Miles salir de detrás del vagón roto. Waxillium cogió un puñado de balas y corrió hacia el vagón blindado; saltó rápidamente a su interior para ponerse a cubierto mientras recargaba.

Una figura oscureció la puerta un momento después.

—Hola, Wax —dijo. Entró en el vagón blindado.

—Hola, Miles.

Inspirando profundamente, Waxillium empujó contra los ganchos de metal de arriba, que había colocado allí para sujetar las redes. Se soltaron y las redes cayeron alrededor de Miles.

Mientras Miles daba un respingo de sorpresa, Waxillium empujó los cierres de la parte inferior de las redes, arrancándolas del agujero que antes fue la puerta. Las redes se tensaron e hicieron que Miles perdiera el equilibrio.

Miles cayó al suelo y se golpeó la cabeza contra la caja que contenía el aluminio. Probablemente eso ni siquiera lo aturdió, pero la torpe caída sí que le hizo soltar la pistola. Waxillium saltó hacia delante, la agarró y la sacó de las redes. Entonces se levantó, respirando entrecortadamente.

Miles se debatía contra las redes. A pesar de su increíble poder de curación, no era más fuerte que un hombre corriente. El truco no estaba en matarlo, sino en incapacitarlo. Waxillium dio un paso adelante, y solo ahora encontró una oportunidad para vendarse la herida del brazo. No era grave, pero sangraba más de lo que le habría gustado.

Miles lo miró, intentando calmarse. Entonces buscó en su bolsillo, sacó su caja de puros y extrajo un pequeño cartucho cilíndrico de dinamita.

Waxillium se quedó quieto. Sintió un horrible momento de comprensión, seguido por una descarga de terror.

«¡Oh, demonios!». Se lanzó más allá de Miles, fuera del vagón. El torpe brinco lo hizo girar en el aire. Vio brevemente a Miles arrancar el detonador de la dinamita. El hombre quedó envuelto en un brillante y poderoso estallido.

La explosión lanzó a Waxillium hacia delante como si fuera una hoja al viento. Chocó contra el suelo y su visión se nubló. Perdió unos instantes.

Se recuperó, ensangrentado, mareado, y rodó hasta detenerse. La cabeza le daba vueltas. Era incapaz de moverse o de pensar siquiera, el corazón le martilleaba en el pecho.

Una figura se alzó dentro del vagón. La visión de Waxillium era demasiado confusa para distinguir gran cosa, pero supo que era Miles. Tenía las ropas hechas jirones, arrancadas en gran parte de su cuerpo, pero estaba entero. Había hecho estallar la dinamita en su mano para poder librarse de las redes.

«Herrumbre y Ruina...», pensó Waxillium, tosiendo. ¿Hasta qué punto estaba malherido? Se dio la vuelta, aturdido. Esto no era buena señal.

—¿Hay alguna duda de que he sido elegido para algo grande? —gritó Miles. Waxillium apenas podía escucharlo; sus oídos estaban casi inútiles tras la explosión—. ¿Por qué, si no, tengo este poder, Waxillium? ¿Por qué, si no, seríamos lo que somos? Y, sin embargo, dejamos que otros gobiernen. Los dejamos que destruyan nuestro mundo mientras nosotros no hacemos más que perseguir a criminales insignificantes.

Miles saltó del vagón, luego avanzó, el pecho desnudo, los pantalones colgando en harapos.

—Estoy cansado de hacer lo que la ciudad me dice. Debería estar ayudando a la gente, no librando guerras sin sentido según dictan los corruptos y los canallas. —Llegó junto a Waxillium y se agachó.

»¿No lo ves? ¿No ves lo importante que es el trabajo que podríamos estar haciendo? ¿No ves que nuestro destino es hacerlo, quizás incluso gobernar? Es casi como... como si nosotros, con los poderes que tenemos, fuéramos divinos.

Casi parecía estar suplicándole a Waxillium que estuviera de acuerdo, que lo justificara.

Waxillium solo tosió.

—Bah —dijo Miles, incorporándose. Flexionó una mano—. ¿Crees que no me doy cuenta de que la única manera de detenerme es atándome? Una pequeña explosión no viene mal, lo he descubierto. Guardo la dinamita en las cajas de puros. Poca gente mira en ellas. Tendrías que haber interrogado a los criminales que detuve allá en los Áridos. Unos cuantos trataron de capturarme con cuerdas.

—Yo... —Tosió Waxillium. Su propia voz le sonó extraña—. Nunca pude hablar con los criminales que capturaste. Los mataste a todos, Miles.

—Eso hice —respondió Miles. Agarró a Waxillium por el hombro, obligándolo a ponerse en pie—. Veo que tiraste mi pistola cuando saltaste del tren. Maravilloso.

Le dio un puñetazo en el estómago que le hizo exhalar con un gruñido. Entonces lo dejó caer al suelo y se acercó a una pistola que había tirada cerca.

Aturdido, pero sabiendo que tenía que ponerse a cubierto, Waxillium logró ponerse en pie. Empujó contra una pieza de maquinaria y se lanzó al otro lado de la sala, donde aterrizó junto a las cajas. La explosión las había dispersado, pero todavía proporcionaban algo de protección.

Tosiendo, sangrando, se arrastró tras ellas. Entonces se desplomó.

Wayne giraba entre dos desvanecedores. Descargó hacia un lado sus bastones de duelo, golpeando con ellos la espalda de uno de los hombres. Fue recompensado con un satisfactorio *crack*. El hombre cayó.

Wayne sonrió y dejó caer su burbuja de velocidad. El otro hombre que estaba atrapado dentro con él se giró, tratando de apuntarle, pero mientras se movía, se puso sin darse cuenta en el camino de varios de sus camaradas, que estaban disparando.

El desvanecedor cayó ante una lluvia de balas. Wayne dio un salto atrás, levantando otra burbuja alrededor de sí mismo y de un atónito desvanecedor.

Todo lo de fuera se frenó: las balas quedaron quietas en el aire, los gritos desaparecieron, las ondas se difuminaron al alcanzar la burbuja de velocidad, que causaba cosas extrañas al sonido.

Wayne se dio media vuelta y le arrancó la pistola de las manos al desvanecedor que tenía detrás, luego se abalanzó y golpeó el cuello del hombre con la punta de su bastón. El desvanecedor gorjeó sorprendido; luego Wayne lo golpeó en la sien, derribándolo.

Dio un paso atrás, jadeando y haciendo girar uno de sus bastones. Se estaba quedando sin bendaleo, así que comió otro pedazo. El último. Más preocupantes eran sus mentes de metal, que había agotado casi por completo. «Otra vez». Odiaba luchar de esa forma. Un solo disparo podía acabar con él. Era tan frágil como... bueno, como todo el mundo. Resultaba preocupante.

Se acercó al perímetro de su burbuja de velocidad, deseando que se moviera con él. Aquel brazo de peltre seguía llevando puesto su sombrero de la suerte; el hombre se había puesto a cubierto cuando Wax lanzó la dinamita, y acababa de asomar. No parecía haber sido malherido; unos cuantos araños en la cara, el tipo de cosa que un brazo de peltre podía ignorar. Lástima. Pero al menos el sombrero estaba bien.

El hombre había empezado a cargar hacia Wayne, moviéndose de manera extremadamente lenta, aunque más rápido que los otros desvanecedores. Era frustrante, pero Wayne sabía que tenía que mantenerse apartado de ese hombre. Nunca había derrotado a un brazo de peltre sin tener acumulado un montón de salud. Mejor seguir saltando, confundiéndo al hombre hasta que Marasi o Wax pudieran dispararle unas cuantas veces.

Wayne se volvió y escrutó la zona cercana, decidiendo dónde iba a situarse cuando soltara la burbuja. Con tantas balas disparándose, no quería...

¿Ese era Wax?

Wayne se quedó boquiabierto, y solo ahora advirtió la forma ensangrentada de Wax que cruzaba la sala, como impulsado por un empujón de acero. Wax apuntaba hacia un grupo de cajas en la parte noroccidental de la nave, a la izquierda de Wayne. Su traje estaba quemado y hecho jirones por un lado. ¿Otra explosión? A Wayne le parecía que había oído algo, pero saltar entrando y saliendo de burbujas de velocidad podía volver locos tus sentidos.

Wax lo necesitaba. Era hora de terminar esta lucha, entonces. Wayne soltó la burbuja y se lanzó hacia delante. Contó hasta dos, luego emplazó otra burbuja y se tiró a la derecha. La soltó y siguió corriendo, las balas atravesaron el aire donde había estado. A los ojos de aquellos que intentaban seguirlo, se habría borrado y aparecido inmediatamente a la derecha de donde estuvo. Lo hizo de nuevo, esquivando en otra dirección, y luego soltó la burbuja.

Casi había llegado. Otra burbuja más y...

Algo alcanzó a Wayne en el brazo. Extrañamente, sintió la sangre antes que el dolor. Maldijo, tambaleándose, y alzó una burbuja de inmediato.

Se agarró el brazo. La cálida sangre chorreaba entre sus dedos, y lleno de pánico Wayne decantó la última pizca de curación de su mente de metal. No fue suficiente para arreglar la herida de bala: apenas frenó la hemorragia. Se volvió y vio que otra bala estaba a punto de alcanzar la burbuja. Saltó a un lado justo antes de que tocara el perímetro, lo atravesara en un segundo, y luego alcanzara el otro lado y frenara de nuevo, desviada erráticamente hacia el techo.

«Maldición —pensó Wayne, atando en su brazo herido un vendaje improvisado—. Alguien tiene muy buena puntería». Miró alrededor y vio al lanzamoneda de negro arrodillado junto a la pared, empuñando un rifle de aspecto familiar con el que lo apuntaba. El rifle era el que Ranette le había dado a Marasi. «Bueno, esto se va al infierno más rápido de lo que arde el bendaleo».

Un momento de vacilación. Wax había caído. Pero Marasi..., ¿qué le había sucedido? Wayne no podía verla por ninguna parte, aunque el lanzamoneda se había apostado detrás de unas máquinas y tenía su arma. Eso resultaba bastante revelador.

Wax quería que fuera a ayudar a la muchacha.

Apretando los dientes, Wayne se dio media vuelta y avanzó hacia el lanzamoneda.

Waxillium gimió, se estiró a pesar del dolor y sacó un pequeño dos-tiros de la funda que llevaba en el tobillo. Había perdido a *Vindicación* con la explosión (Ranette iba a matarlo por eso) y había dejado su otra arma arriba cuando agarró a Marasi. Solo le quedaba esto.

Trató sin éxito de amartillar la diminuta pistola con una mano temblorosa. No se atrevió a intentar averiguar la gravedad de sus heridas. Su brazo y su pierna estaban desollados.

La bruma continuaba colándose por el agujero del techo. Casi había envuelto ese lado de la sala. Desesperado, Waxillium advirtió que su dos-tiros se había estropeado con la explosión, y el percutor ya no se dejaba amartillar. No es que fuera a ser de gran ayuda contra Miles, de todas formas.

Gimió de nuevo, apoyando la cabeza contra el suelo. «Creo que pedí un poco de ayuda».

Una voz le respondió, clara e inesperada:

«Y un poco es lo que has recibido, creo».

Waxillium se sobresaltó. «Bueno... ¿podrías ayudarme un poco más, entonces? Hum, ¿por favor?».

«Tengo que tener cuidado al mostrar mi favoritismo —respondió la voz en su mente—. Trastorna el equilibrio».

«Eres Dios. ¿No se trata precisamente de tener favoritos?».

«No —respondió la voz—. Es cuestión de Armonía, de crear un modo para que tantos como sea posible tomen sus propias decisiones».

Waxillium yacía contemplando las brumas en movimiento. La explosión lo había aturdido más de lo que creía.

«¿Eres divino —le preguntó la voz—, como dice Miles que son los alománticos?».

«Yo... —pensó Waxillium—. Si lo fuese, dudo que sintiera este dolor».

«Entonces, ¿qué eres?».

«Esta conversación es muy rara», pensó Waxillium.

«Sí».

«¿Cómo puedes ver cosas como las que han hecho los desvanecedores y no hacer nada para ayudar?», preguntó Waxillium.

«He hecho algo para ayudar. Te he enviado a ti».

Waxillium suspiró, soplando las brumas que tenía delante. Lo que había dicho Miles le había molestado: «¿Hay alguna duda de que nos han dado esto por un motivo?».

Waxillium apretó los dientes, luego se obligó a levantarse. Se sentía mejor en las brumas. Las heridas no parecían tan graves. El dolor no parecía agudizarse. Pero seguía desarmado. Seguía acorralado. Seguía...

De repente, reconoció la caja que tenía delante. Era su propio baúl. El que se llevó consigo la primera vez que se marchó a los Áridos, veinte años atrás. El que, ahora ajado y envejecido, había traído consigo de vuelta a la Ciudad.

El que había llenado con sus armas aquella noche de meses antes. Por un lado asomaba un trozo de su gabán de bruma.

«No hay de qué», susurró la voz.

Marasi se escondía en las sombras tras el vagón roto, ansiosa, el corazón redoblando en su pecho. El lanzamonedas había venido a buscarla después de lo que le había hecho a su amigo. Con su alomancia, había podido ver dónde corría, a pesar de la oscuridad y la bruma, así que había tirado el rifle tras unas cajas y se había escondido en otra parte.

Le parecía una cobardía, pero había funcionado. El lanzamonedas había disparado unas cuantas veces a las cajas, luego había dado la vuelta y recogido la escopeta, sorprendido. Obviamente esperaba encontrarla ensangrentada y muerta.

En cambio, estaba simplemente desarmada. Tenía que conseguir una pistola, tenía que hacer algo. Wayne estaba herido: había alejado al lanzamonedas, pero sangraba cuando lo vio.

La sala era un caos que la desorientaba. Wayne le había dicho que los cartuchos de dinamita que tenían eran relativamente pequeños, pero detonarlos en sitios cerrados seguía provocando un ruido enormemente doloroso. Los disparos eran casi igual.

El aire olía a humo, y cuando los tiros no sonaban, podía oír levemente a los hombres gimiendo y maldiciendo y muriendo.

Antes de que los desvanecedores aparecieran en el banquete de bodas, Marasi nunca se había visto en ningún tipo de pelea. Ahora no sabía qué hacer; incluso había perdido el sentido de la orientación. La sala estaba oscura, iluminada solamente por las llamas, y las brumas aparecían a su alrededor.

Algunos desvanecedores se apiñaban protegiendo la boca del túnel con el hombre de sangre koloss. Apenas pudo distinguirlos cuando se asomó en su escondite. Mantenían sus armas prestas. No podía ir por ahí.

Una figura surgió de la oscuridad, y ella apenas pudo contener un gritito de sorpresa. Reconoció a Miles Cienvidas por su descripción. Rostro estrecho, pelo negro y corto. Iba desnudo hasta la cintura, mostrando un poderoso pecho. Sus pantalones estaban hechos jirones. Contaba las balas de un revólver, y era el único en la sala que no se arrastraba o se escondía. Sus piernas apartaban la bruma, que ahora cubría el suelo.

Se detuvo junto a los desvanecedores en la boca del túnel y dijo algo que ella no pudo oír. Los hombres se retiraron pasillo abajo. Miles no los siguió, sino que atravesó la sala, acercándose a Marasi. Ella contuvo la respiración, esperando que pasara lo bastante cerca de su escondite para...

Un sonido de tela, y el lanzamonedas saltó junto a Miles, que se detuvo y alzó una ceja.

—Tirón está muerto —dijo el lanzamonedas. Marasi apenas podía oírlo, pero notaba que su voz era tensa y furiosa—. He intentado acabar con el bajito. Sigue saltando de caja en caja por toda la sala.

—Creo que ya he dicho antes —repuso Miles, la voz fuerte y atrevida—, que Wayne y Waxillium son como ratas. Perseguirlos es inútil. Hay que atraerlos.

Marasi se inclinó hacia delante, respirando de manera entrecortada, lo más silenciosamente que pudo. Miles estaba cerca. Unos cuantos pasos más...

Miles cerró su revólver.

—Waxillium se arrastró a algún sitio. Lo perdí, pero está herido y desarmado.

Entonces se dio la vuelta y apuntó directamente con el revólver al escondite de Marasi.

—Llámelo, por favor, lady Marasi.

Ella se quedó inmóvil, sintiendo una puñalada de horror. El rostro de Miles era tranquilo. Helado. Carente de emoción. La mataría sin pensárselo dos veces.

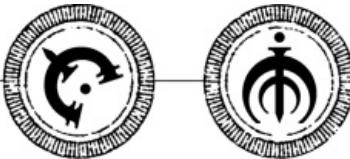
—Llámelo —dijo con más firmeza—. Grite.

Ella abrió la boca, pero no salió ningún sonido. Solo podía mirar el arma. Su formación universitaria le dijo que hiciera lo que le ordenara, y que luego echara a correr en el momento en que se diera la vuelta. Pero no podía moverse.

Las sombras envueltas en brumas al fondo de la sala empezaron a agitarse. Ella apartó la mirada de Miles. Algo oscuro se movía entre las brumas. Un hombre alto.

Las brumas parecieron retirarse. Waxillium estaba allí de pie, llevando un gran gabán parecido a un sobretodo, cortado en tiras por debajo de la cintura. Un par de revólveres brillaban en las fundas de sus caderas, y llevaba una escopeta en cada hombro. Su cara estaba cubierta de sangre, pero sonreía.

Sin decir palabra, bajó las escopetas y le disparó a Miles en el costado.



Dispararle a Miles era, naturalmente, inútil. El hombre podía sobrevivir a una explosión de dinamita de cerca. Podría soportar unos cuantos tiros de escopeta.

Pero los disparos hicieron que el lanzamoneda se empujara a sí mismo, alarmado. También dejaron a Miles rociado de metal. Wax aumentó su peso y empujó, aunque le resultó difícil apoyarse en las postas. Era muy difícil afectar con alomancia al metal que perforaba el cuerpo de una persona o tocaba su sangre.

Por fortuna, el cuerpo de Miles sanó solo y escupió las postas. En el instante previo a que tocaran el suelo, el empujón de Wax encontró súbitamente asidero, y lanzó a Miles al otro lado de la habitación, contra la pared.

El lanzamoneda aterrizó al otro lado de la sala. Waxillium se lanzó hacia delante, el gabán de bruma ondeando. Maldición, qué bueno era llevar puesto uno de nuevo. Se detuvo junto a Marasi, y a continuación se puso a cubierto junto al vagón.

—Casi lo tenía —dijo Marasi.

—¡Waxillium! —gritó Miles, y su voz resonó en toda la sala—. Lo único que haces es perder el tiempo. Bien, quiero que sepas una cosa. Mis hombres han ido a matar a la mujer que viniste a salvar. Si quieres que viva, entrégatela. Nosotros...

Su voz se interrumpió extrañamente. Wax frunció el ceño cuando algo se movió detrás de Marasi. Ella dio un respingo y Wax apuntó con una escopeta, pero resultó ser Wayne.

—Eh —dijo, resoplando—. Bonita arma.

—Gracias —respondió él, echándosela al hombro al advertir la burbuja de velocidad que los rodeaba. Eso era lo que había detenido la voz de Miles—. ¿Ese brazo...?

Wayne bajó la mirada y contempló el vendaje ensangrentado de su brazo izquierdo.

—No muy bien. No me queda curación, y he perdido sangre. Me estoy consumiendo, Wax. Demasiado. Tú también pareces bastante vapuleado.

—Sobreviviré.

A Wax le dolía la pierna y tenía toda la cara arañada, pero se sentía sorprendentemente bien. Siempre se sentía así, en las brumas.

—Las cosas que está diciendo —intervino Marasi—. ¿Creéis que dice la verdad?

—Podría ser, Wax —dijo Wayne con urgencia—. Los tipos que emplazó delante del túnel se han retirado. Parece que tenían algo importante que hacer.

—Miles les dijo algo —añadió Marasi.

—Maldición —masculló Wax, asomándose a la esquina del vagón. Miles podía ir de farol... o tal vez no. No era un riesgo que pudiera correr—. Ese lanzamoneda va a dificultar las cosas. Tenemos que eliminarlo.

—¿Qué pasó con la pistola esa tan mona de Ranette? —preguntó Wayne.

—No estoy seguro —replicó Wax con una mueca.

—Guau. Te va a hacer trizas, socio.

—Me aseguraré de echarte la culpa —dijo Wax, todavía vigilando al lanzamoneda—. Es bueno. Peligroso. Nunca sorprenderemos a Miles a menos que ese alomántico esté muerto.

—Pero tienes esas balas especiales —recordó Marasi.

—Una —dijo Wax, guardando una escopeta en la cartuchera interior de su gabán. Sacó la otra bala antilanzamoneda—. No creo que un revólver corriente dispare esto. Yo...

Se calló y miró a Marasi. Ella lo miraba levantando una ceja.

—Bien —dijo Wax—. ¿Podéis entretenerte a Miles vosotros dos?

—No hay problema —respondió Wayne.

—Entonces, vamos —dijo Wax, inspirando profundamente—. Un último intento.

Wayne lo miró a los ojos y asintió.

Wax vio tensión en el rostro de su amigo. Los dos estaban magullados y ensangrentados, con poca reserva de metales, las mentes de metal vacías.

Pero habían estado así antes. Y por eso pretendían brillar con más fuerza que nunca.

Cuando la burbuja de velocidad cayó, Wax salió corriendo de detrás del vagón. Lanzó la bala al aire ante él, luego la empujó con un rápido estallido de poder. El lanzamoneda alzó la mano con indolencia, empujándola de vuelta hacia Wax.

El cartucho y la bala se soltaron y volaron hacia Wax, que los desvió con facilidad, pero la punta de cerámica continuó adelante. Alcanzó al lanzamoneda en el ojo.

«Bendita seas, Ranette», pensó Wax, saltando y empujando las monedas del bolsillo de un desvanecedor caído. Con eso se abalanzó hacia delante, hacia el túnel. Había vías en el suelo, como si lo hubieran construido para un tren.

Wax frunció el ceño, asombrado, pero se empujó sobre ellas, lanzándose intrépidamente en la oscuridad hasta que llegó a unas escaleras que conducían hacia arriba. Aquí el techo era de madera: habían construido algún tipo de estructura sobre el túnel. Cargó hacia la escalera, que llevaba al edificio de madera, quizás un barracón o un dormitorio.

Wax sonrió, el dolor de sus heridas se retiraba más a medida que recuperaba las energías. Oyó pasos en el suelo de madera de arriba. Lo estaban esperando. Era una trampa, naturalmente.

Descubrió que no le importaba. Echó mano a ambas escopetas y luego empujó los clavos de los peldaños y subió la escalera. Dejó atrás la primera planta y continuó hacia la segunda: prefería comprobar primero arriba, luego abajo. Si tenían aquí a Steris, probablemente estaría arriba.

«Ahora sí que estamos ardiendo», pensó Wax, avivando metal, sintiendo el aumento de energía. Lanzó el hombro contra la puerta situada en lo alto de las escaleras e irrumpió en el pasillo de la otra planta. Unas pisadas lo siguieron y unos hombres salieron de las habitaciones cercanas, armados hasta los dientes, sin llevar ningún metal encima.

Wax sonrió y alzó sus escopetas. «Muy bien. Hagámoslo».

Empujó con fuerza contra los clavos de las tablas bajo los pies de los hombres que lo apuntaban con sus armas de aluminio. Las tablas se soltaron, haciendo temblar el suelo y errando la puntería de los desvanecedores. Wax esquivó a la derecha, rodando para salir del pasillo y llegar a una habitación lateral. Se levantó y giró, apuntando con ambas escopetas hacia la puerta.

Los desvanecedores de la escalera se amontonaron en el pasillo tras él, y sus armas se sacudieron cuando él disparó con las dos escopetas. Empujó, lanzando a los hombres hacia atrás y lanzándose a sí mismo a través de la ventana. Este edificio parecía un viejo cobertizo: no había cristal en las ventanas, solo postigos.

Wax salió al aire libre. Había una farola en la calle oscura, un poco a su izquierda. La empujó mientras reducía al mismo tiempo su peso a casi nada. El empunjón lo envió de vuelta contra la parte exterior del edificio: aterrizó y medio echó a correr medio saltó en paralelo al suelo.

Tras llegar a la habitación situada junto a la anterior, empujó otra farola y atravesó la ventana con los pies por delante, las astillas de madera esparciéndose a su alrededor. Aterrizó y se levantó, luego se volvió hacia la pared que había entre él y la habitación de la que acababa de salir.

Enfundó las escopetas y echó mano de sus revólveres, desenfundándolos con un movimiento de cruce de brazos. Eran Sterrions fabricados por Ranette que se contaban entre las mejores armas que había poseído jamás. Las alzó y aumentó su peso, luego empujó con fuerza los clavos de la pared que tenía delante.

La madera barata explotó, la pared se desintegró en una lluvia de tablas y astillas, y los clavos se volvieron tan letales como balas mientras alcanzaban a los hombres de la otra habitación. Wax disparó, abatiendo a todos los que no habían sido alcanzados en la tormenta de astillas, acero y plomo.

Un chasquido a su izquierda. Wax giró mientras un pomo giraba. No esperó a ver quién había más allá. Empujó el pomo, arrancándolo del marco y lanzándolo contra el pecho del desvanecedor que intentaba entrar. La puerta se abrió, y el desgraciado se desplomó contra la pared del pasillo: no había habitaciones al otro lado, solo la pared del estrecho edificio, con lo que salió impulsado a la noche brumosa.

Wax enfundó los Sterrions, los cañones humeando, las recámaras vacías. Sacó las escopetas, rodó al pasillo y se incorporó, agazapado. Alzó una escopeta en cada dirección. Unos cuantos desvanecedores dispersos subían la escalera a su derecha; otro grupo apuntaba con sus armas a la izquierda.

Empujó las palancas gemelas de metal de sus escopetas, amartillándolas con alomancia. Los casquillos gastados saltaron al aire por encima de las armas, y Waxillium disparó mientras empujaba, lanzando las postas y los casquillos vacíos hacia los desvanecedores que esperaban a cada lado.

El suelo junto a Waxillium explotó.

Maldijo y se lanzó a la izquierda mientras los disparos de debajo proyectaban al aire astillas de madera. Estaban aprendiendo y le disparaban desde abajo. Se dio media vuelta y echó a correr, disparando a través de la puerta, las brumas asomaban a través de las paredes rotas.

Tenía que haber otra docena de desvanecedores abajo. Demasiados para dispararles sin poder verlos. Una bala le rozó el muslo. Se volvió y esquivó, saltó sobre los cuerpos de los caídos y corrió por el pasillo. Las balas lo persiguieron, el suelo saltó hecho pedazos, los hombres gritaban desde abajo mientras le disparaban con todo lo que tenían.

Alcanzó la puerta del fondo del pasillo. Estaba cerrada con llave. Una buena dosis de peso aumentado, junto con un poco de impulso con el hombro, solventó el problema. Se abrió paso y se encontró en una pequeña habitación sin ventanas ni otras puertas.

Un hombre pequeño y calvo se acurrucaba en un rincón. Una mujer de pelo dorado y con un vestido arrugado estaba sentada en un banco al fondo, los ojos enrojecidos, el rostro demacrado. Steris. Parecía completamente aturdida cuando Wax irrumpió a través de la puerta rota, los faldones del gabán de bruma agitándose a su alrededor. Wax empujó hacia el pasillo algunos de los clavos del suelo, haciendo que las tablas se agitaran y atrayendo gran parte de los disparos.

—¿Lord Waxillium? —dijo Steris, sorprendida.

—En la mayor parte —respondió él, con un respingo—. Puede que me haya dejado un dedo o dos en ese pasillo.

Miró al hombre del rincón.

—¿Quién es usted?

—Nouxil.

—El armero —dijo Wax, lanzándole una escopeta.

—La verdad es que no soy muy bueno disparando —respondió el hombre, con aspecto aterrado. Unas cuantas balas atravesaron el suelo entre ambos. Los desvanecedores habían advertido que los había engañado. Sabían lo que estaba buscando.

—No importa si dispara bien o no —dijo Wax, alzando la mano vacía hacia la pared del fondo y abriéndola con un empujón de peso aumentado—. Lo que importa es si sabe nadar o no.

—¿Qué? Pues claro que sé. Pero ¿por qué...?

—Agárrese fuerte —dijo Wax mientras más disparos brotaban a su alrededor. Empujó la escopeta que el armero tenía en las manos, lanzándolo por la abertura y proyectándolo unos diez metros hacia el canal.

Wax se giró y agarró a Steris cuando esta se levantaba.

—¿Y las otras chicas? —preguntó.

—No he visto a ninguna de las otras cautivas —respondió ella—. Los desvanecedores dieron a entender que las habían enviado a alguna parte.

«Maldición», pensó él. Bueno, había tenido suerte de encontrar aunque fuera a Steris. Empujó levemente los clavos del suelo, impulsándolos a los dos hacia el techo. Mientras se acercaban, se aprovechó del hecho de que no importaba lo pesado que fuera un objeto cuando se trataba de caer. Todos los objetos caían al mismo ritmo. Eso significaba que aumentar su peso muchas veces no afectaría a su movimiento.

Alzó la escopeta y disparó una andanada concentrada de perdigones al techo. Entonces los empujó con brusquedad, pues con su peso aumentado el empujón no lo movió mucho, mientras que cuando era más liviano, un empujón lo afectaba en gran medida.

El resultado fue que continuó su impulso hacia arriba, pero el empujón abrió un agujero en el techo. Se volvió increíblemente liviano y empujó con más fuerza los clavos de abajo. Los dos atravesaron el agujero, impelidos quince o veinte metros al aire. Giró en la noche, los faldones del gabán de bruma extendidos hacia fuera, la humeante escopeta agarrada con fuerza en un brazo, Steris en el otro. Las balas de abajo dejaban surcos en la bruma que danzaba a su alrededor.

Steris soltó un gritito y se agarró a él. Wax extrajo todo el peso que le quedaba, vaciando sus mentes de metal por completo. Eran cientos y cientos de horas de peso, suficientes para hacerlo aplastar las piedras del pavimento si intentaba caminar sobre ellas. Al extraño modo de la feruquimia, no se hizo más denso: las balas podían atravesarlo fácilmente si lo alcanzaban. Pero con este increíble aumento de peso, su habilidad para empujar se volvió increíble.

Usó ese peso para empujar hacia abajo con todo lo que tenía. Abajo había numerosas líneas de metal. Clavos. Pomos. Armas. Efectos personales.

El edificio tembló, luego onduló, después se hizo pedazos cuando cada clavo de su estructura fue lanzado hacia abajo como impulsado por una ametralladora. Hubo un estrépito enorme. El edificio se desplomó contra el túnel del ferrocarril sobre el que estaba construido.

El peso desapareció de él en un instante, agravado sobre sí mismo en ese momento, sus mentes de metal agotadas a la vez. Wax dejó que la gravedad se apoderara de él, y cayó a través de las brumas, con Steris abrazada. Aterrizaron en mitad del caos al pie del túnel ferroviario. Por todo el suelo había troncos aplastados y fragmentos de muebles.

En la salida del túnel había tres desvanecedores, boquiabiertos. Wax alzó la escopeta y la amartilló con alomancia, luego los abatió. Eran los únicos que todavía estaban de pie. Todos los demás habían quedado aplastados en el túnel.

—¡Oh, Superviviente de las Brumas! —exclamó Steris, las mejillas coloradas, los ojos como platos, los labios abiertos mientras lo abrazaba. No parecía aterrorizada. Si acaso, parecía excitada.

«Eres una mujer extraña, Steris», pensó Wax.

—¿Te das cuenta de que has renunciado a tu llamada, Waxillium? —gritó una voz desde el interior del negro túnel. Era Miles—. Eres un ejército en ti mismo. Has desperdiciado la vida que tomaste.

—Tenga esto —le dijo Wax en voz baja a Steris, tendiéndole la escopeta. La amartilló. Quedaba un cartucho—. Sujétela con fuerza. Quiero que corra hacia la comisaría. Está en la Quince y Ruman. Si uno de los desvanecedores la persigue, dispare.

—Pero...

—No espero que le dé —dijo Wax—. Estaré atento al sonido del disparo.

Ella trató de decir algo más, pero Wax se agachó para poner su centro de masa bajo ella, y luego cuidadosamente empujó la escopeta hacia arriba hasta su torso. La usó para lanzarla hacia arriba y fuera del pozo. Ella aterrizó torpemente, pero a salvo, y vaciló solo un momento antes de echar a correr entre las brumas.

Wax se hizo a un lado, asegurándose de que el fuego no recortaba su silueta. Desenfundó una Sterrion y cogió algunas balas. Recargó mientras se agachaba.

—¿Waxillium? —llamó Miles desde el interior del túnel—. Si has acabado de jugar, quizás te gustaría venir a zanjar las cosas.

Wax se arrastró hasta la boca del túnel, luego entró. Las brumas lo habían llenado, dificultando la visión... cosa que también entorpecería a Miles. Avanzó con cautela hasta que vio la luz del gran taller al fondo, donde los incendios seguían ardiendo.

Con esa luz, pudo distinguir tenuemente la silueta de una figura que estaba de pie en el túnel, apuntando con un arma a la cabeza de una mujer esbelta. Marasi.

Waxillium se detuvo, el pulso acelerado. Pero no, esto era parte del plan. Era perfecto. Excepto...

—Sé que estás ahí —dijo la voz de Miles. Otra figura se movió, lanzando unas antorchas improvisadas a la oscuridad.

Con una gélida sensación de horror, Waxillium advirtió que Miles no era el que sujetaba a Marasi. Estaba demasiado atrás. El hombre que retenía a Marasi era el que se llamaba Tarson, el brazo de peltre de sangre koloss.

Con el rostro iluminado por la temblorosa luz de la antorcha, Marasi parecía aterrorizada. Waxillium sintió los dedos resbaladizos en la culata del revólver. El brazo de peltre se encargaba de mantener a Marasi entre él y el lado del túnel donde estaba Waxillium, la pistola apoyada en su nuca. Era fornido y duro, pero no muy alto. Solo tenía veintitantes años: como todos los de sangre koloss, continuaría haciéndose más alto durante toda su vida.

Fuera como fuese, en este momento, Waxillium no podía apuntarlo.

«Oh, Armonía —pensó—. Está volviendo a suceder».

Algo se agitó en la oscuridad cercana. Waxillium dio un salto y casi disparó hasta que vio el contorno de la cara de Wayne.

—Lo siento —susurró Wayne—. Cuando la agarraron, pensé que era Miles, y por eso...

—No importa —dijo Waxillium en voz baja.

—¿Qué hacemos ahora?

—No lo sé.

—Tú siempre lo sabes.

Waxillium guardó silencio.

—¡Puedo oíros susurrar! —exclamó Miles. Avanzó y arrojó otra antorcha.

«Solo unos pasos más», pensó Wax.

Miles se detuvo, observando las reptantes brumas con lo que parecía ser desconfianza. Marasi gimió. Luego intentó zafarse, como había hecho en el banquete de bodas.

—Nada de eso —dijo Tarson, sujetándola con cuidado. Disparó un tiro justo delante de su cara, luego volvió a ponerle la pistola en la nuca. Ella se detuvo.

Waxillium alzó su revólver.

«No puedo hacer esto. No puedo ver morir a otra. No por mi mano».

—Muy bien —exclamó Miles—. Bien. ¿Quieres ponerme a prueba, Wax? Voy a contar hasta tres. Si llego a tres, Tarson dispara, no habrá más advertencias. Uno.

«Lo va a hacer —advirtió Waxillium. Sintiéndose indefenso, culpable, abrumado—. Lo va a hacer de verdad». Miles no necesitaba ningún rehén. Si amenazarla no hacía que Waxillium saliera, no se molestaría con ella.

—Dos.

Sangre en los ladrillos. Un rostro sonriente.

—¿Wax? —susurró Wayne, urgente.

«Oh, Armonía, si alguna vez te he necesitado...».

—Tr...

—¡Wayne! —gritó Waxillium, incorporándose.

La burbuja de velocidad se alzó. Tarson dispararía en unos instantes. Miles tras él, apuntando furioso. La luz de las antorchas detenida. Era como ver de nuevo una explosión avanzando lentamente. Waxillium alzó su Sterrion y descubrió que su brazo estaba increíblemente firme.

También estaba firme el día que le disparó a Lessie.

Le había disparado con esa misma arma.

Sudando, tratando de desterrar las imágenes de su cabeza, intentó encontrar un buen ángulo de tiro para alcanzar a Tarson. No había ninguno. Oh, podía alcanzarlo, pero no en un sitio donde lo hiciera caer inmediatamente. Y si Waxillium no acertaba bien, el hombre le dispararía a Marasi por reflejo.

La cabeza era el mejor sitio para abatir a un brazo de peltre. Pero Waxillium no podía ver la cabeza. ¿Podría disparar el arma? El rostro de Marasi estaba de por medio. ¿A las rodillas? Podría alcanzar una rodilla. No. Un brazo de peltre ignoraría la mayoría de las heridas. Si el daño no era inmediatamente letal, aguantaría en pie, y dispararía.

Tenía que ser en la cabeza.

Waxillium contuvo la respiración. «Esta es el arma más precisa que he disparado jamás —pensó—. No puedo quedarme aquí, inmóvil. Tengo que actuar».

«Tengo que hacer algo».

El sudor le corría por la barbilla. Alzó la mano ante él con un rápido movimiento, y luego apuntó con la Sterrion a un lado, desviada de Marasi o Tarson. Disparó.

La bala salió de la burbuja en un instante, luego llegó al tiempo más lento. Se desvió, como hacían siempre las balas cuando se disparaban desde dentro de una burbuja de velocidad. La vio volar, juzgando su nueva trayectoria. Avanzaba lentamente, girando mientras cortaba el aire.

Wax apuntó con cuidado, esperó varios angustiosos instantes. Luego preparó su acero.

—Déjala caer cuando avise —susurró.

Wayne asintió.

—Ahora.

Wax disparó y empujó.

La burbuja de velocidad cayó.

—¡... es! —exclamó Miles.

Una pequeña lluvia de chispas explotó en el aire mientras la segunda bala de Wax, impulsada con increíble velocidad por su empujón de acero, alcanzó a la otra en el aire y la desvió a un lado: detrás de Marasi, a la cabeza de Tarson.

El brazo de peltre cayó inmediatamente, la pistola resbaló al suelo, los ojos mirando aturdidos hacia arriba. Miles se quedó boquiabierto. Marasi parpadeó, luego se volvió, llevándose las manos al pecho.

—Ah, rayos —dijo Wayne—. ¿Tenías que darle en la cabeza? Era mi sombrero de la suerte lo que llevaba puesto.

Miles se recuperó de la sorpresa y alzó el revólver para apuntar a Wax, que se volvió y disparó primero, alcanzándolo en la mano y haciéndole soltar la pistola. Wax le volvió a disparar, lanzándola hacia la otra sala.

—¡Deja de hacer eso! —gritó Miles—. Hijo de...

Wax le disparó en la boca, haciéndolo retroceder un paso y escupir trozos de diente. Miles seguía llevando los restos desgarrados de los pantalones.

—Alguien debería haber hecho eso hace siglos —murmuró Wayne.

—No durará —respondió Wax, disparándole de nuevo a Miles en la cara para mantenerlo desorientado—. Es hora de que te marches, Wayne. El plan secundario sigue en marcha.

—¿Seguro que los tienes a todos controlados, socio?

—Tarson era el último.

«Y será mejor que no me equivoque...».

—Coge mi sombrero si tienes oportunidad —dijo Wayne, marchándose mientras Wax le disparaba de nuevo a Miles en la cara. Apenas le molestó, y el hombre semidesnudo saltó hacia delante. Hacia Marasi. Miles estaba desarmado, pero había muerte en sus ojos.

Wax se abalanzó, arrojándole la pistola vacía a Miles, y sacando luego un puñado de balas. Las empujó hacia el antiguo vigilante. Una le rozó el brazo, otra le atravesó el estómago y salió por el otro lado, pero ninguna se alojó de un modo que Wax pudiera empujar para hacer retroceder a Miles.

Lo alcanzó antes de que llegara a Marasi. Los dos cayeron en tromba al sucio suelo, bajo las brumas que flotaban a poca altura.

Wax agarró a Miles por el hombro y empezó a darle puñetazos. «Solo... manténlo... entretenido...».

Miles mostró una sonrisa de diversión a pesar de todas las molestias. Recibió los puñetazos, mientras la mano de Wax se magullaba en el proceso. Wax podía golpear hasta que los nudillos se le rompieran y su mano quedara reducida a pulpa ensangrentada, y Miles no estaría peor.

—Sabía que irías a por la chica —dijo Wax, llamando la atención de Miles—. Hablas mucho de justicia, pero en el fondo, no eres más que un insignificante criminal.

Miles bufó y se libró de Wax de una patada. El dolor ardío en el pecho de Wax mientras era arrojado a una zona fangosa del túnel y el agua fría chapoteaba a su alrededor, empapando su gabán de bruma.

Miles se levantó, limpiándose la sangre del labio que se había roto y luego curado.

—¿Sabes lo que es triste de verdad, Wax? Que te entiendo. He sentido lo mismo que tú, he pensado lo mismo que tú. Pero siempre estaba esa lejana insatisfacción por dentro. Como una tormenta en el horizonte.

Wax se puso en pie y le dio un puñetazo en el riñón. Ni siquiera provocó un quejido. Miles lo agarró por el brazo, retorciéndolo, haciendo que su hombro ardiera de dolor. Wax jadeó, y Miles le dio una patada tras la rodilla, enviándolo de nuevo al suelo.

Mientras Wax intentaba rodar, Miles lo agarró por la pechera y lo alzó antes de descargarle un puñetazo en la cara. Marasi jadeó, aunque le habían dicho que se quedara atrás. Hizo su parte.

El puñetazo lo derribó al suelo, y Wax saboreó sangre. Herrumbre y Ruina..., tendría suerte si no tenía rota la mandíbula. También sentía como si se hubiera desgarrado algo en el hombro.

Sus heridas parecieron pesarle de pronto. No sabía si eran las brumas, alguna acción de Armonía, o simple adrenalina que le había hecho ignorarlas durante un rato. Pero no se había curado. El costado le

gritaba donde había sido herido, y su brazo y su pierna se habían quemado y despellejado por la explosión. Las balas lo habían rozado en el muslo y el brazo. Y ahora, la paliza de Miles.

Se sintió abrumado y gimió, desplomándose, luchando por permanecer consciente. Miles lo alzó de nuevo, y Wax consiguió descargar un golpe que lo alcanzó. Y no consiguió nada. Era muy, muy difícil pelear con un hombre que no reaccionaba cuando lo golpeabas.

Otro puñetazo envió de nuevo a Wax al suelo, los oídos zumbando, los ojos viendo estrellas y destellos de luz.

Miles se agachó y le habló al oído.

—La cosa, Waxillium, es que sé que tú también lo sientes. Una parte de ti sabe que está siendo utilizada, que a nadie le importan los oprimidos. Eres solo una marioneta. La gente muere asesinada cada día en esta ciudad. Al menos una al día. ¿Lo sabías?

—Yo...

«Que siga hablando». Rodó hasta quedar de espaldas, dolorido, y miró a Miles a los ojos.

—La gente muere asesinada cada día —repitió Miles—, ¿y qué es lo que te sacó de tu «retiro»? Cuando le pegué un tiro en la cabeza a un viejo sabueso con ínfulas de aristócrata. ¿Te paraste alguna vez a pensar en toda esa gente que es asesinada en las calles? ¿Los mendigos, las putas, los huérfanos? Muertos porque no tenían comida, o porque estaban en el lugar equivocado, o porque intentaron hacer algo estúpido.

—Intentas invocar el mandato del Superviviente —susurró Wax—. Pero no funcionará, Miles. Esto no es el Imperio Final de las leyendas. Un hombre rico no puede matar a uno pobre porque se le antoje. Somos mejores que eso.

—¡Bah! Fingen y mienten para dar un buen espectáculo.

—No —dijo Waxillium—. Tienen buenas intenciones, y hacen leyes que detienen a los peores... pero esas leyes siguen quedándose cortas. No es lo mismo.

Miles le dio una patada en el costado para mantenerlo en el suelo.

—No me importa el mandato del Superviviente. He encontrado algo mejor. Eso no te incumbe. No eres más que una espada, una herramienta que va donde la dirigen. Te hace pedazos no poder impedir las cosas que sabes que deberías impedir, ¿verdad?

Se miraron a los ojos. Y, sorprendentemente, a pesar de la agonía, Waxillium se encontró asintiendo. Asintiendo con sinceridad. Lo sentía. Por eso lo que le había sucedido a Miles lo aterrorizaba.

—Bueno, alguien tiene que hacer algo al respecto —dijo Miles.

«Armonía —pensó Waxillium—. Si Miles hubiera nacido entonces, en los tiempos remotos, habría sido un héroe».

—Empezaré a ayudarlos, Miles —dijo Waxillium—. Te lo prometo.

Miles negó con la cabeza.

—No vivirás tanto, Wax. Lo siento. —Volvió a darle una patada. Y otra. Y otra más.

Waxillium se enroscó sobre sí mismo, las manos sobre la cara. No podía luchar. Solo tenía que durar. Pero el dolor aumentaba. Era terrible.

—¡Basta! —La voz de Marasi—. ¡Basta, monstruo!

Las patadas cesaron. Waxillium la sintió a su lado, arrodillada, la mano sobre su hombro.

«Necia. Apártate. No llames la atención. Ese era el plan».

Miles hizo crujir audiblemente sus nudillos.

—Supongo que debería entregarte a Elegante, muchacha. Estás en su lista, y podrás sustituir a la que Waxillium liberó. Probablemente tendrá que buscarla.

—¿Cómo es que —dijo Marasi, furiosa— los miserables deben destruir a los que saben que son mejores y más grandes que ellos?

—¿Mejor que yo? ¿Este? No es grande, niña.

—El más grande de los hombres puede ser abatido por las cosas más simples. Una bala perdida puede acabar con la vida del más poderoso, capaz y seguro de los hombres.

—Conmigo, no —dijo Miles—. Las balas no son nada para mí.

—No. Caerás por algo aún más simple.

—¿Como por ejemplo? —preguntó él, divertido, acercándose.

—Yo —replicó Marasi.

Miles se echó a reír.

—Me gustaría ver... —se calló.

Waxillium abrió los ojos, contemplando a lo largo del túnel el techo roto donde se había alzado el edificio. La luz inundaba el pozo desde arriba, haciendo más brillante a cada segundo.

—¿A quién has traído? —preguntó Miles, sin dejarse impresionar—. No llegarán lo bastante rápido.

Se detuvo. Waxillium giró la cabeza a un lado y vio el súbito horror en el rostro de Miles. Lo había visto por fin: un titilante reborde cercano, una leve diferencia en el aire. Como la distorsión causada por el calor que brota de una calle caliente.

Una burbuja de velocidad.

Miles se volvió hacia Marasi. Entonces corrió hacia el borde de la burbuja, lejos de la luz, tratando de escapar.

La luz al otro extremo del túnel se volvió brillante, y un grupo de borrones se movió por ella, tan rápido que era imposible distinguir qué los causaba.

Marasi dejó caer su burbuja. La luz del día llegaba desde el lejano pozo, y llenando el túnel, justo fuera de donde se encontraba la burbuja, había una fuerza de más de un centenar de alguaciles uniformados. Wayne iba a la cabeza, sonriente, llevando un uniforme y un sombrero de alguacil, y un bigote postizo en la cara.

—¡A por él, muchachos! —dijo, señalando.

Utilizaban porras, sin molestar con las armas de fuego. Miles gritó tratando de esquivar a los primeros, luego empezó a golpear al grupo que le puso las manos encima. No fue lo bastante rápido, y eran demasiados. En cuestión de minutos, lo sujetaron contra el suelo y le ataron los brazos con cuerdas.

Waxillium se sentó con cuidado en el suelo, un ojo hinchado y cerrado, el labio sangrando, el costado dolorido. Marasi se arrodilló junto a él, ansiosa.

—No tendrías que haberte enfrentado a él —dijo Waxillium, saboreando la sangre—. Si te hubiera golpeado, habría sido el final.

—Oh, calla. No eres el único que puede correr riesgos.

El plan de contingencia había salido bien, aunque con dificultad. Había empezado eliminando a todos los lacayos de Miles. Incluso uno de ellos, de haber quedado con vida, podría haber advertido lo que significaba la burbuja de velocidad y le habría disparado a Waxillium y Marasi desde fuera. No habría habido nada que hubieran podido hacer para impedirlo.

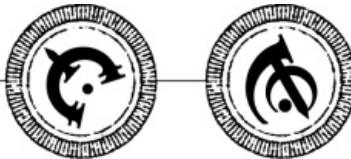
Pero sin los lacayos, y si podían distraer a Miles lo suficiente mientras la burbuja estaba emplazada, Wayne podría ir a reunir una gran fuerza para rodear a Miles mientras estaba indefenso. Nunca lo habría permitido si lo hubiera sospechado. Pero dentro de la burbuja de velocidad...

—¡No! —gritó Miles—. Quitadme las manos de encima. ¡Desafío a vuestra opresión!

—Eres un necio —le dijo Waxillium, luego escupió sangre a un lado—. Te dejaste aislar y distraer, Miles. Te olvidaste de la primera regla de los Áridos.

Miles gritó. Uno de los alguaciles le puso una mordaza mientras lo ataban con fuerza.

—Cuanto más solo estás —dijo Waxillium en voz baja—, más importante es tener a alguien en quien puedas confiar.



—El alguacil-general ha decidido no acusar a su socio de hacerse pasar por un agente de la ley —dijo Reddi.

Waxillium se limpió los labios con el pañuelo. Se hallaba en la comisaría más cercana al cubil de los desvanecedores. Se sentía fatal, con las costillas rotas y la mitad de su cuerpo envuelto en vendas. Le quedarían cicatrices tras esto.

—El alguacil-general —dijo Marasi, con voz dura— debería alegrarse de la ayuda de lord Waxillium... De hecho, tendría que haberla pedido. —Estaba sentada junto a él, como protegiéndolo.

—Lo cierto es que parece alegre —repuso Reddi. Ahora que Waxillium le prestaba más atención, advertía cómo el alguacil no dejaba de mirar a Brettin, el alguacil-general, que se encontraba al otro lado de la comisaría. Los ojos de Reddi se entornaron levemente, los labios hacia abajo. Le sorprendía la calmada reacción de su superior a los acontecimientos.

Waxillium estaba agotado en ese momento para molestarte con la anomalía. De hecho, era agradable oír que había algo a su favor.

Otro de los alguaciles llamó a Reddi, y se marchó. Marasi posó una mano sobre el brazo bueno de Waxillium. Él podía sentir prácticamente su preocupación por la forma en que vacilaba, la forma en que arrugaba el entrecejo.

—Lo hiciste bien —dijo Waxillium—. Miles fue tu presa, lady Marasi.

—No soy yo quien recibió una paliza mortal.

—Las heridas sanan, incluso en un viejo caballo como yo. Verlo atacarme y no hacer nada... Apuesto a que fue una agonía. No creo que yo hubiera podido soportarlo, si nuestros papeles hubieran estado cambiados.

—Lo habrías hecho. Eres así. Eres el hombre que pensaba que eras, y sin embargo eres más real al mismo tiempo. —Lo miró, los ojos muy abiertos, los labios fruncidos. Como si quisiera decir más. Él podía leer su intención en aquellos ojos.

—Esto no va a funcionar, lady Marasi —dijo amablemente—. Agradezco tu ayuda. Lo agradezco mucho. Pero lo que deseas entre nosotros no es viable. Lo siento.

Como era de esperar, ella se ruborizó.

—Por supuesto. No estaba dando a entender una cosa así —forzó una risa—. ¿Por qué pensabas...? ¡Quiero decir, es una tontería!

—Entonces pido disculpas —dijo él. Aunque, naturalmente, los dos sabían lo que había significado la conversación. Él sintió un profundo pesar. «Si fuera diez años más joven...».

No era la edad en sí. Era lo que esos años le habían hecho. Cuando veías morir por tu propio disparo a una mujer que amabas, cuando veías a un viejo colega y respetado vigilante de la ley volverse malo, te afectaba. Te destrozaba por dentro. Y esas heridas no sanaban tan fácilmente como las del cuerpo.

Esta mujer era joven, llena de vida. No se merecía a alguien que básicamente era todo cicatrices envueltas en una gruesa piel de cuero secado al sol.

Al cabo de un rato, el alguacil-general Brettin se les acercó. Era tan estirado como siempre, el sombrero de alguacil bajo el brazo.

—Lord Waxillium —dijo con voz átona.

—Alguacil-general.

—Por sus esfuerzos hoy, he solicitado que el Senado le conceda un permiso como ayudante para toda la ciudad.

Waxillium parpadeó sorprendido.

—Por si no lo sabe —continuó Brettin—, esto le dará poderes para investigar y hacer detenciones, como si fuera miembro de la policía, suficiente para autorizar acciones como las de la noche pasada.

—Esto es... muy considerado por su parte —dijo Waxillium.

—Es la única forma de excusar sus acciones sin poner en entredicho al cuerpo. He retrasado la fecha del permiso, y si tenemos suerte, nadie se dará cuenta de que trabajó usted solo anoche. Además, tampoco deseo que considere que *necesita* trabajar solo. La ciudad podría usar su experiencia.

—Con el debido respeto, señor —dijo Waxillium—, es todo un cambio desde su postura anterior.

—He tenido motivos para cambiar de opinión —dijo Brettin—. Debería saber que pronto voy a jubilarme. Un nuevo alguacil-general heredará mi puesto, pero tendrá que aceptar el mandato del Senado referido a usted, si esta moción es aceptada.

—Yo... —Waxillium no supo qué responder—. Gracias.

—Es por el bien de la Ciudad. Naturalmente, tenga en cuenta que, si abusa de este privilegio, sin duda será revocado.

Brettin asintió torpemente y se retiró.

Waxillium se rascó la barbilla mientras observaba al hombre. Aquí estaba pasando algo decididamente extraño. Era casi como si Brettin fuera una persona diferente. Wayne pasó por su lado, llevándose una mano a su sombrero de la suerte (que estaba manchado de sangre por un lado) y sonriendo mientras se acercaba a Waxillium y Marasi.

—Toma —dijo Wayne, entregándole a hurtadillas algo envuelto en un pañuelo. Era inesperadamente pesado—. Te conseguí otra de esas armas.

Waxillium suspiró.

—No te preocupes —dijo Wayne—. La cambié por un bonito pañuelo.

—¿Y de dónde sacaste el pañuelo?

—De uno de los tipos a los que te cargaste. Así que no fue robar. No va a necesitarlo, después de todo.

—Parecía bastante orgulloso de sí mismo.

Waxillium se guardó la pistola en su funda vacía. En la otra tenía a *Vindicación*. Marasi había buscado por todo el escondite después de que se llevaran a Miles y la había recuperado. Menos mal. Habría sido triste sobrevivir a esta noche solo para que Ranette lo matara.

—Así que cambiaste el pañuelo de un muerto por la pistola de otro muerto —dijo Marasi—. Pero... la pistola en sí pertenecía a alguien muerto, así que por la misma lógica...

—No lo intentes —dijo Waxillium—. La lógica no funciona con Wayne.

—Compré un amuleto de protección contra la lógica a un adivino ambulante —explicó Wayne—. Me permite sumar dos y dos y conseguir un pepinillo.

—Yo... no tengo respuesta para eso —dijo Marasi.

—Parece que sacaron a ese armero del canal, Wayne, y está vivo. No muy feliz, pero vivo.

—¿Ha descubierto alguien algo relacionado con las otras mujeres que fueron secuestradas? —preguntó Waxillium.

Wayne miró a Marasi, que negó con la cabeza.

—Nada. Tal vez Miles sepa dónde están.

«Si quiere hablar», pensó Waxillium. Miles había dejado de sentir dolor hacía tiempo. Waxillium no estaba seguro de cómo podría nadie interrogarlo.

Consideró que, al no haber rescatado a las otras mujeres, había fallado en gran medida. Había jurado rescatar a Steris, y lo había hecho. Pero no había evitado un mal mayor.

Suspiró mientras la puerta del despacho del capitán se abría y salía Steris. Un par de alguaciles veteranos le había tomado declaración, después de hacerlo a Waxillium y Wayne. Los dos alguaciles llamaron entonces a Marasi, y ella entró, mirando a Waxillium por encima del hombro. Le había dicho que fuera sincera y dijera la verdad, sin ocultar nada de lo que Wayne y él habían hecho. Aunque, si podía, tenía que oscurecer el papel de Ranette.

Wayne se acercó al lugar donde unos alguaciles comían sus bocadillos matutinos. Lo miraron con recelo, pero, por experiencia, Waxillium sabía que Wayne pronto los haría reír y acabarían pidiéndole que se uniera a ellos. «¿Comprende siquiera lo que hace? —se preguntó Waxillium mientras Wayne se lanzaba a explicarles el combate a los alguaciles—. ¿O lo hace todo por instinto?».

Lo estuvo mirando un momento antes de darse cuenta de que Steris se había acercado a él. Se sentó directamente enfrente, manteniendo una buena postura. Se había arreglado el pelo, y aunque tenía el vestido arrugado por el día en cautividad, parecía relativamente tranquila.

—Lord Waxillium —dijo—. Considero necesario ofrecerle mi agradecimiento.

—Espero que la necesidad no sea demasiado onerosa —replicó Waxillium con un gruñido.

—Solo en tanto viene... es requerida... después de un oneroso cautiverio. Ha de saber que no fui tocada indecentemente por mis captores. Permanezco pura.

—¡Herrumbre y Ruina, Steris! Me alegro, pero no necesitaba saber eso.

—Lo necesitaba —dijo ella, el rostro impasible—. Suponiendo que aún deseé continuar con nuestros espousales.

—No importaría de todas formas. Además, creía que todavía no habíamos llegado a ese punto. Ni siquiera hemos anunciado que nos estamos viendo.

—Sí, aunque creo que ahora podemos alterar nuestro calendario previo. Verá, se esperará que un rescate dramático como el que ha efectuado provoque una reacción en mis emociones. Lo que antes podría haber sido considerado un escándalo ahora en cambio será visto como romántico. Podríamos anunciar un compromiso plausible la semana próxima y ser aceptados en la alta sociedad sin preocupaciones ni comentarios.

—Qué bien, supongo.

—Sí. ¿He de continuar con nuestro contrato, entonces?

—¿No le importa que haya vuelto a las retorcidas costumbres de mi pasado?

—Creo que ahora tal vez estaría muerta si no lo hubiera hecho —dijo Steris—. No estoy en posición de quejarme.

—Pretendo continuar —advirtió Waxillium—. No todos los días, patrullando sin descanso ni nada de eso. Pero he recibido un permiso, y un ofrecimiento, para estar implicado en los asuntos policiales de la ciudad. Pienso actuar en los problemas ocasionales que necesiten atención extra.

—Todo caballero necesita una afición —dijo ella, tan tranquila—. Y, considerando los caprichos de algunos hombres que he conocido, en comparación, esto no sería problemático. —Se inclinó hacia delante—. En resumen, mi señor, lo veo a usted por lo que es. Nosotros dos estamos más allá del punto en nuestras vidas en que esperar a que el otro cambie sea realista. Aceptaré esto sobre usted si usted me acepta a mí. No carezco de defectos, como mis tres anteriores pretendientes se molestaron en explicarme, en profusión, por escrito.

—No me había dado cuenta.

—No es un tema digno de su atención, en realidad. Aunque pensaba que se habría dado cuenta de que no venía a esta potencial unión sin, no se ofenda, cierta medida de desesperación.

—Comprendo.

Steris vaciló. Luego un poco de su frialdad pareció desaparecer. Parte de su control, de su voluntad de acero, se desvaneció. Parecía cansada de repente. Agotada. Aunque detrás de la máscara, Waxillium vio algo que podría haber sido afecto hacia él. Cruzó las manos.

—Yo... no soy buena con la gente, lord Waxillium. Me doy cuenta. Sin embargo, debo recalcar que tiene mi agradecimiento por lo que ha hecho. Hablo desde las profundidades de todo lo que soy. Gracias.

Él la miró a los ojos y asintió.

—Bien —dijo ella, volviendo a los negocios—. ¿Continuamos con nuestro compromiso?

Waxillium vaciló. No había ningún motivo para no hacerlo, pero una parte de él descubrió que se consideraba a sí mismo un cobarde. De los dos ofrecimientos de hoy (uno no hablado, el otro brusco), ¿este era el que estaba contemplando?

Miró hacia la sala donde Marasi estaba dando el informe de su implicación en este lío. Era fascinante. Hermosa, inteligente, motivada. Por toda lógica y razón, él debería sentirse completamente enamorado de ella.

De hecho, le recordaba mucho a Lessie. Tal vez ese era el problema.

—Continuamos —dijo, volviéndose hacia Steris.

## EPÍLOGO



**M**arasi asistió a la ejecución de Miles.

Daius, el fiscal jefe, le había aconsejado que no lo hiciera. Nunca asistía a las ejecuciones.

Estaba sentada en el balcón, sola, viendo a Miles subir los escalones hasta el cadalso. Su posición dominaba el lugar de la ejecución.

Entornó los ojos, recordando a Miles de pie en aquella sala subterránea de oscuridad y bruma, apuntándola con un revólver en su escondite. Le habían puesto una pistola en la cabeza tres veces durante aquellos dos días, pero la única vez que creyó que iba a morir de verdad fue cuando vio la expresión en los ojos de Miles. La descarnada falta de emoción, la superioridad.

Se estremeció. El tiempo transcurrido entre el ataque de los desvanecedores en la boda y la captura de Miles había sido menos de un día y medio. Sin embargo, ella sentía como si hubiera envejecido dos décadas. Era como una forma de alomancia temporal, una burbuja de velocidad alrededor de ella sola. El mundo era distinto ahora. Casi la habían matado, había matado por primera vez, se había enamorado y había sido rechazada. Ahora había ayudado a condenar a muerte a un antiguo héroe de los Áridos.

Miles miraba con desdén a los alguaciles que lo ataron al poste. Había mostrado la misma expresión durante gran parte del juicio, el primero en el que Marasi colaboraba como ayudante del fiscal, aunque Daius había llevado el caso. El juicio fue rápido, a pesar de su naturaleza destacada y su alto riesgo. Miles no había negado sus crímenes.

Parecía que se consideraba inmortal. Incluso aquí de pie, retiradas sus mentes de metal, con una docena de rifles amartillados y apuntándolo, no parecía creer que fuera a morir. La mente humana era lista a la hora de engañarse a sí misma, a la hora de mantener a raya la desesperación de lo inevitable. Marasi había visto esa expresión en los ojos de Miles. Todos los hombres la tenían cuando eran jóvenes. Y todos los hombres acababan por comprender que era mentira.

El pelotón apuntó. Quizás ahora Miles finalmente reconocería esa mentira. Mientras las armas disparaban, Marasi descubrió que se sentía satisfecha. Y eso la preocupó enormemente.

Waxillium subió al tren en Puertoseco. Todavía le dolía la pierna, caminaba con un bastón, y llevaba un vendaje en el pecho para cuidar de sus costillas rotas. Una semana no era tiempo suficiente para sanar tras lo que había sufrido. Probablemente no tendría que haberse levantado de la cama.

Avanzó cojeando por el pasillo del lujoso vagón de primera clase, pasando ante bellos reservados privados. Llegó al tercer compartimento cuando el tren se ponía en marcha. Entró en el reservado, dejando la puerta abierta, y se sentó en uno de los asientos tapizados junto a la ventana. Estaba clavado al suelo, ante una mesita con una sola pata alargada. Era curvado y estrecho, como el cuello de una mujer.

Poco después, oyó pasos en el pasillo. Vacilaron ante la puerta.

Waxillium contemplaba pasar el paisaje.

—Hola, tío —dijo, volviéndose a mirar al hombre de la puerta.

Lord Edwarrn Ladrian entró en el compartimento. Llevaba un bastón de marfil de ballena y vestía ropas elegantes.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó, sentándose en el otro asiento.

—Unos cuantos desvanecedores que interrogamos —dijo Waxillium—. Describieron a un hombre a quien Miles llamaba «Señor Elegante». No creo que nadie más te reconociera con esa descripción. Por lo que tengo entendido, viviste como un eremita durante la década que condujo a tu «muerte». Salvo tus cartas a los periódicos sobre cuestiones políticas, por supuesto.

Eso no respondía exactamente a la pregunta. Waxillium había encontrado este tren, y este vagón, basándose en los números que había visto escritos en la caja de puros de Miles, la que había encontrado Wayne. Rutas de ferrocarril. Todos los demás pensaban que lo que planeaban atracar los desvanecedores eran trenes, pero Waxillium había visto una pauta diferente. Miles había estado siguiendo los movimientos del Señor Elegante.

—Interesante —dijo lord Edwarn. Se sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió los dedos mientras entraba un sirviente con una bandeja de comida que depositó en la mesa ante él. Otro le sirvió vino. Les indicó que esperaran en la puerta.

—¿Dónde está Telsin? —preguntó Waxillium.

—Tu hermana está a salvo.

Waxillium cerró los ojos y combatió la oleada de emoción. La había creído muerta en el accidente que supuestamente se llevó la vida de su tío, pero había tratado con sus emociones, tal como venían. Habían pasado años desde la última vez que vio a su hermana.

¿Por qué, entonces, le parecía que tuviera un significado tan poderoso el hecho de que ella viviera? Ni siquiera podía definir qué emociones estaba sintiendo.

Se obligó a abrir los ojos. Lord Edwarn lo estaba observando, sosteniendo un vaso de cristalino vino blanco entre los dedos.

—Lo sospechaste —dijo Edwarn—. Sospechaste todo el tiempo que no estaba muerto. Por eso reconociste la descripción que esos rufianes pudieron hacer. He cambiado mi estilo de vestir, mi corte de pelo, e incluso me he afeitado la barba.

—No deberías haber enviado a tu mayordomo a intentar asesinarme —dijo Waxillium—. Llevaba demasiado tiempo al servicio de la familia, y se mostró demasiado dispuesto a matarme, para haber sido contratado por los desvanecedores con tan poco margen. Eso significaba que trabajaba para alguien más, y llevaba haciéndolo algún tiempo. La respuesta más sencilla era que seguía trabajando para la persona a quien había servido durante años.

—Ah. Claro, se suponía que no sabrías que él causó la explosión.

—Se suponía que no debía sobrevivir, quieras decir.

Lord Ladrian se encogió de hombros.

—¿Por qué? —preguntó Waxillium, inclinándose hacia delante—. ¿Por qué hacerme volver, solo para mandarme matar? ¿Por qué no hacer que otro se quedara con el título de la casa?

—Hinston iba a quedárselo —dijo lord Ladrian, untando de mantequilla un panecillo—. Su enfermedad fue... desafortunada. Los planes estaban ya en marcha. No tuve tiempo de buscar otras opciones. Además, esperaba (obviamente, sin fundamento) que hubieras superado tu hipertrofiado sentimiento infantil de moralidad. Esperaba que fueras útil.

«Herrumbre y Ruina, odio a este hombre», pensó Waxillium, recordando su infancia. Se había marchado a los Áridos, en parte, por escapar a aquella voz condescendiente.

—He venido a por las otras cuatro mujeres secuestradas —dijo Waxillium.

Lord Ladrian tomó un sorbo de vino.

—¿Crees que voy a renunciar a ellas, así sin más?

—Sí. De lo contrario, te desenmascararé.

—¡Adelante! —Lord Ladrian parecía divertido—. Algunos te creerán. Otros creerán que estás loco. Ninguna reacción nos detendrá a mis colegas y a mí.

—Porque ya habéis sido derrotados —dijo Waxillium.

Lord Ladrian casi se atragantó con su panecillo. Se echó a reír y lo depositó sobre la mesa.

—¿De verdad es eso lo que piensas?

—Los desvanecedores han desaparecido... —dijo Waxillium—. Mientras hablamos, están ejecutando a Miles, y sé que lo estabas financiando. Capturamos el material que estabais robando, así que no has ganado nada ahí. Obviamente no tenías muchos fondos ya de entrada. De lo contrario, no habrías necesitado a Miles y su equipo para que hicieran los robos.

—Te aseguro, Waxillium, que somos bastante solventes. Gracias. Y no encontrarás ninguna prueba de que mis asociados o yo tengamos nada que ver con los robos. Le alquilamos ese sitio a Miles, pero ¿cómo podíamos saber qué pretendía? ¡Armonía! Era un vigilante respetado.

—Os llevasteis a las mujeres.

—No hay ninguna prueba de eso. Solo especulación por tu parte. Unos cuantos desvanecedores jurarán sobre sus tumbas que Miles violó y mató a las mujeres. Sé con seguridad que uno de esos desvanecedores sobrevivió. Aunque sigo sintiendo curiosidad por averiguar cómo me has encontrado aquí, en este tren concreto.

Waxillium no respondió a esa pregunta.

—Sé que estás arruinado —dijo en cambio—. Di lo que quieras, lo entiendo. Entrégame a las mujeres y a mi hermana. Les recomendaré a los jueces que sean indulgentes. Sí, finanziaste a un grupo de ladrones como medio de inversión de alto riesgo. Pero les dijiste de manera explícita que no le hicieran daño a nadie, y no fuiste tú quien apretó el gatillo y mató a Peterus. Sospecho que te librará de la ejecución.

—Asumes demasiadas cosas, Waxillium —dijo lord Ladrian. Buscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó un periódico doblado y un fino libro de citas de cuero negro. Los colocó sobre la mesa, el periódico encima—. ¿Financiar a un grupo de ladrones como medio de inversión de alto riesgo? ¿De verdad crees que iba de eso?

—De eso y de secuestrar a las mujeres —dijo Waxillium—. Presumiblemente como medio para extorsionar a sus familias.

Esa última parte era mentira. Waxillium no creía ni por un momento que se tratara de extorsión. Su tío estaba planeando algo, y tenía en cuenta los linajes familiares de esas mujeres. Sospechaba que Marasi

tenía razón. Era por la alomancia.

Abrigaba la esperanza de que su tío no estuviera implicado en la... cría directa. La misma idea hacía que se sintiera incómodo. Tal vez Ladrian estaba vendiendo las mujeres a otra persona.

«Y es mucho esperar».

Ladrian señaló el periódico. El titular informaba de la noticia que corría de boca en boca por toda la ciudad. La Casa Tekiel estaba al borde del colapso. Habían tenido demasiada mala publicidad con el robo de la semana pasada, aunque se había recuperado el cargamento. Eso, mezclado con otros serios problemas financieros...

Otros serios problemas financieros.

Waxillium escrutó el periódico. El negocio principal de la Casa Tekiel era la seguridad. Los seguros. «¡Herrumbre y Ruina!», pensó, haciendo la conexión.

—Una serie de ataques estudiados —dijo Ladrian, inclinándose hacia delante, satisfecho consigo mismo—. La Casa Tekiel está condenada. Deben pagos por demasiadas pérdidas importantes. Estos ataques, y las reclamaciones de seguros, los han devastado a ellos y a su integridad financiera. Los accionistas están vendiendo sus acciones por peniques. Dices que mis finanzas son débiles. Es solo porque las he dedicado a una tarea específica. ¿Te has preguntado ya por qué nuestra casa está arruinada?

—Te lo llevaste todo —dedujo Waxillium—. Desviaste las finanzas de la casa para... algo. En alguna parte.

—Acabamos de apoderarnos de una de las instituciones financieras más poderosas de la ciudad —dijo Ladrian—. Los materiales robados están siendo devueltos, y por eso hemos asumido las deudas de Tekiel comprándolos, y las reclamaciones por los bienes perdidos pronto serán anuladas. Siempre esperé que Miles fuera capturado. Este plan no habría funcionado sin ti.

Waxillium cerró los ojos, sintiendo una amenaza. «He estado persiguiendo gallinas todo el tiempo —advirtió—. Mientras alguien robaba los caballos». No era un asunto de robos, ni siquiera de secuestros.

Era un fraude de seguros.

—Necesitábamos solo la desaparición temporal de los bienes —dijo Edwarn—. Y todo ha salido a la perfección. Gracias.

Las balas desgarraron el cuerpo de Miles. Marasi observaba, conteniendo la respiración, obligándose a no temblar. Era hora de dejar de ser una niña.

Le dispararon otra vez. Con los ojos abiertos, los nervios tensos, ella pudo ver con horror cómo las heridas empezaban a sanar. Debería haber sido imposible. Lo habían registrado a conciencia en busca de mentes de metal. Sin embargo, los agujeros de bala se cerraban, y su sonrisa aumentó, los ojos desencajados.

—¡Sois idiotas! —le gritó Miles al pelotón de fusilamiento—. Un día, los hombres de dorado y rojo, portadores del último metal, vendrán a por vosotros. Y seréis gobernados por ellos.

Dispararon de nuevo. Más balas atravesaron a Miles. Las heridas se cerraron de nuevo, pero no del todo. No tenía suficiente poder de curación en la última mente de metal que había logrado ocultar. Marasi notó que se estremecía cuando una cuarta descarga asaltó su cuerpo, provocándole espasmos.

—Adorad —dijo Miles, la voz más débil, la boca escupiendo sangre—. Adorad a Trell y esperad...

La quinta andanada de balas lo alcanzó, y esta vez ninguna de las heridas sanó. Miles se quedó flácido en sus ataduras, los ojos abiertos y sin vida, mirando al suelo ante él.

Los alguaciles parecían enormemente perturbados. Uno de ellos corrió a comprobarle el pulso. Marasi se estremeció. Hasta el final, parecía que Miles no aceptaba la muerte.

Pero estaba muerto ahora. Los hacedores de sangre como él podían sanar repetidas veces, pero si alguna vez dejaban de sanar, si dejaban que sus heridas los consumieran, morían como cualquier persona. Solo para asegurarse, el alguacil más cercano alzó una pistola y le disparó tres veces en la cabeza. Esto fue tan espantoso que Marasi tuvo que desviar la mirada.

Estaba hecho. Miles Cienvidas estaba muerto.

Sin embargo, cuando Marasi se dio la vuelta, vio una figura que observaba desde las sombras de abajo, ignorada por los alguaciles. Se dio la vuelta, la túnica negra ondulando, y se marchó por una puerta que conducía al callejón.

—No es solo por el seguro —dijo Waxillium, mirando a Edwarn a los ojos—. Os llevasteis a las mujeres.

Edwarn Ladrian no dijo nada.

—Voy a detenerte, tío —dijo Waxillium suavemente—. No sé qué vas a hacer con esas mujeres, pero voy a encontrar un modo de impedirlo.

—Oh, por favor, Waxillium. Tu santurronería ya era suficiente pesada cuando eras joven. Tu herencia solo tendría que hacerte mejor que eso.

—¿Mi herencia?

—Eres de linaje noble —dijo Ladrian—. Se remonta directamente al Consejero de los Dioses. Eres nacido y un poderoso alomántico. Con gran pesar ordené tu muerte, y lo hice solo por presiones de mis

colegas. Sospechaba, incluso esperaba, que sobrevivieras. Este mundo te necesita. Nos necesita.

—Hablas como Miles —dijo Waxillium, sorprendido.

—No. Él hablaba como yo. —Se puso el pañuelo en el cuello, y empezó a comer—. Pero no estás preparado. Me encargaré de que te envíen la información adecuada. Por ahora, puedes retirarte y considerar lo que te he dicho.

—No lo creo —dijo Waxillium, buscando una pistola en su chaqueta.

Ladrian alzó la mirada con expresión dolida. Waxillium oyó el sonido de las armas al ser amartilladas, y miró al lado, donde varios jóvenes vestidos de negro esperaban en el pasillo. Ninguno llevaba metal en sus cuerpos.

—Tengo casi veinte alománticos en este tren, Waxillium —dijo Edwarn, la voz fría—. Y tú estás herido y apenas puedes caminar. No tienes ni una sola prueba contra mí. ¿Estás seguro de que esto es una pelea que quieras comenzar?

Waxillium vaciló. Entonces gruñó y extendió una mano vacía para barrer la comida de la mesa de su tío. Los platos y la comida se derramaron por el suelo con estrépito mientras Waxillium se inclinaba hacia delante, enfurecido.

—Algún día te mataré, tío.

Edwarn se echó hacia atrás, sin hacer caso de la amenaza.

—Llevadlo a la parte trasera del tren. Arrojadlo. Buenos días, Waxillium.

Waxillium trató de alcanzar a su tío, pero los hombres entraron velozmente y lo agarraron y se lo llevaron. El costado y la pierna le ardieron de dolor por el tratamiento. Edwarn tenía razón en una cosa. Este no era el día para luchar.

Pero ese día llegaría.

Waxillium dejó que lo arrastraran por el pasillo. Abrieron la puerta del fondo del tren y lo arrojaron a las vías que corrían debajo de ellos. Waxillium se detuvo con alomancia, como sin duda esperaban que hiciera, y aterrizó para ver cómo el tren se perdía a lo lejos.

Marasi salió corriendo al callejón que estaba junto al edificio de la comisaría. Sentía algo agitarse en su interior, una poderosa curiosidad que no podía describir. Tenía que averiguar quién era esa figura.

Pudo atisbar el reborde de una túnica oscura que desaparecía al doblar una esquina. Corrió detrás, sujetando con fuerza su bolso y buscando en su interior el pequeño revólver que le había dado Waxillium.

«¿Qué estoy haciendo? —pensó una parte de su mente—. ¿Meterme sola en un callejón?». No era algo particularmente sensato. Pero sentía que tenía que hacerlo.

Corrió una corta distancia. ¿Había perdido a la figura? Se detuvo en un cruce, donde un callejón aún más pequeño se desviaba del primero. La curiosidad era casi insoportable.

De pie en la entrada del callejón, esperándola, había un hombre alto vestido con una túnica negra.

Ella jadeó y dio un paso atrás. El hombre tenía más de metro ochenta de altura y la túnica que lo envolvía le daba un aspecto ominoso. Alzó sus manos pálidas y se quitó la capucha, revelando una cabeza afeitada y un rostro tatuado en torno a los ojos con una retorcida pauta.

Clavados en esos ojos, de punta, había lo que parecían ser un par de gruesos clavos de ferrocarril. Una de las cuencas estaba deformada, como si hubiera sido aplastada. Las cicatrices aplastadas y cerradas hacía tiempo y los bultos óseos bajo la piel deformaban los tatuajes.

Marasi conocía a esa criatura de la mitología, pero verla la dejó fría, aterrorizada.

—Ojos de Hierro —susurró.

—Pido disculpas por atraerte así —dijo Ojos de Hierro. Tenía una voz suave, sepulcral.

—¿Así? —preguntó ella, y su voz sonó como un graznido.

—Con alomancia emocional. A veces tiro demasiado fuerte. Nunca he sido tan bueno con estas cosas como lo era Brisa. Tranquilízate, muchacha. No te haré daño.

Ella experimentó una calma instantánea, aunque le pareció terriblemente antinatural, y por eso se sintió aún peor. Calmada, pero asqueada. Nadie debería estar tranquilo cuando hablaba con la misma Muerte.

—Tu amigo ha descubierto algo muy peligroso —dijo Ojos de Hierro.

—¿Y deseas que se detenga?

—¿Que se detenga? En absoluto. Deseo que esté informado. Armonía tiene ideas concretas sobre cómo deben hacerse las cosas. Yo no estoy siempre de acuerdo con él. Extrañamente, sus creencias concretas requieren que permita eso.

Ojos de Hierro buscó en los pliegues de su túnica y sacó un libro pequeño.

—Toma. Aquí hay información. Guárdalo con cuidado. Puedes leerlo, siquieres, pero entrégaselo a lord Waxillium de mi parte.

Ella cogió el libro.

—Perdona —dijo, tratando de combatir el aturdimiento que él le había provocado. ¿Estaba hablando de verdad con una figura mitológica? ¿Se estaba volviendo loca? Apenas podía pensar—. Pero ¿por qué no se lo entregas tú mismo?

Ojos de Hierro respondió con una tensa sonrisa, mientras la miraba con las cabezas de aquellos clavos plateados.

—Tengo la impresión de que intentaría pegarme un tiro. No le gustan las preguntas sin respuesta, pero hace el trabajo de mi hermano, y eso es algo que suelo animar. Buenos días, lady Marasi Colms.

Ojos de Hierro se dio media vuelta, la capa crujiendo, y se perdió por el callejón. Se puso la capucha y se elevó por los aires, impulsado por la alomancia por encima de los edificios cercanos. Desapareció de la vista.

Marasi agarró el libro y luego se lo guardó en el bolso, temblando.

Waxillium aterrizó en la estación de tren, posándose lo más suavemente que pudo tras su vuelo alomántico por las vías. Aterrizar le lastimó la pierna.

Wayne estaba sentado en el andén, los pies sobre un barril, fumando su pipa. Todavía llevaba un brazo en cabestrillo. No podía curarlo rápidamente: no le quedaba salud almacenada. Tratar de almacenar un poco ahora haría que sanara más despacio durante ese proceso, y luego sanar más rápido cuando decantara su mente de metal, lo comido por lo servido.

Wayne leía una novelita que había cogido del bolsillo de alguien en el viaje en tren. Había dejado una bala de aluminio en su lugar, que valía fácilmente cien veces el precio del libro. Irónicamente, la persona que la encontrara probablemente la tiraría, sin advertir su valor.

«Tengo que hablar con él otra vez de ese tema —pensó Waxillium, caminando hacia el andén—. Pero hoy no».

Hoy tenían otras preocupaciones.

Waxillium se reunió con su amigo, pero continuó mirando hacia el sur. Hacia la ciudad, y su tío.

—Es un libro bastante bueno —dijo Wayne, pasando una página—. Deberías leerlo. Trata de conejos. Hablan. Lo más genial del mundo.

Waxillium no respondió.

—Y bien, ¿era tu tío? —preguntó Wayne.

—Sí.

—Mierda. Te debo cinco, entonces.

—La apuesta era de veinte.

—Sí, pero tú me debes quince.

—¿Ah, sí?

—Claro, por esa apuesta que hice de que acabarías ayudándome con los desvanecedores.

Waxillium frunció el ceño y miró a su amigo.

—No recuerdo esa apuesta.

—No estabas cuando la hicimos.

—¿Yo no estaba?

—No.

—Wayne, no puedes hacer apuestas con la gente cuando no está presente.

—Puedo —dijo Wayne, guardándose el libro en el bolsillo y poniéndose en pie—, si deberían haber estado allí. Y tú deberías haber estado, Wax.

—Yo...

¿Cómo responder a eso?

—Lo estaré. A partir de ahora.

Wayne asintió, se puso a su lado y miró hacia Elendel. La ciudad se alzaba en la distancia, los dos rascacielos en competencia alzándose a cada lado, los más pequeños creciendo como cristales desde el centro de la metrópolis en expansión.

—¿Sabes? —dijo Wayne—. Siempre me pregunté cómo sería venir aquí, conocer la civilización y todo eso. No me daba cuenta.

—¿Cuenta de qué? —preguntó Waxillium.

—De que esta es realmente la parte dura del mundo —dijo Wayne—. De que lo teníamos fácil, más allá de las montañas.

Waxillium asintió.

—Puedes ser muy sabio en ocasiones, Wayne.

—Es porque le doy vueltas al coco, socio —dijo Wayne, dándose un golpecito en la cabeza y cargando su acento—. Es lo que hago con mi cerebro. A veces, al menos.

—¿Y el resto del tiempo?

—El resto del tiempo no pienso mucho. Porque si lo hiciera, me volvería corriendo adonde las cosas son sencillas. ¿Comprendes?

—Comprendo. Y tenemos que quedarnos, Wayne. Tengo trabajo que hacer aquí.

—Entonces nos encargaremos de hacerlo. Como siempre.

Waxillium asintió, se metió la mano en la manga y sacó un fino librito negro.

—¿Qué es eso? —preguntó Wayne, cogiéndolo, curioso.

—El libro de bolsillo de mi tío —respondió Waxillium—. Lleno de citas y notas.

Wayne silbó suavemente.

—¿Cómo lo cogiste? ¿Un golpe con el hombro?

—Barriendo la mesa —dijo Waxillium.

—Bien. Me alegro de haberte enseñado algo útil durante nuestros años juntos. ¿Por qué lo cambiaste?

—Una amenaza —dijo Waxillium, mirando de nuevo hacia Elendel—. Y una promesa.

Se encargaría de poner fin a este asunto. El honor de los Áridos. Cuando uno de los tuyos lo hace mal, tu trabajo es limpiar el desorden.

## ARS ARCANUM

1. Guía Rápida sobre los Metales.
2. Lista de Metales.
3. Sobre las Tres Artes Metálicas.

## GUÍA RAPIDA SOBRE LOS METALES

METAL	PODER ALOMÁNTICO	PODER FERUQUÍMICO
⌚ Hierro	Tira de metales cercanos	Acumula fuerza física
⌚ Acero	Empuja metales cercanos	Acumula velocidad física
⌚ Estaño	Amplía los sentidos	Acumula sentidos
⌚ Peltre	Amplía las habilidades físicas	Acumula fuerza física
⌚ Zinc	Enciende emociones	Acumula velocidad mental
⌚ Latón	Aplaca emociones	Acumula calor
⌚ Cobre	Oculta pulsos alománticos	Acumula recuerdos
⌚ Bronce	Permite oír pulsos alománticos	Acumula desvelo
⌚ Cadmio	Frena el tiempo	Acumula aliento
⌚ Bendaleo	Acelera el tiempo	Acumula energía
⌚ Oro	Revela el pasado propio	Acumula salud
⌚ Electrum	Revela el futuro propio	Acumula determinación
⌚ Cromo	Elimina las reservas alománticas del contrario	Acumula fortuna
⌚ Nicrosil	Permite quema alomántica del contrario	Acumula investidura
⌚ Aluminio	Elimina las reservas alománticas internas	Acumula identidad
⌚ Duralumin	Permite quemar el metal próximo	Acumula conexión

## LISTA DE METALES

**ACERO:** Los brumosos lanzamoneda que queman acero pueden empujar fuentes cercanas de metal. Los empujones deben ser impelidos directamente desde el centro de gravedad del lanzamoneda. Los ferrins mensajeros de acero pueden almacenar velocidad física en una mente de metal de acero, reduciéndola mientras almacenan activamente, y pueden decantarla más tarde para aumentar su velocidad.

**ALUMINIO:** Un nacido de la bruma que quema aluminio metaboliza instantáneamente todos sus metales sin producir ningún otro efecto, anulando todas sus reservas alománticas. Los brumosos que pueden quemar aluminio se llaman «mosquitos de aluminio» por la poca efectividad de esta habilidad. Los ferrins auténticos pueden almacenar su sentido espiritual de la identidad en una mente de metal de aluminio. Es un arte del que rara vez se habla fuera de las comunidades de Terris, e incluso entre ellos no se entiende bien. El aluminio y unas cuantas de sus aleaciones son alománticamente inertes: no pueden ser empujados ni tirados y se pueden usar para proteger a un individuo de la alomancia emocional.

**BENDALEO:** Los brumosos deslizadores queman bendaleo para comprimir el tiempo en una burbuja, haciendo que pase más rápidamente dentro de la burbuja. Esto hace que los hechos fuera de la burbuja se muevan a ritmo glacial desde el punto de vista del deslizador. Los ferrins incluyentes pueden almacenar nutrición y calorías en una mente de metal de bendaleo; pueden comer grandes cantidades de comida sin sentirse llenos ni ganar peso, y luego pueden pasarse sin comer mientras decantan la mente de metal. Una mente de metal de bendaleo diferente puede utilizarse igualmente para regular la toma de líquidos.

**BRONCE:** Los brumosos buscadores queman bronce para «oír» los pulsos emitidos por otros alománticos que queman metales. Diferentes metales producen pulsos diferentes. Los ferrins centinelas pueden almacenar desvelo en una mente de metal de bronce, adormilándose mientras almacenan activamente. Pueden decantar más tarde la mente de metal para reducir el sueño o ampliar su conciencia.

**CADMIO:** Los brumosos pulsadores queman cadmio para estirar el tiempo en una burbuja a su alrededor, haciendo que pase más despacio dentro de la burbuja. Esto causa que lo que sucede fuera de la burbuja se mueva a velocidad cegadora desde el punto de vista del pulsador. Los ferrins susurrantes pueden almacenar aliento dentro de una mente de metal de cadmio; durante el almacenamiento activo deben hiperventilar para que sus cuerpos obtengan suficiente aire. El aliento puede ser recuperado más tarde, eliminando o reduciendo la necesidad de respirar usando los pulmones mientras se decanta la mente de metal. También pueden oxigenar enormemente su sangre.

**CINC:** Los brumosos encendedores queman cinc para inflamar (encender) las emociones de los individuos cercanos. Puede dirigirse a un solo individuo o a una zona general, y el encendedor puede concentrarse en emociones concretas. Los ferrins chispeantes pueden almacenar velocidad mental en una mente de metal de cinc, nublando su capacidad para pensar y razonar mientras almacenan activamente, y pueden decantarla más tarde para pensar y razonar con más rapidez.

**COBRE:** Los brumosos de nube de cobre (también llamados ahumadores) queman cobre para crear una nube invisible a su alrededor, que oculta a los alománticos cercanos para que no sean detectados por un buscador y que protege a los individuos cercanos de los efectos de la alomancia emocional. Los ferrins archiveros pueden almacenar recuerdos en una mente de metal de cobre: el recuerdo desaparece de su cabeza mientras se almacena, y puede ser recuperado perfectamente en un momento posterior.

**CROMO:** Los brumosos sanguijuelas que queman cromo mientras tocan a otro alomántico anulan las reservas de metal de ese alomántico. Los ferrins tejedores pueden almacenar fortuna en una mente de metal de cadmio, volviéndose desafortunados durante el almacenamiento activo, y pueden decantarla más tarde para aumentar su suerte.

**DURALUMÍN:** Un nacido de la bruma que quema duralumín abrasa instantáneamente todos los otros metales que arden al mismo tiempo, liberando un enorme estallido de poder de esos metales. Los brumosos que pueden quemar duralumín se llaman mosquitos de duralumín debido a la poca efectividad de esta habilidad en sí misma. Los ferrins conectores pueden almacenar conexión espiritual en una mente de metal de duralumín, reduciendo la conciencia de otro ente y su amistad con ellos durante

el almacenamiento activo, y pueden decantarla más tarde para formar rápidamente relaciones de confianza con otros.

**ELECTRUM:** Los brumosos oráculos queman electrum para tener una visión de los posibles rumbos que puede tomar el futuro. Habitualmente está limitada a unos pocos segundos. Los ferrins pináculo pueden almacenar determinación en una mente de metal de electrum, entrando en un estado depresivo durante el almacenamiento activo, y pueden decantarla más tarde para entrar en fase maníaca.

**ESTAÑO:** Los brumosos ojos de estaño que queman estaño aumentan la sensibilidad de sus cinco sentidos. Todos se incrementan al mismo tiempo. Los ferrins susurrvientos pueden almacenar la sensibilidad de uno de los cinco sentidos en una mente de metal de estaño; hay que usar una mente de metal diferente para cada sentido. Mientras se almacena, la sensibilidad de ese sentido se reduce, y cuando la mente de metal se decanta ese sentido se amplía.

**HIERRO:** Los brumosos atraedores que queman hierro pueden tirar de fuentes cercanas de metal. Los tirones deben ser dirigidos hacia el centro de gravedad del atraedor. Los ferrins deslizadores pueden almacenar peso físico en una mente de metal de hierro, reduciendo su peso efectivo mientras almacenan activamente, y pueden decantarlo más tarde para aumentar su peso efectivo.

**LATÓN:** Los brumosos aplacadores queman latón para aplacar las emociones de los individuos cercanos. Puede hacerse con un individuo concreto o con un área general, y el aplacador puede concentrarse en emociones concretas. Los ferrins de alma de fuego pueden acumular calor en una mente de metal de latón, enfriándose mientras almacenan activamente. Pueden decantar más tarde la mente de metal para calentarse.

**NICROSIL:** Los brumosos nicroestallantes que queman nicrosil mientras tocan a otro alomántico quemarán instantáneamente cualquier metal que quemé ese alomántico, liberando un enorme (y a veces inesperado) estallido del poder de esos metales. Los ferrins portaalmas pueden almacenar Investidura en una mente de metal de nicrosil. Es un poder del que muy pocos saben algo; de hecho, tengo la seguridad de que la gente de Terris no sabe realmente lo que hace cuando usa estos poderes.

**ORO:** Los brumosos augures queman oro para tener una visión del yo pasado o de cómo habrían resultado las cosas de haber tomado opciones distintas en el pasado. Los ferrins hacedores de sangre pueden almacenar salud en una mente de metal de oro, reduciendo su salud mientras almacenan activamente, y pueden decantarla en un momento posterior para sanar rápidamente o curarse más allá de las capacidades habituales del cuerpo.

**PELTRE:** Los brumosos brazos de peltre (también conocidos por violentos) queman peltre para aumentar su fuerza, velocidad y resistencia físicas, aumentando también la capacidad de su cuerpo para sanar. Los ferrins brutos pueden almacenar fuerza física en una mente de metal de peltre, reduciendo su fuerza mientras almacenan activamente, y pueden decantarla más tarde para aumentar su fuerza.

## SOBRE LAS TRES ARTES METÁLICAS

En Scadrial hay tres manifestaciones principales de Investidura. Localmente son conocidas como «Artes Metálicas», aunque también reciben otros nombres.

La alomancia es la más común de las tres. Es de fin-positivo, según mi terminología, lo que significa que quien la practica extrae su poder de una fuente externa. El cuerpo entonces lo filtra en diversas formas. (La extracción de poder no es elegida por quien lo practica, sino que está imbuida en su redespíritu). La clave para extraer este poder viene en forma de diversos tipos de metales, donde se requiere diversas composiciones específicas. Aunque el metal se consume en el proceso, el poder en sí no procede del mismo. El metal es un catalizador, podríamos decir, que inicia una Investidura y la mantiene en marcha.

En realidad, no es muy distinta de las Investiduras basadas en la forma que se encuentran en Sel, donde la forma específica es la clave; aquí, sin embargo, las interacciones son más limitadas. Con todo, no puede negarse el poder crudo de la alomancia. Es instintivo e intuitivo para quien la practica, en oposición a la gran cantidad de estudio y exactitud que se requiere en las Investiduras basadas en la forma de Sel.

La alomancia es brutal, cruda, y poderosa. Hay dieciséis metales básicos que funcionan, aunque otros dos (llamados los Metales Divinos localmente) pueden usarse en aleación para crear un grupo de dieciséis completamente distinto cada uno. Sin embargo, como estos Metales Divinos ya no se encuentran fácilmente, los otros metales no se usan.

La feruquimia es todavía ampliamente conocida y utilizada en este punto en Scadrial. De hecho, se podría decir que está más presente hoy que en muchas eras pasadas, cuando estaba confinada en la lejana Terris o los guardadores la ocultaban a la vista.

La feruquimia es un arte de fin-neutral, lo que significa que no se gana ni se pierde poder. Este arte también necesita metal como foco, pero en vez de ser consumido, el metal actúa como medio por el que las habilidades de quien las practica se intercambian en el tiempo. Invierte ese metal un día, retira el poder otro. Es un arte bien redondeado, con algunos elementos en lo físico, algunos en lo cognitivo, e incluso algunos en lo espiritual. Los últimos poderes están siendo experimentados por la comunidad de Terris, y no se mencionan a los extranjeros.

Debería advertirse que la mezcla de los feruquimistas con la población general ha diluido el poder en algunos aspectos. Ahora es corriente que la gente nazca con acceso a solo una de las dieciséis habilidades feruquimistas. Se especula que, si pudieran hacerse mentes de metal con las aleaciones de los Metales Divinos, se podrían descubrir otras habilidades.

La hemalurgia es ampliamente conocida en el mundo moderno de Scadrial. Sus secretos fueron guardados por quienes sobrevivieron al renacimiento de su mundo, y los únicos practicantes conocidos ahora son los kandra, quienes (en su mayor parte) sirven a Armonía.

La hemalurgia es un arte de fin-negativo. Se pierde algo de poder al practicarla. Aunque a lo largo de la historia muchos la han entendido como un arte «maligno», ninguna de las Investiduras lo es. En el fondo, la hemalurgia trata de quitar habilidades (o atributos) a una persona y concedérselas a otra. Principalmente se ocupa de cosas del reino espiritual, y me resulta del mayor interés. Si una de estas tres artes es de máximo interés para el Cosmere, es esta. Creo que hay grandes posibilidades para su uso.



BRANDON SANDERSON. Nacido el 19 de diciembre de 1975, creció en Lincoln, Nebraska. Vive en Utah con su esposa e hijos y enseña escritura creativa en la Universidad Brigham Young.

En 2005 debutó ante los lectores con *Elantris*, la novela que marcó un auténtico hito en el género de la fantasía épica e inició el Cosmere, el fascinante universo que comparten la mayoría de sus obras.

Desde entonces Sanderson ha publicado *El aliento de los dioses* (2009), una novela en un solo volumen en la línea de *Elantris* y ha iniciado una magna y descomunal decalogía, «El Archivo de las Tormentas», de la que ya ha publicado las dos primeras entregas, *El camino de los reyes* (2010) y *Palabras radiantes* (2014).

Con *El imperio final*, publicada en 2006, empezó una saga imprescindible del Cosmere, «Nacidos de la Bruma» (*Mistborn*), de la que ya forman parte, *El pozo de la ascensión* (2007), *El héroe de las eras* (2008), *Aleación de Ley* (2011) y *Sombras de identidad* (2015), y que previsiblemente estará formada por cuatro trilogías y una novela intermedia.

Más allá del Cosmere, Sanderson es también autor de la trilogía «The Reckoners», «Infinity Blade» («La Espada Infinita»), *El Rithmatista* (2013) y de la serie para jóvenes iniciada con *Alcatraz contra los bibliotecarios malvados* (2007).

Además Brandon fue elegido por Harriet McDougal Rigney, en 2007, como el continuador de *A Memory of Light*, el volumen final de la famosa serie «La rueda del tiempo» que el fallecido Robert Jordan no pudo terminar. Finalmente Sanderson, con el beneplácito de la viuda de Jordan, lo convirtió en una trilogía, *La tormenta* (2009), *Torres de Medianoche* (2010) y *Un recuerdo de luz* (2013).

## ÍNDICE

Mapas

Agradecimientos

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Epílogo

Ars Arcanum

Guía Rápida sobre los Metales

Lista de Metales

Sobre las Tres Artes Metálicas

Sobre el autor